

Blues de Seda y Grafitis

INÉS ALBORS

Blues de seda y grafitis

INÉS ALBORS



Letra Minúscula

Primera edición: febrero de 2019

Copyright © 2019 Inés Albors

Editado por Letra Minúscula

www.letraminuscula.com

contacto@letraminuscula.com

Impreso en la UE – Printed in the EU

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio sin el permiso expreso de su autora.

*Escondido estarás a salvo de los depredadores, pero morirás
de hambre y de sed.*

M. E.

ÍNDICE

PREFACIO

PRIMERA PARTE

1. [Smooth Jazz](#)
2. [Un ático en Madrid](#)
3. [Un psicópata en la oficina](#)
4. [My Funny Valentine](#)
5. [Marisa](#)
6. [El colega, la okupa y el cazador](#)
7. [El detective](#)
8. [Malasaña. «Música, flores y... »](#)
9. [La casita de juguete](#)
10. [Cristales rotos](#)
11. [La fractura](#)
12. [La cena](#)
13. [Sentimientos](#)
14. [Sangre y fresa](#)
15. [La proposición](#)
16. [Blues de medianoche](#)
17. [El concierto](#)
18. [Cláusulas ocultas](#)
19. [Pulp Fiction](#)
20. [Despertares](#)
21. [«No más blues»](#)
22. [El cumpleaños de Borja](#)

SEGUNDA PARTE

1. [Se llamaba Elena Astaburuaga Gardner](#)

2. [Cenas con baile](#)
 3. [Rendijas y grietas](#)
 4. [Los cabellos de la doncella](#)
 5. [Silencio](#)
 6. [Paranoia, sexo y abrazos. La lucha](#)
 7. [Vuelo retrasado](#)
 8. [La muñeca de trapo](#)
 9. [Renacer](#)
 10. [La carta](#)
 11. [Upper West Side](#)
 12. [El estallido. El tarro de mermelada](#)
 13. [Conversación con María](#)
 14. [Confesiones](#)
 15. [Ámsterdam con Broadway. Cuaderno de bitácora](#)
 16. [Instintos](#)
 17. [El pecador, la traidora y el justiciero](#)
 18. [Henry y Luca](#)
 19. [JFK](#)
 20. [Dark Black Blues](#)
 21. [Un café en el Village](#)
 22. [Tormenta](#)
 23. [La mujer musulmana](#)
 24. [El arma del delito](#)
- TERCERA PARTE
1. [Delirio](#)
 2. [La detective](#)
 3. [La amiga de Cuca](#)
 4. [«¡Plass!»](#)
 5. [Libros usados y batidos multicolores](#)

6. [Un vis a vis](#)
7. [El largo viaje. Escalofríos](#)
8. [El incendio](#)
9. [Margaritas amarillas en el quicio de la ventana](#)
10. [Un abrazo y muchas gracias](#)

[EPÍLOGO](#)

PREFACIO

Cuando mi tío Enrique se despertó del coma en el hospital, nos contó retazos de una historia descabellada.

Nos dijo, por ejemplo, que vivía en un piso de cuarenta metros cuadrados (él, que vive en un *pisazo*), que se compraba y cocinaba su propia comida (él, que nunca ha sabido ni encender la vitrocerámica), y también —me da vergüenza decirlo— que había convivido con una puta, que se había acostado con una zombi y que había tenido un hijo, y además... que había cometido un delito (justo él, que es el hombre más inteligente, sensato e íntegro que conozco).

Mi madre llora cada vez que escucha esas cosas.

A pesar de la medicación, insiste en que todo es real.

Yo le pedí que, ahora que no sale de casa, lo escribiera todo para que aclarase sus ideas, y también para que se entretuviera un poco. Guarda celosamente todo lo que escribe, pero yo sé dónde lo esconde y he decidido leerlo todo.

Estoy muy preocupada.

PRIMERA PARTE

Smooth Jazz

Penetrar en sus entrañas cada noche se había convertido en una adicción.

Mientras descendía a aquel escondite, los compases de la música se hacían cada vez más intensos. Mi mundo exterior se disipaba poco a poco y me dejaba absorber, sin resistencia alguna, por un remolino lento y dulce.

Siempre iba solo, y siempre me sentaba en la misma mesa. Entonces comenzaba a observar todo lo que me rodeaba como si tuviera necesidad de asegurarme de que todo ocupaba su lugar: las filas de mesas concéntricas alrededor de aquella pista menuda, la barra a la derecha con los mismos camareros, la tarima del escenario a la izquierda, la gente más o menos asidua y aquel olor tan característico que nunca supe definir. Después, me acomodaba en el asiento y me concentraba en el espectáculo. Había poca luz, velas en las mesas y alguna bombilla escondida de color verde; pero justo aquella noche parecía que había menos claridad que nunca.

Aunque podría decir que me la sabía de memoria, tuve que acercar la vela a la carta de bebidas para ojearla; pero me resultaba difícil, porque la llama comenzó a vacilar. Parecía que alguien pasaba detrás de mí, mientras me invadía un perfume cálido y excitante. Instintivamente me volví a mirar. Fue la primera vez que la vi: sorteaba las mesas despacio, balanceando la falda de su vestido. Se sentó cerca del escenario, a muy pocos metros de mí.

Estaba sola. Nadie la estaba esperando. Pidió la consumición ella misma: una copa de vino blanco. Nadie tampoco acudió a su encuentro durante la actuación, a compartir con ella alguna mirada o alguna sonrisa de complicidad.

Me hubiera gustado acercar también la vela a su cara y escudriñar esa figura extraña que se había colado de manera osada en un mundo que me pertenecía, y contemplar su rostro blanco con ojos grandes y verdes. Imposible distinguirlos, pero sabía que lo eran. Lo comprobé después.

Hasta mí parecía expandirse en algún momento el perfume que desprendía y que se mezclaba sin piedad con mis sentidos, con la luz de las velas, con la de las bombillas de color verde y con cada una de las notas de aquel *jazz*.

Hubiese querido extirparla de allí, o quizá ahuyentarla con un periódico, como se hace con una mariposa hasta que sale por la ventana, pero no podía hacer nada.

Al cabo de varios temas, comprobó la hora en su reloj de pulsera, se levantó y volvió a deslizarse entre las mesas meciendo sus caderas. De nuevo pasó junto a mí. Se dirigió al

guardarropa y, tras recobrar su chaqueta, la dobló sobre el brazo, miró su reloj una vez más y comenzó a subir despacio por aquella escalera que la conducía al espacio exterior, al del submundo de arriba, hasta que desapareció.

Y así, con una extraña mezcla de alivio y tristeza, me quedé allí, en mi refugio secreto, en el Smooth Jazz: el club que un día compré, sin que nadie lo supiera.

Al final de los repertorios, tras unos breves aplausos, los empleados del club, como cada noche, encendieron poco a poco las luces de la sala y apagaron una a una todas las velas. La gente se marchó, la sala quedó en silencio, y yo desperté de aquel sueño y me fui a dormir.

Las noches siguientes no pude ir al club. Tuve que salir fuera de Madrid y me acosté muy temprano. «Trabajas demasiado —me decían—. No se puede vivir así». Pero no sabía cómo evitarlo. Me sentía atrapado entre el engranaje de un motor duro como el acero, frío y cortante como el hielo.

Un ático en Madrid

Aeropuerto de Barajas. A pesar de mis frecuentes viajes, no acabo de acostumbrarme. Cada vez que el avión aterriza siento un enorme vacío. Se apaga el ruido sordo del motor, y se escucha el chasquido de los cinturones de seguridad, el clac de las cabinas de los equipajes e incluso el roce de nuestras ropas. En unos instantes comenzará el traqueteo de ruedas de las maletas que, al arrastrarlas, forman una sinfonía monótona y machacona. En pocos minutos, nos dispersaremos sin mirarnos, sin pronunciar una palabra, como si hubiéramos sido piezas inertes de ese avión que dejamos atrás.

De vuelta a Madrid, cuando salgo del aeropuerto, siempre estoy algo aturdido por el ir y venir de la gente, y por el sonido de los coches que vienen y van y que se mezcla con el de la autopista cercana.

Aquella tarde parecía que iba a haber tormenta, una de esas tormentas de otoño que aparecen a veces cuando anochece y los días son más cortos.

No sabía el motivo, pero me sentía mucho más cansado que de costumbre. El maletín y la chaqueta parecían más pesados, y el camino hacia el aparcamiento se me hizo eterno. Tenía muchas ganas de llegar a mi piso, descansar y, sobre todo, dormir.

Vivo solo, en una zona tranquila del barrio de Salamanca.

Hacía al menos tres años que mi sobrina Chisi, enterada de que por fin había comprado el piso, el mismo día de la entrega de llaves se empeñó en venir a verlo. Al entrar abrió los ojos y la boca, tomó aire y soltó un «¡Oh!», como si acabara de entrar en la basílica del Vaticano. Empezó a recorrerlo por su cuenta y a observar con detenimiento cada habitación. Después, con la palma de la mano, golpeó las paredes de arriba a abajo y de derecha a izquierda.

—¡Menudo ático, tío! ¡Y tiene terraza! ¡Me encanta! ¡Estoy alucinada! —y me dio tal beso que cualquiera diría que se lo había regalado a ella. Después, pensativa y en silencio, lo volvió a recorrer como si quisiera resolver un problema de matemáticas. Al poco me suelta—: ¡No! ¡No, tío! ¡De ninguna manera! Tú no puedes vivir aquí sin que yo te lo reforme.

A mí me parecía que estaba bien así, pero como ella, a pesar de ser muy joven, ya es arquitecta, y como siempre ha sido muy creativa, decidí, aunque con ciertas reservas, dejarlo todo en sus manos.

Pasaron varias semanas y, como no había tenido ninguna noticia de Chisi, una mañana

subí a ver cómo iba la reforma. Nada más abrir la puerta del piso, me envolvió una neblina espesa y blanca que me hizo toser. Cuando por fin me decidí a traspasarla, vi a varios albañiles que perforaban los tabiques con tal furia que temí que estuvieran haciéndome el piso añicos. En medio de aquel ruido, pregunté varias veces por mi sobrina, pero no me oían. Al poco, la vi sentada en la terraza con la más absoluta placidez, mientras daba órdenes a una persona que, en cuclillas, colocaba algunas plantas. Le pregunté acerca de ello, y me refirió toda una lista de nombres de los que solo entendí «enredaderas» y «tomates *cherry*».

—¡Quedará genial! Ya verás. ¡Y no te digo que no venga aquí a pasar algunos ratos! Mira, tío, te voy a pedir que no vuelvas más hasta que esté terminado. Ya te llamo yo, ¿vale? —y me soltó en la cara uno de sus peculiares besos sonoros.

Pasaron cerca de tres meses y por fin un día recibí la llamada de mi sobrina: «Tío, ¿estás en Madrid? ¡Ya está todo terminado! ¿Cuándo vas a venir? ¡Venga, corre, que te espero!».

En cuanto Chisi me abrió la puerta, me costó creer que aquel fuera el piso que me había comprado. Me pareció mucho más grande, más bien diría que enorme.

—Pero... ¿dónde están las habitaciones? —le pregunté. Y me contestó sin inmutarse:

—Las he tirado. Bueno... he dejado la tuya, que ya no es tan pequeña como antes, ¡Ah!, y no te asustes, pero he traído aquí toda tu ropa. Mira cómo te he colocado los armarios. Todo limpio y ordenado: los pantalones, camisas y corbatas, guardadas por colores, distintos usos. ¡No te quejarás! Todo como a ti te gusta. También te he dejado otra habitación por si acaso la necesitas, pero ¿para qué quieres más si vives tú solo?

Tenía razón.

Al cabo de varios días, por fin decidí mudarme, pero lo cierto es que, una vez a solas en mi nuevo piso, deambulé por él con una sensación extraña. Intentaba descubrir en qué lugar me acomodaría para sentirme confortable y arropado entre aquellos muebles de diseño que Chisi compró y no acabar perdido entre todos ellos.

Pero aquello ocurrió hace años.

«Ahora debo concentrarme en la conducción», pensaba de camino a casa. Creo que he sido un imprudente. Debí haber esperado a que dejara de llover y a que el viento amainara, pero en estos momentos ya no puedo parar ni retroceder. Solo puedo hacer una cosa: conducir con cuidado.

«Conducir con cuidado», esa había sido siempre una de mis consignas en la vida: no arriesgar demasiado, ni siquiera permitirme sentir demasiado, porque las emociones fuertes anulan tu capacidad de raciocinio, te inducen a hacer cosas que no quieres y, al

final, te acabas arrepintiéndolo.

A veces pienso que lo que sucedió esa tarde fue como un presagio de lo que me esperaba en un futuro cercano: reaccionar de manera impulsiva, ser arrastrado por una fuerza superior a mí y sorprenderme por ello hasta el punto de dudar quién era yo en realidad.

En la autopista, de vuelta a casa, la lluvia era tan intensa que golpeaba con estrépito el coche, se había adueñado del asfalto y corría sin freno de izquierda a derecha como si fuera un torrente. Las ruedas temblaban. Un camión que circulaba delante, en el carril de la derecha, me inundaba el parabrisas. Me coloqué en el carril de la izquierda y aceleré para adelantarlo. Y en ese momento, un abanico enorme de agua envolvió el coche y me desorientó por completo. Frené de forma brusca, perdí el control y me encontré encerrado y agitado en el interior del vehículo como si fuera un guijarro. Por fin el agua me expulsó al arcén. Sentí un fuerte golpe en la cabeza, y después otro y otro...

Todo quedó en silencio. No sé muy bien cuánto tiempo transcurrió. Tan solo recuerdo que alguien repetía: «¿Está usted bien? ¡Tranquilo! ¡Le vamos a sacar de aquí!».

Ambulancia, policía, hospital... ¡No! No quiero que llamen a nadie. Estoy bien, no me ocurre nada, nada en absoluto.

Es cuestión de práctica: con el tiempo me había acostumbrado a mentirme.

Vivo en una zona muy tranquila —creo que ya lo he dicho—, en el piso que yo elegí, pero al llegar a casa aquella noche, a pesar de no tener más lesión que algunas magulladuras y un pequeño golpe en la cabeza, el silencio allí se me hizo insoportable. Me descubrí dando vueltas por la casa sin rumbo fijo, como la primera vez que me mudé, con el sonido de fondo del tictac de un reloj antiguo. Todo me parecía distinto y no sabía el motivo. Ahora, por supuesto, lo sé.

Descarté la idea de ir al Smooth Jazz a pesar de que esa noche una extraña excitación me impulsaba a ir. «Ya no merece la pena. Es muy tarde», pensé, y acabé metido en la cama escuchando a Ella Fitzgerald, que cantaba *My funny Valentine*. Y a pesar de ser una de mis canciones favoritas, me quedé dormido.

Cuando me desperté por la mañana, el disco de vinilo de Ella Fitzgerald todavía giraba soportando el arañazo de la aguja. A pesar del *jet lag* por mi regreso de Nueva York y de los golpes del día anterior, había dormido bien y me sentía lúcido y relajado.

Un psicópata en la oficina

Siempre soy uno de los primeros en llegar a la oficina. Trabajo en uno de los bufetes más conocidos de Madrid. Soy abogado, mi especialidad es Derecho Internacional y admito que me gusta mi profesión.

Jamás me he sentido bien en la soledad de un despacho. Por eso un día me adueñé de una de las mesas de la sala destinada a administrativos y becarios.

Al principio, muchos de ellos sentían cierto recelo hacia mí y parecían cohibidos, incluso hablaban entre ellos en voz baja; pero poco a poco acabé convirtiéndome en un compañero más, respetado, e incluso querido.

La mañana siguiente de mi regreso tenía muchísimo trabajo. Los *emails* se me habían agolpado en los últimos días y necesitaba concentrarme. Pero en un momento dado, mi amigo Ignacio se acercó a mí, me apoyó la mano en el hombro y me dijo:

—Buenos días, Enrique. ¿Puedes venir un momento a mi despacho?

Me extrañó tanto la formalidad de su frase que me levanté enseguida y fui con él.

Una vez solos, sin mediar palabra, me sirvió una taza de café. Él, después de extraer una pastilla de una caja, se la tomó con un vaso de agua. Nos sentamos en su mesa redonda, apoyó los brazos sobre ella y comenzó a jugar con un pastillero con gesto preocupado, lo cual consiguió preocuparme a mí.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Estoy mucho mejor —contestó—. Eso sí, con dieta y nueve pastillas diarias.

—Bueno, pero lo importante es que estés bien. ¿Y te trasladas por fin a...?

—Pues sí. Yo me traslado adonde quería, ya sabes, un puesto tranquilo, media jornada... Pero os dejo una buena secuela: mi puesto va a ocuparlo Santos.

—¿Santos? Supongo que será una broma.

—Eso creía yo cuando me lo comunicaron, pero por desgracia no lo es. Oye, he pensado tanto en la manera de impedirlo, que en estos últimos días se me ha ocurrido de todo. ¿Qué pasaría si cambiases un poco el chip y lo ocupases tú?

—¿Yo? Sabes que yo jamás renunciaría a mi forma de vida para quedarme anclado en un puesto directivo. Me gusta ir por libre, organizar mi agenda, mis viajes...

—Sí. Y ocultar tu vida privada como si fueras un agente de la CIA —interrumpió—. ¡Ah! ¿Y asistir a fiestas de empresa? ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—La semana pasada.

—Fue hace meses.

—Ignacio, de verdad, no te preocupes por lo de Santos. Ellos lo han decidido. Aunque no sé qué pensarán en Recursos Humanos dentro de unos meses cuando les lluevan las bajas laborales.

—Pues mira, al menos yo estaré lejos y no lo veré. ¡Ah! Y me dicen que sí, que ya saben que es demasiado joven, que no tiene demasiada experiencia, pero que parece tener muchas ambiciones y que en estos momentos la empresa necesita...

—¿Ambiciones? —interrumpí—. Es verdad. Las tiene. Nunca he visto un trepa igual. Siempre he dicho que contratarle fue una decisión nefasta. Y perdóname, pero no quiero seguir hablando de ese tipo. Y tú, vuelvo a decirte que no te preocupes. Ahora piensa solo en ti. Los demás ya nos arreglaremos. Tranquilo.

—¡Ah, por cierto! Me imagino que ya te lo habrán contado —intentó contener la risa—: En cada reunión saca a relucir la moto de cuarenta mil euros y trescientos kilos que se compró al poco de empezar a trabajar aquí; que va con ella a todas las concentraciones de motociclismo, como a Cheste y a Jerez, con el único fin de hacer amistades interesadas, y —se echó a reír— que se la lleva en grúa porque en realidad le tiene pánico; que viste como...

—¡Para, Ignacio! —interrumpí—. ¿Cuándo me han interesado a mí los chismorreos? —apenas pude terminar la frase, porque también me reí y tuve que hacer esfuerzos para no atragantarme con el último sorbo de café.

Lo cierto es que a mí no me afectaba lo más mínimo que Santos ocupase el puesto de Ignacio. No iba a tener ninguna repercusión en mi trabajo, pero yo le conocía muy bien. Había visto en distintas ocasiones ese perfil y había leído algo al respecto. Creo que los llaman «psicópatas integrados», y Santos era de los peores. Son fríos pero saben fingir calidez, escanean como robots a la persona de la que pueden sacar algún partido y le dicen lo que esta quiere oír, siempre parecen dispuestos a hacer favores sin esperar nada a cambio y saben muy bien el alto precio que cobrarán, vigilan lo que haces y también lo que no haces, y te ocultan información valiosa para poder usarla en tu detrimento. No, no son en absoluto más inteligentes que la media, aunque en ocasiones puedan parecerlo. La única ventaja que poseen sobre los demás es la falta absoluta de empatía emocional. No tienen escrúpulos. En los pocos años que llevaba en la empresa se había cobrado varias víctimas. No, tampoco era un asesino en serie. A sus presas no les quitaba la vida, pero sí la salud mental y la autoestima. En el puesto de Ignacio, ¿a cuántos más destruiría?

Me repugna el daño que unos hacen a otros para conseguir más poder.

Siempre se ha dicho de mí que soy un idealista y que mi concepto de la justicia es demasiado estricto. Sin embargo, ahora que han sucedido tantas cosas, ese concepto que tenía ha cambiado tanto dentro de mí que me asusta.

Durante el resto del día, mi cabeza se convirtió en una coctelera donde se entremezclaban a gran velocidad las distintas frases que habíamos pronunciado Ignacio y yo: «Ocultas tu vida privada... Será Santos el que ocupe mi puesto... Santos... Santos... Las artimañas propias de un psicópata...».

Lo que no imaginé entonces es que Santos fuera a superarse a sí mismo y a utilizar los métodos más retorcidos para destruir a una de las mujeres que más quiero en este mundo.

Era urgente: aquella noche necesitaba acudir al Smooth Jazz.

My Funny Valentine

Otra vez ella. Está aquí la invasora, la tirana, la que pretende adueñarse de mi escondite, de este lugar que es mío. Ha pasado junto a mí y he vuelto a sentir su perfume, que es como una mancha de tinta que se extiende para conseguir aturdirme y devorarme como si yo fuera un pez pequeño. También está sola y se ha sentado en la misma mesa. Ahora observa la actuación igual que hizo la primera noche. Sin embargo, a veces sus ojos se quedan prendidos en la copa de vino blanco que apoya sobre la mesa. Con su dedo índice juguetea con ella y lo pasea despacio por el borde del cristal. Da un pequeño sorbo. En algunos momentos parece ausente. ¿Quién podría saber en qué lugar se encuentra? Me pregunto por qué me atrae de esa manera. No es la mujer más guapa que he visto en mi vida, en absoluto, pero hay algo en ella que me hace sentir que es diferente.

Me levanto de la mesa y me acerco a la barra. Paco prepara los cócteles con los que le gusta experimentar cada noche. Es un hombre serio y responsable. Tanto, que ejerce como encargado y administrador. Tiene acceso a una cuenta corriente que yo destino en exclusiva para el club, y es también quien contrata a las bandas. Siempre me ha demostrado que puedo confiar en él. Los dos tenemos la misma edad: treinta y nueve años.

Esa noche, como es habitual, Paco atiende a los clientes con los dos camareros de siempre. Me contó una vez que José Luis era economista y que estaba en paro desde hacía casi un año. El otro, Dioni, no tenía estudios y, aunque su aspecto era algo macarra, tenía experiencia en el oficio.

Paco me conoce muy bien, demasiado. Y esta noche me observa más que de costumbre.

—Es guapa, ¿verdad? —me comenta.

—Desde luego que sí. ¿La conocéis de algo?

—¡Yo no, pero ya me gustaría! —contesta Dioni con su risa peculiar.

—Es muy raro que siempre venga sola —dice Paco—. Viene, mira el espectáculo y se va sin más. ¡Ah, bueno, no! La otra noche vino acompañada.

«¿De quién?», iba a preguntar yo de forma instintiva, pero me contengo.

—Vino con una pareja —añade—. Ninguno de los dos cumplía ya los setenta.

—A mí me parece una chica muy especial —interviene José Luis sonriendo—, pero no sabría dónde encuadrarla. Parece una de esas chicas artistas que pintan o diseñan, o algo así.

—Sí, ¡y de las que nunca saben dónde poner el huevo! —comenta Dioni con otro de

sus accesos de risa—. Pero está muy buena, jefe. Tiene buenas tetas.

—Pero es delicada y frágil —mis pensamientos se me escapan por la boca.

—¡Joder, jefe! ¡Vaya un poeta que está hecho! ¡Ja, ja! ¿Quiere que se la presente? Yo voy ahora mismo y...

Paco mira a Dioni y se tapa la boca con una mano, indicándole que cierre la suya, pero no obedece:

—Le gusta un montón, ¿eh, jefe? Y yo que creía que a usted no...

Tras observar en ese momento la mirada fulminante de Paco, Dioni se contiene unos segundos y añade:

—Bueno, pero es un poco rarita y esconde algo. Eso, fijo.

—Cuando la otra noche fui a llevarles la consumición —dice José Luis— escuché que la llamaban Valentina.

Valentina. *My funny Valentine* es lo primero que me ha venido a la cabeza.

Aquella noche, ya de vuelta en casa, mientras me preparaba de forma minuciosa la ropa para el día siguiente, me descubrí a mí mismo, sentado en la cama, ensimismado, y con la camisa que acababa de quitarme en la mano. «*My funny Valentine*». Se llama Valentina. ¿Me habría convertido en un estúpido romántico? «Tú no lo sabes, tío: vas de duro y de *sobrao* por la vida, pero en el fondo eres un romántico —me dijo una vez mi sobrino Kiko, el hermano menor de Chisi—. Todas tus novias han sido unas sosas y unas pederas. Así no te casarás nunca».

Siempre me extrañó que dijera esa frase, incluso llegaba a molestarme, porque me parecía que «ser romántico» era un signo de debilidad. Me parecía que el romanticismo —en una acepción coloquial del término— era propio de mujeres.

La verdad es que a lo largo de mi vida había tenido, aparte de mis ligues, tres novias. Admito que las tres eran estupendas y, como decía mi muy tradicional hermana María, «de muy buena familia». Admito que estuve enamorado de alguna, sobre todo de Cuca. Con ella llegué incluso a convivir algunos meses. Casi al final de nuestra relación, hacíamos el amor a diario. Ella siempre lo propiciaba. Creía que así, más pronto o más tarde, saldría vestida de novia de Los Jerónimos. Al final comprendió que eso nunca ocurriría, y me dejó. Sentí un gran alivio. Ahora sé que en realidad nunca la quise.

Y es que siempre me sucedía lo mismo: cuanto ellas más querían avanzar, yo más retrocedía, porque dentro de mí aparecía una especie de punzada, un *flash* que se hundía en mi pecho y me anudaba el estómago. De este modo, la relación se quedaba estancada, después fría, y al final, rota.

«¿Pero qué me pasa ahora? —pensé—. ¡Solo la he visto dos veces!».

Marisa

Por las mañanas conseguía volcarme por completo en el trabajo, aunque no podía evitar que mi atención se desplazara a veces hacia Santos. Aún no había ocupado el puesto de Ignacio y se le veía cada vez más inquieto y excitado. Desde que llegó —por obligación— a la sala común, se había construido un despacho para él como si fuera un niño que juega con un lego: poco a poco había ido desplazando su mesa hasta una ventana al fondo de la sala, y se había rodeado de unas mamparas transportables, colocadas de manera estratégica y que, si por una parte le aislaban de lo que él consideraba «seres inferiores», le permitían por otra observarles bien a todos e ir catalogándoles en distintos grados de personas inofensivas, o peligrosas. A mí en concreto me respetaba, incluso diría que de algún modo me temía. Jamás me miraba a los ojos. Intuía que yo conocía la clase de hombre que era, incluso más que él a sí mismo.

Y un día, por fin Santos creyó que había llegado el gran momento: Ignacio se acercó a él, le puso la mano en el hombro, y él la miró de una manera, como si en ese momento el mismo rey acabara de nombrarle caballero. Se levantó y acompañó a Ignacio hasta su despacho, mientras los demás seguíamos con la mirada su aparente camino triunfal.

Los dos hombres permanecieron encerrados en el despacho cerca de media hora y, de pronto, Santos salió de allí como un toro a la plaza: rápido y desorientado.

—¡Santos, espera! —gritó Ignacio desde la puerta.

No hubo respuesta. Santos se dirigió hacia el pasillo y se encerró en el cuarto de baño.

—Creo que voy a hacer estas fotocopias a la sala de Felipe —dijo una administrativa a sus compañeras en voz alta, y con mirada cómplice—. Salen mucho mejor que aquí, ¿verdad?

Regresó a los pocos minutos.

A la hora de la comida, una de ellas, Manoli, me contó que la muy osada no solo había seguido a Santos hasta el baño de caballeros, sino que, además, había entrado en él, se había escondido en uno de los retretes y le había escuchado berrear como un niño al que acaban de quitarle un juguete.

Al día siguiente, Ignacio nos presentó a todos a la persona que iba a ocupar su puesto: Marisa, una chica joven que hablaba con voz algo trémula y con un tono algo más alto de lo normal. Parecía que intentaba ser tajante e incluso brusca en sus respuestas, como si quisiera demostrar su posición jerárquica con una seguridad en sí misma que no parecía poseer. Marisa era desde ese día la nueva jefa de Santos.

Cuando se marchó Marisa, acudí al despacho de Ignacio.

Apenas verme me lo dijo:

—Sí, ya sé lo que vas a decirme, pero es la sobrina de Matías. No he podido hacer nada.

—Santos va a comérsela. Lo sabes, ¿verdad?

Cada vez que por las noches caminaba hacia el Smooth Jazz, me invadía una especie de excitación. Me acordaba de lo que me contó una vez un amigo que tenía una adicción al juego. Me explicó que, al echar la moneda en la máquina, se sentía algo eufórico. Poco después se quedaba sin dinero, y aparecía la frustración, «el bajonazo» —como él decía—, y a menudo, la culpa; sin embargo, a veces le tocaba el premio especial, y entonces necesitaba continuar jugando más y más, y más rápido, hasta que lo perdía todo.

Algo parecido me sucedía a mí. «Valentina no ha venido —pensaba—. ¿Y si no volviera más?». Sin embargo, otras noches aparecía, y entonces... pero había algo que me impedía acercarme a ella. No me había pasado esto con ninguna mujer. Quizá hubiera podido presentarme como el dueño del local, quizá preguntarle su opinión acerca de las bandas, ya que era buena cliente... o hacer un comentario baladí para intentar entablar una conversación. Pero pensé que aún no había llegado el momento y que debía planearlo todo. Aunque, ¿cómo hacerlo, si era incapaz de poner orden en mis ideas y pensar con claridad? Hasta que una noche...

El colega, la okupa y el cazador

— ¡Es una puta, jefe! —dijo Dioni.
— Aquello fue como si me hubiesen propinado un fuerte golpe en el pecho.

— Sí, jefe. Como vi que usted tenía interés por saber de ella, le pregunté a un colega que la conoce y me dijo que... ¿Pero quiere que se lo cuente o no?

Entonces intervino Paco y le ordenó que se callase, alegando que a ninguno nos importaba lo que pudiera decirnos, y le llamó maleducado y macarra, y le mandó al almacén para guardar unas cajas y sacar unas botellas, y después fregar unos vasos, y no sé cuántas cosas más.

Dioni obedeció de muy mala gana, porque dio un bufido, y apenas entró en el almacén, escuchamos un golpe seco, resultado de una patada a las cajas de cerveza, tal como Paco comprobó al instante.

Fingí que era cierto: no nos importaba lo más mínimo lo que su colega pudiera decir. Pero en realidad, de haber podido, hubiera agarrado a Dioni, le hubiera llevado a una sala de interrogatorios y le hubiera sometido a un tercer grado, y si era necesario, a toda clase de torturas para así poder estrujarle y extraer de sus adentros hasta la más irrelevante y menuda información acerca de mi Valentina. ¿Una puta? Era imposible que lo fuera. ¿Cómo iba a serlo una mujer así?

Justo en ese momento bajaba por las escaleras, con su actitud espontánea pero comedida. A continuación se quitó la chaqueta, sonrió a la mujer del guardarropa, le dio las gracias, guardó su ficha en el bolso y se dirigió a su mesa de siempre. Llevaba el pelo recogido —a mí me gustaba más cuando lo llevaba suelto— y un vestido que dibujaba el contorno de sus pechos y de sus caderas, separados por una cintura tan pequeña que podría abarcarla con mis dos manos. ¿Cómo iba a ser una puta? A veces, algunos hombres, al verla sola, se le acercaban y le hablaban. Ella entonces, tras escuchar las primeras frases, negaba una y otra vez con la cabeza hasta que conseguía que se marcharan, y si pasados varios segundos no lo hacían, se erguía en su silla, les miraba a los ojos y parecía que les hablaba con dureza, porque al momento se retiraban.

Aquella noche, poco a poco, la sala se llenó, y Dioni atendía a la clientela con un gesto serio que resultaba en él bastante artificial. De vez en cuando me miraba a mí, que no me había separado de la barra, como si pudiera leer mis pensamientos y conocer mis ansias por saber absolutamente todo lo que le había contado su colega.

Transcurrieron varias horas y, a punto de acabar la actuación, intenté aparentar que

bromeaba y le dije:

—Bueno, Dioni, ¿por fin vas a contarnos todo lo que te han dicho de ella?

—¡Ja, ja, ja! —dijo con la expresión de un niño al que se le acaba de levantar un castigo—. Mi amigo dice que, cuando no viene aquí, se dedica a recorrer todos los garitos de Malasaña, hasta los de muy mal rollo, y que a veces sale a la calle con las putas de la Gran Vía, y se pasea con ellas. ¡Y a que no sabe lo que hace! Con mucho disimulo, les mete algo en la mano. Ya puede imaginarse lo que es. Se dice que tiene una tienda tapadera donde vende cocaína. ¡Ja, ja! —volvió a reír—. Y no puede figurarse dónde la guarda. Pues resulta que en el mostrador de la tienda tiene un cesto con unas muñecas pequeñas que hace ella con lana. Pues, dentro de unas blancas que esconde debajo guarda la *farlopa*.

No podía creer aquella sucesión de extravagancias. Supuse que todo tendría una explicación, que su amigo se lo habría inventado todo, que Dioni me mentía.

—¿Ah, sí? —intervino José Luis, reticente—. ¿Y cuánta coca —que compraría en su tienda, por supuesto— se había metido tu colega cuando te lo contó?

—¡Nada, tío! ¡Cero patatero! Mi colega solo se mete coca cuando tiene dinero, y siempre está *pelao*. A él le va más *la maría*.

Era eso, sí. Sin duda era eso. Su amigo era un drogadicto que no sabía lo que decía.

Dioni parecía contrariado, quizá por la escasa credibilidad que habíamos otorgado a sus noticias, y se mantuvo callado el resto de la noche; sin embargo, le resultaba difícil permanecer así durante mucho tiempo, y ya a punto de marcharnos, mientras apagaba las luces y activaba la alarma, dijo:

—Pues pienso seguir averiguando todo lo que pueda de esa tía. Me voy a enterar hasta de si lleva bragas.

José Luis y Dioni se marcharon, Paco y yo nos despedimos, y de pronto me dijo:

—Ella también le mira a usted.

—¿Qué? No te he entendido, Paco. ¿Qué has dicho?

—He dicho que ella también le mira a usted —repitió, en voz baja.

No fui capaz de responder. Nada. En absoluto. Imposible.

A partir de aquella noche, intenté por todos los medios acudir al Smooth Jazz. Ahora no solo necesitaba ver a Valentina, sino conocer cualquier cosa que Dioni pudiera contarme acerca de ella: todos los chismorreos, habladurías, mentiras y calumnias me interesaban, aunque provinieran de aquella fuente tan fidedigna como la de su colega adicto a *la maría* y anhelante de cocaína. Me avergüenzo de ello, pero era cierto. Pensaba que solo si conocía, analizaba y comprendía, sería capaz de poner nombre a mis

sensaciones, pensamientos y actitudes. ¡Menuda mentira!

Habrían pasado cuatro o cinco días, y Dioni se había mantenido callado como un monje cartujo en su monasterio. «¿Habría descubierto algo más?», me preguntaba. Sin embargo, él mantenía una actitud indiferente y llegué a pensar que lo había olvidado por completo, hasta que una noche, apenas vio que me acercaba a la barra, me dijo:

—¡Malas noticias, jefe!

Dioni me lo soltó muy serio mientras colocaba en un cuenco unos frutos secos. Paco le ordenó que se callara, que se dejara de chismes y tonterías, y que prestara más atención a su trabajo. Pero Dioni me miró con una sonrisa maliciosa, como si ambos estuviésemos en medio de un juego clandestino. Era cierto.

Al contrario de la actitud adulta y sensata que adoptaba Paco, de ignorar por completo sus comentarios, yo me comportaba como un adolescente imberbe, y en cuanto me fue posible le hice a Dioni una seña, lo más discreta que pude, y ya juntos en el extremo de la barra, me contó sus averiguaciones.

—Pues ya le he dicho, jefe: malas noticias. Resulta que mi colega estaría más *colocao* de lo que yo pensaba, porque he hablado con una amiga mía que la conoce y que es una okupa que vive en Lavapiés. Casi se me da de risa cuando le dije que era puta. Me contó que era una niñata, que esa no había visto la coca en su vida, y que incluso juraría que es virgen. Así que no sé qué quiere que le diga, jefe, pero si usted me lo pide, seguiré investigando.

Debería haberle dicho: «No, Dioni. Déjalo ya». Pero a pesar de la escasa credibilidad que yo daba a sus averiguaciones, no pude decirle otra cosa que no fuera esta:

—Bueno, pues si puedes enterarte de algo más, me lo cuentas —y Dioni asintió como si acabase de invitarle a una fiesta.

El juego continuaba.

Desde que Marisa llegó al bufete, había sido testigo de cómo un hábil cazador se acercaba a su presa, la rodeaba, la estudiaba, la seducía y, al final, la devoraba.

Confieso, y eso tranquiliza mi conciencia, que intenté avisarla. No recuerdo que alguna vez fuera más diplomático y sutil con alguien que aquel día en que acudí a su despacho; pero quizá llegué un poco tarde, porque Marisa, apenas aludí a Santos, se puso conmigo a la defensiva hasta el punto de acusarme de hombre celoso que pretendía conseguir sus favores.

Sí. Aquella noche, aquella decisiva noche, mientras me dirigía al Smooth Jazz, me sentía furioso, porque esa misma mañana, apenas regresé de México, comprobé que Marisa no estaba y me temí lo peor. Pregunté a Manoli y me contó que, durante mi

ausencia, Santos había logrado que Marisa dimitiera. Él ocupaba ahora su despacho. Al parecer, él sí que había conseguido sus dichosos favores, y se encargó de demostrarlo poniéndola en evidencia de la manera más chabacana.

Apenas me enteré de todo, me dirigí a su *castillo*. Entré sin llamar y allí estaba, sentado en el sillón aún caliente de Marisa, incluso de mi amigo Ignacio. Se desparramaba sobre él, como si pretendiera que cuanto más contacto tuviera con su cuerpo, mayor potestad y grandeza le otorgase. Parecía un plebeyo disfrazado de rey, un nuevo rico que intenta aparentar lo que nunca fue en el pasado, un completo impostor.

—Hola, Santos. Vengo a darte la enhorabuena por tu ascenso —ni se levantó, aunque tampoco le di tiempo—. Es una lástima que no haya sido por tus méritos profesionales sino por haberte tirado a Marisa, la sobrina de Matías —la sonrisa de satisfacción que mostraba en su cara desapareció—. ¡Ah, por cierto! Un compañero de su tío se ha enterado de lo ocurrido y ha preguntado mucho por ti. Ha dicho que le gustaría acompañarte al circuito de Jerez la semana próxima. También tiene una moto, ¿sabes? —se incorporó en el asiento. Parecía muy tenso.

—Pero... qué... yo no...

—También ha dicho que durante el camino quiere que se la chupes. Dice que está muy necesitado. Acaba de salir del armario.

Se levantó del sillón de un salto. Avanzó dos pasos hacia mí e hizo ademán de levantarme el puño, pero se contuvo.

—Eres un...

—Y enhorabuena otra vez. Espero que lo disfrutes... Me refiero a la carrera de Jerez... con el amigo de Matías.

Pero su retorcida maniobra con Marisa se trataba tan solo de uno más de sus entrenamientos. Los necesitaba para enfrentarse en el futuro a una prueba mucho más dura.

El detective

Es cierto: estaba muy cabreado. Sin embargo, al llegar a la puerta del Smooth Jazz, mis pensamientos se diluyeron por completo porque por fin se habían encendido las luces de ese local frente al nuestro, cuyas obras parecía que nunca iban de terminar. Durante unos minutos, observé a grupos de jóvenes que no cesaban de entrar; y un poco más allá, en la esquina, a una chica que entregaba invitaciones: «¡Es la inauguración! ¡La primera copa, gratis!». Debo confesar que tenía curiosidad por conocerlo y también, por supuesto, por si podía convertirse en una amenaza para nuestro negocio.

El desagradable pum-pum-pum se escuchaba desde mucho antes de atravesar la puerta y, una vez dentro, parecía que sonaban todos esos últimos éxitos que suelen aparecer en las emisoras de radio más populares, en medio de cientos de anuncios estridentes y machacones. Era evidente que, a esas horas de la noche, nadie iba a consumir allí la primera copa de su gira nocturna. Supongo que antes habrían tomado varias cervezas mientras recorrían las calles del barrio. No pude evitar preguntarme si mi Valentina, mi solitaria y especial Valentina, habría caído en la tentación de entrar. «Ella es diferente a todos estos —pensé—. Su gusto por la buena música jamás le permitiría entrar en un local tan vulgar y corriente como este». De todos modos, decidí quedarme un rato y me acerqué a la barra.

A mi lado había un hombre fornido que exhibía un tatuaje en la nuca. A los pocos minutos se marchó y dejó al descubierto una espalda desnuda. Aunque nunca la había visto antes, enseguida supe que era la de ella. Me quedé bastante sorprendido, decepcionado, pero también —¿por qué no decirlo?— irritado por su presencia. Estaba tan cerca de mí que hubiese podido agarrarla por la cintura con tan solo alargar el brazo. No estaba sola. Esta vez no. Y a pesar del sonido ensordecedor de la música, podía escuchar su voz de manera entrecortada, una voz que jamás había podido oír antes con claridad. Solo había escuchado susurros, susurros dirigidos hacia la encargada del guardarropa o hacia algunos de los camareros. Llevaba una copa en la mano de lo que podría ser un *bloody Mary*. En compañía de lo que parecían sus amigos, seguía el ritmo de la música de forma sutil, balanceándose de un lado a otro, hasta que sonó un tema que yo jamás había oído y que me pareció una canción estúpida. Entonces dejó su copa sobre la barra y comenzó a bailar de manera sensual, mostrándome así algo desconocido que nunca imaginé que podía llevar en su interior. Su cuerpo parecía ser la continuación de una de las ondas de su pelo largo color avellana. Y entonces, de repente, me miró, y, descarada y provocativa, me mantuvo

la mirada.

Me volví hacia la barra lleno de rabia. «¿Pero qué te has creído, niñata? ¿Acaso piensas que puedes coquetear conmigo? ¿Cuántas copas llevas ya? No mientas y hagas creer a todos que te gusta el *jazz*, cuando en realidad solo eres una más. Quizá no seas una puta, pero eres...».

—¿Qué quiere tomar? —interrumpió el camarero.

Aquella pregunta me pilló tan desprevenido que contesté sin pensar:

—¡Lo mismo que toma esa señorita!

—Muy bien.

A los dos segundos, el camarero se detuvo y se giró hacia mí:

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto! ¡Le he dicho que lo mismo que la señorita!

—Ok —contestó.

En menos de un minuto, colocó sobre la barra, delante de mí, el *bloody Mary* que tomaba Valentina.

Tras dar un par de sorbos, pensé que el camarero me gastaba una broma. Le llamé:

—¿Se puede saber por qué me ha traído un zumo de tomate?

—Pues, porque son las copas que toma la señorita.

No pude soportarlo más. Abandoné «la copa de la señorita» sobre la barra, me marché de allí a toda prisa, crucé la calle y entré en mi club. Una vez a salvo, para intentar calmar mi crispación, me acerqué a charlar con Paco, y a los pocos minutos me senté en una de las mesas.

Al cabo de un rato, vi cómo la descarada bajaba por las escaleras. Miró a su alrededor e incluso a mí de forma fugaz, y se fijó en el escenario. Permaneció allí de pie durante unos instantes sin acercarse a la barra, sin volver a tomar su maldito zumo de tomate ni su copa de vino blanco. Después, miró la hora en su reloj de pulsera, como hacía otras veces, y se marchó, con la osadía de no quedarse al menos para acabar de escuchar la canción de Marvin Gaye que cantaba el solista del grupo: *If I should die tonight*. Traidora.

Apenas desapareció por la puerta, salté de la silla como si alguien hubiera presionado un resorte. El volumen de mi voz resonó en el guardarropa sobre la música de fondo: «¡Señorita! ¡Mi abrigo!», y subí las escaleras a toda velocidad para seguirla mientras luchaba con él con torpeza para encontrarle las mangas. Una vez en la calle miré a un lado y a otro, y vi cómo en ese instante doblaba la esquina. Corrí hacia allí, y al volver a divisarla contuve mis pasos. Me subí el cuello del abrigo, metí las manos en los bolsillos,

llené de aire los pulmones y me puse a fingir que caminaba despreocupado como uno más.

La vida nocturna de una víspera de fiesta en los alrededores de la glorieta de Bilbao aglomera a la gente alrededor de los locales, y tienes que bordear con cierta dificultad a los grupos que charlan y ríen en la puerta mientras sostienen una copa en la mano y un cigarrillo en la otra. En un momento dado llegué a chocar con un contenedor de basura, pero eso no me hizo perderla de vista. Poco a poco se internó en el barrio de Malasaña. Me sentía ridículo imitando a uno de esos detectives malos de las películas a los que se acaba descubriendo y a los que el villano espera tras una esquina para darle un puñetazo en las narices, pero lo cierto era que habían sido ya demasiadas noches soportándola, ver cómo llegaba sola —como yo—, apoyaba los codos en la mesa y se sujetaba la cabeza con las manos —como yo—, y se marchaba sola —como yo—. Y eso no era todo, porque a esas alturas ya no podía dejar de pensar en ella. Su imagen aparecía dentro de mí cuando menos lo esperaba: cuando estaba de camino o de vuelta en el avión, cuando en algún momento apartaba la mirada del ordenador, e incluso en una ocasión, mientras hablaba con un cliente importante. Su recuerdo me acompañaba cada noche cuando intentaba dormir, y me esperaba por las mañanas en cuanto abría los ojos. A veces la imaginaba en mi casa al regresar del trabajo: nada más verla, la desvestía poco a poco, y una vez desnuda, me dejaba perder entre sus pasadizos más oscuros y cálidos. Después, juntos preparábamos la cena como una pareja normal mientras charlábamos sobre cómo nos había ido en el día. Y luego, sentados en el sofá, cenábamos de manera informal. Quizá ella prefiriera sentarse en el suelo sobre la alfombra, con las piernas dobladas como un yogui, y yo sonreiría por su pequeña excentricidad y hundiría mi dedo entre sus rizos, y...

Cuando conseguía despertar de aquella ensoñación, me invadía una sensación enorme de vacío y tristeza, y me sentía muy solo.

En la Corredera Alta de San Pablo me parecía bastante más incómodo que antes caminar entre la gente. Su cabello aparecía y desaparecía una y otra vez de mi vista. La trayectoria de mis pasos se había convertido en una línea quebrada para esquivar algún empujón o algún coche que trataba de abrirse paso por allí. En un momento dado, me sorprendí a mí mismo agachado en medio de la gente. Intentaba encontrar en el suelo las llaves de casa que no sé de qué extraña manera se me habían escapado del bolsillo. Sin duda alguna las habría tirado yo cuando jugueteaba nervioso con ellas mientras me veía arrastrado como un animal en celo. En aquel momento me sentí ridículo y avergonzado ante esa faceta loca e instintiva que se había despertado dentro de mí. ¡Aquí están! ¡Menos mal! ...pero estaban sobre lo que parecía ser orina de perro. A pesar de mis escrúpulos, alargué la mano, pero un chico que pasaba por allí les dio una patada sin darse cuenta y estuvieron a punto de colarse por el agujero de una alcantarilla. Con un movimiento reflejo

conseguí evitarlo, y una vez en mi bolsillo, me alcé para volver a encontrar a mi presa, pero... tuve que dar un respingo para no chocar con ella, porque estaba justo allí, de pie, sobre la acera, mirando a un lado y a otro como si esperase a alguien.

Me detuve, y de espaldas a ella, la miré de reojo mientras simulaba contemplar absorto la entrada de un supermercado. Al cabo de unos minutos se acercó un hombre.

—Creí que no venías —le oí decir a ella.

—Han ocurrido algunas cosas —contesto él con evidente nerviosismo— y necesito pedirte... Mira, muñequita, sabes que lo siento mucho más que tú, pero es urgente que...

Luego, él la agarró de la cintura, la condujo hasta el interior de un portal cercano y cerró la puerta.

Decidí entonces que todo lo que necesitaba saber iba a descubrirlo por mí mismo.

Malasaña. «Música, flores y... »

El bar de Antonio, en pleno barrio de Malasaña, se había convertido en el lugar perfecto. Y todo a pesar de que el primer día que entré, sentado a una de las mesas, estaba tan sumergido en mis pensamientos que no me di cuenta de que había apoyado los brazos sobre restos de comida. Del brinco que di, saltaron por los aires la taza de café y la barrita con tomate que en ese momento me traía Antonio.

—Lo siento —dije yo.

—Lo siento —dijo Antonio.

Fue un momento muy embarazoso, pero desde entonces, antes de que fuera a sentarme, pasaban una bayeta por la mesa y hasta por el tablero de la silla. La cucharilla de café solía estar limpia.

Cada vez que conseguía tener una mañana libre, pasaba largos ratos allí intentando entablar conversación con los clientes más asiduos, con el mismo Antonio, y con su mujer, Carmen, que se encargaba de la cocina. Podría decirse que los dos habían nacido y crecido en el barrio. Tendrían cerca de sesenta y cinco años. Antonio parecía mucho mayor de lo que era porque había sufrido una trombosis cerebral hacía un año y caminaba algo despacio, y aunque su voz era clara, hablaba algo más lento de lo normal.

El bar era uno de esos antiguos, de toda la vida, pero este en particular era bastante cutre, con una necesidad imperiosa de rehabilitación, según mi punto de vista, pero era bastante popular. Durante la mañana solían acudir los típicos parroquianos: hombres jubilados, alguna mujer a tomar chocolate con unas porras, o algunos otros que acudían a tomar café con una copita de anís o de coñac. A mediodía acudían a comer algunos grupos que trabajaban por allí y gustaban de comida casera. Pero los fines de semana, sus mesas se llenaban de chicos jóvenes que acudían a celebrar algún cumpleaños y cenar a base de tapas y sangría por un módico precio.

Allí trabajaba algunos días con mi portátil y, aunque me resultaba muy difícil concentrarme en él, poco a poco conseguía enterarme de algunos cotilleos del barrio: qué piso se había vendido y quién era la pareja joven que lo había comprado, qué finca estaban rehabilitando, lo enfermo que estaba el Manolo, y lo de la señora Mercedes, que a los ochenta y cinco años había muerto sola en su casa sin que lo advirtieran los vecinos hasta pasado casi un mes. Sí, era el lugar perfecto, porque estaba justo enfrente de la casa de Valentina, y desde mi mesa, junto a una enorme ventana, la observaba a diario cada mañana para dirigirse al trabajo: una tienda contigua al portal en el que ella vivía. Se

llamaba «Valentina: música, flores y...».

El bar de Miguel resultaba para mí otro de mis lugares estratégicos. No se parecía en nada al de Antonio. Allí no te ponían de aperitivo una tapa de oreja, o un magro de cerdo con tomate, ni a mediodía te ofrecían unos callos con garbanzos o un arroz con pollo. Si querías comer, podías pedir una ensalada de la casa, o unas *tostas* variadas, o algún plato de cocina creativa. No se llamaba «El bar de Miguel», sino como una especie de trabalenguas fuera de contexto y sin significado alguno. A este *gastrobar* —o bar de copas a partir de las diez de la noche, cuando a propósito bajaban la luz y encendían las velas— acudían a menudo parejas muy jóvenes y algunos grupos de estudiantes que llevaban consigo sus portátiles, libros y cuadernos. Algunas veces yo solo podía acudir por la tarde. Entonces, era complicado encontrar un asiento junto a la ventana y no tenía otro remedio que intentar acomodarme en una de las mesas interiores que junto con sus sillas parecían diseñadas para niños de guardería. El bar de Miguel también se convertía los fines de semana en lugar obligado a visitar por grupos de extranjeros que pretendían explorar y zambullirse en el ambiente malasañero. Siempre había música de fondo, que a veces para mí resultaba inaguantable hasta el punto de conseguir expulsarme de allí.

Sin embargo, lo mejor de todo era que la esquina del bar de Miguel tenía grandes y transparentes cristalerías, y desde allí podía ver, aunque desde un ángulo distinto, lo mismo que desde el bar de Antonio, es decir, el portal y el lugar de trabajo de Valentina.

Con el tiempo comprobé que era muy puntual para entrar, y en los días de mayor bullicio ni siquiera cerraba a mediodía. Algunas veces, si subía a casa a comer, sobre todo si era un día soleado, abría sus balcones repletos de plantas, de par en par, y aquello me hacía recordar aquella frase de mi abuela: «Para que entre la luz, el sol y la gracia de Dios».

Antonio me contó que Valentina era la propietaria de la tienda, que en vida de sus padres era de tejidos, y que cuando estos fallecieron la transformó hasta llegar a convertirse en lo que era en ese momento. Con el paso de los días me enteré de que Valentina había perdido a sus padres hacía unos ocho años, y que los cuidó ella misma hasta el final.

«Valentina: música, flores y...». Admito que estaba algo intrigado por el nombre, así que un día sonsaqué a Antonio.

—Esta chica es como El Corte Inglés —dijo—. Compra y vende cualquier cosa. Se enteró de que íbamos a tirar la mesa del comedor de mi casa, y me la pidió. Se la di. No sé lo que le ha hecho, pero ahora es donde pone los ramos de novia. Ha salido tan *negocianta* como sus padres. Nosotros la conocemos desde que nació y la queremos como a una hija; no como a sus dos hermanos, que enseguida que pudieron se fueron del

barrio, y cuando sus padres estuvieron enfermos pocas veces les vi por aquí. Creo que si ahora les viera, ni les reconocería.

Sin embargo, otro cliente, mucho más joven, sonrió con cierta ironía y dijo:

—Bueno, seguro que además de las flores y de la música, habrá una *y* que es preferible esconder.

Antonio miró al joven con gesto serio. Me pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo. Prefirió coger una bayeta y limpiar un poco la barra.

«¿¡A qué se refiere!?!», le hubiera preguntado yo agarrándole por las solapas. «¿¡Qué insinúa que significa la *y*!?!». Por supuesto, me contuve, y decidí olvidar aquel comentario.

Estábamos ya a mediados de diciembre, y desde el bar de Antonio contemplé a Valentina salir de su tienda portando una escalera. Después sacó unas cajas, y de ellas, muérdago, luces de colores, flores de Pascua, musgo, que poco a poco adornaron la fachada de la tienda. Cada vez que entraba o salía, se dejaba la puerta abierta. Desde el interior escapaban notas de *smooth jazz*. Y entonces me invadía una absurda sensación de lealtad y fidelidad a mí y al espacio que los dos compartíamos a menudo por las noches. A mí me parecía toda aquella decoración bastante exagerada, pero lo cierto es que no pasaba inadvertida para nadie. «¡Mira, mamá! —escuché decir a una niña—. ¡Es una tienda de hadas!». Incluso algunas chicas y mujeres más mayores, tras observar el escaparate, entraban a curiosear. Ninguna se marchaba sin llevar un paquete en las manos.

Era inevitable. Valentina cada vez me gustaba más y más; sin embargo, me parecía demasiado idílico todo lo que la rodeaba. Tanto, que conseguía preocuparme.

Uno de esos días, Antonio salió de detrás de la barra, se colocó de pie a mi lado y, con un paño de cocina entre las manos, observó a Valentina, que en ese momento entraba en la tienda. Después me miró y, con el rabillo del ojo, vi cómo sonreía mientras sacudía la cabeza. Estaba claro que me había descubierto. Sin embargo, Carmen, al cabo de un tiempo, no resultó ser conmigo tan discreta como su marido, más bien diría que bastante descarada.

Carmen pasaba el día en la cocina. Era muy pequeña y tenía siempre abierta la puerta que daba a la barra, para que Antonio pudiera sacar de allí con facilidad las tortillas de patata humeantes y los demás aperitivos recién hechos.

A menudo me gustaba escuchar las conversaciones que Carmen mantenía cuando salía a la barra, con unos y otros, porque entonces me parecía estar en el Madrid antiguo, en medio de la representación de un sainete de Arniches. A veces no podía evitar reírme, y ella al verme se reía también y soltaba alguna otra frase con la cual volvía a reírme, hasta que entraba algún cliente desconocido o de poca confianza. Entonces se callaba en seco, se ponía muy seria, levantaba algo el mentón y pretendía adoptar una actitud formal, e

incluso altanera, que solo conseguía mantener durante un par de minutos.

Pero un día aprovechó que en ese momento yo era el único cliente, salió de la cocina, se colocó de pie junto a mi silla, igual que un día hizo su marido, y observó a través de los cristales a Valentina, que en ese momento enseñaba el escaparate a lo que parecía ser un carpintero. No creo que haya pasado más vergüenza en toda mi vida.

—¡Ay, don Enrique! Está usted loquito por la Valentina, y no me diga que no, que me ofende.

—¡Pero cállate, muchacha! —interrumpió Antonio—. ¿No ves que violentas a don Enrique?

—Vamos, ¡que no sé cómo son los hombres de ahora!, porque uno de los de antes, a estas alturas, ya la habría *conquistao*. ¡Ande! ¿Por qué no va y le dice algo? Decídase usted, porque como ella no hay otra. ¡Que sí, hombre! Que ella es muy buena chica, y usted muy trabajador, aunque lo que es aquí en el bar... no da un palo al agua.

—¡Pero Carmen! ¡Ve a calentar el rabo de toro!

—Que digo yo que, si quiere, le saco un sillón y se lo pongo aquí de cara a la ventana, pa' que la mire usted mejor, y bien cómodo. Y no se preocupe, que no le cobro entrada. Y anda que... la Valentina no se queda atrás, porque ella no le quita ojo...

Debí ponerme colorado, porque sentí una ola de calor que me subía hacia la cara.

—Carmen, perdone —me atreví a decir por fin—, es imposible que no me guste Valentina, porque es muy guapa, pero eso que ha dicho de que yo a ella...

—Ella, en cuanto ve que usted entra o sale, lo que le he dicho: ya no le quita ojo. Yo *la* digo que, ya que usted no se decide, que sea ella la que se acerque, pero dice que no *tié* por qué, porque no le conoce de nada. «¡Pero qué tonta!», *la* digo. Ahora que... usted, don Enrique, es peor: ¡es tonto de remate!

—¡Pero Carmen! —exclamó Antonio con voz forzada.

Por suerte para mí, en aquel momento entró en el bar una pareja, y Carmen tuvo que callarse.

El trabajo intenso en el bufete era lo único capaz de absorberme lo suficiente para que una parte de mí no pudiera escabullirse y volar hasta el barrio de Malasaña, hacia todas y cada una de las cosas que rodeaban a Valentina y que, en muchos momentos, llegaba a sentir que ya eran algo mías.

La casita de juguete

— Parece que Virtuosa vende el piso —escuché decir una mañana a uno de los parroquianos del bar de Antonio.

—¡No me digas! —contestó Antonio—. ¿Será que ya piensa en irse a esa residencia que dice?

—No, no. Vende el exterior, el grande, el que tenía alquilado a los estudiantes. Ella continuará en el de siempre, el interior, en la casita de juguete.

Me di cuenta de que, mientras hablaban de ello, miraban hacia arriba una y otra vez «¿Será un piso de este mismo bloque?», me pregunté. Sin pensarlo, salí a la calle y también miré hacia arriba. «Se vende», mostraba un cartel con un número de teléfono.

«Se vende... Se vende... Se vende...», repetía en mi cabeza mientras caminaba unos pasos arriba y abajo sobre la acera. Saqué el móvil del bolsillo y comencé a marcar.

—No se moleste usted, don Enrique, que si lo quiere ver por dentro, ahora llamo a Virtuosa y nos lo enseña. Seguro.

Antonio se acercó al portal y tecleó uno de los telefonillos.

A los pocos minutos, me encontré subiendo cuatro pisos sin ascensor por unos peldaños de madera que crujían a nuestros pasos: los de Antonio, los de Virtuosa y los míos.

—¡Hay que ver lo ágil que estás, Virtuosa, para la edad que tienes! —dijo Antonio resoplando y rezagado mientras subía—. Como pesas menos que una figurilla de mazapán...

—¡No empecemos, Antonio! ¡Envidia cochina!

Por fin, al llegar al último rellano de la escalera, Virtuosa se adelantó a nosotros y abrió la puerta. Apenas lo hizo, percibí un olor penetrante a rancio. Pulsó el interruptor de la luz que, ya encendida, parecía proceder más bien de un candil, y se dirigió a abrir el balcón y a subir la persiana. Cuando los rayos del sol iluminaron aquello, tuve la sensación de que había retrocedido a una época anterior, quizá a los años cincuenta. A primera vista el piso no tendría más de unos cuarenta metros cuadrados. Además, estaba tan repleto de muebles que tuve impulsos de salir disparado, alcanzar la calle, respirar aire fresco y evitar que de un momento a otro se abalanzaran sobre mí.

Resultó que aquello que me parecía un recibidor diminuto era, según dijo Virtuosa, el comedor salón de la casa. A mano derecha junto a la pared había un sofá de tres plazas de plástico rojo, cubierto con una tela.

—Ya ve, don Enrique —explicó Virtuosa—, el sofá es de un escay muy bueno, y lo que lleva encima es una colcha de ganchillo.

—¡Pues, menuda colcha! Tiene más agujeros que... —comentó Antonio.

—Sí, pero no queda mal, y además está hecha a mano y con mucha paciencia —replicó Virtuosa.

—Y esta tele que tienes en la librería, ¿de qué contenedor de basura la has *sacado*?

—¡Ya estamos! Pues, como diría Valentina, es una tele *vintas*. O sea, que vale dinero. ¡Búrlate! ¡Búrlate!

Apenas dos pasos más y ya estábamos en la cocina:

—Esta es una nevera *Kelvinator* —nos explicó— y la he *conservao* hasta ahora. Funciona muy bien. Hay que ver lo buena que me ha salido. En mi casa de abajo la querría tener, pero no me cabe. La lavadora es pequeña, pero cumple su función —añadió. Gas natural aún no tiene este bloque, pero llegará pronto. Mientras, nos apañamos bien con el butano.

En el interior de la cocina había una puerta corredera de cristal opaco. ¿Qué era aquello?: una especie de aseo donde se entraba con cierta dificultad y que solo tenía un inodoro, un lavabo diminuto y un plato de ducha con el suelo desconchado, por cuyo desagüe asomaba la cabeza una cucaracha.

—¡Pues, menuda guarrería que tienes! —comentó otra vez Antonio—. ¿Y aquí dónde se duerme? ¿En el sofá, o se comparte habitación con la cucaracha?

—Con las cucarachas dormirás tú, ¡que menudos ejemplares tienes en el bar! ¿Qué *las* haces? ¿Ponerlas de ración para el aperitivo de los domingos?

Antonio parecía disfrutar mucho con aquella visita y no dejaba de reírse. Me miró.

—No se asuste, don Enrique, que ella ya sabe que me gusta chingarla.

Virtuosa nos enseñó el único dormitorio de la casa. Solo tenía una cama pegada a la pared y una mesita de noche. Se me ocurrió abrir el cajón y encontré una caja de preservativos. Después vi lo que parecía ser un armario pequeño, pero «a juego con la habitación», según nos dijo.

—¡Qué! ¿Le gusta el piso? —me preguntó mientras se dirigía de nuevo hacia la entrada—. Pequeñito, sí. Pero tiene nada menos que dos balcones a la calle: el del salón y el de la habitación.

—Sí, sí. Es un piso de categoría. ¿Pero qué pasa? —preguntó Antonio al ver que existía otra puerta que Virtuosa había pasaba por alto—. ¿Es que no nos vas a enseñar lo que tienes ahí? ¿Qué escondes? ¿Un esqueleto?

Virtuosa dudó algunos instantes. Luego sacó de su bolsillo una llave y dijo:

—Es que... no está muy presentable.

Por fin metió la llave en la cerradura. No resultó fácil abrir la puerta, porque estaba encajada y rozaba contra el suelo, pero Antonio y yo, con un poco de maña y otro de fuerza, conseguimos abrirla. Descubrimos que tras ella había una terracita cuadrada de unos treinta metros, llena de polvo y de sillas rotas. Me asomé por la barandilla y observé que mi terraza era la más alta de todas las que había en aquel patio interior amplio, soleado, con ropa tendida, plantas poco cuidadas, botellas de butano y trastos viejos.

Durante toda mi visita a la casa, me di cuenta de que el suelo no solo estaba muy desgastado, sino desnivelado en distintas zonas. Virtuosa notó que lo había advertido.

—Sí, ya ve —dijo—. Es que esta es una casa muy antigua. Habrá visto que junto al número del portal hay otro. Pues es la fecha en la que se hizo este bloque: mil ochocientos ochenta. Son unas casas muy buenas, hechas solo con escuadra; no como las de ahora, que las hace cualquiera con un ordenador y así salen. En esta escalera no encontrará dos pisos exactamente iguales. Este, que es el cuarto, el último, tiene el comedor un poco más grande que el del primero. ¡Ah! ¡Y menudas vigas de madera tienen! ¡Y las paredes! ¡Toque, toque! Son de ladrillo macizo, no como las de ahora, que son tan malas que los vecinos oyen todo lo que dices.

—¿Cuándo firmamos la escritura? —pregunté.

Antonio no pudo disimular su perplejidad. Estaba claro que pensó que se trataba de una broma. Después reaccionó:

—Pero don Enrique, ¿lo ha pensado bien? Esto es un desastre. No creo que esta sea una casa para que viva usted.

—Si la quiere —dijo Virtuosa—, firmamos en pocos días. Y se la voy a poner a buen precio, no se preocupe. Yo me encargaré de limpiar lo que pueda y sacarlo todo si quiere. Venderé la nevera y el sofá y...

—No —contesté rotundo—. Se lo agradezco, pero lo que tenga que hacer corre de mi cuenta.

A los siete días de aquella visita, mientras me dirigía al despacho del notario, confieso que me embargaba una especie de temor y de extrañeza ante mi decisión, tan impulsiva, tan poco meditada y ya casi irrevocable; pero también me dominaba cierta euforia, porque la casa de la que estaba a punto de ser propietario sería mi hogar a partir de ese momento. Además, no podía evitar sonreír con malicia para mis adentros al suponer lo que dirían mi hermana María y mi sobrina Chisi si lo supieran.

Antes de instalarme, la primera medida que tomé fue llamar a una empresa de albañilería para que arreglaran todos los desperfectos, y a otra de limpieza para que se deshicieran, en primer lugar, del colchón de la habitación. También ordené que

desparasitasen toda la casa y después la pintasen.

Cuando los operarios se disponían a retirar la librería del comedor para llevarla a un contenedor de basura, me sorprendió que hubiese apiladas, en una de sus baldas, varias películas en formato VHS. A su lado estaba lo que parecía ser un antiguo reproductor de videos.

—Esperen un momento —dije—. Me gustaría ver si esto funciona.

Introduje una de las cintas y sí, funcionaba, así que me quedé también con ellas por si un día quería verlas. En una de ellas leí *Pulp Fiction*, y en otra, *Jackie Brown*. Caí en la cuenta de que los dos pósteres que estaban en la pared clavados con chinchetas quizá tuvieran algo que ver con ellas: en uno aparecía la escena de un baile entre John Travolta y Uma Thurman, y en el otro, Samuel L. Jackson con Robert De Niro y una mujer negra guapetona de mediana edad. Los pintores hicieron ademán de ir a arrancarlos sin cuidado alguno.

—¡No! —les dije—. Pinten la pared y vuélvánlos a colocar.

En cuanto a la terraza, tras cambiar la puerta, la dejaron limpia y vacía. Ya pensaría qué hacer con ella más adelante. Y puesto que, sobre todo durante la noche, la zona era muy ruidosa, coloqué unos buenos cristales aislantes. Por último, no sé por qué extraña razón, tampoco me deshice del sofá, ni de la colcha rota de colores. Y cuando consideré que el piso había quedado más o menos bien, dentro de las escasas posibilidades que tenía según hubiera dicho mi sobrina, me instalé allí con muy pocas cosas.

Intentaba pasar en Malasaña el mayor tiempo posible. Me gustaba pasear por el barrio. A mediodía solía comprar comida preparada, nunca me faltaba en casa leche y fruta, y muchas veces, sobre todo por las noches, me cocinaba yo mismo un par de huevos fritos o un filete de ternera. Y por cierto, la *Kelvinator* funcionaba muy bien.

Ni yo podía creerlo: vivía en el mismo barrio que Valentina, en la misma calle, en el portal de enfrente de su casa. Yo en un cuarto piso, que era el más alto, y ella en un tercero que parecía ser bastante más grande que el mío, a juzgar por sus ocho balcones que daban a la calle. En ocasiones la veía entrar y salir, escuchando ese sonido característico de las puertas de madera. A veces lo hacía sola, y otras, acompañada de algunos amigos que a menudo hablaban y reían en un tono que, si no había demasiada gente, parecía amplificarse en aquellas calles tan estrechas.

A menudo me descubría a mí mismo oculto en la penumbra de mi casa mientras observaba su silueta a través de una especie de bruma anaranjada: mi cristal y su cristal, mi cortina y su cortina. Al anochecer bajaba las persianas casi siempre, pero a veces no lo hacía y la observaba caminar de un lado a otro por el interior de su casa y cenar sentada en

el sofá con una bandeja sobre las rodillas. Después, sobre las once o las doce, dos de sus balcones se oscurecían y se encendía otro, bajaba la persiana de este último y a la media hora se apagaba la luz. Entonces mi imaginación, una vez más, se desbordaba. Pero un día se le olvidó bajar la persiana. Observé cómo se sentaba en el lado de la cama frente a la ventana y, distraída, se desabrochaba todos los botones de la blusa. Sin quitársela, se puso en pie y se metió las manos por debajo de la falda. «¿Pero qué haces Valentina? ¿No te das cuenta de que podría verte alguien desde alguno de los bloques de enfrente?». Y entonces, como si hubiese escuchado mis pensamientos, se acercó a los cristales y bajó la persiana.

Su vida me parecía muy sencilla, hasta que un día la vi salir de madrugada sola. Y también otra noche, y a los pocos días otra más. Siempre lo hacía en días de diario.

Una noche no pude resistirlo más y la seguí.

Valentina acudió a una calle frecuentada por prostitutas. Por supuesto, en mi memoria apareció de inmediato aquello que dijo Dioni de que era puta, pero mis ansias de saberlo todo acerca de ella enmascararon de algún modo mi sensación de angustia.

Busqué a mi alrededor un lugar donde esconderme: un bar. Desde el interior observé cómo abría la puerta de un local y desaparecía tras atravesar una neblina roja y negra. En ese mismo instante imaginé que Valentina salía de allí semidesnuda y se contoneaba ante algunos de los hombres patéticos que merodeaban por allí. Del mismo modo, también temí que, al introducirse por aquella puerta, hubiera descendido hasta las profundidades del infierno y que jamás volviera, es decir, que desapareciera para siempre.

A los pocos minutos la vi salir vestida con la misma ropa con la que entró, acompañada de una mujer mayor que no tenía aspecto de prostituta.

Me tranquilizó comprobar que Valentina no parecía *hacer la calle*, como había dicho Dioni, aunque había algo que sí era verídico: se relacionaba con prostitutas. De todos modos, reconozco que incluso antes de haber presenciado aquello, algunas veces sentía dentro de mí una especie de punzada que me decía que quizá estuviese en peligro.

Una noche, por ejemplo, soñé que penetraban en su tienda unos atracadores, la agarraban por el brazo de muy malas maneras y, a punta de pistola, pretendían obligarla a cambiar el rótulo de la puerta. Con un spray borraron la y hasta llegar a convertirla en un ovillo negro e ilegible. Después, en plena calle, pretendían desnudarla arrancándole la ropa a girones. Yo estaba allí y quería ayudarla, pero me mantenían atado de pies y manos, y con la boca cerrada con un trozo enorme de cinta adhesiva, y no podía hacer nada.

Me desperté sobresaltado, y el corazón me latía rápido y con fuerza. Tuve que abrir el balcón y respirar profundamente para aliviar mi sensación de falta de aire. Después, poco a poco conseguí relajarme y volví a quedarme dormido. Por la mañana, mientras desayunaba, pensé que tan solo había sido una pesadilla absurda.

Con Virtuosa coincidía muy a menudo en la calle, en el supermercado, en la escalera... Y una mañana, al llegar a la puerta de su casa, como en muchas otras ocasiones, se empeñó en que entrase. Yo hasta entonces siempre me había negado a hacerlo, pero aquel día claudiqué.

—Pase, pase, don Enrique, y tómese una copita de vino dulce que me ha traído mi prima de Cádiz. Pero si para usted es muy temprano, le pondré un zumo de piña. No me lo desprecie, que somos vecinos.

Vivía en un segundo piso que daba a un patio interior. Recordé en ese instante el nombre que había oído en el bar refiriéndose a su casa: la casita de juguete.

—¡Cuidado con la cabeza, don Enrique! No vaya a tropezar con este arco del salón, que tiene muy mala sombra. Siéntese en este sillón, que estará más cómodo. ¡En el otro no, que se clavarán los muelles!

Mientras Virtuosa buscaba el vino dulce en la cocina, observé la gran cantidad de fotos que tenía repartidas por allí. Me llamó la atención una que sobresalía por su marco grande y recargado, en la que aparecía junto a otra mujer. Ambas llevaban trajes muy escotados y unas plumas en la cabeza. La cogí para mirarla más de cerca.

—¡Caramba! ¡Qué foto tan curiosa tiene usted aquí! Esta debe ser de los carnavales. ¿Y la otra señorita quién es?

—¡Ah! Sí, sí... Eso, eso, sí: en los carnavales. Y esta —sujetó el marco y señaló a la mujer—, esta ha sido la mejor amiga que he tenido en la vida. Si no hubiera sido por ella, por todo lo que me ayudó cuando yo era joven, no sé cómo habría acabado. Si yo le contara... ¡Pero tómese el vino, que está muy rico! Por cierto, tiene que haberle quedado muy bien el piso, ¿verdad? Seguro que lo habrá dejado mucho más bonito de lo que era antes —y me insinuó de tantas maneras que quería subir a verlo que al final cedí también, ya que más pronto o más tarde se lo tendría que enseñar.

—¡Hay que ver lo hermoso que lo tiene! —dijo en un primer momento, pero de pronto pareció asustarse.

—¡Pero, don Enrique! ¿¡Dónde come usted!?! ¡Si no tiene mesa! ¡No me dirá que lo hace en la mesita pequeña de delante del sofá! ¡No, no! No se lo consiento. Yo tengo en el trastero una mesa muy buena que le vendrá muy bien aquí, junto a la ventana. Se la voy a subir esta tarde.

Intenté disuadirla, pero tenía algo de razón: resultaba bastante incómodo sentarme en el sofá con las piernas dobladas mientras me llevaba la comida a la boca desde aquella mesita.

—Hoy no, Virtuosa, que tengo que irme a resolver un asunto de trabajo y volveré por

la noche.

—¡Ah! —contestó—. No se preocupe por eso, que si quiere, me deja usted las llaves, le digo a Antonio que me ayude y cuando vuelva tiene la mesa colocada.

Accedí.

El asunto de trabajo en realidad no lo era, ¿o sí? Hacía unos días que Antonio me había pedido un favor: su hijo tenía problemas con un inquilino y ningún abogado había conseguido ayudarle. A pesar de mi insistencia en que aquella no era mi especialidad, le vi tan preocupado que justo aquella tarde iba a encontrarme con él para explicarme de qué se trataba.

Aquella noche, al regresar a casa, tal como habíamos quedado, Virtuosa me había dejado las llaves en el buzón. Las recogí y, nada más entrar y encender la luz, en mi mente se representó la imagen de la casa de una tía de mi madre, cuando de pequeños nos llevaba a su pueblo: al fondo, junto al balcón, estaba la mesa que Virtuosa se había empeñado en regalarme. Se trataba de una mesa camilla. En el centro me había puesto un frutero con manzanas, peras, naranjas y unos cuantos plátanos. Me pareció un gesto entrañable.

En la escalera también conocí a otra vecina. Tendría más o menos la edad de Virtuosa y vivía en el tercer piso, justo abajo del mío. La primera vez que la vi fue en la escalera forcejeando con el carro de la compra para, peldaño a peldaño, llevarlo a su casa.

—¡Ay! Muchas gracias —dijo por mi ayuda, tras dar un suspiro—. Siempre pido a los de las tiendas que me la suban, pero hoy tenían mucho jaleo y...

Hablaba con una voz muy curiosa, diría que algo chillona, forzada, como una especie de gallo constante.

Solía llevar casi siempre una especie de chaquetón con mucho pelo. Algunas veces la veía con las medias rotas y en otras desprendía olor a orina mezclada con lo que debía ser un perfume rancio.

Pregunté en el bar de Antonio por ella, y me dijeron que doña Manuela era viuda desde hacía más de veinte años, que había sido profesora en un colegio cercano, al igual que su marido, don Joaquín, y que los dos habían sido siempre muy buenas personas.

—Un día de estos nos da un disgusto —dijo uno de los clientes más asiduos—. Andará ya más cerca de los noventa años que de los ochenta, ¿verdad, Antonio? Además, no está muy bien: se deja muchas veces las llaves dentro de casa, se despista en la calle o te pregunta por tiendas que cerraron hace mucho.

—¿No tiene familia que se ocupe de ella? —pregunté.

—No, no. Está muy sola, no tiene hijos, y si anda por ahí algún familiar, por aquí no

viene nadie —contestó Antonio—. Es más, yo creo que no tiene más que su pensión, y la casa donde vive es alquilada. ¡Una pena!

—En este caso —dije—, si está enferma creo que no debería vivir sola, y los Servicios Sociales tendrían que intervenir y...

—¿Llevarla a una residencia? —interrumpió—. Entonces se nos trastorna del todo. Además, tampoco creo que esté para eso ahora mismo...

Un domingo tuve ocasión de comprobar algunos de los despistes y desvaríos de doña Manuela. Serían cerca de las doce cuando bajé a dar un paseo y tomarme un café, y la encontré parada sobre la acera, apoyada en su bastón.

—Buenos días —le dije, a lo cual ella contestó:

—Voy a misa, a misa de doce... ¿No sabrá usted a qué misa... a la iglesia que voy? —parecía confusa y no dejaba de mirar a su alrededor, como si quisiera orientarse.

—¿Cómo se llama la iglesia? —le pregunté.

—Sí, sí, es... es la de San Antonio.

—¡Ah, claro! Será la de San Antonio de los Alemanes.

—¡De los alemanes nada! —replicó algo enfurecida—. ¿¡Cómo va a ser de los alemanes!? ¡Es nuestra, de los españoles! ¡Qué cosas dice!

Me ofrecí a acompañarla y se agarró de mi brazo.

—Creo —dije— que a lo mejor le vendría bien que salga a la calle acompañada de alguien, no sé. Virtuosa, por ejemplo.

Soltó uno de sus gallos, uno muy agudo:

—¿¡Quién!? ¿¡Virtuosa!? ¡No me hablo con esa puta!

¡Tres semanas!

Habían transcurrido ya más de tres semanas desde mi mudanza y todavía no había abordado a Valentina. Coincidió con ella a menudo en la calle, en el supermercado, en la panadería, cuando ambos salíamos de casa al mismo tiempo, cuando pasaba por la puerta de su tienda... y tan solo habíamos intercambiado alguna mirada fugaz, nunca una frase de cortesía: un *hola* o un *adiós*.

De hecho, era difícil no saludar o hablar alguna vez con la mayor parte de los vecinos porque, en medio de Madrid, aquel barrio me recordaba a un pueblo pequeño donde todos conocían a todos o les iban a conocer pronto.

«Creo que ella me evita —divagaba—. ¿Por qué lo hará?». Pero otras veces me decía: «Eres tú quien la evita. ¡Habla con ella de una vez! Eres patético. Si tanto te gusta, ¡ve a por ella! A ver si de una vez te la tiras y te tranquilizas un poco, pero... ¡Eh! ¿Qué te pasa ahora? No es eso lo único que quieres, ¿verdad? Te gustaría estar con ella siempre,

formar parte de su mundo...». ¡De nuevo esa punzada en el estómago! Siento pánico ante la palabra *pareja* y mucho más ante esta otra: *matrimonio*. Solo con evocar este concepto aparece de nuevo lo que yo llamo «el *flash*». Me gustaría de una vez por todas conocer el motivo. No sé, a veces me pregunto qué hago aquí. ¿Por qué pierdo el tiempo en una lucha constante conmigo mismo para acercarme a una mujer que me transmite calidez pero a la vez tanta inquietud? Quizá debería marcharme de este barrio ruidoso, que a menudo veo sucio, con olor a orina, con grafitis. He visto algún bloque vacío, con los cristales rotos, con su portal oscuro y tétrico, refugio nocturno de indigentes envueltos de mantas y cartones. No sé nada, ni entiendo nada, pero sí sé que necesito estar lo más cerca posible de Valentina. Y además hay otra cosa: desde que vivo en este barrio, paseo por las calles, saludo a la gente, les conozco, me conocen, converso con ellos, a veces en el bar de Antonio o en la cola del supermercado. Cuando entro en mi casa, me preparo la cena, me siento en el sofá de escay, y escucho en la calle a la gente hablar entre sí, reírse, a veces llorar, descubro que ya no me siento solo.

Pero en pleno debate conmigo mismo sucedió algo imprevisible.

Cristales rotos

Las distintas cristalerías que me separaban de ella eran lo suficientemente finas para que la sintiera cerca, lo suficientemente transparentes para que pudiera verla y lo suficientemente aislantes para que me sintiera protegido.

Esa mañana ella las traspasó.

Esa noche fui yo el que se hizo añicos.

En el bar de Miguel el día transcurría igual que cualquier otro: un día lleno de intentos por concentrarme en algún asunto de trabajo mientras, en realidad, mi mente se hallaba escindida e incluso en algunos momentos, atormentada.

Pero en ocasiones el sonido de los cláxones de los vehículos se convierte en la mayor de las torturas. Levanté la vista y observé a Valentina de pie en la otra acera, rodeada de cajas, mientras parecía discutir con el conductor de un camión que bloqueaba la calle. Los coches, detenidos, estaban cada vez más impacientes. El conductor, después de levantar los brazos con un «¡Ya va! ¡Ya va! ¡Joder!», hacía ademán de querer marcharse. Valentina le increpaba cada vez más, y este le replicaba alterado, hasta que por fin el camionero consiguió subir a la cabina, pegó un fuerte portazo y se alejó de allí tan rápido como pudo. Los coches comenzaron a circular, pero Valentina seguía allí con los brazos cruzados, sitiada por el montón de cajas. Entonces miró hacia el bar, saltó sobre una caja, cruzó apresurada la calle, abrió la puerta del local y dijo en voz alta:

—Por favor, ¿alguien podría ayudarme a meter esas cajas en la tienda? Acaban de traerme el pedido y me lo han dejado sobre la acera. Yo no puedo sola...

Durante unos segundos me quedé paralizado, pero enseguida me levanté y acudí junto con dos hombres más. Ella nos dirigía:

—Esto déjenlo aquí, por favor. Si pudieran ayudarme a abrir esta caja... Cuidado con esta otra, que se puede romper lo de dentro y... Muchas gracias, de verdad, no sé cómo me las hubiera arreglado yo sola. Bueno, ahora esto ya lo colocaré poco a poco, y gracias otra vez.

Los otros dos hombres salieron de la tienda. Yo no.

Desde tan cerca, me pareció mucho más guapa y más joven, y sus atributos femeninos eran menos exuberantes que a la luz de las velas del club. Los ojos y el cabello de una mujer siempre han provocado en mí cierta fascinación, y los de ella eran preciosos. Su pelo largo en algunos momentos parecía de cobre, y en su mirada existía algo que me

trastornaba, porque de sus ojos emanaba una luz cálida y limpia. Y por supuesto, eran grandes y verdes.

Sin el alboroto del trasiego con las cajas, escuché una música. Mi atención se dirigió hacia un tocadiscos antiguo que hacía girar un disco de vinilo. Ella, al darse cuenta, sonrió y subió el volumen. Después se acercó a mí, me miró a los ojos y dijo:

—Es que me gusta mucho esta pieza, ¿sabes?

—Es *La meditación de Thais*, de Jules Massenet —dije de manera automática, como algo aprendido desde la escuela.

—¡Vaya! ¡Es verdad!

—Es una pieza muy conocida.

Estaba tan aturdido, que sentí que aquel *adagio* se fusionaba con ella de tal manera que me parecía que eran la misma cosa. Recordé aquella frase que me repetía mi sobrino Kiko: «Tú aún no lo sabes, tío, pero en el fondo eres un romántico». Delante de ella me sentía desnudo y vulnerable. No sabía qué decir ni cómo actuar. Intenté encontrar algunas pautas, algún algoritmo que me indicase el camino a seguir, pero nada me servía.

Se acercó un poco más, y con cada uno de sus pasos sentía que invadía cada vez más mi espacio vital, pero era incapaz de alejarme.

—Creo que nos conocemos —dijo sin dejar de sonreírme—. Te he visto un montón de veces en el club de *jazz*. . . y vives aquí, enfrente de mi casa.

La imagen de doña Matilde, mi profesora de bachillerato, se filtró en mi cabeza por una rendija: aquella vez en la que me pilló copiando en un examen; también se filtraron el mismo calor, el mismo sudor y el mismo temblor de ese día. ¿Valentina me habría descubierto? ¿Qué es lo que sabría? ¿Hasta qué punto conocería mis andanzas en torno a ella, toda mi labor de vigilancia? ¿Me habría vuelto transparente?

Por fin conseguí reaccionar y también sonreí.

—Sí. Yo también te he visto muchas veces. ¿Irás esta noche al club? —le pregunté a bocajarro sin pensar.

—Sí —contestó—. Justo esta noche actúa un grupo que me gusta mucho. Y... ¿es verdad que el club es tuyo? Lo oí comentar una vez en la mesa de al lado.

—Sí, es verdad.

—¡Vaya!

Miró a su alrededor.

—Perdona todo este desastre, este lío de flores tan desparramadas, pero es que iba a confeccionar un ramo para una novia.

Ahora era yo quien miraba a su alrededor con curiosidad y con cierto temor, como el que invade un lugar prohibido.

—¿Quieres que te enseñe la tienda?

Me acerqué a unos discos de vinilo. Sé que hizo algunos comentarios acerca de ellos, pero yo apenas la escuchaba.

—Y... ¿qué más cosas vendes?

No sé por qué lo pregunté. Quizá fuera mi subconsciente que me delataba porque, acto seguido, sentí un pinchazo en el estómago tras aparecer en mi memoria la misteriosa y.

—¡Ah! Pues, por ejemplo, vendo algunos trastos que algunos van a tirar, como esta lámpara de cristal antigua que está en el techo, este teléfono de los años cincuenta, estas tarjetas de Navidad que se despliegan, alguna ropa...

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Bueno... ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Enrique. Y tú, ¿cuántos años tienes? —pareció algo sorprendida e intimidada.

—Tengo veintiocho. ¿Y tú?

—Treinta y nueve. ¿Tienes novio? —aún no puedo creer que preguntase eso.

—No —contestó mientras bajaba la mirada. Después la levantó y me miró con gesto irónico.

—¿Y tú? ¿Estás casado o tienes pareja?

—No, no estoy casado, ni tengo pareja. Eres... —señalé al papel para envolver con su nombre que tenía en el mostrador— Valentina, ¿verdad?

Ella asintió con gesto muy dulce, como si estuviéramos en medio de un juego entretenido de preguntas y respuestas, y dijo:

—¿Quieres que te diga también a qué edad tuve mi primera... la varicela?

Yo intenté seguirla pero en ese momento solo era capaz de sonreír con timidez como si fuera un niño asustado.

Y otra vez unos instantes de silencio.

—Pues entonces, te veo esta noche —dije mientras abría la puerta de la tienda.

Volví al bar de Miguel. Creo que temblaba. «Te has portado como un imbécil —me dije avergonzado—, como uno de esos críos de “discotecas de seis a nueve” a las que los padres llevan y recogen, y en las que no se vende alcohol. Además le he hecho tantas preguntas... Algunas, demasiado íntimas. ¡Ha sido una escena patética! ¡No se puede ser más estúpido! Quizá debería volver a entrar y disculparme con ella».

Sin pensarlo más, me levanté y volví a la tienda. En ese momento recolocaba unos objetos en una estantería. Se giró enseguida. Parecía sorprendida.

—Verás, quería disculparme contigo porque creo que te he hecho demasiadas preguntas.

—No pasa nada. Ha sido un poco... divertido. En realidad creo que así he tenido

ocasión de hacértelas también yo a ti. Estamos en paz.

—Bueno, me alegro de que te lo hayas tomado de esa manera. Te veo esta noche.

—Claro que sí. Hasta la noche.

Su respuesta y la música de aquel violín, que parecía invadir cada rincón, consiguieron tranquilizarme y que mis latidos se volvieran algo más lentos y sosegados. Pero en cuanto me di la vuelta para marcharme, se desbocaron por completo, porque sobre una mesa, cerca del escaparate, había una cesta que contenía unas muñecas. Eran pequeñas, de colores, quizá de lana, aunque ninguna era blanca. Dentro no habría más que papeles, o plumas, o arena, o paja, o arroz. «Eso es, lo mismo que tienes tú en el interior de la cabeza», pensé ya de vuelta en el bar.

Pasadas las dos de la tarde, Valentina colocó el cartel de «cerrado»; pero a los pocos instantes, un hombre se acercó a la tienda y, antes de que pudiera llamar, Valentina le abrió. El hombre entró en ella con rapidez y cerró la puerta de inmediato. Le reconocí. Era el mismo a quien ella esperaba la primera noche cuando la seguí hasta el barrio, el que la agarró por la cintura y la condujo al interior de su portal.

Aún no había apagado las luces de la tienda. Al principio, observé que los dos hablaban con aparente normalidad. Después distinguí lo que podría ser una discusión que parecía intensificarse cada vez más. En un momento dado, el hombre la agarró por los brazos y la zarandó con fuerza. Saqué el móvil del bolsillo para llamar a la policía mientras cruzaba la calle para ayudarla, y a los pocos segundos desistí, porque a través de su escaparate vi que él la abrazaba y después la besaba en la sien. Los dos permanecieron así, pegados el uno al otro durante unos instantes. Después ella le entregó un sobre y él se marchó.

Valentina se quedó en la tienda cerca de una hora, con las luces apagadas y con el cartel de «cerrado» en la puerta, hasta que por fin la vi salir replegada sobre sí misma. Llevaba gafas de sol.

Mi obsesión por conocerlo todo de ella y por averiguar lo que estaba sucediendo se acrecentaba dentro de mí cada vez más.

Aquella misma noche, me sentía como si fuera la primera vez en toda mi vida que iba a tener una cita con una mujer: eufórico y a la vez temeroso.

En el club, cada pocos segundos miraba hacia la escalera por donde ella bajaría. Sin embargo, me angustiaba recordar lo que sucedió después con aquel hombre en el interior de su tienda. Y esas muñecas... No tenía sentido —cavilaba— que si contenían cocaína las tuviera allí, dentro de la cesta, a la vista de todos, con el riesgo de que pudiera cogerlas un niño. Quizá no fueran de lana, quizá no las había confeccionado ella. Además, no había

blancas. Sin duda lo que contó Dioni era una patraña.

Me tomé una copa. Después me levanté, me acerqué a la barra e intenté fijar la atención en alguna cosa: en el programa de actuaciones de los próximos quince días, en la carta de bebidas... Me interesé por cada uno de los ingredientes de los nuevos cócteles, hasta por la limpieza de los vasos. Un poco más tarde, acudí a saludar a algunos clientes asiduos, e incluso me senté con alguno de ellos —jamás lo hago— para hacer algún comentario. Después fui al cuarto de baño y me mojé el pelo y la frente con el agua helada de mediados del mes de enero.

La noche transcurría lenta, pero mis latidos se aceleraban porque ella no aparecía. Y mientras tanto, la banda que, según dijo, tanto le gustaba interpretaba aquel *The thrill is gone* de la forma más melancólica que había escuchado nunca, y después interpretaba otro tema, y después otro. «Te echo de menos... Necesito que me quieras... No sé quién eres... Por favor, no desaparezcas».

No sé si fueron las notas de aquella música, junto con mi corazón cada vez más desbocado, los que propiciaron que por mi cabeza discurrieran muchas hipótesis, algunas de ellas descabelladas e incluso estrafalarias, como, por ejemplo, que ella hubiera muerto quizá en un accidente, o hubiera sido asesinada por el hombre de la tienda. Tal era mi desesperación que no fui capaz de quedarme hasta el final de la actuación. Me levanté y me fui a buscarla.

Aquella noche deambulé por la calles de Chamberí, de Malasaña y de Chueca durante varias horas. Entré en muchos locales y bares de copas, incluso en algunos clubs de alterne. A veces, en los más oscuros me parecía verla al final de la barra con una copa entre las manos, o bailar sola de espaldas en medio de una pista pequeña y deshabitada. Entonces me acercaba: «¡Valentina!... Lo siento, perdone». En algunos momentos creí distinguir la figura amenazante de aquel hombre que la había agredido. Sentía la boca seca y entonces pedía un güisqui, que bebía sin saborearlo, rápido, sin apenas darme cuenta, como si se tratase de un vaso de agua. Mi estómago estaba cada vez más revuelto. En varios locales me ofrecieron cocaína, la cual por supuesto rechacé.

De vez en cuando me acercaba hasta la puerta de su casa, y desde la calle observaba sus balcones deseando ver luz, porque así sabría que por fin había vuelto y estaba a salvo, pero sus ventanas permanecían oscuras.

Las horas transcurrieron una tras otra, y yo continuaba por aquellas calles, aturdido, sin rumbo y avergonzado por mi conducta, sobre todo cuando me di cuenta de que en alguno de aquellos garitos me habían robado una pluma estilográfica que ese día me había regalado un cliente.

También fui a aquella calle sórdida donde la había visto una vez rodeada de

prostitutas, pero por fortuna no estaba allí.

En algunos momentos, llegué a pensar incluso que ella, en realidad, no existía y que me encontraba inmerso en el interior de un sueño; en otros, que había perdido la razón. ¡Ah!, recordaba de pronto que no había entrado en el local ese de la esquina tal o cual, y volvía sobre mis pasos para mirar en ellos de manera inútil y frustrante. De nuevo me acercaba a su casa y seguía sin haber luz en sus ventanas. Incluso me atreví en una ocasión a llamar a su telefonillo, pero nadie contestó. Al cabo de muchas, muchas horas, el resquicio de sentido común que aún me quedaba me hizo recordar que tenía que levantarme temprano y me pidió que de una vez por todas me fuera a casa. Así lo hice. Era consciente de que necesitaba dormir al menos las pocas horas que quedaban hasta el día siguiente, calmar mis nervios. Pero una vez en la cama, tan solo conseguí penetrar en un estado de duermevela.

Por fin, en medio del silencio creí oír su voz. Me acerqué a la ventana y, sin encender la luz, miré a través de los cristales. Era ella pero no estaba sola, sino con aquel mismo hombre, el de la tienda, el de la primera noche. Pensé que estarían despidiéndose, y que ella entraría en el portal y él se marcharía.

No fue así.

Entonces quizá solo la acompañase hasta la puerta de su piso y, al poco, le vería salir por el portal.

No fue así.

Las luces del interior de la casa de Valentina se encendieron y a la media hora se apagaron. Intenté por todos los medios no pensar, pero me resultaba imposible no divagar acerca de ese hombre, de la relación que ambos mantendrían, de si él sería su novio, su chulo, o su amante maltratador.

Al cabo de un cuarto de hora, las luces de su casa se volvieron a encender. A través de los cristales, aunque de manera borrosa, creí distinguirlos. Incluso me pareció escuchar algunas frases entrecortadas que decía él en tono agresivo: «¡Vas a hacer todo lo que te digo...! ¡Si no me obedeces, sabes que habrá consecuencias...!».

Mientras tanto, ella lloraba.

En algunos momentos dudé si debía llamar a la policía. Las luces volvieron a apagarse y todo quedó en silencio. Poco después, sin que se encendieran de nuevo, escuché las risas de ambos superpuestas la una a la otra, quizá entrelazadas.

Se hizo de día y el hombre de la tienda no salió de allí. Lo sé porque aquella noche no pude conciliar el sueño en ningún momento.

Por la mañana acudí al trabajo como de costumbre, el desempeño de mi papel fue

también el de costumbre, y todo se desarrolló en apariencia como de costumbre. Podría asegurar que nadie fue capaz de detectar la tormenta desencadenada en mi interior.

A la salida del trabajo, ya de noche, mis pasos me conducían de manera automática hacia mi pequeña casa. Quería volver. ¡Era preciso! Tenía que llegar enseguida, como si necesitase de manera imperiosa consumir una droga a la que estaba enganchado.

Caminaba cada vez más y más deprisa. Parecía que la vida transcurría solo dentro de mi cabeza. El mundo real se había reducido a algunos fogonazos que irrumpían sobre mis sentidos.

Ni siquiera fui consciente de haber cruzado La Castellana, ni de haber llegado a la calle Miguel Ángel. Y de pronto, me descubrí allí mismo parado sobre dos líneas continuas en mitad de la calzada, mientras coches en ambas direcciones me pasaban casi rozando. La luz de sus faros y el sonido de los cláxones se convirtieron en el timbre estridente de un despertador que sin piedad te sobresalta y te obliga a emerger de un profundo sueño.

«¿¡Pero qué estoy haciendo!?!», me pregunté, y en cuanto alcancé de nuevo la acera, paré un taxi que pasaba por allí y le supliqué que me llevase al piso, al grande y tranquilo del barrio de Salamanca.

La fractura

Había pasado ya más de un mes desde que me marché de Malasaña. «Todo ha vuelto a la normalidad —me decía—. Me siento tranquilo. Puedo decir que he recuperado el juicio. Incluso en el bufete todo va bien: Santos parece estar quieto y en silencio».

Durante todo ese tiempo había ido a comer muchas veces a casa de mi hermana María. Ella siempre se esforzó en ejercer conmigo su papel de hermana mayor, más bien diría que de madre, y en preparar «una comida de verdad», como dice siempre tras quejarse de que mis horarios sean a menudo tan dispares. Lo cierto es que en su casa siempre me he sentido muy bien, sobre todo porque allí están mis sobrinos, Kiko y Chisi. Otra noche, estuve en la fiesta de cumpleaños de un amigo. Allí, relajado, dejé que el tiempo transcurriera sin complicaciones, e incluso flirteé con algunas chicas. Una de ellas era muy guapa. «Es posible que la llame uno de estos días», pensé. Con ella me desenvolví con naturalidad, y siempre que dentro de mí aparecía Valentina, a veces me autodespreciaba calificándome de estúpido, y otras intentaba ser más condescendiente: convencerme de que había sufrido una especie de sarampión, de eso que llaman «la crisis de los cuarenta».

Tampoco había acudido al club. No quería correr el riesgo de encontrarme con ella. De todos modos, sabía que algún día tendría que volver a la casa, recoger algunas cosas, quizá despedirme de Virtuosa, de Manuela y de Antonio, pero lo haría sin dar demasiadas explicaciones, porque en realidad no les conocía tanto.

Por fin un día pensé que había llegado el momento. «Todo está en calma —me dije—. Hoy voy a volver. Todo está trazado y planeado: primero esto, luego aquello, y al final cerraré la puerta de aquel cuchitril. Regresaré a mi casa de verdad, en la que vivo desde hace años, y en la que me siento estable y en paz».

Elegí, para ir, un domingo por la mañana, temprano, cuando la tienda de Valentina aún estuviera cerrada. No quise caminar. El trayecto me habría parecido demasiado largo, así que decidí llamar a un taxi que me llevaría hasta allí y me esperaría en la puerta, para que todo fuera rápido y limpio. Además, ese día había quedado para comer en Pozuelo con una chica a quien había conocido hacía poco. Se llamaba Sol. Era simpática, guapa y divertida. Pero, ¿a quién pretendía engañar? No sentía por ella nada especial, y por tanto, en el fondo, sabía que tampoco me originaría ningún sufrimiento.

—De aquí ya no se puede pasar —dijo el taxista.

—Está bien. Cóbrese.

Allí, junto a mi portal, una ambulancia del SAMUR bloqueaba la calle. De nuevo la ansiedad, el desasosiego, la inquietud. Me acerqué a mirar.

—¡Dejen espacio, por favor! —dijeron impidiéndome el paso.

—¿¡Qué ha pasado!?

Un vecino que conocía del barrio me dijo:

—Ha sido doña Manuela. Se la ha encontrado Virtuosa, pidiendo socorro al pie de la escalera.

En ese momento la sacaban en una camilla.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay! —repetía.

—Seguro que se ha roto la cadera —escuché decir a una vecina—. Y lo peor de todo es que la pobre mujer no tiene a nadie.

—¿Es usted de su familia? —me preguntaron los sanitarios cuando me acerqué a ella.

—No, no, pero...

Entonces se dieron la vuelta y se dispusieron a entrar en la ambulancia. Volví a acercarme y les dije:

—Quiero ir con ustedes. Soy un vecino, la conozco y no tiene familia. Si no hay inconveniente, me gustaría ser su persona de referencia hasta que los Servicios Sociales intervengan.

«Creo que hago lo correcto», me decía mientras me dirigía al hospital con Manuela.

Efectivamente, como dijo aquella vecina, se había roto la cadera. El especialista que la atendió en urgencias me explicó que se trataba de una fractura complicada y que era preciso llevarla al quirófano cuanto antes.

Al cabo de varias horas, el cirujano me informó de que la intervención quirúrgica había salido bien, pero que la mantendrían ingresada varios días en la UCI. «Tiene una anemia grave —dijo—. Y no es por la sangre que ha perdido. La padecía ya antes de que la operásemos. Tendremos que averiguar la causa».

A partir de entonces, algunos días, acudía al hospital para conocer su evolución. Mientras tanto, los Servicios Sociales se esforzaban en localizar a algún posible familiar.

No había vuelto a vivir en Malasaña, sino en mi verdadero piso, y si no fuera por el vínculo que yo mismo había creado con Manuela, diría que mi vida transcurría de manera plácida y tranquila, como siempre lo había sido antes de que Valentina se colase en ella.

Por fin una mañana me informaron de que Manuela llevaba ya varios días fuera de la UCI y que la habían trasladado a la planta de medicina interna. Esa misma tarde decidí ir a verla, mientras deseaba que por fin hubiesen encontrado a algún familiar para poder

desentenderme de aquel asunto.

Al poco de entrar en el hospital sentí una especie de aturdimiento. Abrí y cerré varias veces los ojos, como si quisiera comprobar que estaba despierto y en el lugar en el que me encontraba. Entonces pensé que era probable que estuviera cansado y con la tensión algo baja, así que entré en la cafetería y pedí un café. Mientras removía el azúcar con la cucharilla, me di cuenta de algo: lo que sentía en esos momentos era parecido a lo que me ocurría a veces cuando ella estaba cerca. «¡Qué estupidez!», pensé. Aunque, por otro lado, es lógico: Manuela vive en Malasaña, comparte el hábitat con Valentina, son parte del mismo enjambre, han respirado el mismo aire durante años, sus ropas se habrán rozado muchas veces... «¡Dios mío! ¿Cómo puedo pensar estas cosas tan descabelladas? Necesito dormir más», razonaba mientras apuraba de un sorbo el café.

Salí de la cafetería y me dirigí a la planta. Al abrir la puerta de la habitación el corazón me dio un vuelco. «¡Perdón!», fue lo único que fui capaz de pronunciar.

Escapé de allí a toda prisa para encontrar un baño. Una vez en él, abrí el grifo y me eché agua fría en la cara y en la nuca. Después apoyé las manos sobre el lavabo y me miré al espejo mientras intentaba respirar despacio para retomar de nuevo el control. ¡Siete semanas sin verla! ¡Creía que por fin la había olvidado! Poco a poco, conseguí encontrarme algo mejor. «Nunca has sido un cobarde —me dije— y no vas a serlo ahora. Así que vas a entrar en la habitación y actuar con normalidad. ¡Ella no es nada para ti! Recuérdalo. ¡Nada!», me insistía.

Salí del cuarto de baño y, erguido y con paso firme, llegué a la habitación y abrí la puerta. Allí estaba Valentina, sentada en un sillón al lado de la enferma ojeando una revista. Se levantó enseguida y se dirigió hacia mí.

—Hola. ¿Qué tal?

—Hola, Valentina. ¿Y qué tal está usted, doña Manuela? —le pregunté lo más amable que pude mientras me acercaba a su cama.

—¡Don Enrique, don Enrique! —me agarró con fuerza la mano—. ¡No quiero ir a una residencia! ¡Que no me lleven, que yo estoy bien! ¡Dígales usted que no me lleven!

—Bueno, no se preocupe por eso ahora, se hará lo que usted quiera, lo que sea mejor para usted.

—¡No! ¡No! —suplicaba—. ¡Quiero irme a mi casa! Yo estoy bien y no necesito a nadie. Si el día de mañana no puedo valerme por mí misma, pues entonces sí, pero ahora no. ¡Dígales usted que no me lleven, por favor!

En ese instante entró en la habitación una enfermera y nos pidió que saliéramos unos momentos. Esperamos en el pasillo. Valentina apoyó la espalda en la pared con las manos atrás. Y yo la miraba de frente, a pesar de mis esfuerzos inútiles para evitarlo.

—Está obsesionada con lo de la residencia —dijo—. El otro día habló con ella una trabajadora social, y mira cómo está desde entonces. Por cierto, sé lo que estás haciendo y me parece admirable: ¡contratar a una auxiliar de clínica para que se quede con ella por las noches! Y también fuiste tú quien la acompañó el día del accidente. Me parece algo...

—No sé cómo sabes todo eso. No tiene ninguna importancia.

«Pareces igual de dulce que tu perfume. ¿Por qué no fuiste aquella noche al club? ¡Mentirosa!». Estaba rabioso. «¿Quién es ese hombre que te maltrata y duerme contigo?».

—Por cierto —dijo—, me gustaría decirte que siento mucho no haber podido ir al club aquella noche. No sé si te acuerdas. Me surgió un imprevisto y no me fue posible...

—No te preocupes. Tienes razón. Ya no me acordaba.

—Pues la verdad es que hace mucho que no voy porque he estado muy agobiada por un montón de cosas. Pero esta noche quiero airearme, evadirme un poco de todo —suspiró—, y me gustaría ir. Mira, ¿qué te parece si ahora cuando venga la auxiliar que se queda con Manuela nos vamos juntos desde aquí? ¿Quieres?»

«No, no quiero. Sé que tú no pretendes hacerme nada malo, pero me alteras, me haces daño. Es mucho mejor que no vuelva a verte, ni a mirarte, ni a escuchar tu voz, ni a olerte», le decía con el pensamiento. Después la miré sin tapujos, me acerqué a ella un poco más y apoyé una mano sobre la pared sintiendo el roce de su pelo.

—Naturalmente que quiero.

La cena

«Naturalmente que quiero», había dicho hacía tan solo dos segundos. Pero esa afirmación no hubiera sido válida ante ningún tribunal de justicia, porque en ese momento la había realizado un auténtico incapaz.

Apenas llegó la cuidadora de Manuela, Valentina y yo nos marchamos. Mientras nos dirigíamos al club, tenía muy claro que no iba a volver a las andadas, a resucitar ese retazo de mi vida que había conseguido hacer saltar por los aires todo ese mundo estructurado que con tanto esfuerzo había construido durante años. «¿Qué he hecho?», me decía angustiado. Debí haberle puesto alguna excusa, y nada más salir de allí marcharme a casa. Pero en ese momento ya no tenía remedio, así que llegaríamos al club, veríamos la actuación, no importa cuál, y al acabar le diría que necesitaba irme a terminar algún trabajo para el día siguiente, o que debía madrugar mucho para coger un avión, o que mi hermana estaba enferma e iba a verla antes de acostarme... Pero no podía dejar nada en manos de la improvisación. Tenía que elegir una sola de esas frases para que, en el momento de salir del club, la dijera de manera automática, como una coletilla, sin titubeos.

Apenas atravesamos el umbral de la puerta del club, descendimos por las escaleras y escuchamos los primeros compases de la música, volví a sentirme envuelto en aquel conocido remolino que me conducía hacia algo muy profundo. Regresó una vez más aquella sensación irremediable de escisión que dejaba una parte de mí arriba, diluida en el asfalto, mientras otra brotaba para conseguir adueñarse de mi voluntad. *All in love is fair* sonaba en ese instante. Hacía muy poco que la había oído cantar a Stevie Wonder a través de mis auriculares en el avión, sobre las nubes, aislado del mundo, en uno de esos momentos en los que la música conseguía hacerme sentir que la vida merecía la pena.

La miré mientras se quitaba el abrigo y lo entregaba en el guardarropa. «No pasa nada. Es solo música, y ella es una más de las muchas mujeres que existen, tan solo una conocida, ni siquiera una amiga», me decía para que se disipase el dolor. «Quizá una delincuente. Quizá una puta».

Los dos nos sentamos en el mismo lado de mi mesa, la mesa que ahora ella invadía. «¿No es lo que tú deseabas?», intentaba razonar. «Después de aquella noche fatídica en la que la buscaste desesperado y en la que casi pierdes la razón por temor a no volver a verla, ahora está aquí contigo. Ella no ha muerto. ¿Cómo llegaste a pensarlo?».

Sé que pronunció algunas palabras, quizá alguna fórmula de cortesía o algún comentario que no recuerdo, y sonreía, a lo cual yo creo que correspondía de manera

refleja. Su perfume parecía inundarlo todo, confundiéndose con el aire que respiraba, con la luz y con el sonido de aquel *jazz* que aparecía y desaparecía de mis sentidos por su presencia. Imaginé que la atraía hacia mí y que besaba su pelo, como hizo el hombre de la tienda. ¿Quién era? ¿Por qué la zarandeaba y le gritaba, y luego la abrazaba? ¿Por qué le dio ella aquel sobre?

—Buenas noches. ¿Qué desean tomar? —era la voz de Paco.

—¿Quieres una copa de vino blanco —pregunté a Valentina— o prefieres otra cosa esta vez?

«¿Cómo sabe lo que pido siempre?», quizá se preguntase. ¿Pero cómo no iba a saberlo? Sin embargo, esa noche prefirió tomar un cóctel.

—¡Que sea dulce! —dijo.

—¿Y usted, don Enrique?

—Para mí, el mismo de siempre.

—Muy bien, muchas gracias.

Seguí a Paco con la mirada mientras se dirigía hacia la barra. Tras ella, José Luis y Dioni nos observaban. Creí distinguir entre ellos una sonrisa maliciosa.

Los cócteles llegaron y comenzamos a probarlos.

—¿Te gusta? ¿Es tan dulce como querías?

—Está muy bueno —contestó—. ¿Qué tal el tuyo? ¿Me dejas que lo pruebe?

Se lo entregué y se lo acercó a los labios. Después de dar un sorbo, lo apartó de su boca enseguida mientras parecía hacer esfuerzos para contener aquella sensación sin duda áspera y agresiva para ella. Volví a mirar hacia la barra, y allí Dioni no parecía disimular que la situación le resultaba divertida. Sin embargo, aquello no me alteraba en absoluto, aunque sí lo hacía la imperiosa necesidad que tenía de abrazar a una mujer que sentía rodeada de una especie de alambrada suave y peligrosa.

—¡Vámonos! —dije en voz alta, mientras me levantaba de la mesa—. ¡Ya no soporto más esto! —y ella se levantó también de golpe, como asustada y sorprendida por mi impulsividad.

La cogí de la mano y tiré de ella arrastrándola hacia la puerta de salida. No opuso resistencia y se dejó llevar por mí sin ninguna pregunta, sin ninguna objeción, pero con una expresión interrogante en su mirada. Salimos a la calle y durante unos instantes permanecimos parados sobre la acera, los dos sin abrigo, mirándonos en silencio. Entonces observé que ella se abrazaba a sí misma como si de un momento a otro fuese a tiritar.

—¡No te muevas de aquí! —dije contundente, y bajé acelerado a por los dos abrigos. Mientras subía por la escalera me puse el mío.

Salí con el suyo doblado sobre el brazo. Valentina permanecía tal como yo la había dejado: sobre la acera, en la misma postura. No se había movido ni un solo centímetro. Abrí su abrigo desde atrás para ponérselo y, acto seguido, de manera automática, le abroché por delante todos los botones. ¡Todos! Desde el primero hasta el último. Creo que si hubiera dispuesto de una bufanda, se la habría enrollado en el cuello, así, sin pensar. Incluso le hubiera cubierto con ella la boca, la nariz y quizá hasta las orejas, como hacía mi madre conmigo cuando alguna vez me llevó al colegio de la mano en pleno invierno. Y lo cierto es que tampoco oponía resistencia mientras observaba todo lo que yo le hacía.

—Estás loco —dijo.

—Voy a invitarte a cenar —le dije mientras le ajustaba también las solapas.

—¡Vale, vale!— contestó como si todo fuera un juego— ¡De acuerdo!

Llamamos a un taxi y, tras decirle al conductor adónde nos dirigíamos, me acomodé en el asiento. Sonaba una canción. La música. La música siempre había estado presente en mi vida, pero desde que conocí a Valentina la percibía de un modo distinto, como si las letras hubieran cobrado sentido, como si algunas se ajustasen a mí de un modo delirante y adivinasen lo que pensaba y sentía, o me mostrasen el camino. Era una canción poco convencional, al menos para mí, de un tal Ganga. Se llamaba *The wind*. «...*No te preocupes por el futuro ni por el pasado. Deja que tu alma y tu corazón vuelen con el viento. Vamos a volar ahora... ahora... ahora*».

Decidí llevarla a un restaurante que descubrí una vez, a varias manzanas del trabajo. A través de su cristalera observaba al pasar a grupos de gente y a algunas parejas que charlaban y reían. Parecía acogedor: poca luz, flores frescas y velas en las mesas, es decir, con ese ambiente intimista que tanto suele gustar a algunas mujeres. Pensé que sería un buen lugar para llevarla a «ella», solo a ella, a esa mujer a quien quizá no conocería nunca. Luego me decía que lo más probable era que acabara en él con algunos compañeros en la cena de Navidad, o quizá para homenajear a algún amigo que iba casarse o a jubilarse en breve.

—Buenas noches, señores —dijo el portero del restaurante mientras nos abría la puerta.

Tras pasamos las cortinas que separaban el recibidor del interior de la sala, y a los pocos segundos... *adagios*. Esta vez eran *adagios*. El jefe de sala nos acompañó hasta la mesa y echó hacia atrás la silla de Valentina para que pudiera acomodarse. Después se marchó para, a continuación, traernos la carta.

—¡Qué restaurante tan bonito! —dijo Valentina—. Madre mía, si hubiera sabido que me ibas a invitar a cenar aquí, me hubiera pasado por casa y me habría cambiado de ropa.

Después de ojear la carta, me sorprendió lo que quería comer.

—Es que soy vegetariana.

—No puedo creerlo. ¿Por qué haces esas tonterías? —antes de que pudiera responder me disculpé—: Perdona, creo que es una falta de respeto que yo te diga. . .

—Calla —dijo de manera desenfadada—. No tiene importancia. Estoy acostumbrada a que me digan cosas así o incluso peores, y a soportar a continuación algunos discursos acerca de lo equivocada que estoy, de lo buena que es la carne, de que voy a ponerme muy enferma. . . Para mí es normal.

Apenas nos sirvieron el vino comenzó a jugar con la copa, como la veía hacerlo algunas veces en el club, dibujando semicírculos por el borde del cristal con la yema de su dedo. En un momento dado, se atrevió a meterlo en el vino y a chupárselo mientras me miraba como una niña mala. Sí, era eso. Tan solo era una niña traviesa que quería jugar a provocarme. Quizá lo que deseaba era que le atrapara ese dedo, me lo introdujera en la boca y se lo chupara. Quizá debía darle un golpecito en el dorso de la mano y decirle «eso no se hace».

—¿Por qué vas sola al club? —le pregunté.

Valentina se sacó el dedo de la boca y se quedó pensativa unos segundos.

—Pues, porque me gusta el *jazz* y a veces necesito estar sola, pero no en mi casa. En el club es como si allí me aislara un poco de todo. Casi nadie lo sabe. Creo que si la gente que me conoce acudiera allí, yo. . . es posible que dejase de ir. Quizá te parezca que soy poco sociable, o un poco rara, no sé. ¿Tú no necesitas a veces escapar?

La pregunta de Valentina quedó sin respuesta. Había llegado el primer plato.

—¿Quieres un poco? —dijo.

—¿Y qué vas a darme? ¿Media zanahoria o media seta? Es mejor que te dé un poco de mi ensalada. Tiene más proteínas.

—¿Vas a estar toda la noche riéndote de mí? —sonrió—. Algunas veces, pocas, he comido pescado, y aunque intento no hacerlo, también tomo leche y huevos, ¿vale? Y cambiando de tema: ¿por qué un hombre como tú viene a vivir a Malasaña y se mete en el piso cutre de Virtuosa? Me parece algo sospechoso. ¿Qué es lo que escondes?

Ahora era yo como ese chico que fuma porros en su habitación y cree que su madre no lo sabe. ¿Cómo iba a responder a esa pregunta?

—¿Qué misterio puede haber? No hay ningún misterio.

—Pues a mí se me ocurren unas cuantas cosas.

Se quedó callada y aprovechó el momento para chupar el cogollo de una alcachofa. ¿Habría descubierto mi madre dónde guardaba mi alijo de hachís? ¿Habría conseguido esta malcriada conocer el porqué de todo, cuando ni yo mismo lo sabía en realidad?

—Pues se me ocurre, por ejemplo —prosiguió—, que acabas de divorciarte y tu

mujer se ha quedado en el piso con los niños... O que te lo han embargado todo y el piso de Virtuosa es lo único que puedes permitirte. O que has cometido un delito y te escondes de la policía, o que te persigue alguna red mafiosa... ¿Cuál es tu secreto? Quizá...

Su lista de posibilidades fue interrumpida por los espárragos trigueros. Al principio intentó partirlos con cuchillo y tenedor, pero ahora los cogía con los dedos y los chupaba, absorbía su jugo y los mordisqueaba sin complicaciones.

—Pues creo que has acertado —dije.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En que he cometido un delito. Y además en que has hecho muy bien en comerte así los espárragos.

Observó sus dedos impregnados de aceite y de sal gorda, y se echó a reír. Hizo ademán de ir a chupárselos, pero rectificó y se los limpió con la servilleta.

—¿A qué te dedicas? ¿Haces algo más que dirigir el club de jazz? —me preguntó mientras partía la berenjena.

Le expliqué, sin darle demasiada importancia, cuál era mi verdadera profesión. Ella escuchó con interés mis explicaciones y me hizo muchas preguntas: «¿Y qué pasó al final con ese niño?... Bueno, pues menos mal que pudiste reunir aquí a toda esa familia... ¿Y cómo te atreviste a ir a ese país tan peligroso?». En algunos momentos, parecía una estudiante extasiada con el profesor que le enseña su asignatura favorita, incluso en otros se permitió opinar, a veces con una clarividencia que me dejaba sin palabras, y en otros con una visión idílica y muy poco realista. Sin embargo, también me pareció descubrir en ella una faceta transgresora que me desconcertaba y al mismo tiempo me atraía. Estaba tan atenta que se olvidaba de comer. «¡Come!», le dije en varias ocasiones, y por fin, como el que despierta de un letargo, dijo:

—Creo que haces muchas cosas buenas.

Admito que me sentí algo sorprendido por su comentario.

—¿No tiene la señorita alguna pregunta más? —bromeé.

—Sí. Solo una pregunta más, por favor —dijo de manera teatral, como si estuviera realizándome una entrevista—. ¿Les pasa usted mucho dinero a su mujer y a sus hijos?

—Nunca he tenido mujer e hijos.

El flirteo de las preguntas y respuestas. La verdad es que podía jugar a esto con algunas mujeres sin complicaciones; con ella me costaba más bromear y utilizar la ironía.

—¿Por qué no los tienes? ¿Eres gay? —se contestó ella misma—: No. No lo eres. Lo sé por la forma como me miras. Parece que me quieras morder, y creo que tengo motivos para tenerte miedo: eres carnívoro —bromeó.

—¿Cómo no voy a mirarte? Eres preciosa.

Dejó de sonreír. Ahora era ella quien recorría con sus ojos toda mi cara: mis ojos, mi boca... y también observó la parte del cuello desnudo que le permitía mi camisa. Permaneció de esta manera durante unos segundos, sin prestar atención al hojaldre de puerros que acababan de traerle.

—¡Gracias! —le dijo al camarero cuando este acababa de marcharse. Después sus ojos se depositaron en el pastel, cortó aquel primer trozo y se lo metió en la boca.

Al poco, continuó con sus averiguaciones:

—Pero tendrás alguna familia...

—Sí. Tengo a mi hermana María, que es viuda, y dos sobrinos: Chisi, que es la mayor, y Kiko. Siempre hemos estado muy unidos, sobre todo desde que falleció mi cuñado. Por eso vivimos muy cerca.

Me di cuenta de mi error.

—¿Cerca? Entonces puede que les conozca o que les haya visto alguna vez.

—No —contesté—. Ahora mis sobrinos ya son mayores y soy yo solo el que vive en Malasaña.

Silencio.

—¿Y tus padres? —preguntó.

—Mis padres murieron hace muchos años. Cuando mi madre falleció yo tenía ocho años, y cuando murió mi padre tenía veinticinco. Por aquel entonces ya tenía mi carrera terminada.

—Eras tan joven... Supongo que lo pasarías muy mal.

—Me fui a Alemania e hice un máster.

—Y tu hermana se quedó sola.

—Mi hermana tiene once años más que yo, y ya estaba casada y con dos niños, y mi cuñado aún estaba bien. No estaba sola.

—Pues, si tú tenías ocho años cuando murió tu madre, ella sería muy joven...

Se acabó el juego. Al menos para mí. Ella se dio cuenta.

—Perdona. No sé cómo se me ha ocurrido hacer ese comentario. Lo siento —dejó sobre la mesa los cubiertos y apoyó la mano sobre mi brazo—. Lo siento, de verdad —repitió.

Recuerdo que cuando murió mi madre, apenas la volvimos a nombrar, o si alguna vez lo hacíamos era de una manera superficial, como si fuera una nota al margen que resultaba molesta, como si estuviéramos a punto de infringir alguna norma o de penetrar en un terreno prohibido.

No sé por qué esa noche traspasé los límites.

—Verás, cuando pienso en mi madre, las imágenes y las sensaciones que aparecen

dentro de mí parecen piezas desordenadas de una especie de puzle. A veces la veo sonreír. Otras, que me lleva al colegio de la mano mientras yo siento un nudo en el estómago porque no quiero separarme de ella. Recuerdo lo bien que me sentía cuando me esperaba a la salida. Entonces sabía que de camino a casa iba a comprarme algún bollo que después mojaría en una taza de chocolate. También recuerdo cómo canturreaba mientras hacía la cena, y cómo jugaba conmigo con un rompecabezas hecho con cubos de cartón. Sin embargo, sin que supiera el motivo, se encerraba en su habitación durante un tiempo. Si entraba a verla me gritaba que me marchase. Entonces pensaba que estaría enfadada conmigo porque habría hecho algo malo. Muchas noches, cuando estaba dormido, me despertaban las discusiones entre mis padres. Entonces me levantaba y, asustado y de puntillas, acudía a su habitación para escuchar a través de la puerta. No recuerdo nada de lo que decía mi padre. Pero hay frases que dijo mi madre que se me quedaron tan grabadas en la memoria que, incluso hoy en día, todavía aparecen en mi cabeza cuando menos lo espero. «¡No puedo más! ¡Me entran ganas de estrellarme con el coche! ¡No quiero vivir así!». Poco tiempo después la veía en el recibidor de casa con una pequeña maleta, a punto de marcharse. «¿Por qué te vas, mamá?». Y ella contestaba: «No te preocupes, no pasa nada», y al poco, regresaba contenta. Los cambios en su estado de ánimo eran constantes. En una ocasión, la vi con las muñecas vendadas. «¿Qué te ha pasado, mamá?». «Nada. Me he cortado sin querer», respondió. Un verano, mis padres me enviaron a un campamento, y al regreso me dijeron que mi madre había muerto. Mi hermana me abrazó y me dijo que ya la habían enterrado. «¿¡Dónde está!? ¡Quiero verla! ¡Mamá, ven!», recuerdo que repetí llorando durante días mientras recorría la casa. Mi padre me miraba y me balbuceaba algunas frases que no entendía. Mi hermana en varias ocasiones me cogió de los brazos, me miró y me dijo: «¡No la llames más! ¡Mamá no va a volver! ¡Ha sido un accidente, solo un accidente, de verdad, un accidente!».

—Enrique, no sabes cómo siento todo eso —me acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Eras tan pequeño.

Le retiré la mano y la retuve entre las mías. La observé. Después toqué sus dedos uno por uno como si jamás en mi vida hubiese visto unos.

Al principio sentí calor. Sus manos eran pequeñas y suaves. Las uñas las llevaba pintadas de color rosa. Después, un calambre recorrió mis entrañas, y la solté.

—Bueno —dije—, en realidad, es posible que mis recuerdos estén algo distorsionados. Ya hace mucho tiempo de eso.

—Y tu padre, ¿nunca llegó a explicarte nada más?

—Después de la muerte de mi madre, a menudo le escuchaba llorar. «Papá, ¿por qué lloras?», le preguntaba, y la respuesta siempre era la misma: «Por nada. No pasa nada. Ve

a tu cuarto y haz los deberes. Tú lo que tienes que hacer es estudiar».

—Y es lo que tú hiciste, ¿verdad? —dijo mientras parecía que intentaba contener el llanto.

—Mi padre se había encerrado en sí mismo y apenas nos hablaba. Al poco, me di cuenta de que cuando sacaba buenas notas, me prestaba mayor atención. Además, me gustaba que mis profesores me alabaran delante de él. Estudiar se me daba bien, y supongo que se convirtió en mi forma de vida. ¿Sabes lo que creo? Creo que mi madre se suicidó. Pero prefiero no pensar en ello. Ahora ya no me interesa.

Vomitó todo mi discurso, como si se tratara de una mala digestión: rápido y sin premeditarlo. Sin embargo, al contrario de lo que sucede después de un vómito, lejos de conseguir tranquilizarme, me sentía más revuelto. Las notas de los *adagios* dejaron por completo de existir. No sé cuánto tiempo estuve callado y con la mirada perdida.

—Estoy aquí —dijo con voz muy suave mientras acariciaba el dorso de mi mano, de manera sustentadora. Después me la abrió y comenzó a dibujar con la yema de su dedo todas sus líneas y pliegues. Temí que así pudiera leer mis más ocultos pensamientos y deseos. Apenas podía respirar.

—Me gustaría saber cosas de ti —le dije.

—Vale —me soltó la mano—. ¿Qué quieres saber?

«¿Quién es ese hombre que...?», fue lo primero que me vino a la cabeza. Por supuesto, no lo pregunté.

—Me gustaría saberlo todo.

—¡Todo! Bueno, pues... no sé por dónde empezar —apoyó los codos en la mesa y entrecruzó los dedos. Sonrió pensativa—. Siempre he vivido en Madrid, en el barrio de Malasaña y en la misma casa donde vivo ahora. Tengo una tienda... Ah, bueno, ya te la enseñé hace unos meses...

—¿Y tu familia?

—Tengo dos hermanos de bastante más edad que yo. El mayor es arquitecto. El mediano eligió un trabajo más seguro: es funcionario. Yo soy la pequeña. Me decían que nací cuando ya no esperaban a nadie más. Al parecer fui una hija no deseada, ¿sabes? —sonrió—. Sin embargo, siempre me he sentido muy querida. ¡Vaya! Parece que te estoy dictando mis memorias —bromeó. A los pocos segundos su expresión cambió. Se acercó la copa de vino a sus labios, dio un trago y, pensativa, de nuevo paseó su dedo índice por el borde del cristal.

—Yo también me quedé sin padres muy joven: a los veinte años —prosiguió.

—Valentina, no es necesario que me cuentes esto ahora —me descubrí a mí mismo acariciando su brazo.

—Sé que de alguna manera tengo la suerte de vivir en el barrio de siempre. Conozco a mucha gente, gente de toda la vida y que considero como de mi familia. Pero algunos, los más mayores, fallecen, o se los llevan los hijos a una residencia, y la gente joven viene y va. Yo no puedo irme. Sé que hay un montón de cosas que me estoy perdiendo, pero existen otras que son tan importantes para mí, que me obligan a quedarme —calló y, pensativa, fijó la mirada en un clavel que adornaba la mesa—. Pero bueno —prosiguió—, al menos me gusta mucho mi trabajo, ¿sabes?

—No te entiendo muy bien —dije mientras me acercaba a ella un poco más—. Eres joven e inteligente. ¿Por qué te cortas las alas tú misma? Puedes hacer lo que quieras. ¿Qué cosas pueden existir que «te obligan», como tú dices, a quedarte?

—Pues, la verdad... prefiero no hablar de eso ahora —extrajo el clavel del jarroncito, lo olió y lo volvió a colocar—. ¿Sabes qué? Yo tampoco he contado esto a nadie, pero a pesar de saber que mis padres me querían, me sentía sola a veces. Cuando era pequeña se pasaban el día entero en la tienda, y yo, cuando por las tardes volvía del colegio, hacía los deberes en la trastienda a la luz de un flexo... Vaya, creo que me he puesto un poco melancólica, no sé si será por este *adagio* —se levantó—. Voy a pedirles que lo cambien. Me gusta tanto que voy a echarme a llorar.

No me extrañaba nada. Esta vez el *adagio* era de la *Sinfonía número cinco* de Gustav Mahler. A los pocos instantes regresó.

—Valentina, ¿por qué te sentías sola?

—Ellos estaban siempre muy atareados vendiendo, haciendo pedidos, ordenando el género y...

—Pero —interrumpí— les tenías a varios metros. ¿Qué ocurría? ¿Acaso te encerraban con llave? —bromeé.

—¡Por supuesto que no! Yo intentaba por todos los medios no molestarles, a no ser que tuviera que hacer algún ejercicio que no entendía. Reconozco que entonces les llamaba sin levantarme de la silla: «¡Papá!, ¡mamá!, ¡papá!, ¡mamá!». Y ellos decían: «¡Valentina, calla! ¿No ves que estamos ocupados? ¡Parece que te han dado cuerda!». Pero yo seguía: «¡Papá!, ¡mamá!» —se reía—. Recuerdo que uno de esos días en los que estaba tan pesada, mi padre entró allí muy serio. Yo creía que me iba a regañar, como hacía a veces, pero me cogió en brazos, me sacó y me enseñó a una clienta. Le dijo: «¿Has visto qué hija tan guapa tengo?», y me dio un besazo tan sonoro que casi me quedo sorda.

—¿Y nunca te castigaban?

—¿Castigarme? ¿Por qué? No les daba motivos.

—¿Ni siquiera te dieron un cachete?

—Bueno, eso sí. Fue una de esas veces en las que me puse a dar la lata. «Eres una

desobediente —me decía mi madre—. ¡Calla de una vez! ¿No ves que estamos trabajando?». Como no le hice caso, mi madre me pegó un manotazo en la boca. Me puse a llorar. Entonces mi padre me abrazó y le dijo a mi madre: «Vaya, ¿era preciso esto?». Y la regañó. A mí me dio mucha pena que se pusieran a discutir y le pedí perdón a mi madre.

—Qué niña tan buena —ironicé—. Y qué mimada. ¿Por qué tengo la sensación de que lo que me cuentas no es del todo real, o de que me tomas el pelo?

Me miró sorprendida.

—¿Por qué dices eso? Bueno, también es verdad que no fue siempre así. Tendría unos doce años cuando me volví contestona y maleducada. Ya te he dicho que tenían una manera de pensar muy anticuada. Por ejemplo, yo les recriminaba que a mí no me enviaran algún verano a Londres o a Irlanda para aprender inglés, como hacían con mis hermanos, pero ellos insistían en que en Madrid había muy buenas academias. Ahora creo que, de alguna manera, me necesitaban incluso más que yo a ellos. Cuando les dije que quería estudiar Historia del arte...

—¿Estudiaste Historia?

Asintió.

—Mi madre, que por aquel entonces aún estaba bien, y mis hermanos, se enfadaron mucho conmigo. Lo entiendo, porque ellos habían estudiado cosas, digamos que... más prácticas y con más futuro. Tampoco les gustaba la gente con la que salía. La verdad es que mis amigos tenían un aspecto y una forma de pensar un tanto «alternativo», como suele decirse. Además, bebían alcohol, fumaban porros... Te aseguro que yo nunca tomé drogas, y alcohol... bueno, solo volví a casa borracha dos o tres veces.

—Pues, mira —continué con mi ironía—, esto que cuentas ahora ya me parece más creíble.

—Fue solo una mala racha. Ahora apenas bebo. Si supieras cómo me arrepiento de haberles hecho tanto sufrir —volvió a mirar el jarroncito, sacó los claveles, le cortó el tallo a uno de ellos y lo volvió a colocar—. Estos claveles son demasiado largos para este recipiente y quedarían mejor mezclados con un poco de *paniculata*... Perdona, estoy pensando en voz alta. Es que me pone nerviosa que algunos adornos rompan la armonía.

—¿Quieres que te diga una cosa, Valentina? Siento mucha envidia de la infancia que tuviste.

—Pues, aunque no te lo creas, en la cama por las noches a veces volvía a sentirme sola y desamparada, y tenía miedo. Entonces me abrazaba a mi muñeca —lo representó con sonrisa agrí dulce—, y muy a menudo me iba con ella a la cama de mis padres cuando estaban dormidos. Me colocaba en medio de ellos y me dormía pegada a alguno de los dos. Lo que yo sentía en ese momento... no se puede explicar. Así era feliz. El calor

humano es lo más maravilloso del mundo. Ellos no me decían nada en ese momento, pero por la mañana siempre oía la misma frase de mi padre: «Valentina, tienes que acostumbrarte a dormir sola en tu habitación». Me lo decía con cariño, nunca como un reproche. Me sentía con él tan protegida... Creo que tuve mucha suerte al no tener unos padres rígidos que consideran que un niño no debe entrar jamás en la cama con ellos. A veces te sientes tan vulnerable que necesitas que te abracen.

Podía imaginarme con facilidad a aquella niña con su muñeca. Yo ni siquiera fui uno de esos niños que tuvieron un osito o un conejo de peluche, como mi sobrino Kiko cuando era pequeño, a quien le resultó tan adictivo tener uno que sin el suyo era incapaz de dormir. Y por supuesto, era impensable aquello de meterme en la cama con mis padres. Recuerdo que me sentí solo y con miedo en muchísimas ocasiones, pero no tuve otro remedio que acostumbrarme, hasta que por fin, con el paso del tiempo, lo superé.

—¡Vaya! —dijo—. Ha sido una cena de confesiones muy íntimas para no conocernos mucho. ¡Madre mía! Tengo la sensación de que he dejado que entres en mi casa y que te escondas conmigo debajo de mi cama. Me da un poco de vergüenza, ¿sabes? Incluso puede que esté un poco colorada. Necesito estirar un poco las piernas mientras nos traen el postre. Voy un momento al cuarto de baño. No te vayas sin mí, ¿eh? —bromeó.

«¿Contigo debajo de tu cama? Tú vives sobre la mía desde hace mucho y mis esfuerzos por echarte no me han servido de nada», pensé.

Mientras Valentina se dirigía al cuarto de baño, una pareja le pidió que les fotografiase. Observé que le daban algunas instrucciones del manejo de su cámara, que parecía bastante buena. Valentina la cogió con mucho cuidado: «A ver, a ver... —decía—. Creo que desde este ángulo salen también el rótulo, el helecho y las velas. ¡Ay, no!, mejor desde aquí... aunque me voy a poner un poco más lejos». Observé cómo retrocedía poco a poco sin mirar atrás, hasta que chocó con una maceta y perdió el equilibrio. En sus esfuerzos por no caerse, se agarró a una vitrina que se tambaleó. El jarrón con flores que reposaba en lo alto se precipitó sobre Valentina. Corrí hacia ella y la encontré sentada en el suelo, empapada de agua y con las flores repartidas sobre el pelo, la cara y los hombros. Por suerte el jarrón, que yacía destrozado en el suelo a pocos centímetros, no le golpeó la cabeza.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —se disculpaba con los camareros que, azorados, la ayudaban a levantarse y le pedían también mil disculpas.

—¡Lo sentimos mucho! —repetía la pareja—. ¿Te has hecho daño?

—No —contestó ella—. No ha sido nada. Al menos la foto creo que la he hecho. Espero que no se haya mojado la cámara —añadió mientras yo la sujetaba por la espalda.

—Estás empapada —su camisa blanca pegada al cuerpo hacía transparentar el encaje

de su sujetador violeta. Las gotas de agua parecían brotar de las puntas de sus rizos. Retiré de su pelo algunas flores y pétalos—. Pareces la Virgen María a la salida de la iglesia.

—¡Qué vergüenza! —dijo.

—No puedes estar así. Ven conmigo.

La cogí de la mano y la llevé hasta la puerta de los lavabos. Allí me quité la chaqueta y la camisa.

—Entra —señalé el baño de señoras—, quítate tu camisa mojada y ponte la mía —añadí—. Pediré que me consigan una bolsa de plástico para tu ropa.

—No, de verdad —dijo observando mi desnudez—, no es necesario. Yo... —pero en cuanto agachó la mirada y descubrió su aspecto, tomó mi camisa, entró en el cuarto de baño y al poco salió con ella puesta. La esperé en la puerta con mi chaqueta puesta sobre la piel. Ella me miró y movió la cabeza a un lado y otro.

—¡La que he liado! —dijo.

—Voy a pedir la cuenta.

—¿Tan pronto? ¡No! ¿Por qué? Estoy bien y pienso tomarme el postre.

Regresamos a la mesa y, apenas se sentó, me di cuenta de que también se había quitado el sujetador. En ese momento llegó el camarero con las fresas que ella había pedido. Entonces ella suspiró y comenzó a comérselas, pero yo fui incapaz de tomarme el postre.

—Están muy dulces —dijo. Después cogió una y me la introdujo en la boca.

Es verdad, estaba muy dulce.

Acabada la cena, recogí su abrigo en el guardarropa, lo agarré por los hombros, y al igual que hiciera unas horas antes, lo abrí para ayudarle a ponérselo. Sin embargo, ella, sin esperarse, ya había traspasado las cortinas que daban al recibidor. La seguí, y en aquel espacio pequeño, antes de salir a la calle, se lo puse.

I'm afraid the masquerade is over. De nuevo una canción de Marvin Gaye —una de las que sonaban en el club la noche que apareció por primera vez—. Entonces ella me cogió las manos y las colocó sobre su cuerpo como si fuésemos a bailar. Por dentro de su abrigo, sentí el tacto de mi propia camisa sobre su cintura caliente. Se acercó más y comenzó a cantar la canción muy bajito, cerca de mi oído, «*I'm afraid the masquerade is over*», mientras se balanceaba de un lado a otro, pegada a mí. Yo permanecía inmóvil, como si fuera de cera, mientras la sentía deslizarse sobre mi cuerpo cada vez con más fuerza.

—¡Pero, vamos! ¡Baila conmigo! —se reía—. ¡Muévete! ¿Por qué te quedas así, tan rígido?

—No puedo, no sé bailar. ¡Déjalo, por favor! No sigas con esto.

En aquel momento, entraron dos chicas y ella me soltó. Salimos a la calle y, tras abrocharse ella misma el primer botón del abrigo, de manera súbita se abrazó a mí muy fuerte y dijo:

—¿Sabes una cosa? Eres tú el hombre que necesito.

Esa frase me dejó perplejo. Y aquello no fue un simple abrazo: se incrustó en mi pecho de tal forma que su cuerpo acabó alojado sin remedio en mi interior como un órgano vital. Sin embargo, después dudé: ¿No será que en realidad ella me abraza como a un padre? Recordé entonces que yo era casi once años mayor que ella y que era posible que solo me percibiese de ese modo, o como a un hermano mayor.

Con la mayor delicadeza de que fui capaz, la separé de mí, la sujeté de los hombros y la miré a los ojos.

—Voy a acompañarte a casa y después me marcharé. Tengo que ir a otra parte —por supuesto, me refería a mi piso.

—Y yo... ¿No puedo ir contigo a esa otra parte?

—No, tú no puedes. Es mejor que te deje en tu casa. ¿Es que mañana no tienes que madrugar?

Me miró contrariada.

—¿Por qué me tratas ahora como si fuera una cría? ¿Es eso lo único que yo te inspiro? Cuando me miras de la forma que sueles hacerlo, está muy claro que no lo haces de una manera muy paternal.

La abracé.

—Sé que tú sabes de sobra todo lo que me inspiras, pero también sé que de alguna manera necesitas sentirte protegida.

Durante unos instantes enmudeció y agachó la cabeza.

—No sé por qué dices eso. ¡Suéltame!

Tuve la sensación de que había tocado algo doloroso para ella, y aunque no sabía el motivo, estaba seguro de que necesitaba esa protección, y yo, de alguna manera, necesitaba dársela.

Al llegar a la puerta de su casa, después de abrazarla de nuevo, le di un beso en la mejilla.

—Gracias —me dijo.

—Gracias —contesté.

De vuelta a mi piso, me quité el abrigo y la chaqueta, y los guardé. Me sentía satisfecho conmigo mismo porque, a pesar de todo lo sucedido, había conseguido mantener la calma y volver a mi domicilio, el de siempre, para continuar con mi vida.

Como cada noche, inicié el ritual de desvestirme, vaciarme los bolsillos, preparar el atuendo para el día siguiente... Revisé mi móvil. Ningún mensaje importante. Contactos...

—Buenas noches, Virtuosa. Perdone que la llame a estas horas. ¿Podría entrar mañana en mi casa y llenarme un poco la nevera?... Sí, sí. La *Kelvinator*.

Sentimientos

—**B**uenos días, Serafín.
—Buenos días, don Enrique. ¿Qué le pongo? Si se lleva este lomo se va a chupar los dedos.

Poco a poco, conocí los nombres de muchas de las personas que vivían cerca de mi casa de Malasaña, e incluso pude desarrollar cierta amistad con algunas. Tenía la sensación de formar parte de un todo lleno de vida, de una especie de ecosistema en el que ella era el organismo más importante. Cada vez que regresaba del trabajo, me sentía algo eufórico porque sabía que estaba cerca: en su casa, en la tienda, en el mercado, con sus flores, o en sus andanzas con algunos amigos. Sus balcones eran el primer lugar donde miraba siempre al llegar a casa y al salir de ella. Se había convertido ya en un reflejo. Algunas veces me parecía que ella también dirigía la mirada hacia los míos. Entonces yo me apartaba de la ventana y me quedaba quieto, intentando no perderla de vista desde la penumbra del comedor, y sin saber qué hacer.

Una vez más necesitaba datos, puntos de referencia, tener claras mis ideas. Sobre todo porque alguna noche, igual que sucedió hacía unos meses, el hombre de la tienda entraba de madrugada en su portal, después de mirar con disimulo a un lado y otro de la calle, y se marchaba antes de que se hiciera de día. Y todo lo hacía con sigilo: meter la llave en la cerradura, intentar que el clic de apertura apenas se notase, penetrar despacio en el portal y cerrar la puerta más despacio aún. Acto seguido, desde mi cama, me esforzaba en escuchar posibles gritos, o gemidos, o respiraciones entrecortadas, o llanto, o incluso risas.

Por otro lado, se había corrido la voz de la ayuda que le había prestado al hijo de Antonio con su problemático inquilino. Por suerte, todo había salido bien, y otros vecinos comenzaron a solicitar mis servicios, y aunque yo inventaba mil excusas para no implicarme, lo cierto es que acababa por hacerme cargo de muchos de ellos.

Me pregunto por qué la naturaleza humana es a veces tan imprevisible y contradictoria. ¿Por qué después de nuestra cena permanecí oculto, y justo aquella mañana abrí las ventanas de par en par y me asomé por ellas?

Valentina estaba en apuros. La observé en la acera, en la puerta de su casa. De espaldas a mí, arañaba el interior de su bolso con una mano mientras con la otra sujetaba con dificultad una bolsa de papel de la que sobresalían unos churros. Llevaba uno en la

boca como si se tratase de un cigarrillo.

Bajé a la calle con el mismo ímpetu que un niño acude a jugar con sus amigos. Le sujeté la bolsa, ella encontró las llaves y acabó de comerse el churro. Durante todo el proceso parecía divertida.

—Muchas gracias —dijo—. Si no hubiera sido por ti, me hubiera quedado sin desayuno —tras unos instantes de silencio su gesto cambió—. Oye, hoy hace buen día y es fiesta —miró a su alrededor—. ¿Por qué no nos vamos de aquí? Hoy me siento como si estuviera, no sé, encerrada dentro de una caja.

«¿Una caja? ¿Y qué hay en ella de lo que necesitas huir?», me pregunté.

—De acuerdo. Anda, sube a tu casa y cómete los churros. En media hora nos vamos.

—¿Y adónde me vas a llevar?

—Ya lo pensaré. Sube y desayuna.

Tras caminar unos pasos hacia mi portal, me volví.

—Ya lo he pensado. Voy a llevarte al Parque del Retiro.

Valentina al principio me miró algo sorprendida, pero enseguida pareció alegrarse.

—Vale. Nos vemos en media hora —dijo mientras se metía otro churro en la boca.

Al cabo de un rato, caminábamos juntos por la Gran Vía hacia la Puerta de Alcalá. A veces me sonreía.

—No te lo vas a creer —dijo—, pero hace tiempo que no paso por aquí. ¡Ay! ¡Qué pena! ¡Mira! Antes aquí había un teatro. ¿Y qué ves ahora? Otra franquicia. Todo se vuelve tan impersonal... No sé lo que haré si algún día lo que yo vendo en la tienda puede encontrarse en unos grandes almacenes. Por eso intento ser lo más creativa y original que puedo. ¡Qué rápido cambia todo! Vaya, parece que hablo como una vieja, ¿verdad?

Al poco comentaba: «¡Mira! Esa tienda lleva aquí toda la vida. Ojalá no la cierren nunca». O también: «¡Ah! Me han dicho que esta película es preciosa. Una tarde vendré a verla».

—¿Tú sola?

—Llamaré a alguna amiga por si quiere venir, pero si no, vendré de todas formas.

Valentina hablaba sin parar y parecía algo distraída. Tuve que agarrarla del brazo y tirar de ella cuando una bicicleta que circulaba por la acera estuvo a punto de atropellarla. Más tarde, nos encontramos en medio de una de las muchísimas manifestaciones que hay en el centro de Madrid. Sus integrantes, enfervorizados por no sé qué reivindicaciones, parecía que de un momento a otro dejarían de ser demasiado pacíficos. Tuve que envolverla con mi cuerpo y sacarla de allí para que no fuera arrastrada como una hoja caída de un árbol.

Desde entonces se agarró a mi cintura, y yo rodeé su espalda con mi brazo, como si

tuviera miedo a que se me perdiese.

Apenas atravesamos la verja de la entrada del parque, se soltó. Lo observaba todo como si aquel fuera un lugar maravilloso al que iba por primera vez. No podía creer que le llamasen la atención tantas cosas. Se comportaba como una niña pequeña: «¡Mira ese árbol cómo ha brotado ya! Claro, casi estamos en primavera. ¡Y aquel ya tiene flores!... ¡Qué buen día hace!... ¡Mira! ¡Allí! Vamos a comprar barquillos».

Increíble. Con los barquillos en la mano nos sentamos en un banco, cara a cara, apoyando uno de los codos sobre el respaldo. Ella dobló una pierna y la colocó bajo el muslo de la otra. De vez en cuando la balanceaba. El contorno de sus rodillas sobresalía a través de su falda larga de color azul. Me ofreció uno de sus barquillos, y a continuación mordió el suyo.

De vez en cuando, intentaba recoger de su falda algunos trocitos que se deshacían y caían al morderlos. Algunos eran algo grandes y quise rescatarlos para entregárselos a ella, pero lo que hizo fue abrir la boca y, con toda naturalidad, tomarlos desde mis dedos. Estaba claro que no daba importancia alguna a ese gesto y que no parecía darse cuenta de lo que provocaba en mí, cada vez que sentía el contacto de sus labios o incluso de sus dientes. Acabó el último trozo de barquillo y se limpió la falda con las manos.

—Me gustaría saber más cosas sobre ti —dije.

—Pues no sé qué contarte. Pregúntame tú lo que quieras.

—Valentina, ¿seguro que no tienes novio?

—¿Qué? —dijo con gesto de extrañeza—. ¡No! Ya te lo dije en la tienda. ¿No te acuerdas?

—Pues ya tienes veintiocho años. ¿No has encontrado a ningún hombre con el que quieras estar?

—¿Y tú? ¿Por qué a tu edad no tienes novia?

No respondí. Pensé enseguida que no debí haber hecho esa pregunta. Jamás he querido saber nada acerca de los novios, ligues o parejas anteriores de una mujer que me interesase. A veces, algunas mujeres, no sé por qué razón, se empeñan en hablarte de ello. Yo entonces, de forma sistemática, desvío la conversación hacia otro lado, y si insisten digo: «No, por favor. No me interesa». Y ahora, ¿qué tipo de curiosidad morbosa me impulsaba? Jamás me he considerado un hombre celoso o posesivo, pero ansiaba saber con cuántos hombres me había sido infiel antes de conocerme. Sí, reconocía que era algo enfermizo. Además, también me preguntaba cuántas veces... e insistí:

—Valentina, ¿alguna vez te ha maltratado un hombre?

—¿¡Qué!?! ¿Por qué me preguntas eso? —sin duda seguía extrañada, pero respondió:

—¡Ah! Ya sé por qué me haces esa pregunta. ¡No me lo puedo creer! Está muy claro.

Lo tuyo es lo que se llama... es algo que no es normal... Es...

Contuve la respiración.

—Sí: deformación profesional. Como eres abogado y habrás visto muchos casos de maltrato, crees verlos por todas partes. Pues te aseguro que nunca, jamás, he dejado que un hombre me maltrate o me humille.

Me hubiera gustado preguntarle entonces por qué corría el riesgo de que lo hicieran cuando se mezcla con prostitutas, por qué dejaba que aquel hombre le gritara en su propia casa.

Me pareció algo contrariada por mis preguntas, y desvié la conversación hacia otras cosas más intrascendentes. Recuerdo que le pregunté por los vecinos de su escalera, por Antonio y Carmen, por sus amigos... y ella me contó algunas de sus historias.

Mientras hablaba, jugueteaba con un botón de mi camisa. Le daba la vuelta con la yema de los dedos y metía las uñas por su contorno como si fuera a arrancármelo. Creo que lo hacía de una manera automática, como el que fija su mirada en algo o juega con un bolígrafo, o una servilleta de papel, como un punto de apoyo para poder concentrarse. Y de repente, me vi jugando con un mechón de su cabello. Sonrió y no pareció molestarle. Dicen que los hombres solo nos fijamos en las zonas del cuerpo más sexuales de las mujeres y que, sin embargo, hay otras muy eróticas que pasamos por alto. Suele ser cierto; sin embargo, nunca imaginé lo excitante que puede resultar el botón de una camisa.

Al poco se levantó y se tumbó en la hierba.

—¡Ven! Ven aquí conmigo —dijo.

La obedecí y me acosté a su lado, aunque evité acercarme demasiado. Lo que sentía no lo había experimentado nunca con nadie, pero también sabía que debía protegerme, porque, si alguna vez perdía el control, corría el riesgo de perderme en su interior y no sabría volver, o quizá corría el riesgo de aplastarla, o incluso de romperla como si fuera un objeto de cristal.

La voz de Valentina me hizo regresar de mis cavilaciones.

—¿Por qué no te acercas un poco más? —dijo después de girarse hacia mí—. No me tengas miedo. Sabes que soy vegetariana. No te voy a comer.

—Sí, te tengo miedo. Me gustas demasiado —contesté con toda sinceridad.

—Pues me alegro, porque tú a mí también me gustas mucho. ¿Por qué no te acercas más y me das un beso?

Me levanté de inmediato y, sin mirarla, le tendí la mano.

—Anda, vámonos de aquí.

Se agarró a ella y se levantó.

—¿Pero qué te pasa? —me preguntó—. Solo te he pedido un beso.

—Sí, ya lo sé, pero si te doy un beso no creo que pueda parar.

Lo dije sin mirarla. Simulé frialdad. Ella sonrió ante mi respuesta. Se agarró a mi brazo y me dijo:

—Bueno, ¿adónde me vas a llevar ahora?

—¿Adónde te gustaría ir?

—Al centro —contestó de manera desenfada.

—Entonces, si quieres ir aún más «al centro», solo puedo llevarte a un lugar.

Desde el Parque del Retiro caminamos por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol, es decir, al Kilómetro cero. Estaba llena de gente. La llevaba cogida de la mano. Algunas veces la atraía hacia mí para no perdernos y evitar que el gentío pudiera separarnos. A mí me gustaba hacerlo, quizá porque en esos fugaces momentos la poseía un poco; además, con cada uno de esos gestos, ella me miraba de una forma especial.

—¿Estas cansada? —le pregunté—. ¿Quieres que volvamos a casa?

—No, no estoy cansada. Me gustaría llegar hasta la Plaza Mayor y sentarme por allí, igual que hacen los turistas.

—No me lo puedo creer, pero si es lo que quieres... ¿Y no preferirías que cogiéramos uno de esos autobuses con guía de los que enseñan toda la ciudad? —bromeé.

—No te burles.

A pesar de la dificultad para encontrar una mesa, por fin conseguimos sentarnos en una, como ella quería.

No lo pensé demasiado apenas el camarero nos trajo la carta:

—Tráiganos unas tapas variadas.

Jamón de bellota, tabla de quesos, patatas bravas, champiñones al ajillo, calamares a la romana, gambas rebozadas, ensalada de ventresca de bonito...

No dijo nada, pero se negó a probar el jamón, y a duras penas conseguí que probara el bonito.

—Ni siquiera tomas pescado.

—¡No puedo! Cada vez que veo cómo se retuercen los peces cuando se les saca del agua y luchan por soltarse del anzuelo, ¡me parece cruel! Son seres como nosotros. Tienen órganos como los nuestros, ojos, corazón. Tienen miedo... ¡Ah!, y ni siquiera me tomo un huevo entero. ¡Son óvulos de una hembra!

—¿Qué has dicho?

—¡Que son óvulos de una hembra! Solo los tomo si forman parte de alguna salsa, o un rebozado, pero solo así.

Me parecía absurdo todo lo que decía.

—Valentina, yo te respeto, pero no comparto todo eso que dices. De todos modos,

creo que he tenido muy poco tacto. No te he preguntado lo que querías comer.

—No me importa. Nos han sacado muchas cosas, y estoy llena —dijo con la mano sobre el estómago.

—¿Y adónde quieres ir cuando acabemos de comer? ¿Continuamos nuestra ruta turística hasta la plaza de Oriente?

—Vaya, ¿cómo lo has adivinado? ¡Sí! Allí nos tomaremos un café. ¿No te das cuenta? Tengo todo esto al lado de casa, ¿y sabes cuánto tiempo hace que no vengo por aquí?

—Resulta irónico, pero es verdad. A mí me pasa lo mismo.

Un poco más tarde, nos sentamos en una terracita en la plaza de Oriente, con el Palacio Real al fondo, y pedimos los cafés. Hasta que los trajeron, me habló de muchos aspectos de la historia del Palacio que yo desconocía.

—Es evidente que tu carrera de Historia sí que te ha servido. Quizá te haya ayudado más de lo que crees. Por ejemplo, tienes una tienda muy «artística».

—¡Madre mía! Pues no creas que no me ha costado conseguirlo.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—¡Uf! Es una historia muy larga. Te aburrirías.

—En absoluto. Anda, cuéntamelo.

—Bueno, pues creo que todo fue poco a poco. Cuando murió mi madre y me quedé huérfana, cerré la tienda. Me recliné en casa y pasaba los días llorando. Cada objeto que veía o tocaba, como la taza de desayuno de mi padre, la foto de su boda en el aparador, el abanico de mi madre sobre su mesita de noche... A veces me acostaba acurrucada en su cama agarrada a las sábanas, y me parecía que aún estaban allí. Todavía sentía su olor. Los vecinos, que me conocían desde siempre, al escucharme llorar, avisaron a mis hermanos. El mayor me llevó a su casa y estuve con su familia unos diez días. Mi otro hermano también me pidió que me marchara con él, pero no quise hacerlo porque, más pronto o más tarde, tendría que afrontar que mis padres ya no estaban, que me había quedado sola y que ya hacía tiempo que había dejado de ser una niña. Cuando volví a casa me puse a pensar muy en serio en lo que iba a hacer con mi vida. ¿Una oposición para dar clases de Historia? ¿Estudiar otra cosa? ¿Irme lejos?... A menudo me sentaba en el suelo del balcón, en el hueco pequeño que hay entre la puerta y los barrotes de hierro, rodeada de cojines. Me gustaba observar a la gente que pasaba y escribir las cosas que me venían a la cabeza... También leía mucho, ¿sabes?, y en mi cuarto de estar siempre escuchaba mucha música, de todo tipo. ¿Seguro que no te aburro?

¿Aburrirme? Absorbía cada una de sus palabras.

—En absoluto, Valentina. Quiero que me sigas contando, por favor. Me interesa lo que dices.

—Bueno, pues sigo. Un día, un vecino de mi escalera, Gerardo, ese chico tan gordo que vive con su madre, escuchó mi música y se empeñó en prestarme discos de vinilo muy antiguos que valoraba mucho porque decía que, justo esos, eran muy difíciles de encontrar. Recuerdo algunos: Miles Davis, Ella Fitzgerald, Aretha Franklin, y muchísimos más. Decía que le gustaba mucho mi nombre y me trajo todas las versiones que encontraba de *My funny Valentine*. Así me aficioné al *jazz*, y al *soul* y a los *blues*, y ya no escuchaba solo música clásica o la que estaba de moda, como hacía antes. Es posible que te parezca una cursi o que estoy muy loca, pero a veces, cuando escucho cierta música, siento como si a mi espíritu le quedase pequeño mi cuerpo, y en ese momento no me importaría morir.

¿Cómo no entender esa sensación cuando yo la he experimentado tantas veces?

—Un día —continuó—, a pesar de la tristeza que sentía, pensé que mis padres hubiesen querido que espabilara un poco ya y que cambiase de actitud. Entonces se me ocurrió comprar unas plantas para los balcones y también ramos de flores que colocaba en diferentes lugares de la casa. Recuerdo que en una ocasión encontré, en uno de los baúles, un florero precioso pero con la boca muy pequeña. Me empeñé en meter allí unas rosas blancas, y tuve que juntar todos los capullos para que cupiesen, de tal manera que, cuando por fin lo terminé, me recordó un ramo de novia. Entonces se me ocurrió que quizá podría confeccionar algunos y regalarlos a las chicas del barrio... Al final conseguí lo que pretendía: que aquello se divulgase y fueran ellas las que me los pidiesen.

Nuestra conversación se interrumpió por unos instantes. Nos trajeron los cafés con leche junto con unas pastas de té, y Valentina apartó el sobre del azúcar y dio un sorbo.

—Un día —prosiguió— por fin me decidí a entrar en la tienda, que llevaba cerrada mucho tiempo. Allí estaban todos los tejidos que se quedaron esperando, sin vender. Recuerdo que desenvolví muchísimos. Me acordé de mis padres cuando hacían lo mismo y me eché a llorar, tanto que me tumbé en el suelo y me acurruqué allí, abrazada a una tela de cortina de terciopelo verde, y me quedé dormida. Cuando desperté, me levanté y se me ocurrió envolverme en ella delante de un espejo, y entonces, mira por dónde, recordé aquella escena de *Lo que el viento se llevó*, en la que Escarlata se hace un traje con las cortinas de la casa para seducir a Rhatt Butler. Entonces desenvolví uno, y luego otro y otro, y pensé que quizá podría aprender a coser y a confeccionar vestidos para venderlos yo, y también a transformar otros pasados de moda. Se los pedía a las vecinas como si fuese una pordiosera, ¿sabes?

Dio otro sorbo a su café y acomodó el cojín de su silloncito de mimbre.

—En aquellos días —continuó— hacía tantas cosas... Tenía la sensación de que mi vida cambiaba. Recuerdo que me quedé muy delgada y, un día —se echó a reír—, me encontré en la calle con Virtuosa. Me dijo que si seguía así no iba a gustar nunca a ningún

hombre. Manuela, que pasaba por allí, lo oyó, y la llamó puta, y las dos se tiraron de los pelos. ¡Menuda bronca tuvieron!

—Y a tus hermanos, ¿no les importó que te quedases tú con la tienda? ¿No prefirieron venderla?

—En absoluto. Como ya te dije, son bastante más mayores que yo y, apenas tuvieron ocasión, se independizaron y se fueron de nuestro barrio. ¡Qué ricas están estas pastas!

—Venga, cómete las mías —las puse en su plato—. Sigues muy delgada y no querrás que al final se cumpla lo que dijo Virtuosa.

Volvió a reírse. Se ajustó la ropa al cuerpo.

—¿De verdad crees que estoy demasiado delgada? ¡Mírame bien!

—Tienes razón —contesté—. Creo que no te he mirado lo suficiente. ¿Qué hiciste después?

—Un día, de pronto, comprendí que había llegado el momento y desmonté la tienda por completo. Me dio mucha pena. Cada vez que arrancaban alguna estantería o derribaban un tabique, parecía que era desleal a mis padres, que tanto se habían esforzado en levantar todo aquello y que, de alguna manera, volvían a morir un poco. Pero tuve que sobreponerme. No había otro remedio si quería ganarme la vida con ella. Poco a poco me fui adaptando a lo que la gente le gustaba. Gerardo me proporcionaba los discos de vinilo para venderlos, mis ramos de novia tenían cada vez más éxito y la ropa que cosía la vendía fácilmente a las chicas jóvenes. Ya viste que tengo en la tienda muchas cosas. Seguro que a ti te parecerán algo cursis o extravagantes, pero es lo que gusta a mi clientela, y yo hago lo que me piden.

«¿Y también vendes cocaína si te la piden?», le hubiera preguntado. Me sentía tan bien con ella que pensaba que era imposible que una mujer así pudiera cometer algún delito. Me parecía incongruente. Intenté no pensar en ello.

—Supongo que ahora que te van bien las cosas, por fin decidirás disfrutar un poco más de la vida y viajar.

Me pareció un comentario vacío, pero necesitaba hablar para no continuar con aquellas cavilaciones.

—¡Ah! Pues he estado en Berlín, en Londres y en Roma, pero cuando estudiaba en la universidad: en el viaje del paso del ecuador, en el de fin de curso... Aparte de eso, solo he hecho excursiones por dentro de España. Recuerdo que cuando iba a hacer mi primera comunión, mis padres me dijeron que me harían un regalo. Me preguntaron lo que quería y yo les pedí ir a París y a Eurodisney. Como ellos no se negaron, me ilusioné; pero luego dijeron que era mucho dinero, que éramos cinco personas... y al final no fuimos. Ellos siempre con su afán de ahorrar... Si pudiera, haría muchos viajes, pero mi trabajo, como

ya te he dicho antes, me deja moverme muy poco, y cuando llega mi mes de vacaciones estoy tan cansada que... ¡Ah, bueno! ¡Espera! Casi todos los veranos me voy a ver a unos amigos que tengo en la playa. Siempre voy a la misma isla. Allí me paso un mes en una casita blanca que suelo alquilar. Está en medio del campo, rodeada de árboles frutales, y hay una higuera enorme que da mucha sombra. Me gusta sentarme debajo en una hamaca. A un par de kilómetros hay una calita donde va poca gente. En esa isla es donde descanso de verdad y me olvido de todo. Pero no te creas, no se me ha pasado lo de Eurodisney — bromeó.

La vida de Valentina había sido tan distinta a la mía, que me parecía que proveníamos de planetas que se encontraban a muchos años luz el uno del otro; pero mientras me hablaba, conseguía transportarme al suyo. ¡Quería quedarme allí!

—Perdona, voy a ir un momento al cuarto de baño —dijo.

«Valentina me desconcierta», pensaba mientras daba otro sorbo al café. Cuando solo la veía en el club, creo que fantaseaba con una mujer diseñada en exclusiva para mí, quizá algo más adulta y seria, y también algo agresiva sexualmente. Depositó en ella todas las cosas que yo necesitaba como hombre. Sin embargo, en el fondo, creo que siempre supe que era más o menos así. No sé por qué, pero lo sabía. Estoy seguro de que todo lo que dice y hace emerge de ella de manera limpia y natural. A veces parece querer provocarme, pero lo hace de una manera infantil, no como suelen hacerlo otras mujeres con las que suelo tratar. Seguro que ellas dirían que es una ñoña. A muchas me las llevo a la cama la primera noche. A ella, en cambio, no me atrevo a veces ni a tocarla. Me obsesiona el motivo por el que se abrazó a mí a la salida del restaurante y me dijo que yo era el hombre que ella necesitaba.

—Hola. Ya estoy aquí —dijo, y se sentó.

Delante de nosotros jugaban unos niños. Ninguno habría cumplido los cinco años. Dos parejas que parecían ser sus padres tomaban unos pasteles en la mesa de al lado.

—Me encantan los niños —comentó—. En cuanto pueda voy a tener dos o tres. Además los tendré todos seguidos. No quiero que se lleven tanta edad como mis hermanos y yo. No me asusta pasarme el día entero entre pañales y biberones. Compraré una alfombra grande para que podamos jugar en el suelo, y no me importará revolcarme con ellos en la hierba de los parques. Iremos a ferias donde haya cochecitos, y compraremos algodón dulce. Te aseguro que seré yo misma la que les lleve de la mano a un colegio que esté cerca, e iré a buscarles, y luego, cuando vuelvan ellos solos, me las arreglaré para que me encuentren en casa.

—Pero Valentina —interrumpí—, ¿no crees que esa es una visión idílica y algo obsoleta de lo que significa ser madre en los tiempos que corren? Para poder dedicarte

tanto a ellos, no podrías atender bien la tienda, ni viajar, ni ir a ninguna parte. Habrías perdido la libertad. Te olvidarías por completo de ti misma. Serías la típica ama de casa tradicional, de esas que se vuelcan en sus hijos y acaban frustradas y deprimidas cuando ellos se independizan. . .

—¿A ti no te gustaría tener hijos? —ahora era ella la que me interrumpía a mí.

—Pues claro que me gustaría, pero creo que hay que meditarlo mucho antes, ver cuándo es el momento oportuno, conocer la manera como la pareja va a cuidar a ese niño sin descuidar otras responsabilidades, saber cómo vas a hacer frente a todo lo que eso supone. . .

—¿Y dónde dejas tus instintos, los sentimientos que llevas dentro? Para mí, lo más importante de la vida es querer y que te quieran. ¡No hay que pensar tanto!

A partir de ese momento nos interrumpimos el uno al otro mientras elevábamos el tono de voz:

—Y ya no podrías viajar —insistía—, ni ir a ningún club de *jazz*, ni salir con tus amigos, ni. . .

—Quizá entonces no necesitase tanto como ahora acudir a ningún club de *jazz*, y no creo que perdiese a mis amigos.

—Y parece que te olvidas de algo muy importante: para que una mujer tenga hijos necesita un hombre, y él también debe opinar. . .

—Pues no creo que ese hombre esté demasiado lejos —interrumpió contrariada.

Me quedé perplejo con su respuesta. ¿A qué distancia se suponía que estaría ese hombre? Aquella discusión estaba aumentando de intensidad.

—Hablas como una adolescente inmadura, o como una niña que quiere jugar a las muñecas.

—Pues en este momento de mi vida es lo que siento.

Nuestras tazas estaban vacías y ya no había pastas de té, pero en mi interior no quedaba espacio para un solo pensamiento ni sentimiento más; discurrían mezclados unos con otros, y yo estaba en medio de ellos esforzándome para encontrar un poco de lucidez y cordura. Pero lo curioso es que dentro de mí irrumpían escenas de esa vida junto a ella, jugando a «las casitas», o a «papás y mamás», como había visto hacer a mi sobrina de pequeña. Me parecía algo irreal, propio de un cuento de hadas de esos que se leen a algunas niñas antes de dormir, pero al mismo tiempo sentía una agradable sensación de calor.

—Y ese hombre. . . —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Qué? —me cogió desprevenido.

—A ese hombre le querré tanto que le pediré que me deje embarazada enseguida.

De manera instintiva le tapé la boca con la mano.

—¡Calla! ¡Hablas como una irresponsable y una temeraria!

Pareció asustarse un poco con mi reacción. Retiré mi mano y le pedí disculpas. El corazón se me salía del pecho...

Valentina se giró hacia mí más que antes, me miró a los ojos, y me habló tranquila y con firmeza:

—Puede parecer que tú y yo somos muy distintos, pero me he dado cuenta de una cosa: tenemos mucho en común. Los dos hemos perdido a nuestros padres muy pronto, y cada uno, a su manera, ha sufrido mucho por eso. Creo que en aquellos momentos los dos buscamos refugiarnos en algo para no pasarlo tan mal: yo lo hice en mi tienda, y tú en tus estudios y tu trabajo. Estoy convencida de que aún nos faltan muchas cosas que son muy importantes, y no sé muy bien por qué, pero tengo la sensación de que, en cuanto llega la noche, existe algo oculto y misterioso dentro de nosotros que lucha por salir y transformarse. Para que esto ocurra necesitamos la música. Es indispensable. Nada de esto sucede a la luz del día. Es algo mágico.

No sé si pensaba decir algo más, pero no le di opción, porque la agarré y le di ese beso que me había pedido y que antes le había negado. Después le di otro —creo—, y seguro que otro y otro, porque durante aquella caída libre no veía ni oía nada. ¿Cómo se pueden sentir tantas cosas y dejar de sentir otras al mismo tiempo? «¡No... no está bien... Aquí no...!», me pareció escuchar como un eco muy lejano, y después algo presionó mis brazos y me empujó. «¡No!», volví a escuchar, pero esta vez mucho más cerca.

Me separé de ella al instante, y quedé suspendido en el vacío. Ya no sabía cómo actuar. Sin embargo, ella me sonreía. No pude soportarlo más y le dije:

—Perdóname, Valentina. No debí haberte besado.

—¿Por qué no? —fue lo primero que dijo—. Lo que pasa es que ha sido aquí, y de una forma que...

—Lo siento, te juro que no volverá a pasar. Me arrepiento de haberlo hecho, perdona —tartamudeaba.

Valentina agachó la cabeza con expresión de desencanto y se levantó de la silla.

Después del café caminamos en silencio hasta la Plaza de La Opera. La taquilla del Teatro Real estaba abierta. Conseguí un programa y juntos lo ojeamos. Me detuve en uno de los conciertos.

—Sé que te gusta Mozart. ¿Has escuchado alguna vez el Réquiem?

—Creo que no —contestó tras bajar la mirada.

—¿Crees que no? Si lo hubieras escuchado alguna vez, lo sabrías. No lo habrías olvidado.

Sin realizar comentario alguno, compré dos entradas.

—¿Vendrás conmigo?

—Bueno, si tú quieres...

—No iría sin ti.

Durante el camino de vuelta, no fui capaz ni de cogerla de la mano. Era ella quien me cogía del brazo.

Llegamos a la puerta de su casa, nos miramos durante unos instantes, y yo... ya no podía más. Estaba a punto de estallar. De hecho, estallé.

—Valentina, creo que me estoy enamorando de ti —era mentira, estaba enamorado por completo y estaba a punto de ponerme a temblar—. Me da tanta vergüenza decirlo..., porque jamás le he dicho esto a nadie.

—¡Madre mía! —colocó su mano sobre mi mejilla y me acarició de forma suave como si fuera un niño—. Yo sabía que te gustaba mucho, pero no hasta ese punto. Me siento como... no sé, como si me acabaras de hacer un regalo, pero creo que apenas me conoces. Solo hemos salido dos veces.

—Y te quiero —añadí—, no por lo que haces ni por lo que dices, sino por ti misma, porque tú eres tú. Me gusta cómo miras y cómo sientes todo lo que te rodea. A veces creo que es imposible que exista alguien así.

—Esto es lo más bonito y lo más romántico que me han dicho en toda mi vida —dijo emocionada.

—Tengo casi cuarenta años y es la primera vez que me pasa esto, y estoy aterrorizado. Además, tú eres mucho más joven, y quizá solo sea para ti...

—¡No! —interrumpió—. Es cierto que eres muy serio, pero ¡no eres tan mayor! Tú a mí me gustas muchísimo. No sé si estaré enamorada. Lo único que sé es que quiero estar contigo, y que me gusta que me mires y me toques.

Le aparté la mano de mi mejilla con cierta brusquedad.

—Lo siento, pero no lo soporto.

—¿¡Por qué!? ¡No lo entiendo!

—¿Dices que quieres estar conmigo y que te toque? Necesito que retrocedamos. Todo esto me da vértigo y me asusta.

—¡Pues yo no tengo miedo ni vértigo! —dijo contrariada—. Lo único que me duele es que quieras alejarte de mí y que hables de lo que sientes como si yo fuera algo peligroso y dañino, como si fuera una enfermedad. No puedo entenderlo. Pero si lo que quieres es que nos distancieemos, de acuerdo. Yo seguiré con mi vida y tú con la tuya. ¿Qué vas a hacer con las entradas?

—¿Qué entradas? —las había olvidado por completo. Las miré—. Me gustaría

mucho que vinieras conmigo. Aún falta un mes, pero ya te lo he dicho: no iría sin ti.

Valentina sacó las llaves de su bolso e hizo ademán de ir a meterlas en la cerradura, pero en lugar de abrir la puerta, las miró, se volvió hacia mí y jugueteó con ellas unos instantes. Parecía que cavilaba.

—Creo que todo esto explica muchas cosas.

—¿Cómo dices?

—Yo también tengo que confesarte algo. La primera vez que nos encontramos fue una noche en tu club. Después te volví a ver muchas noches más. Te veía allí tan guapo, tan elegante, tan formal... Se notaba que allí eras tú el que mandaba, pero lo que más me llamó la atención es que te pasabas casi todo el tiempo mirándome.

— Eso... eso no es verdad —creo que me puse colorado—. Yo... solo te miraba cuando tú no... Es imposible que te dieras cuenta.

—Una mujer siempre sabe si un hombre la mira, sobre todo si ese hombre es como tú. Yo en realidad no sabía por qué lo hacías, porque en todo ese tiempo jamás te acercaste a mí, ni me hablaste. Incluso llegué a pensar que un día me echarías.

—¿Qué? ¿Por qué iba a echarte?

—Porque a lo mejor, al ir siempre sola y ver que se me acercaban muchos hombres, creerías que yo era una prostituta.

De nuevo esa palabra. Me angustió escucharlo de su boca.

—¿Tú una prostituta? En absoluto. No sé cómo pudiste llegar a pensar eso.

—Y después de todo eso, cuando te vi aquí en mi barrio y me enteré de que vivías en ese piso tan pequeño, me pareció surrealista. Si es verdad que ahora te estás enamorando de mí, tienes miedo y quieres huir, pienso que, a lo mejor en el club si comenzaba a gustarte un poco, podría ser ese el motivo por el que no fuiste capaz de acercarte.

No pude pronunciar ni una sola sílaba.

Entonces me dio un beso fugaz en la mejilla y me dijo:

—Bueno, supongo que nos veremos por aquí.

Y justo en ese momento, el hombre de la tienda pasó por nuestro lado. Durante unos segundos se miraron, pero fingieron no conocerse. Sentí que la mujer con la que había estado se ponía tensa y desaparecía.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada. No me pasa nada —contestó tras agachar la mirada.

—Vale, no me lo cuentes si no quieres. Sé cuándo una mujer me miente. Lo aprendí a fuego hace mucho tiempo. Solo voy a decirte una cosa: estoy contigo. Vivo aquí enfrente. Lo sabes, ¿verdad?

Aquella noche, Valentina no durmió sola, sino con aquel hombre al cual fingía no

conocer.

Sangre y fresa

No soporto los secretos, y ella tenía uno o quizá más. Yo tenía demasiados. Tampoco soporto la ambigüedad, y yo no quería verla, porque me hacía sufrir, pero tampoco alejarme de ella, o abandonar el barrio.

«Al menos mañana no la veré —pensaba aquella noche en el avión durante mi regreso de Marruecos—. Me acostaré enseguida. Estoy muy cansado y debo levantarme muy temprano. Necesitaré casi una semana para poner al corriente tanto trabajo». Y aquello parecía tranquilizarme mientras, acto seguido, algo me oprimía la garganta.

Al día siguiente, concluí todo el trabajo antes de las diez de la mañana. Después bajé al comedor a tomar café, subí a charlar con Ignacio para ver qué tal le iba en su nuevo puesto, e indagué en las andanzas de Santos, el cual parecía estar calmado y en un sospechoso silencio, como ocurre antes de un tsunami. Luego volví a sentarme en mi escritorio para repasar por enésima vez la redacción de unos documentos, y a bajar a la cafetería y...

A las dos de la tarde estaba en la puerta de la tienda de Valentina.

No. Como he dicho: no soporto la ambigüedad, ni los secretos, ni la incoherencia.

Entré en la tienda. Valentina, que en ese momento se encontraba de espaldas, se giró hacia mí. Parecía algo sorprendida por mi visita, se acercó y me dijo un simple *hola*, sin más.

—Siéntate si quieres —señaló una silla que había delante del mostrador. Lo hice.

Ella se sentó al otro lado.

—No voy a poder hacerte mucho caso —me dijo mientras cortaba el tallo de una flor con unos alicates—. Estoy trabajando.

—Es uno de mis *adagios* favoritos —señalé el vinilo que giraba en su tocadiscos—. El *Concierto para piano número cinco de Beethoven*.

—Sí, pero con esta música soy incapaz de llevar una conversación —le pasaba igual que a mí. Se levantó y cambió el disco—. Es Bliss. Me gusta mucho, pero podremos hablar.

En ese momento entraron dos chicas muy jóvenes en la tienda y se levantó.

—Hola, buenos días.

—Buenos días. ¿Podemos ver ese ramo de flores secas? —dijo una de ellas señalando el escaparate.

—Claro que sí.

Valentina lo extrajo con mucho cuidado de allí y se lo enseñó. Me pareció que ella misma propiciaba una charla desenfadada. Me acomodé mejor en la silla. Contemplarla en plena acción me resultaba interesante. Después de varios minutos, una de las chicas, que hasta entonces permanecía callada, le dice a Valentina:

—Me encanta la falda que llevas. ¿No tendrás más en la tienda?

—No. Es un modelo exclusivo que me hice yo. Creo que será de tu talla —dijo después de mirar a la chica de arriba abajo durante unos segundos—. Puedes llevártela si te gusta. Como es de segunda mano, te haré un precio especial. Pruébatela y así ves qué tal te queda. No pierdes nada.

La chica asintió, y Valentina, tras meterse en la trastienda, salió con su falda en la mano. Nunca podré olvidar aquel vestido violeta con el que apareció. Aunque era bastante largo, dibujaba su cuerpo de tal forma que con él podía imaginarla desnuda. Entregó la falda modelo María Antonieta a la chica, y esta, como quien acepta una golosina, se metió en el probador. A los pocos segundos salió y dijo:

—Me queda genial, ¿verdad? Bueno, en realidad me gusta mucho tu estilo. Quisiera saber vestirme así.

—Pues muchas gracias, pero cada mujer es muy distinta, y... bueno, yo te imagino muy bien de muchas maneras —decía mientras descolgaba de la percha un vestido tras otro.

Durante la media hora que estuvo con ellas, las dos clientas entraban y salían una y otra vez del probador. Al final, compraron la falda y no sé cuántas cosas más. Recordé la frase que una vez me dijo Antonio: «Esta chica ha salido tan *negocianta* como sus padres».

—Bueno —me dijo tras volver a colgar la ropa en las perchas y guardar los objetos que había sacado a las chicas—, ya que estás aquí, podrías sujetarme la escalera. Así aprovecharía para limpiar esa lámpara de cristal.

—¡Claro! —contesté.

Mientras se encontraba sobre el penúltimo peldaño, le acaricié los tobillos con el dorso de los dedos.

—Pero... ¿Qué haces? ¡Estate quieto! ¿No ves que me puedo caer?

Después de limpiar la lámpara, se dedicó a abrir algunas cajas. De una de ellas extrajo diversos objetos que colocó de manera estudiada sobre algunas estanterías; de otra, algunas telas.

—Esta seda salvaje es preciosa, ¿verdad? —dijo mientras de otra caja extraía perfumes—. Menos mal. Son justo los que quería —dijo para sí.

No paraba de caminar de un lado a otro y, mientras tanto, tuve la sensación de que el

interior de su tienda se había convertido en un espacio irreal y misterioso que invitaba a explorar y a descubrir. Quizá me aturdí su aroma, la música y los distintos colores, sobre todo el violeta que envolvía la piel de Valentina como si fuera un apetecible caramelo.

Sé que me contó muchas cosas, sobre todo de su tienda, de los cambios que hizo, de la máquina de coser antigua que tenía allí expuesta, de la máquina de coser nueva que tenía tras el mostrador y con la que confeccionaba los vestidos en sus ratos libres... Me preguntó sobre mi trabajo y yo le conté algunos aspectos de mi último viaje, aunque de forma deshinchada, porque no podía concentrarme.

—Ya te lo dije. Creo que haces muchas cosas buenas, porque estoy segura de que tú no eres como esos abogados que siempre quieren ganar aunque no tengan razón, y que solo defenderás lo que es justo.

Preferí no contestar.

Valentina apartó la cortina que comunicaba con la trastienda y se introdujo en ella.

Y yo me levanté de la silla y fui tras ella como si fuera un perro.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa?

Me acerqué a ella intentando refrenar mis pasos.

—¿Qué te pasa? —repitió mientras cogía algo de una estantería.

Ella dio un paso, solo un paso hacia mí, con intención de apartar la cortina para salir, y yo di otro hacia ella. Entonces tuve la sensación de que por fin me deslizaba sin frenos, y no podía parar.

—¿Qué me haces? —creo que dijo de manera entrecortada— Me desconciertas... ¡Me haces daño...!

Me separé de ella, aparté la cortina y salí de la trastienda, avergonzado. Necesitaba sentarme. Me temblaban las piernas.

Valentina apareció, intentando alargar con ambas manos la orilla de su vestido encaramado casi hasta las ingles. Se acercó a un espejo, se retocó el pelo, observó sus labios y se tocó uno de ellos con un gesto de dolor.

—¿Por qué sabes a fresa? —pregunté confuso.

—Es porque acabo de comerme unos *cupcakes* que he comprado en... —no acabó la frase—. ¿¡A ti qué te importa!? ¡Madre mía! ¿¡Pero qué es lo que ha pasado!?

Me levanté de la silla y, sin poder soportar su mirada dura, dirigí la mía hacia una muñeca que reposaba sobre el mostrador.

—Eres mi muñeca.

Y entonces ella me reprendió:

—¿Muñeca? ¡No te comprendo! Dijiste que estabas enamorado de mí, pero que no

querías estar conmigo. Entonces, si quieres comportarte como un amigo, los amigos solo se besan en la mejilla. ¡No tienes derecho a otra cosa!

—Lo siento mucho, Valentina. No sé cómo...

Permanecemos en silencio durante unos minutos e intenté relajarme por todos los medios, pero mi corazón continuaba agitado.

—Valentina, ¿por qué no cierras la tienda durante un par de horas y nos vamos a comer? —no sé por qué dije eso. En mi estómago no podía entrar ni una gota de agua.

—¡No! Ni puedo ni quiero ir —contestó—. Hoy no voy a cerrar a mediodía. ¿Pero qué digo? No tengo por qué darte explicaciones.

—¿No vas a comer nada? —me sentía ridículo.

—Comeré aquí. Vamos, si puedo, porque me sangra un poco el labio y creo que hasta la lengua. ¿Qué me has hecho?

—¿Quieres que te traiga aquí comida vegetariana? Si estás tan dolorida por mi culpa, puedo traerte algún consomé, o batidos, o... —ahora me sentía patético.

—Creo que estoy empezando a tenerte miedo. Te has comportado conmigo como un animal.

—Perdóname. Lo siento mucho. Yo no soy así, te lo aseguro.

—Quiero que te vayas. Necesito quedarme sola. Vete, por favor.

La proposición

Hacía ya varios días que me había telefonado la trabajadora social de la clínica de La Fuenfría. Como persona de referencia de Manuela, me informó que dentro de unos días le darían el alta. Me habló también de su relativa falta de medios económicos. La pensión que cobraba, junto con los ahorros que tenía, resultaban muy justos para pagarse una residencia privada asistida tal como ella necesitaba. Alcanzarían para un año, como mucho. La casa en la que vivía era de alquiler, hasta la fecha no se había encontrado familiar alguno y, además, Manuela estaba muy enferma, porque no solo era la fractura de cadera, ni siquiera la demencia senil moderada que presentaba, sino el cáncer de colon que le habían diagnosticado y que estaba en una fase muy avanzada. En estas condiciones tramitarían su ingreso en una residencia de la Comunidad de Madrid, a cuyo cargo quedaría su tutela. A mí, por supuesto, me pareció que era lo más sensato y conveniente para ella, pero Valentina, que iba a verla a Cercedilla con cierta asiduidad, lo descubrió todo: su estado de salud y su próximo ingreso en la residencia. En pocos días, la noticia se difundió por el barrio, y poco a poco su contenido se deformó.

Se llegaron a contar de ella cosas descabelladas, como que Manuela, una vez enterada de su destino, había intentado fugarse de La Fuenfría y que la habían encontrado descalza y en camión de camino a Cercedilla; o que por fin había aparecido un sobrino muy rico que vivía en Paraguay; o que incluso en una ocasión aprovechó un descuido de la fisioterapeuta y había intentado suicidarse estrangulándose con una correa del gimnasio.

Por supuesto, yo sabía que todo era falso y que la pobre Manuela, aun a su pesar, tendría que aceptar lo que tanto temía.

Una tarde de domingo, Virtuosa llamó a mi puerta. Sin disimular su entusiasmo me dice:

—Hola, don Enrique. ¡Baje! ¡Baje a mi casa, que tenemos un plan!

—¿Un plan?

—¡Baje! ¡Baje y verá!

La casa de Virtuosa estaba repleta de gente. Bueno, en realidad solo estaban ella, Nelly —una vecina boliviana—, Antonio, Carmen y Valentina. Conmigo dentro ya no cabía una pulga en su casita de juguete.

Cuando me fijé en Valentina, el corazón me dio un vuelco. Tenía hematomas en la cara.

No pude evitarlo:

—¿¡Quién te ha hecho eso!?! —la agarré del brazo.

—¿¡Pero qué dices!?! ¡Suéltame! ¡No me lo ha hecho nadie! Ayer di unos traspies en la tienda y me di contra un armario.

La agarré por las muñecas.

—¿¡Y estas señales en las muñecas también te las hiciste con el armario!?!

—¿¡Qué te importa a ti lo que tenga o no!?! —me gritó—. ¡No tengo que darte cuentas de nada!

Antonio, con suavidad, me sujetó a mí las manos para que la soltase.

—Por favor, don Enrique, no se ponga así. Yo ya le he preguntado eso mismo y dice lo del armario. Y si lo dice, yo la creo. Además, ella sabe que si alguien le pegase, puede contar con todos nosotros para que la defendamos o la ayudemos. Vamos, que yo sería el primero que le partiría la cara al que... Y tú, Valentina —se dirigió a ella—, tranquilízate. Tú nunca has sido una mujer de gritar a nadie. Venga, vamos a sentarnos todos.

—Sí, eso —dijo Virtuosa—. Siéntese, siéntese aquí, don Enrique. ¡Aparta, Nelly!, que eres una huevona. ¡Déjale ese sillón a don Enrique! Venga, Valentina, habla por esa boca si es que puedes. ¡Menudo disgusto ahora!

Valentina tomó la palabra y expresó la pena que les daba a todos que a Manuela la llevaran a una residencia. A ella siempre le había horrorizado esa idea porque había escuchado contar a mucha gente cosas terribles, y había visto en la televisión algunos casos tremendos de fechorías que les hacían a veces a los ancianos. Era verdadero pánico el que sentía. Valentina dijo a todos que Manuela había sido un apoyo vital para ella cuando sus padres estaban muy enfermos, y que de alguna manera se sentía en deuda. Por eso habían pensado que...

Virtuosa la interrumpió:

—¡Déjate ya de tantas historias, Valentina! ¡Al grano! Pues, que la vamos a cuidar la Nelly y yo. Nos turnaremos. No se quedará sola ni un segundo.

—Y nosotros —dijo Antonio— intentaremos echar un puñado más de arroz, o de lo que tengamos, y se lo subiremos a mediodía.

Entonces, comenzaron a parlotear unos con otros con la intención de organizarse con horarios y otros menesteres. Yo intentaba escucharles a todos lo más atento que podía, pero sentía tanta rabia e impotencia por lo que acababa de ver que me resultaba casi imposible.

—¿Y los gastos? ¿Van a hacerlo ustedes de manera desinteresada?

Silencio.

Virtuosa fue la que se decidió a hablar:

—Bueno, de forma desinteresada, lo que viene a ser desinteresada..., pues del todo

no. Antonio y Valentina dicen que no quieren nada, pero Nelly y yo, que somos las que la vamos a cuidar, habíamos pensado que doña Manuela nos pagara de su pensión, que dicen que es muy buena... El marido de Nelly se ha quedado en el paro, y yo estoy ahorrando...

—Ya. Y solo por curiosidad, ¿cuánto querrían ustedes cobrar?

Virtuosa y Nelly se miraron. Resultó que Nelly pretendía cobrar una cantidad que resultaba ser casi la mitad de la pensión de Manuela. Por supuesto, otro tanto sería para Virtuosa.

La verdad es que me apenaba aquella situación. Sabía que las dos cuidadoras necesitaban dinero: Nelly, por la situación tan precaria por la que dijo que pasaba y que quizá la hiciese regresar de nuevo a Bolivia, y Virtuosa, por el afán de conseguir dinero, que según decían era para «dar la entrada» para una residencia de ancianos «de las buenas».

—Señoras —intervine en la conversación—, actualmente la Comunidad de Madrid está gestionando la tutela de Manuela. Yo no soy su tutor legal y, por lo tanto, no puedo hacer nada.

—Pero don Enrique —dijo Virtuosa—, usted es un hombre de leyes, y seguro que tendrá un poco de mano en estas cosas. Haga un esfuerzo. Nosotras la cuidaremos mejor que nadie. Usted lo comprobará cuando quiera. Y la Comunidad de Madrid que venga y lo vea, y la alcaldesa si quiere también... —al final se resignaron—. Bueno pues, ¿qué le vamos a hacer? Si no se puede, pues no se puede.

Con este tipo de comentarios, uno tras otro bajaron por las escaleras. Valentina se quedó conmigo en el rellano y me miró contrariada.

—¡No vuelvas a hacerme esto, y sobre todo delante de otras personas! ¡Ya te he dicho lo que pasó! —al momento su actitud cambió, agachó la mirada y suspiró—. Me da tanta pena Manuela... Algún día te contaré todo lo que me ayudó cuando mis padres estaban enfermos. Si no hubiese sido por ella, no sé lo que hubiera hecho. Ella siempre me decía: «Valentina, mientras se pueda, tus padres deben quedarse en su casa y estar contigo, y morir en su casa, contigo» —se echó a llorar—. Ella venía a prepararles comida para que yo atendiera la tienda.

—De verdad, Valentina, estar en una residencia no es tan malo. Hay que desechar esa idea. Estará bien cuidada. Son profesionales. Los casos esos que dicen son muy aislados.

—Sí, ya lo sé. Sé que con los tiempos que corren será el destino más probable para nosotros, los que ahora somos jóvenes, si es que llegamos a esa edad. Pero ella es muy mayor y tiene otra mentalidad. No sé, si yo pudiera...

—Sé que lo harías, estoy seguro, pero sabes que no es posible. No puedes asumir esa responsabilidad tú sola, aunque... no sé, quizá haya aún algo que podamos hacer. Déjame

que lo piense, ¿vale? No te preocupes. Tranquila.

Ella asintió con la cabeza. Después me miró, me acarició la mejilla con el dorso de sus dedos y me dijo sosegada:

—No creas que se me ha olvidado que el otro día casi me devoras y no dejas de mí más que los huesos... Debería estar hoy muy enfadada, pero creo que yo sé cómo eres de verdad y que puedo fiarme de ti. Bueno, que... si algún día estoy en un apuro y necesito ayuda, te la pediré. Confía en mí.

Hizo ademán de ir a bajar la escalera, giró la cabeza, sonrió y me dijo:

—¿Te he dicho alguna vez que tú eres el hombre que necesito?

—Anda, cállate.

Bajó las escaleras y se marchó.

Blues de medianoche

Tener dinero siempre ayuda. Como suele decirse, no da la felicidad, es cierto, pero ayuda, como en este caso. Tras hacer unas gestiones, una tarde, al regresar del trabajo, me reuní con Virtuosa y con Nelly, y llegamos a un acuerdo. Por fin Manuela iba a pagarse los cuidados de que hablaban. Lo cierto es que las dos necesitaban el dinero que se les ofrecía, y aunque no era ni de lejos lo que solía pagarse en estos casos, «menos es nada», como dijo Virtuosa.

No imaginaba, ni por asomo, la reacción de Manuela cuando, una vez en casa, le presentamos a las que iban a ser sus presuntas cuidadoras.

—Pero ¡Cómo! ¿Cómo es esto? ¡Una puta y una india! ¡Joaquín, Joaquín! ¡No las quiero! Yo tengo mucho dinero en el banco. Soy muy rica y puedo pagarme una tata normal. ¡Joaquín! ¡Que venga la Juanita, la del pueblo, que es la que siempre me ha cuidado! ¡Joaquín!

—Está muy mal —dijo Valentina, desconcertada—. Llama a su marido, que lleva casi treinta años muerto, y esa tata... ¡Madre mía!

—Pero, doña Manuela, si la vamos a cuidar muy bien, si no le va a faltar de nada —intentaban hacerle razonar las posibles cuidadoras.

No había manera. Ella tan solo vociferaba llamando a su Joaquín. Por fin, después de que Valentina le diese la medicación, consiguió calmarse y aceptar que Nelly la aseara un poco. Valentina tuvo que marcharse a la tienda, y Virtuosa y yo salimos de la habitación. Y de buenas a primeras me dice:

—Tengo que decirle una cosa, don Enrique: doña Manuela no está tan mal como parece. Cuando me llama puta, es verdad.

—Virtuosa, en Manuela no es ella la que habla, sino su enfermedad. Tiene momentos en los que se pone agresiva y...

—No, no, don Enrique. Que soy puta, y muy puta.

—Vamos a ver, tiene que tranquilizarse. ¿Cómo puede decir eso?

—Que ya se lo estoy diciendo, don Enrique: que soy puta, y de las buenas —insistió.

—O sea, que resulta que se dedica usted a la prostitución.

—Bueno, ahora mismo no, porque una ya tiene sus años, pero ya me gustaría si así pudiera pagarme una residencia buena. Yo no debería decirlo, pero de joven era muy guapa, chiquitita, eso sí, pero ya sabe lo que dicen de que la esencia... ¡Menuda era! A ver, ¿de dónde cree que salió el dinero para comprar el piso en el que vive usted? ¡Ah!,

por cierto, verás, yo quería pedirle un favor —vaciló—, y perdone si le ofendo, pero como veo que usted pasa mucho tiempo fuera de casa, pues que si sería posible que a la hija de una antigua amiga, que se está iniciando en el oficio, *la* diera permiso para quedarse alguna noche en la suya. Se llama Yarelis y es muy discreta y muy limpia, y si coincidiera con usted, ella dormiría en el sofá, a no ser que usted la necesite para lo que guste. Que digo yo, que si usted le deja la casa, ella se lo agradecería y...

Era urgente. Necesitaba caminar.

En la Plaza del Dos de Mayo, ya entre dos luces, recogían en ese momento los enseres de lo que parecía haber sido un mercadillo. Algunos desmontaban sus puestos de artesanía, mientras otros, en cajas muy grandes de cartón, guardaban ropa de segunda mano, y en otras, libros usados. En los antiguos bazares de *todo a cien* escondían las macetas con flores que habían pasado el día en la puerta de la calle. Algunas notas de música confusa y desconocida para mí llegaban con poca fuerza desde un café cercano hasta el banco en el que me había sentado. No pretendía nada. Tan solo quería respirar.

—Sé todo lo que haces —era la voz insinuante de Valentina detrás de mí—. Te he seguido.

—¿Ah sí? ¿Y se puede saber lo que es?

Se sentó a mi lado y tuvo la osadía de colocar sus piernas envueltas en aquella falda de florecitas sobre las mías.

—Me he enterado, por ejemplo, de dónde salen los cuidados de Manuela.

—No sé a qué te refieres.

Según avanzaba la noche, la plaza poco a poco se quedaba vacía. Un mendigo se recostaba en un banco y acomodaba sus cartones mientras dejaba al alcance de su mano un tetrabrik de vino; algunos vecinos daban el último paseo del día a su perro, y algunos bares se resistían a cerrar mientras veían salir uno tras otro a toda su clientela.

Y mientras tanto, Valentina coqueteaba conmigo de manera infantil, jugueteando con las palabras, a veces en broma y otras más en serio. Yo intentaba seguir su juego, pero ella era más ágil y rápida en esto, y tenía menos complejos. Yo, sin embargo, soy más encorsetado y me cuesta transgredir el papel de hombre serio y responsable que he aprendido a forjar y representar con el paso de los años.

Una ráfaga de viento le revolvió el pelo y se abrazó a sí misma como aquella noche a la salida del Smooth Jazz, pero en esa ocasión no teníamos ningún abrigo en el guardarropa, así que me quité la chaqueta y se la puse por los hombros, al igual que había visto hacer en muchas películas americanas. Ella se la quitó de los hombros y se la puso

por completo como si fuera suya. Le quedaba tan grande que no se le veían las manos.

Al llegar a la puerta de su casa, se la quitó de nuevo y me la dio. Después se acercó y me besó en la mejilla. Retuve con mucho cuidado su cara entre mis manos. No opuso resistencia. Me acerqué como si fuera a darle un beso en los labios. La necesidad de devorarla era tan intensa... En tan solo unos segundos, me preguntaba si sería capaz de hacerlo despacio, tal como a ella creo que le habría gustado. Sí, creo que si me lo hubiera propuesto, habría podido contenerme y recrearme en ello. Entonces, ¿por qué no seguía adelante si lo quería tanto y parecía que ella quería estar conmigo? Pero sabía que si no estaba fuera de control y no podía contenerme, aparecía dentro de mí una fuerza muy poderosa, esa maldita punzada que me atenazaba y me detenía. No sabía qué era, pero me aterrorizaba. Dibujé con el dedo índice el contorno de sus labios, y cuando por fin parecía irremediable que los besara, esa fuerza me absorbió y me succionó con brusquedad hacia fuera del influjo gravitatorio de Valentina. Tan solo fui capaz de darle las buenas noches, y ella me miró con aparente decepción y tristeza.

Una vez más, me sentí avergonzado y ridículo. ¿Cómo había llegado a convertirme en un hombre tan cobarde? No podía irme a casa todavía, así no. Necesitaba que se calmara un poco esa angustia y caminar otra vez, no importaba hacia dónde.

Recorrí aquellas calles durante un rato, hasta que en el silencio de la noche me pareció escuchar un *blues*. Era un sonido atenuado, apenas perceptible, pero estaba seguro de que era un *blues*. Como un animal que con su olfato persigue la comida, me dejé llevar hacia el lugar donde la señal era más fuerte. Era inconfundible: reconocí la guitarra de Gary Moore apenas escuché las primeras vibraciones de sus cuerdas. *Midnight blues*. El sonido se escapaba a través de una puerta cerrada con su pintura azul, aún fresca. La abrí.

—Perdone, pero está cerrado. ¿Qué desea? —preguntó un hombre en el interior.

—En realidad, nada. Escuché la música y pensé que podría estar abierto.

Cuatro operarios intentaban finalizar algunos arreglos a lo que decían que sería un bar de copas, pero había algo que no estaba bien:

—Perdonen, este altavoz está roto. ¿No se han dado cuenta de que suena mal?

De la cabina del *disc-jockey* salió un chico joven:

—Ya lo he dicho yo. ¡Joder! Pero pasan de mí.

—¡Llama otra vez al jefe!, pero si él dice que está bien así, está bien. No le contradigas —contestó otro operario.

—¡Octavio!, ¡ven, por favor!

Un hombre apareció de detrás de una cortina.

—¿Qué pasa ahora? —contestó de muy malos modos.

Un golpe en el pecho me dejó sin respiración y me bloqueó. ¡Era él! ¡El hombre de la

primera noche, el que zarandeó a Valentina, el que llegaba a su casa a las tres de la madrugada y dormía con ella, el que le gritaba, el que podría haberle pegado!

Mientras el chico de la cabina le explicaba lo que sucedía, comenzó a sonar *Still got the blues*.

—¡Me cago en la puta! —gritó aquel hombre pegando una patada a una caja—. ¡Os he dicho que no me pongáis música estridente, que me van a cerrar el garito antes de abrirlo! ¡Y arregladme ese baffle, coño!

—¡No tiene nada de estridente! —replicó el chico.

—Discúlpeme —dijo el tal Octavio dirigiéndose a mí—, pero es que quiero abrir este viernes y cada vez aparecen más problemas.

Ahora sonaba *Like Angels*.

—Conozco a un buen técnico de sonido. Es el que me arregla en el club de *jazz* cualquier imprevisto de este tipo. Si quiere puedo decirle que se acerque.

Un vaso estalló contra el suelo. Octavio se giró hacia allí, y gritó y amenazó:

—¡Si vuelves a romperme un vaso, te rompo a ti la cabeza!

Pero su ira desapareció en pocos segundos y comenzamos a charlar acerca de los múltiples contratiempos que retrasan cada vez más la apertura.

Me costaba mucho, muchísimo, actuar con normalidad con él, pero creo que, gracias a mis ansias de saber, lo conseguí.

Me contó que sería un bar de copas donde solo se escucharían *blues*. Durante nuestra conversación, comprobé que desconocía por completo no solo aquel estilo de música, sino cualquier otro que no fuese el de las canciones que suenan una y otra vez en la radio y que pugnan por llegar a convertirse en la canción del verano.

—Creo que te he visto algunas veces por el barrio —me atreví a decir—. Estabas con Valentina.

—¿Quién es Valentina?

Ahora parecía tenso, y se mostró increpante y a la defensiva. Yo le expliqué quién era.

—No sé quién es esa Valentina —dijo contundente—. No la he visto, pero si está buena, cuando pase por esa tienda me fijaré.

Pero yo continué poniéndole a prueba:

—Pues, si vas por allí, tiene discos de vinilo muy buenos que...

No me dejó terminar, y me habló cortante y áspero:

—No, no creo que necesite nada. Yo tengo los míos, pero gracias de todas formas.

¿Por qué mintió de esa manera? ¿Por qué negó conocerla?

Tras haber charlado un rato, si exceptuamos su analfabetismo musical, tuve la impresión de que en el fondo era una persona culta. Aquellas explosiones de ira, ¿las

tendría también con ella?, ¿sería de él de quien debía protegerla?

Algo me decía que alejarla de él no resultaría suficiente, y que existía algo más que desconocía.

El concierto

Nunca había visto a Valentina tan elegante. La observé de arriba abajo.
—¿Qué pasa? —agachó la cabeza para observarse a sí misma—. ¿Por qué me miras así? ¿No te gusta? Si no te parece apropiado me cambiaré de ropa.

La sujeté del brazo.

—No lo hagas. Estás guapísima.

Era cierto. Llevaba un vestido negro ajustado, con una especie de encaje por el pecho. Aquella ropa no tenía nada que ver con sus vaqueros, ni con sus faldas largas, ni con aquellos vestidos tan raros que se ponía a veces. Con su moño enrollado sobre la cabeza y sus zapatos de tacón, parecía casi tan alta como yo.

—¡No pensarás llegar hasta el Teatro Real caminando con esos zapatos!

—Pues, claro. Casi nunca me pongo tacón de aguja, pero hoy sí, mira por dónde —entonces sacó del bolso unas zapatillas de esparto negras y se las puso—. Como ves, son más cómodas, y como tienen cuña no llaman la atención.

Me cogió del brazo y dijo:

—¡Míranos! ¡Tan formales, tan serios! Parecemos el clásico matrimonio mayor que va a la ópera.

Al llegar a los aledaños del teatro, abrió el bolso, y en plena calle, utilizándome a mí como punto de apoyo, se quitó las zapatillas y se puso sus tacones.

Aquella tarde el vestíbulo del teatro estaba lleno de gente... ¡Y qué casualidad!:

—¡Enrique! ¡Pero Enrique! ¡Qué sorpresa! No me dijo tu hermana María que ibas a venir hoy. Justo ayer estuve con ella.

—Hola, Chari —nos dimos dos besos—. Mira, esta es Valentina, una amiga muy querida. Y esta es Chari, la mejor amiga de mi hermana María.

Valentina se acercó a ella y también le dio dos besos.

—Hola, ¿qué tal? Encantada de conocerla —dijo.

—¿Qué tal? —respondió Chari—. Lleva usted un vestido muy bonito. ¿De algún diseñador conocido?

—Gracias, pero puede decirse que es del todo mío, porque lo diseñé y lo confeccioné yo misma.

—¡Me parece increíble!

—¡Mira, Maribel! —Llamó a su hija que de espaldas, unos metros delante de nosotros, ojeaba unos folletos—. ¡Ven, que está aquí Enrique con una amiga! ¡Ven!

Maribel era una chica muy simpática. Apenas le presenté a Valentina, se puso a charlar con ella y se retiraron un poco.

Chari se acercó a mi oído:

—¡Qué chica tan guapa! ¡Y qué joven! Debe ser de la misma edad de mi Maribel. Parece muy educada y muy lista. Me gusta para ti.

«Tenía que ser Chari», pensé. Era la amiga más cotilla y entrometida de mi hermana. Me preguntaba si le contaría nuestro encuentro y si, al mismo tiempo, Valentina le diría algo a «su Maribel» que yo no quisiera que supiera.

Chari intentaba sonsacarme acerca de mis relaciones, sobre todo de la que me unía a Valentina; de si Chisi ya tenía novio y trabajo; de si Kiko aprobaba los exámenes... Por suerte, sé cómo tratar a ese tipo de personas: diciendo mucho y al mismo tiempo nada. Un esfuerzo dialéctico incómodo, pero a veces necesario. Reconozco que al menos tuve suerte de que a los pocos minutos sonase el timbre que indicaba el comienzo del concierto. Chari pretendía que nos viéramos a la salida para ir a tomar algo, pero yo, de la forma más amable que pude, me excusé y al fin nos despedimos.

Una vez en el patio de butacas, Valentina se sentó a mi derecha. Estaba tan guapa y olía tan bien...

Apenas comenzaron a volar las primeras notas, buscó mi mano. Cincuenta segundos. Creo que solo habrían transcurrido cincuenta segundos cuando me la presionó con tal fuerza que parecía que sus uñas iban a clavármese. Intenté liberarme con suavidad pero no era fácil. Con la ayuda de la otra mano por fin conseguí hacerlo. Se la cogí de nuevo de manera suave. Ella la retiró y abrió su bolso. Buscaba algo que no encontraba. Parecía que buscaba un pañuelo.

—Necesito salir un momento —me dijo al oído.

—No puedes. Si lo haces ya no te dejarán entrar.

—¡Chissss! —dijo alguien de atrás.

—Respira hondo —le dije—. Según transcurra la música, te acostumbrarás y dejarás de llorar.

Sus lágrimas parece que habían estropeado la pintura de sus pestañas y le ennegrecían un poco la cara. Ella se la limpiaba con la mano, pero era peor.

—Espera —saqué un pañuelo de mi bolsillo.

Empecé a secarle las lágrimas con cuidado. Mientras le hacía esto, Valentina me miraba a los ojos, y a los pocos segundos, sin emitir por su boca sonido alguno, con el simple movimiento de sus labios me dijo: «Te quiero». Mantuve la calma y me acerqué de nuevo a su oído:

—Yo también te quiero, ya lo sabes. Pero no me lo digas ahora con esta música.

Dímelo después en la calle, con el ruido de los coches.

—¡Chiss! —dijo otro.

Contuvo las lágrimas casi todo el concierto. A menudo me sonreía. A veces buscó mi mano pero sin volver a hacerme daño.

En cuanto salimos a la calle, se abrazó a mí. Pasaba en ese momento la ambulancia con las sirenas más estridentes y disonantes que había oído en mi vida, pero a ella pareció no perturbarla en absoluto, y se acercó a mi oído y me repitió: «te quiero». Recuerdo que la besé. Sentí que mi voluntad se hundía cada vez más dentro de ella, pero esta vez conseguí contenerme. Después la abracé, ¿pero por qué aquellas personas nos miraban y se reían de aquella manera?

—¡Eh! ¡Valentina, tía! ¡Preséntanos a tu novio! —dijo una chica que se nos acercó. Recalcó la palabra *novio*.

—¡Hola! —dijo divertida tras dar dos besos a cada uno de los que se acercaron—. Os presento: este es Enrique, y estos son mis amigos Pablo, Rita, Iñigo y Manuela.

No puedo explicar cómo eran. Se diría que parecían lo que algunos llaman *perroflautas*.

—Pero, tía. ¿Qué te pasa? —dijo una de ellas—. ¡Estás hecha una pija!

Todos se reían.

Insistieron en invitarnos a su casa a una «sesión de *reggae*». A Valentina pareció entusiasmarle la idea. Me miró suplicante.

La situación me parecía algo estrambótica, pero no quise negarme.

Valentina volvió a ponerse las zapatillas de esparto y nos dirigimos hacia la casa de sus amigos, más allá de Lavapiés.

La casa de los amigos de Valentina era algo peculiar. Se trataba de una casa antigua, como si en otro tiempo hubiera sido una de esas señoriales de un pueblo. Su aspecto era ruinoso. A través de una portada grande se accedía a un patio donde había mesas y sillas desiguales, colocadas en círculo. Algunas enredaderas trepaban por los muros. Distinguí, algo más alejado, lo que parecía ser un huerto pequeño entre cuyas plantas creí ver una de marihuana. Algunos jóvenes entraban, se sentaban y charlaban en grupos, o pedían una consumición que preparaban en una especie de barra rudimentaria. El olor del humo de los porros alcanzaba mi nariz en oleadas. Por supuesto supe, incluso antes de entrar, que se trataba de una casa okupa, y que era allí donde vivían.

Valentina, de manera desenfadada, me cogió de la mano y me condujo hacia una de las mesas. Nos sentamos.

—Sabes que esta es una casa okupa, ¿verdad? —dije—. Y que, por supuesto, tendrá un dueño.

—Pues claro que lo sé, ¿pero qué importancia tiene? Era una casa abandonada. Por lo menos ahora la cuidan y puede ganarse la vida toda esta gente. Mira, dan clases de meditación, de percusión y de danza africana, y entregan comida a muchos indigentes. ¿Has visto la frase tan bonita que han pintado en la sábana que cuelga de ese balcón? Ven y acércate. Verás —de mala gana me levanté—: «No somos las nubes que se crean y pasan, sino el cielo abierto que las acoge, siempre constante e imperturbable» —leyó en voz alta —No sé de quién es, pero me emociona.

—Sí, es una frase preciosa —afirmé sin prestar atención alguna a su significado—, pero lo que hacen es ilegal. No disponen de cédula de habitabilidad, ni licencia para abrir un bar. ¿Qué es esto que nos acaban de poner en la mesa? ¿Cuscús? No creo que ninguno tenga el carné de manipulador de alimentos. Y sabes que en esa otra sábana está el símbolo anarquista. ¿Qué garantías existen, por ejemplo, de que no va a haber un accidente con alguna viga suelta o una intoxicación alimentaria? ¿Acaso crees que solo se trata de ahorrar impuestos? ¿Es que tú no pagas ninguno por tu tienda?

—Pero, ¿cómo puedes ser tan legalista?

—Ah, ¿no lo sabes?

—Hay algunas cosas en las que no estoy de acuerdo con ellos. Sé que son muy distintos a mí en muchos aspectos, incluso a veces *me rayan* con lo que dicen y hacen, pero no por eso dejamos de ser amigos. A muchos les conozco desde la facultad. Creo que solo les veo una vez al año, pero no me gustaría perder el contacto con ellos, me daría mucha pena.

Nos habían oído. Una de las chicas dijo:

—Eres tú lo más *legal* que hay aquí, Valentina. Tú sí que eres *legal* —después me miró a mí y luego de nuevo a ella—. ¿De dónde has sacado este novio tan...?

Creí oír un insulto. Me levanté.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Por favor... —me suplicó Valentina, un poco ñoña.

En ese momento, se acercó un chico que tocó mi brazo e intentó tranquilizarme. Por respeto hacia todos ellos, me senté. Entonces, sin inmutarse lo más mínimo, me soltó una especie de discurso cargado de las ideas antisistema más extremistas que había escuchado.

Miré a Valentina, que charlaba contenta con una chica, y como antes, tampoco dije nada.

En unos altavoces algo rudimentarios que había en el patio, sonó una versión del *Jamming* de Bob Marley, y Valentina se levantó.

—Veo que te fijas en los altavoces —dijo el chico de antes—. Aunque no te lo creas,

los encontramos en un contenedor de basura y un compañero los arregló. ¿Te das cuenta de lo que hace el maldito consumismo?

—Venga, tío, ¿a que no eres capaz de bailar? —me dijo Manuela.

—¡Venga, vamos! —dijo Valentina tirando de mi brazo—. Esta canción me encanta.

Por supuesto, no le hice caso.

—De verdad que no te entiendo, Valentina.

Al mismo tiempo que se encendían las luces de colores del patio, empezó a bailar, y a los pocos minutos lo hacía casi sola, sin importarle las miradas ajenas. No la había visto bailar desde aquella noche en la discoteca de enfrente del Smooth Jazz, aquella del zumo de tomate que yo confundí con un *bloody Mary*, aquella en la que me enseñó su espalda desnuda. Y ahora, con sus movimientos, me mostraba algo nuevo que ocultaba dentro de ella con una necesidad imperiosa de escapar.

Aquello me parecía una broma absurda. ¿Cómo la misma chica que hacía menos de una hora lloraba escuchando a Mozart podía ahora *fliparlo*, como ellos dirían, de esa manera? Y yo, yo soportaba toda aquella extravagante situación sin rechistar, como si fuera un absoluto calzón o un papá que se sacrifica para dar gusto a su niña mimada. Pero no, no era nada de eso. Una vez más, yo solo quería saber, conocer todo lo que rodeaba a Valentina, continuar con aquella labor que había comenzado meses atrás, como si fuera un policía infiltrado en una banda de delincuentes para descubrir en qué tinglado del puerto se descargaría la droga; o como dijo una vez Dioni, «conocer hasta si llevaba o no bragas». ¿Cómo no?

A veces me miraba y me hacía gestos con la mano para que bailase con ella, pero estaba claro que bromeaba.

Me vino a la memoria que, cuando estaba en la facultad, tuve una novia que estudiaba Fisioterapia. Al ver que yo no sabía bailar, me dijo que debería mejorar mi psicomotricidad, no pensar demasiado, soltarme, dejarme llevar por el ritmo de la música y olvidar mi sentido del ridículo. «Demasiadas asignaturas para mí», le contestaba siempre.

Pensé que, cuando Valentina se cansase de bailar, nos despediríamos, y que los dos nos iríamos a casa y quizá cenaríamos algo por el camino. Pero ya a punto de irnos, sus «alternativos» amigos nos dijeron que un antiguo compañero de clase que, desde que acabó la carrera de Filosofía, no había encontrado trabajo, acababa de abrir con su novia «un vegetariano» cerca de allí, y querían enseñárselo. De nuevo noté que a ella le apetecía ir a conocerlo.

—Me gustaría ir. ¿Por qué no? —dije. Por supuesto, mentía.

Valentina me abrazó y me dio un beso en la mejilla. De sobra sabía lo que yo pensaba.

Cuando poco después llegamos a ese restaurante, nos recibió un chico disfrazado de indio. De pronto nos suelta:

—¿Dónde queréis sentaros? ¿En una mesa o en el suelo?

—En el suelo —contestaron todos a la vez.

A los pocos minutos, Valentina me miraba y se reía, mientras yo intentaba acomodarme sobre aquellos cojines imposibles.

—Ponte así —me dijo Manuela mientras se empeñaba en acomodarse en uno de ellos—. Mira, así, en la posición del loto.

Observé que Valentina intentaba hacer lo mismo, pero su vestido ceñido se lo impedía, así que se lo subió casi hasta las ingles con toda naturalidad y se colocó un cojín entre las piernas.

En las paredes colgaban unos cuadros con mucho colorido que me recordaban los rosetones de las vidrieras de las iglesias.

—Son mandalas — me aclararon sin más.

Tofu a la plancha, quinoa, hamburguesas de lentejas, seitán, arroz con verduras, hortalizas asadas, etc. Pedimos un menú degustación y lo probé todo. Algunas cosas me resultaron incomibles; otras, con mucho esfuerzo las pude deglutir, y otras sabían bien. Sin embargo, al acabar, me parecía que faltaba algo, y aunque me sentía lleno, tenía la sensación de que mi organismo echaba de menos algo importante que habíamos pasado por alto: la carne. Parecía que habíamos deambulado todo el tiempo por los anillos de Saturno sin haber aterrizado en el planeta. Me resultó curioso que con el menú se incluyeran tres copas de vinos diferentes. Valentina estuvo tan animada y tan contenta durante la cena, que se lo bebió todo.

Después de nuestra cena, y a pesar de la insistencia de sus amigos en que siguiéramos con ellos, Valentina me cogió del brazo y dijo:

—No, no. Ya es hora de que volvamos a casa.

Sus amigos la miraron con gesto de desconcierto, luego me miraron a mí y se encogieron de hombros.

Una vez solos, de camino a casa, su pelo estaba muy revuelto. Su moño se había desarmado poco a poco a lo largo de la tarde. Me resultó gracioso ver cómo se empeñaba en arreglárselo, una y otra vez —en la calle, durante su baile, en el restaurante—, con una horquilla. Las demás las había perdido.

—¿Pero qué haces? ¡Déjate el pelo suelto ya de una vez! —le quité la horquilla de la mano y la tiré al suelo. Estuve a punto de mojarle los dedos con saliva para arreglarle los pelos revueltos que se empeñaban en tapanle los ojos, tal como hacía conmigo una niñera que tuve, pero no lo hice. Estaba juguetona y se reía más de lo habitual por todo, sin duda

resultado de sus tres copas de vino.

Al pasar por una calle estrecha, me arrastró hacia una especie de anticuario que aún estaba abierto.

—¡Ven! ¡Voy a preguntar una cosa! —dijo sin dejar de reír, y se dirigió al hombre del otro lado del mostrador.

—Venimos a ver la mesita de noche de Cosme.

Entonces el hombre, sin mediar palabra, nos acompañó a la trastienda y nos abrió una puerta que comunicaba con una sala distinta a lo que uno pudiera imaginarse en un anticuario. ¿Cómo describirla? Vi mesas muy bajas, rodeadas de cojines similares a los que había en el restaurante vegetariano. Había distintos grupos de gente que charlaban, bebía y consumía cocaína. Me pareció ver que, tras una cortina, dos personas mantenían relaciones sexuales sin ningún pudor. ¿Por qué Valentina conocía un lugar tan sórdido? Se acercó a una barra donde cada uno se servía por su cuenta y me preguntó lo que quería beber. Le arranqué de las manos la botella y los vasos vacíos.

—Yo no quiero nada, ni tú tampoco.

En ese momento miró hacia la puerta y pareció asustarse. Me giré y vi a un hombre que entraba en aquella estancia.

—Vámonos de aquí, por favor —dijo, mientras intentaba ocultarse detrás de mí.

La cogí de la mano y salimos de la sala y del aparente anticuario. No volvió a reírse más. A pesar de mis numerosas preguntas, no quiso explicarme nada.

—Vine un par de veces a... a buscar a un amigo —fue lo único que dijo.

—¿Y le encontraste aquí? ¿Qué clase de amigo era?

—¡Qué más da!

—Valentina, ¿por qué no me cuentas de una vez en lo que estás metida?

—¿Qué dices? ¡No estoy metida en nada! —debió ver mi gesto de incredulidad y añadió—: Bueno, en realidad es que —estaba seguro de que mentía— el hombre ese que entró me ofreció cocaína, ya ves, y yo pues... me negué a probarla y se enfadó mucho conmigo. Me da miedo. No debí haber ido allí hoy. Creo que ha sido una imprudencia. No sé cómo he podido hacer algo así. Me he portado como una estúpida, una inconsciente, una imbécil...

Estaba muy alterada, pero estaba claro que no iba a contarme nada, así que por el camino intenté tranquilizarla.

—Bueno, ahora ya está hecho y no tiene remedio. No deberías haber bebido tanto. Allí no has tomado carne, pero sí tres vasos de vino y un chupito para postre. No creo que todo eso sea muy sano. A pesar de que no quieres decirme nada, espero que no sea tan grave, ¿verdad? Ven aquí —rodeé su espalda con mi brazo y ella me agarró por la cintura.

De vez en cuando la acercaba a mí y le daba un beso. Ella me abrazaba muy fuerte y enterraba la cabeza en mi pecho, como si así quedase oculta de algo que ella temía y que yo desconocía.

—Si supieras lo segura que me siento contigo. Me gustaría estar siempre así.

Poco a poco se tranquilizó.

Al llegar a su portal, se paró ante él y me preguntó insinuante:

—¿No tienes nada que pedirme?

—¿A qué te refieres?

—¿No vas a pedirme ayuda con el problema tan grave que siento que tienes con tu inquilino de abajo? —dijo pegada a mí.

—¿Ahora te comportas como una descarada y una grosera? Mejor en otra ocasión, cuando solo hayas tomado zumo de tomate. Además, no sabes lo que me apetece darme una ducha fría.

—Sabes que te quiero, pero tú sigues sin querer estar conmigo de verdad. Yo nunca te haría daño, pero aún tienes miedo.

—Digamos que, como les pasa a tus amigos, todavía necesito conseguir algunos permisos y licencias.

—¿Y puede saberse dónde están?

—Aquí —me señalé la sien—. Hay algunas cosas que aún no comprendo de mí y que me desconciertan, y hay otras que tampoco entiendo de ti. Ocultas demasiados secretos.

—Lo que importa es que yo te quiero y tú me quieres. ¿Por qué no subes conmigo? Te desenroscas la cabeza y la pones sobre la mesa. Luego te dejas llevar por lo que sientes. ¿Tan difícil te resulta?

—Buenas noches, Valentina —esperé que abriese la puerta. Como no lo hacía, le di un beso en la mejilla.

—Adiós, Valentina.

Esperé unos instantes. Me miraba desconcertada. Le di otro beso y esperé, pero continuaba de pie sin moverse.

—Dame las llaves que te abro. Ah, veo que no quieres. Bueno, pues, hasta mañana.

Hice ademán de marcharme. Ella se quedó allí, parada en la acera, mirando cómo cruzaba la calle. Pero de pronto, en el silencio de la noche gritó:

—¡Estoy enamorada del hombre más raro del planeta! ¡Y que sepas que te has dejado la luz de tu casa encendida! —se metió en el portal y pegó un portazo.

Me quedé paralizado unos segundos por su reacción, pero no me volví. No estaba dispuesto a claudicar. No mientras no supiera lo que sucedía. A continuación, observé mis ventanas. Ví que una figura se movía tras las cortinas. ¡No puede ser! ¿¡Quién le ha dado

permiso para esto!/? Cuando abrí la puerta, las luces de la casa estaban apagadas. Al entrar en mi habitación, vi a una mujer acostada en mi cama. Se incorporó sobresaltada.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué se le ofrece?

—¡Fuera! —contesté.

Se levantó de la cama. Estaba desnuda. Corrió hacia el sofá, se tumbó en él y se envolvió con la colcha de colores rota.

—¡Fuera! —repetí—. ¡Márchese a dormir a casa de Virtuosa!

—¡Vale, mi amor! Es que en casa de Virtuosa hoy duerme una amiga mía.

Saqué unos billetes de mi cartera y se los di.

—Tenga. Márchese a una pensión.

De un salto, se levantó, agarró los billetes y abrió la puerta de la calle.

—¡Ay! Perdona —dijo al darse cuenta de que estaba desnuda.

Corrió a mi habitación, se vistió en dos segundos y, una vez en la puerta, observó los billetes que aún llevaba en la mano, se giró, me miró de arriba abajo y añadió:

—¿Está seguro de que no se le ofrece nada?

Reconozco que necesité varias duchas de agua fría para que el inquilino de abajo dejara de molestarme, al menos esa noche.

Cláusulas ocultas

—**S**é que esto no es normal —divagaba—. Me he acostado con mujeres muy distintas, sin ningún tipo de reserva, pero con ella no puedo hacerlo. Me niego. Es superior a mis fuerzas.

Una noche soñé que abrazaba una especie de almohada suave y caliente. Poco a poco me sumergía en ella en medio de un frenesí que me cortaba la respiración. Pero mi abrazo resultaba cada vez más difícil, porque la almohada se me deshacía entre los dedos y la boca, como si se tratase de algodón dulce. Entonces sentí el desagradable choque del reborde de mis huesos sobre un suelo frío y áspero. Por supuesto, en ese momento me desperté.

En otro de mis sueños, la distingo a lo lejos y corro hacia ella tan rápido que estoy a punto de perder el equilibrio. Cuando por fin voy a agarrarla, resulta ser algo etéreo, y mi cuerpo lo traspasa.

En el último mes y medio nos habíamos visto con frecuencia. Recorrimos Madrid, e incluso otras provincias. Estuvimos por ejemplo en Sevilla, pero solo un día, sin su noche. Ella no podía permitirse pasar la noche fuera y arriesgarse a no abrir la tienda a la hora habitual. Era mentira. Ese tipo de razonamientos me los hacía a mí mismo; tan solo eran excusas con las que yo me engañaba de manera descarada. Por las noches acudíamos a menudo al Smooth Jazz. Allí se habían acostumbrado a verla conmigo. Algunos días, llegábamos al club mucho antes del comienzo de la actuación. Mientras Paco me comentaba algunas cosas, ella ojeaba los programas y hacía sugerencias. Dioni se dirigía a ella como *jefa*:

—¡Hola, jefa! ¿Qué le pareció la banda de ayer? ¡Menudo coñazo!... Vaya, jefa, ¡menudo genio trae hoy! ¿Es que no *mojó* anoche?

Por supuesto me dirigí hacia él con rapidez, le eché una buena bronca y le amenacé con despedirle.

Lo cierto era que Valentina estaba bastante molesta conmigo; incluso en algunos momentos llegué a pensar que iba a dejarme, quizá porque, aunque no aparecía reflejado expresamente en el contrato, existían varias cláusulas ocultas en nuestra relación que yo me había impuesto sin que ella lo supiera, y que cumplía a rajatabla. Primera: jamás la dejaba subir a mi casa ni subía yo a la suya; y segunda: me negaba a pasar la noche en el mismo lugar que ella. «¡Quedémonos esta noche en Toledo!», decía como una niña

pequeña a punto de patalear. «¡Quiero subir a tu casa esta noche!... ¡Te prometo que solo vamos a dormir!». Como yo siempre me negaba, me decía cosas como: «¿Pero qué te pasa? ¿Eres virgen?... ¿A tus anteriores novias les hacías lo mismo?... ¿Es que te doy asco?... Sé que no eres impotente, ni eres gay. ¿Entonces?».

Una de esas noches, en la puerta de su casa me dijo:

—¡Dios mío! Siento vergüenza de mí misma. ¡Rogarle a un hombre que se acueste conmigo! ¡Qué bajo has caído, Valentina! Diría mi padre, si me viera: «¿Dónde ha quedado tu dignidad?». Y tendría razón.

Dio media vuelta y se metió en su casa. Otro portazo.

Al día siguiente, en cuanto tuve un momento libre, acudí a verla a la tienda. Sentada detrás del mostrador, ni siquiera se levantó de la silla. Me acerqué, iba a besarla en la boca, pero ella la apartó y solo pude darle un beso en la mejilla.

—Perdona, pero contigo ya no sé de qué manera comportarme —dijo sin levantar la mirada del ramo de novia que confeccionaba—, y hasta que me aclare un poco, no quiero que me beses en los labios.

«Sigue enfadada», pensé mientras me sentaba junto al mostrador. «No hay duda de que se trata tan solo de una estrategia más para hacerme claudicar. Sí, debe ser eso».

—Me voy diez días a la playa —dijo—. Necesito salir de aquí, cambiar un poco de aires —extendió su brazo para observar su ramo a distancia. Hizo una pausa—. ¿Quieres acercarme esa cinta que hay detrás de ti?

—¿Esta?

Se la di. Y sin levantar la vista de su ramo, prosiguió:

—Necesito olvidarme de la tienda durante unos días y ocuparme solo de mí, pasear descalza por la orilla de la playa, ver a una amiga que vive allí desde hace muchos años y que me ayuda mucho cuando estoy confusa, bañarme desnuda...

—¿Bañarte desnuda? ¿Y te quitas la ropa delante de todos? —decidí seguirle el juego.

—Pues claro. La isla es muy pequeña, tiene muchos acantilados, y en la única playa que existe todos lo hacemos. Me encanta bañarme allí y hundirme en la arena —dijo mientras retocaba con una tijera los bordes de la cinta.

—Pero... ¿cómo te puede gustar llenarte de arena, cuando a todas las mujeres os saca de quicio que la toalla se os ensucie?

—Nunca uso toalla —por fin me miró—. Me gusta ponerme justo en el borde del agua, a veces boca abajo. En algunos momentos, las olas llegan a cubrirme hasta la cabeza. En esos momentos es, no sé, como si me purificase. A veces siento que cada una de mis moléculas forma parte de todo lo que me rodea. Ni siquiera me siento distinta a la

arena, a las plantas, a una roca. ¿Tú no te has bañado nunca desnudo? Seguro que no.

Me levanté y me coloqué en cuclillas a su lado.

—Valentina, ¡mírame! —sujeté su cara entre mis manos—. ¿Qué pasa? Tienes motivos para estar enfadada, pero necesito un poco más de tiempo. Hay muchas cosas que necesito saber.

—¿Saber? No hay nada que saber. Y no estoy enfadada, no es eso, pero la verdad es que no sé qué pensar —dijo mientras me acariciaba el pelo de forma maternal—. Yo no quiero que me malinterpretes y pienses que estoy obsesionada con el sexo o algo así, pero los dos nos queremos y nos necesitamos. Debería ser algo que se produjese entre nosotros de forma natural, al menos es así como yo lo vivo. Me gustaría poder dormir abrazada a ti, y despertarme y ver que estoy contigo. Si pudiera conseguir eso tan solo...

—Valentina, ¿qué es Octavio para ti? —decidí descubrir mis cartas de una vez por todas.

—No sé quién es Octavio —contestó tras coger de nuevo el ramo. Sin embargo, tras mirarlo durante varios segundos, lo dejó sobre la mesa, se levantó y, como si estuviera hipnotizada, abrió la puerta de la calle. Se apoyó en el quicio y miró a su alrededor. Yo la seguí y toqué su hombro. Se sobresaltó.

—Valentina, ¿qué pasa? ¿A qué tienes miedo? ¿Por qué no me lo cuentas de una vez?

—Es que... hace varios días que me asusta quedarme sola. Nunca me había pasado. Sé que es absurdo, pero tengo la sensación de que me vigilan —miró a ambos lados de la calle—. Quizá sea porque estoy un poco nerviosa. Supongo que en la playa se me pasará.

—Todo esto es por Octavio, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no le conozco —contestó rotunda.

—Mira, Valentina, tienes dos opciones: ir a la comisaría y poner una denuncia, o ir a un psiquiatra por si estás paranoica —intenté disimular mi rabia sin mucho éxito—. ¿Por eso quieres marcharte de aquí unos días? Si no solucionas esto, cuando vuelvas tendrás el mismo problema. ¡Deja a ese Octavio de una vez por todas! ¿Por qué fingís que no os conocéis? Sé que a veces entra en tu casa por las noches y se queda a dormir, y no solo ahora. Le vi entrar a las tres de la mañana aquella noche en la que me quedé esperándote en el club. Sé que te amenaza, que...

—¡Vete, por favor! —interrumpió muy contrariada—. Mañana sin falta pediré cita con un psiquiatra. Adiós, Enrique —dijo mientras me empujaba.

—Pues ya decidirás lo que vas a hacer. Como dices tú misma, tienes veintiocho años y ya no eres una niña.

Apenas salí a la calle, se escondió en la tienda y echó el cerrojo.

Esa noche decidí vigilarla desde mi casa con las luces apagadas, pero no sucedió

nada distinto de lo habitual.

A los dos días, infringí una de mis normas, y aquello me costó caro.

Pulp Fiction

A pesar del cansancio que había acumulado en días previos debido al trabajo, aquella noche de viernes el sueño me había resultado poco reparador. Una vez más, en medio de aquel estado de duermevela, mis cavilaciones se habían mezclado con toda clase de ensoñaciones repletas de imágenes inquietantes. Aunque de forma confusa, recordaba que en algún momento me había levantado a mirar por la ventana, no sé muy bien qué, fruto de mi cada vez más obsesiva y ya agotadora vigilancia.

Cuando el día comenzaba a clarear, por fin conseguí dormirme, pero en medio de un sueño profundo me sobresaltaron unos golpes en la puerta. Por un momento creí que me la destrozaban con un hacha. Me incorporé en la cama y entonces dudé si aquellos golpes habían sido reales o fruto de mi imaginación. Aguardé en silencio.

Nada. Y la puerta estaba intacta.

Fue entonces cuando, de manera casi imperceptible, distinguí un andante: el *Concierto número veintiuno de Mozart*.

Aquella música penetraba a través de la ventana que había mantenido abierta toda la noche de aquel caluroso mes de junio. Salí al balcón. La puerta de la tienda de Valentina estaba abierta de par en par, y en el interior distinguí su inconfundible figura moverse de un lado a otro.

Necesitaba una ducha con agua fría para calmar aquel calor y relajar mis nervios. «Tengo que instalar un aparato de aire acondicionado enseguida», pensé. Después me preparé un café. Mientras me vestía, durante unos segundos dejé de abrocharme la camisa y me quedé inmóvil. Volví a asomarme por la ventana y su puerta seguía abierta. No era ya Mozart sino Beethoven: el *Concierto para piano número cinco*, el mismo que sonaba al entrar en su tienda aquel día en que no fui capaz de controlarme y mordí sus labios. Y en un segundo, surgió dentro mí todo aquel cúmulo de sensaciones, y aquel sabor a fresa mezclado con el de la sangre de su labio inferior que permaneció en mi boca durante horas.

—Hola —le dije minutos más tarde apoyado en el quicio de su puerta.

—Hola —contestó.

—Quiero pedirte que me perdones. El otro día te hablé de manera muy brusca, creo que incluso agresiva. Lo siento mucho, de verdad.

—Bueno —se acercó a mí—, creo que yo también me puse muy alterada, y hasta te empujé, y también lo siento.

La música no cesaba de sonar, y cada vez que esto ocurre me siento más desprotegido que nunca. Sobre el mostrador reposaba una taza de chocolate. Percibí su aroma mezclado con las notas del piano.

—Por cierto, ahora que solo somos «amigos» —dijo con ironía— ya no tendrás ningún inconveniente en enseñarme tu casa. A veces pienso que ocultas allí algo ilegal. No sé si hago bien no llamando a la policía. No me imagino lo que hay dentro.

No sé si fue por debilidad o por temor a que volviera a enfadarse conmigo, pero accedí.

—Está bien —contesté—. Yo te la enseño si a continuación tú me enseñas la tuya.

Aún me sorprende que dijera eso.

Entramos en mi casa y, apenas cerramos la puerta, comprendí que había cometido un error.

—¡No me lo puedo creer! —reía de manera estrepitosa—. ¡Esta casa no te pega nada! Esta decoración —apenas podía hablar de la risa— ¡parece la casa de un adolescente! Eso sí: está impecable, todo tan colocado y tan limpio. Parece que ha venido tu mamá a arreglártela mientras estabas en el instituto. ¿Y esos pósteres? ¡Quítalos, por Dios! Pon otra cosa, o mejor no pongas nada. ¿Y qué hace aquí esta colcha rota en el sofá?

Comenzó a recorrer la casa por su cuenta mientras no salía de su asombro.

—No sé cómo vives aquí. Es diminuta. Mi casa es mucho más grande. ¿Y qué hay aquí? —abrió la puerta de la terraza—. ¡Vaya! Esto sí que me gusta.

La observó con detenimiento. Después apoyó los brazos en la barandilla y se asomó por ella. Miró los tejados de los otros bloques y el patio de la planta baja, y lo señaló:

—Aquí antes había una panadería. Recuerdo que cuando pasabas por la puerta olía a pan recién hecho. Mi madre y yo siempre veníamos a comprarlo aquí. Mira —se volvió hacia mí—, si me dieras permiso, esta terraza te la podría arreglar. Ya me la imagino. Traería algunas cosas de la tienda y la rodearía de plantas, y aquí pondría... Bueno, ¿me das permiso o no? ¡Anda! ¡Me gustaría mucho hacerlo!

Le dije que ya lo pensaría, pero no sé de qué forma lo hice, porque ella, a juzgar por la expresión de su cara, entendió que se lo había dado. Cerró la puerta y volvió a dirigirse al «salón». Al llegar, volvió a reírse tanto que se inclinaba hacia delante mientras se sujetaba la tripa. Había visto las películas en VHS.

—¡Ah, mira! ¡*Pulp Fiction*! Se ve que te gusta mucho Tarantino.

—No la he visto.

—¿Por qué no la vemos ahora? —la cogió—. Cuando la vi por primera vez... ¡qué horror! Ahora me río mucho cada vez que la veo.

—No son horas para ver películas. Dámela

—¿Y qué prisa tienes? Ya he arreglado la tienda. No voy a abrir hasta mucho más tarde —dijo mientras intentaba introducir la cinta en el reproductor.

—Anda, dame la película y vámonos. Ahora me tienes que enseñar tu casa, ¿no te acuerdas?

Comenzamos a forcejear los dos. Yo pretendía quitarle la película, pero ella se la escondía detrás mientras se reía. Intentaba yo hacerlo por detrás, pero era imposible, porque se la pasaba delante y luego de nuevo atrás. Pensé que aquello era de críos, así que decidí terminar de una vez: la sujeté fuerte contra mí y, una vez inmovilizada por mis brazos, le quité la película y la lancé al sofá.

A ella no pude soltarla. Sentía su respiración agitada junto a la mía, su olor. Ella dejó de reírse entonces y me miró profundamente a los ojos:

—¿Te he dicho alguna vez que tú eres el hombre que...?

No pude soportarlo. Le agarré la cabeza con mis manos y comencé a besar cada pedacito de su rostro, los labios, cada una de sus mejillas, la frente, y de nuevo los labios mientras ella cerraba los ojos. No sé cómo pude hacerlo de esa forma, despacio, casi chupándola. Ya no era capaz de parar. La agarré con fuerza y la eché sobre el sofá de la colcha raída. Mientras ella se quitaba la blusa, yo le metía las manos por debajo de la falda y tiraba de sus bragas. Cuando se las arranqué, ella intentaba desabrocharse el sujetador. La tenía allí, ya casi desnuda, entregada por completo a mis deseos. Imposible parar.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—¡Don Enrique, don Enrique! ¡Abra enseguida, por favor, que doña Manuela se ha caído! —era la voz de Nelly.

De nuevo la sirena de la ambulancia, la alarma de los vecinos, las urgencias del hospital, la espera mientras la reconocían y, por fin, el diagnóstico del médico: nada de importancia. Tan solo un golpe, tan solo «un susto», como dijo más tarde Virtuosa.

Cuando regresamos eran ya las cuatro de la tarde.

—¿Quieres que te enseñe ahora mi casa? —dijo.

Fui incapaz de negarme. Me sentía abducido, dominado, sin fuerzas. Me cogió de la mano y me arrastró hacia su portal. Subimos en el ascensor y se reanudaron nuestros besos, pero ya de manera frenética. Al entrar en su casa cerramos la puerta, se agarró a mi cuello y continuó con sus besos mientras me conducía hacia el interior de su piso. Me sentía fuera de control. Me dijo una vez que a su habitación se entraba desde el comedor a través de una puerta blanca de doble hoja, pero no llegamos a abrirla, porque a los dos segundos yacíamos sobre la alfombra arrancándonos la ropa. Y yo, fuera de mí, no podía

hacer otra cosa que dejarme arrastrar por aquella sensación que me dominaba por completo dirigiendo cada órgano de mi cuerpo, mi cara, mis manos, mi saliva, mi sangre, cada uno de mis jugos. Hasta que sentí en todos ellos una descarga eléctrica que casi me paraliza el corazón. Con brusquedad la solté. La cara del tal Octavio me miraba desde su carné de identidad. No sé cómo pude darme cuenta en aquellas circunstancias. Aquel carné estaba a menos de medio metro de nosotros, rodeado de restos de unos polvos blancos. Valentina se sobresaltó.

—¡Te juro que no...! ¡No sé cómo...! ¡Por favor, no te vayas! Es que...

—No, no voy a irme —dije mientras me esforzaba por todos los medios en encontrar algo de calma—, pero no me digas nada. ¡Nunca he soportado que me mientan! Siempre me he preguntado en qué lío estás metida. Octavio viene a verte cuando se le antoja, consumís cocaína y se acuesta contigo. Sé que te maltrata, pero aun así sigues con él.

—¡No! ¡Eso no es verdad! —se echó a llorar—. Yo... Es que él... Yo... Si no le obedezco... él...

—¡No! ¡No tienes que darme explicaciones! —me sujetó del brazo mientras me dirigía hacia la puerta, pero me solté—. Tú sabrás lo que haces. Si necesitas algo de mí, sabes dónde estoy.

Salí de su casa desorientado, destrozado por dentro. Sentía rabia e ira, pero contra mí mismo, por haberme entregado a ella, ¡y en un mismo día, dos veces!, sin tener en cuenta todas mis dudas y recelos.

Regresé a mi casa. La cinta de video por la que había forcejeado con Valentina continuaba sobre el sofá, en la misma posición en la que había caído. La cogí, la miré y la saqué de la funda. Después la introduje en el reproductor y le di al *play*. Recordé sus palabras: «Me rio mucho cada vez que la veo». ¡Qué irónico! Saqué del armario la botella de güisqui que Antonio me regaló por ayudar a su hijo con el inquilino, la abrí y llené un vaso. Luego la coloqué sobre la mesa del comedor al alcance de mi mano, y comencé a beber y a ver la película. Eché de menos un cigarrillo, pero hacía muchos años que lo había dejado. Según transcurría la película, sus escenas parecían mezclarse cada vez más con las que acababa de vivir, hasta llegar a no distinguir entre la realidad y la ficción, a medida que disminuía la cantidad de güisqui de la botella.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Quizá quedase poca gente en la calle. Pero de pronto me pareció escuchar que la puerta de madera de Valentina se cerraba. Con el vaso en la mano me asomé al balcón. ¿Sería ella la que salía? Me pareció un personaje más de la película, que por cierto, creo que era la tercera vez que empezaba de nuevo desde el principio. Aquella mujer iba vestida de negro, cubierta de argollas y cadenas, su piel estaba repleta de tatuajes, y su pelo desordenado era de color rojo. «Debe ser la novia del

tarado», creo que dije en voz alta en medio de una carcajada.

Me quedé dormido en el sofá, hasta que me despertó un griterío que procedía de la calle. Escuché insultos. No sé a quién se dirigían, pero recuerdo vagamente que avisé a la policía y les hablé de una reyerta. Bajé a la calle. De nuevo sirenas. Sin embargo, esta vez los protagonistas de la pelea se dispersaron, y la policía me increpó por haberles llamado sin motivo alguno. Creo que discutí con ellos, que incluso les grité y que estuvieron a punto de llevarme a la comisaría. Entonces escuché una voz de mujer que al parecer pedía disculpas por mí y me cogía del brazo. Me arrastró hacia una puerta. Al traspasarla todo estaba muy oscuro. Se escuchaba una música infernal. En medio de aquella oscuridad, aparecían y desaparecían figuras monstruosas, y algunas venían hacia mí. Parecían zombis, o cadáveres desenterrados. En ese momento me giré y pude ver la cara de la mujer que me arrastraba. Horrorizado, intenté escapar, pero no pude. Era una figura demoníaca. Sus pupilas eran blancas.

Despertares

Intenté abrir los ojos. Imposible. La cabeza me iba a estallar. Quise moverme, pero me mareaba y sentía náuseas. De pronto, una luz potente. Por fin, reconocí mi habitación y a aquella silueta oscura que se acercaba a mí cada vez más, hasta acabar sentada en el borde de mi cama.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—¿Qué haces aquí? —me incorporé en la cama—. No sé quién eres. Mejor dicho: no sé lo que eres —estaba cabreado y confuso.

—Anoche bebiste demasiado y tuve que rescatarte de la policía.

—¿Y adónde me llevaste? ¿A dar un paseo por los infiernos? —dije sin dejar de restregarme los ojos.

—Ya veo que sigues muy enfadado conmigo, pero anoche estabas muy mal y no quise dejarte solo. Incluso dudé si debía o no llevarte al hospital. Luego, con ayuda de un amigo, conseguí traerte a casa y acostarte. Yo he pasado la noche aquí. He dormido en el sofá, aunque después me desperté y me acosté aquí a tu lado, y me volví a dormir.

—Pues, muchas gracias por todo, pero ahora... —todavía me molestaba la luz y la cabeza aún me daba vueltas—. No me encuentro bien y quiero que te vayas. ¡Ah!... ¿Y por qué tienes la cara tan oscura? ¿Qué te pasa en los ojos? Esos ojos... anoche... Tenías las pupilas blancas. ¿Cómo explicas eso? Y esos tatuajes en los brazos... ¿Tan borracho estaba? ¡Y llévate tus cadenas demoníacas! —dije señalando unas que había en el suelo—, esas que creo que llevabas por todo el cuerpo.

—Anoche fue la inauguración del bar de un amigo. Le gusta el *heavy metal* pero mezclado con lo gótico y siniestro. No sé si sabes a lo que me refiero. Nos pidió a todos que acudiéramos disfrazados a tono con aquello. Yo pretendía parecer una zombi y lo de las pupilas es solo un efecto de la luz de los locales. Es lo que se busca para dar ambiente. Esto de los brazos no son tatuajes, solo es pintura. ¿Ves? —se chupó el dedo y con la saliva se frotó el brazo—. Y las cadenas son de plástico.

—Y tu pelo rojo y negro...

—Me lo pinté con un spray. Esto también se quita con agua y jabón. Estás confuso aún. Creo que tú no sueles beber tanto. Ven —tiró de mi brazo—. ¡Ven! Voy a ducharme delante de ti. Verás cómo todo se va por el desagüe. Yo, Valentina, sigo estando aquí. Estoy debajo de toda esta pintura. ¿Quieres verlo?

—¿Pretendes que te vea desnuda en la ducha? ¿Los zombis no son esos que se

alimentan de humanos? Sí. Creo que estoy algo confuso. ¡Déjame en paz!

—Oye, ¿por qué no hacemos una cosa? Tú descansa todo lo que quieras y por la tarde, si te encuentras mejor, podemos irnos, no sé, fuera de aquí. ¿Qué te parece ir otra vez al Retiro? A última hora, allí se está más fresco y nos tomaremos unos helados.

¿Qué clase de idiota creía que era? Tenía un amigo al que decía que quería y con el que se acostaba, consumía cocaína y entregaba sobres. Si estaba tan «enganchada» a él, ¿para qué me necesitaba a mí? ¿Por qué decía que me quería?

—¡Llama a tu amigo Octavio! He oído por ahí que cerca del Retiro hay un dispensario de hachís. ¡Ah no!, ¡que vosotros preferís la cocaína! Ahora vete. Tengo que ducharme. He quedado con mi familia para comer.

Me levanté de la cama y me metí en la ducha. Cerré la puerta. Cuando acabé aún no se había ido. Estaba sentada en el sofá. Parecía consternada. Después me miró y se acercó a mí. Levantó su mano como si pretendiera tocarme la cara pero retrocedió, se dirigió hacia la puerta y mientras la abría dijo:

—Yo jamás he probado la cocaína —y se marchó.

Me senté en el sofá, clavé los codos sobre las rodillas y me agarré la cabeza con las manos. Su perfume estaba allí, en el interior de mi propia casa, como un intruso que se resiste a marcharse y osa adueñarse de todo lo que te pertenece. Procedía de la colcha rota sobre la que ella había dormido. Me levanté, me eché sobre la cama y también estaba allí, aún más intenso. Me dolía cada vez que lo inspiraba pero, aun así, lo hacía una y otra vez, al mismo tiempo que abrazaba las sábanas. ¿Cómo se puede sentir esa extraña mezcla de necesidad de protección y de cobijo, y al mismo tiempo ese temor tan desesperante? No era la primera vez que experimentaba algo así. No recordaba cuándo empezó ni por qué. Cerré con fuerza los ojos. Me dormí.

Aquella tarde la pasé en casa de mi hermana. Por la noche mi sobrina Chisi, que conocía mi afición por el *jazz*, me contó que había descubierto un club del que le habían hablado muy bien. «¡Venga, tío! ¡Anímate!, que te veo muy serio hoy. Yo te invito. Luego si quieres me pagas a mí la segunda copa.

El club se llamaba Smooth Jazz.

Preferí invitarla yo al cine.

Cuando me desperté al día siguiente en casa de mi hermana, mi mente, una vez más, no cesaba de dar vueltas. No debería haberme comportado con ella de esa manera. No podía pretender que Valentina actuara como la mujer de mis sueños; los seres humanos tenemos opacidades y escondrijos. Ella los tenía, y yo muchísimos más. Lo que en realidad me atormentaba era que estaba seguro de que un día me dejaría. Y si iba a ser así, ¿no sería

mejor que eso ocurriera cuanto antes, como si se tratase de una intervención quirúrgica dolorosa pero inevitable? No, no quería hacerlo. ¿Y por qué debería irme? Necesitaba estar con ella, en ese momento, ese día. El día de mañana no existía.

Poco después, escuché un clic. Era un mensaje de Valentina: «Te necesito».

Llegué a Malasaña lo más rápido posible, y a esas horas tan tempranas de domingo, las calles permanecían semivacías y en silencio.

Dudé si debía o no llamar a su puerta, pero recordé aquella escena fatídica que viví en su casa, y no me atreví a hacerlo. Además, sabía que el riesgo de perder el control de mis actos seguía muy vivo dentro de mí. Decidí esperarla en mi casa.

A los pocos minutos escuché su voz a través del telefonillo. Le pedí que no subiera.

Bajé a la calle, ella estaba de espaldas. Al advertir mi presencia, se volvió desprendiendo un agradable olor a jabón. Su tez era muy blanca de nuevo y su pelo brillaba a la luz del sol.

—Hola —le dije.

—Hola —contestó.

Agachó la cabeza. Durante unos instantes permaneció así, sin decir nada, como si quisiera encontrar las palabras adecuadas para contarme algo; y no sé por qué presentí que no iba a ser nada bueno. Yo observaba sus ojos como si quisiera leer sus pensamientos, pero ella no podía mirarme a mí más de dos segundos seguidos.

—Verás, yo... —dijo— es que tengo que contarte algo. Es muy urgente. Necesito que me ayudes. ¿Podemos subir a tu casa? No debemos hablar aquí, en la calle.

A pesar de mis reticencias, su gesto era de tanta preocupación que acepté.

—No sé por dónde empezar —dijo apenas cerramos la puerta.

Se sentó en el sofá, pero se levantó enseguida y caminó inquieta por los escasos metros del comedor. Por un momento creí que por fin iba a contarme la verdad.

—Valentina, ¡mírame! —dijo mientras le alzaba la cabeza con las manos—. Sabes que puedes contarme todo lo que quieras —la abracé—. Jamás he querido a nadie como a ti. Además, no sabes lo que me arrepiento de la forma como te traté ayer por la mañana —le besé el pelo—. Venga, ¡tranquila! Cuéntame lo que te pasa.

Ella se separó de mí con suavidad.

—Es que... me da tanta vergüenza... Pero no te lo pediría si no fuera cuestión de vida o muerte: necesito seis mil euros.

No me lo podía creer. Por mi cabeza pasaron a la velocidad del rayo varios motivos, sobre todo uno.

—¿Para que los necesitas?

—No puedo decírtelo —agachó la cabeza.

Después la levantó y me miró suplicante. Su cara estaba enrojecida.

—¡Te lo devolveré! ¡Te lo juro!

—¿Para qué los quieres? —insistí.

Ella suspiró. Le temblaba la voz.

—Necesito hacer unos pagos en la tienda con los que no contaba.

—¿Eso es todo? No te creo. ¿Por qué las mujeres a las que más quiero se empeñan en ocultarme la verdad?

—Ya no puedo conseguir más dinero por la tienda...

—La has hipotecado, ¿verdad? Es tu amigo Octavio el que necesita el dinero, ¿no?

—No, no es eso —continuaba con la cabeza agachada—. Es que yo, yo...

—¿Qué vas a hacer con el dinero? Quizá pueda ayudarte de otra forma.

—Bueno, te lo diré: es que... tengo que hacer una reforma urgente en mi casa porque... resulta que las tuberías no son buenas y... se sale el agua por...

Se echó a llorar.

—Me parece tan patético que intentes encontrar una mentira que pueda convencerme... Octavio te maltrata y además te pide dinero. ¿Por qué no le denuncias de una vez? Le vi zarandearte dentro de la tienda el día que nos pediste ayuda con las cajas. ¿Te acuerdas? —me miró sorprendida—. Es una persona inestable y agresiva. Estuve con él una noche cuando preparaba la apertura de su local, y vi sus arranques de ira y cómo trató a sus empleados.

—¡Por favor, Enrique, necesito ese dinero! Tengo mucho miedo a que ocurra una desgracia.

—¿Desgracia? ¿Dónde? ¿A quién va a ocurrirle una desgracia?

—¡A mí!

—¡Cuéntamelo todo! ¡Seguro que lo arreglaremos! ¡Si no le denuncias tú, encontraré algún motivo legal para hacerlo yo! Voy a descubrir por qué te amenaza y te obliga a fingir que no le conoces y a vender drogas en tu tienda. ¿Te obliga también a acostarte con él cuando sube a tu casa y a consumir cocaína para que te resulte más fácil? ¡He visto cómo se transforma tu cara de miedo cada vez que pasa cerca de ti! He visto...

—¡Dios mío! ¡Si sigues divagando de esa manera, vas a volverte loco! Te lo contaré, pero... diga lo que diga no vas a creerme, ¿verdad?

—En estos momentos lo dudo mucho. Supongo que no. No te esfuerces. ¿Es para esto para lo que dices que soy el hombre que necesitas? Si lo que quieres de mí es dinero, no te conformes solo con seis mil euros.

—No te puedes imaginar el daño que me provocas al decir eso.

Rendida y sin dejar de llorar en ningún momento, se dirigió hacia la puerta.

—Espera, no soporto ver cómo te humillas ante mí de esa manera.

Le pedí el número de su cuenta corriente. Introdujo su mano temblorosa en el bolsito de colores que llevaba y de él extrajo un papel húmedo, arrugado y escrito con tinta corrida.

—Bueno, ya tienes el dinero que querías —dije a los pocos minutos mientras cerraba mi portátil.

—Si supieras lo avergonzada que me siento. . .

—No, Valentina. Sabes que no puedo negarte nada. Te quiero muchísimo. Volví a abrazarla con mucha fuerza. ¿Por qué no dejas que te ayude?

—Algún día te lo explicaré todo y lo comprenderás, pero hay otra persona que me pidió que, por mi bien, no dijera nada a nadie. Tengo miedo. Es muy arriesgado, es algo que no puedo desvelarte ahora. Pero lo haré, te lo juro. Lo siento tanto. . .

Abrió la puerta con intención de marcharse, pero retrocedió, y sin levantar la cabeza me dijo:

—Al menos sí que creerás que te quiero. . .

No respondí.

Nos miramos a los ojos durante unos instantes. Fueron los más largos y dolorosos de mi vida. Me sentía suspendido en medio del caos.

—¿Por qué me miras de ese modo? —preguntó—. ¿Qué te pasa? Nunca me has mirado así. ¡Contéstame, por favor! ¿Qué ocurre? ¡Háblame! Vas a dejarme, ¿verdad?

Se abrazó a mí llorando sin reparo alguno.

—¡Por favor, no te vayas! ¡No me dejes sola!

No suponía entonces lo que significaba para ella «dejarla sola». Ahora lo sé, y creo que fui muy cruel porque en aquellos momentos solo pensaba en mí, en huir, en escapar de un sufrimiento que me sentía incapaz de afrontar.

—Necesito irme, Valentina. Te quiero.

—¿Me quieres? ¡Entonces vas a dejarme porque me quieres!

—Creo que por fin puedo pensar con claridad. Te dejo por dos motivos. Primero, porque hay un hombre en medio de nosotros que nos separa; y segundo, porque hemos llegado a un punto en nuestra relación en que has anulado por completo mi voluntad. Siento que estoy en tus manos y que puedes hacer conmigo lo que se te antoje, que eres tú quien manda.

—Vaya. Veo que es verdad —ironizó—. Ahora lo tienes todo muy claro y clasificado dentro de tu cabeza. Y dices que yo mando. Si yo mandase sobre ti, no te irías.

—Creo que, por fortuna, en estos momentos, aún soy capaz de encontrar una salida, la única que hay, y voy a utilizarla.

Valentina se secó las lágrimas con un pañuelo y dejó de llorar. Se irguió y me miró a los ojos.

—¿Sabes una cosa? No soy tu niña pequeña como a veces me haces sentir, pero tampoco soy tu madre.

—No te entiendo.

—No hace falta. Adiós, Enrique. Espero que todo te vaya mucho mejor sin mí. Te devolveré el dinero enseguida que pueda —dijo mientras bajaba las escaleras.

No comprendí por qué decía eso: «No soy tu madre». ¿Cuándo se había comportado conmigo como una madre? ¿Quizá cuando me ayudó con la policía aquella noche? ¿Cuándo después se acostó conmigo para cuidarme?

No lo entendía.

«No más blues»

Al marcharse sentí el dolor más agudo de mi vida. Durante los días siguientes me dolía todo el cuerpo. Nunca me había sentido tan cansado y sin fuerzas. Creo que tuve algo de fiebre durante semanas enteras. No podía concentrarme en nada, en nada en absoluto. Sentía náuseas. Era incapaz de comer y, si me obligaba a hacerlo, vomitaba. Apenas podía dormir y, cuando lo conseguía, tenía pesadillas. Aquello parecía un maldito síndrome de abstinencia de la peor de las drogas.

Después de bajar por completo las persianas, abandoné mi casa en silencio. Ni siquiera me despedí de nadie. Y una vez más, regresé a mi piso.

Destruí cualquier vía de comunicación con Valentina.

Era tan solo con Virtuosa con quien mantenía algún contacto. Le expliqué que la llamaría con cierta frecuencia para preguntar por Manuela.

Me acostumbré a ir al Smooth Jazz para charlar con Paco sobre la gestión del club, muy temprano, antes de que abriera sus puertas, cuando los músicos aún colocaban su *atrezzo* y afinaban los instrumentos. Tenía miedo de poder encontrarme con ella en aquel territorio donde el sonido de la música me transformaba en un ser vulnerable.

Los dos perdimos nuestro escondite, aquel lugar mágico, como dijo ella una vez, a través del cual podíamos huir de un exterior, a veces hostil e implacable.

En un intento ingenuo por seguir escuchando *jazz*, intenté buscar un sucedáneo en otros clubs, pero tenía miedo por si a ella se le había ocurrido lo mismo, y me marchaba al poco de comenzar la actuación. Además, comprobé que el sonido de las primeras notas musicales la traía a ella como en partículas diminutas con las que poco a poco parecía materializarse, y me hacía huir de allí. Pero no solo era eso: estuve sin poder escuchar ningún tipo de música durante mucho tiempo porque, ahora, se filtraba por mis poros y conseguía alcanzar un lugar recóndito y doloroso dentro de mí que me había acompañado desde niño, y que yo a toda costa quería destruir y sepultar. La música también me hacía daño.

En una ocasión llamé por teléfono al club y me contestó Dioni. Mis esfuerzos por no saber nada de ella resultaron en vano:

—¿Sabe, jefe? Su guapísima ex vino por aquí durante quince días seguidos. Se iba pronto, pero debe de estar muy pillada, porque se pasaba todo el rato mirando la escalera y su mesa. Luego solo vino algunos días sueltos, bajaba, echaba un ojo y se largaba.

Cada vez que alguien hacía referencia a algún detalle que en mi interior pudiera

relacionar con ella, pasaba varios días muy angustiado, y en ocasiones emergía de mí una fuerza que me impulsaba a llamarla, o a ir a buscarla, e incluso a ofrecerle más dinero si ella así lo quería, y volver a decirle, una vez más, todo lo que la necesitaba, y que estaba dispuesto a aceptarla de cualquier manera. Pero después me sentía avergonzado de mí mismo, y aparecía a mi alrededor una especie de muralla que había sido mi amiga en numerosas ocasiones y que me había protegido cada vez que me invadía el sufrimiento. Yo la llamaba «mi lado coherente y sensato».

A veces era complicado perder del todo el contacto con el barrio porque, aunque yo no iba por allí, a esas alturas había muchos vecinos de Malasaña a los que llevaba pleitos. Siempre les decía lo mismo: que esos temas no eran de mi especialidad, y les recomendaba a otros compañeros. Sin embargo, los honorarios de mi bufete resultaban tan prohibitivos para la mayoría de los vecinos que, al final, si los casos no me parecían demasiado complicados, acababa por estudiarlos, pedir algún asesoramiento y aceptarlos. Por supuesto, «me esforcé» en que mis honorarios resultasen bastante asequibles. Acostumbraba a citar a mis clientes en cafeterías amplias y tranquilas, no quería que acudieran a mi bufete para no levantar allí dudas o comentarios.

Una vez más, el estudio y el trabajo se convirtieron en mi refugio, así como los constantes viajes que en ocasiones yo mismo propiciaba en aras de una engañosa eficiencia.

Comencé a visitar a mi hermana más a menudo y a buscar la compañía de mis amigos, e incluso me propuse recuperar la amistad de otros con los que había perdido el contacto hacía algún tiempo. Poco a poco me introduje en la vida social anterior que hacía meses había dejado algo abandonada.

A mi hermana o a mis sobrinos los invitaba al teatro, o a conciertos que sabía que a ellos les gustaban, aun a costa de que en algunas ocasiones su música apenas pudiera soportarla.

Pero hay momentos en los cuales resulta imprescindible bajar la guardia y abandonarse: cuando me disponía a dormir, cada noche, recibía la visita de Valentina. Poco a poco, en ese estrecho margen que separa el mundo *vigil* de la inconsciencia, escuchaba su voz en forma de palabras sueltas o frases a menudo incongruentes.

Cuanto más tiempo transcurría desde mi marcha, con mayor frecuencia aparecía en mis sueños. A veces resultaban agradables porque en ellos estábamos los dos juntos y paseábamos, o nos reíamos o incluso nos besábamos. Cuando por fin abría los ojos y comprendía que todo era mentira, me sentía decepcionado y muy triste. Pero en otras ocasiones se trataba de sueños inquietantes y, a menudo, de auténticas pesadillas en las cuales a ella la agredían con dureza o la asesinaban. En ese momento me despertaba con

tal pánico que tenía que levantarme y salir a la terraza para tomar contacto con la realidad y asegurarme de que todo permanecía en el mismo lugar de siempre: los edificios, las calles, las luces... Recuerdo que una vez, tras una de aquellas pesadillas, medio dormido, me descubrí a mí mismo a las tres de la madrugada con el teléfono en la mano a punto de marcar su número para comprobar que estaba bien. Por supuesto, conseguí controlarme y no lo hice.

 Mi sufrimiento continuaba.

El cumpleaños de Borja

Dentro de dos días sería el cumpleaños de mi amigo Borja. Borja vive en el centro de Madrid, en uno de esos bloques de pisos horribles que construyeron en los años sesenta, en medio de otros de finales del diecinueve. El conjunto arquitectónico es un atentado contra la sensibilidad, la estética y el sentido común. Sin embargo, el piso de Borja es uno de los lugares más entrañables que conozco, porque allí celebra siempre su cumpleaños, y con esa excusa nos reunimos muchos amigos. Solo los amigos, pocos, pero buenos. Nuestras reuniones no tienen ningún parecido a otras similares en las que unos se dedican a alardear de sus logros —el mejor trabajo, el mejor chalé, el mejor coche, la mujer más guapa— mientras otros se esfuerzan en disimular o maquillar lo que ellos mismos consideran que son «sus fracasos». Nuestras reuniones son cordiales y distendidas, y procuramos vernos, aunque haya que conducir durante horas o coger un avión para llegar hasta allí. Y aunque a veces discutamos, conservamos una buena amistad.

El cumpleaños de Borja sería en dos días.

No pensaba ir.

Y es que el bloque de pisos donde vive Borja está junto a la glorieta de Bilbao, dentro del perímetro de lo que yo llamaba *la tierra prohibida*. Conocía sus coordenadas y las tenía ya muy delimitadas. El perímetro que bordeaba el interior de mi tierra prohibida era como una alambrada electrificada, en la que el roce con ella no te escupía hacia afuera, sino que te engullía, y si eso ocurriera, entonces ya no habría vuelta atrás. Desde que había roto mi relación con Valentina no había querido siquiera acercarme. Estaba decidido: no iría.

Aquella noche de finales de septiembre, no podía conciliar el sueño. Me sentía cada vez más inquieto, y al final me levantaba y ponía la televisión, y echaba de menos una vez más, un cigarrillo. El motivo estaba muy claro: había tenido noticias de Valentina, e incluso había escuchado su voz.

No pude evitarlo. Días antes me vi obligado a llamar a Antonio para que me explicara por qué extraña razón Virtuosa no me contestaba el teléfono cuando, tal como quedamos, sabía que contactaría con ella para que me informara de Manuela. Aquel día, después de llamarla por enésima vez y no contestar, marqué el número del bar de Antonio. Fue Carmen, es decir, la mujer de Antonio, la que descolgó.

—¡Ah! ¡Sí, don Enrique! Virtuosa es que cada día está más *despistá* y ha perdido el

móvil, pero no se preocupe, que hoy le cuento yo: doña Manuela parece que se ha rehecho un poco y come algo mejor, y con mucha paciencia y mucha ayuda, da paseos por la casa. Creo que hasta quieren sacarla a la calle con... ¡Perdone un momento! ¡Venga, toma! Aquí tienes los canelones, recién hechos. Te los pongo en el táper.

—No. Tantos no quiero. Son demasiados.

—Que sí, tonta, que no tienen más que verduras. Ni carne ni *pescao*. Y aquí te he puesto natillas. Venga, que poco a poco te lo vas comiendo todo en la tienda. Llévatelo y no me hagas enfadar, Valentina, que cada día estás más *esmirriá*. Te estás quedando sin tetas, con lo hermosas que las tenías.

—Pero Carmen, no puedo comer tanto. No tengo hambre. ¡Las natillas no las quiero!

—¿Cómo? ¿Qué no te las llevas?... Espere un momento, don Enrique, que ahora le sigo informando de Manuela. ¡Valentina! ¡Valentina! ¿Dónde vas? ¡Espera! Nada. En cuanto ha oído su nombre ha salido pitando. A mí no me gusta meterme donde no me llaman, pero no sé cómo ha podido usted dejar escapar a la Valentina. No encontrará otra como ella. Usted se lo pierde, pero... ¡Espere, don Enrique! Que voy a buscarla y se la traigo para que hablen los dos. No me cuelgue.

Por supuesto, colgué. En ese momento, estaba en la oficina, frente a mi ordenador.

Me quedé colapsado.

«Voy ahora mismo a por ella y, en cuanto la vea, me la tiro. Ahora sí. Donde sea: en su casa, en la mía, en su portal, o en la misma calle. La preñaré. Después nos iremos a Eurodisney. Estoy seguro de que se empeñará en subir a todas las atracciones... Bueno, si está embarazada no debería... Pues la preñaré cuando volvamos».

Todo esto pasó por mi cabeza en décimas de segundo. Una vez más, creí que iba a perder la razón.

«Por eso tuve que alejarme de ella —cavilaba—. Ahora no puedo correr ningún riesgo. No voy a ir al cumpleaños de Borja».

«Enrique, tú sabes que no puedes faltar —me dijo Conchita— Eres el alma de la fiesta en el cumpleaños de mi marido. Además, te he hecho esos pastelitos que tanto te gustaron el año pasado. Pablo, y Domingo, y Carlos, y Asís... Todos vienen, e irán a buscarte y te traerán. No tienes escapatoria».

Era cierto. No la tenía y por eso fui.

Traspassar el perímetro de la tierra prohibida no fue tan complicado como yo pensaba y eso me tranquilizó bastante. Además, me sentí orgulloso de mí mismo porque había sido capaz de controlar mis pensamientos y mis emociones, desde la salida de mi piso hasta la entrada en el de mi amigo.

Me resultó muy agradable encontrarme con todos ellos.

La cocina de Conchita es una de las más grandes que he visto dentro de un piso familiar. Me contó una vez que tuvieron que derribar dos tabiques para que quedara a su gusto. A ella le apasionaba cocinar. «Ser un buen chef es mi vocación frustrada», decía siempre.

—¡Venid! —le oímos decir mientras charlábamos en el salón—. ¡Venga, venid a la cocina y vais sacando las bandejas con los canapés!

Cuando entré en la cocina, el corazón me dio un vuelco. El pelo largo y ondulado de Valentina estaba allí. Vi su cabellera por detrás, cuando ella aún estaba de espaldas.

—¡Hola, Enrique! —dijo Conchita tras darme dos besos—. He estado a punto de quitarme el mandil e ir a por ti... ¡Ah, creo que no conoces a Araceli! Es la mujer de Asís, que no ha podido venir porque tenía un viaje.

Araceli se volvió, se acercó a mí y me saludó con dos besos. Su cabello me rozó la cara. Y es que era tan parecido al de Valentina que cualquiera diría que se lo había pedido prestado para la fiesta.

—¡Venga, ya está! ¡Dejadme sola que voy a preparar el postre y es una sorpresa! Tú también, Araceli.

Obedecimos a Conchita y nos marchamos al salón. Con una copa en la mano que cada uno se había servido, nos hundimos en el sofá, excepto Araceli, que se aposentó en uno de sus brazos con las piernas cruzadas. Todavía no habían llegado todos. Tan solo estábamos Borja, Domingo y yo. Y por supuesto, Araceli.

—¿Cómo es que este no quería venir? —preguntó Domingo mirando a Borja tras revolverse en el asiento—. ¡Qué capullo! Venga, Enrique —se volvió hacia mí—, que hoy tenemos que ponerte al corriente de lo que va a venir.

—No hace falta. ¡Siempre estoy al día de todo! —ironicé.

—Entonces —me preguntó Borja—, ¿ya conoces los nuevos abogados que están a punto de llegar? Porque nos enteramos justo ayer.

—Vaya, parece que esperan a que esté de viaje...

—Pues, vuelve la tragona —rio Domingo.

—¿Quién?

—Sí —dijo Borja—. Se refiere a Marisa. ¿Te acuerdas de ella? Es esa chica que ocupó el puesto de Ignacio hasta que después lo hizo Santos.

—Sí, tío, la de la mamada —intervino Domingo—. La que le hizo a Santos. ¡Joder, tío! ¿Cómo no te vas a acordar?

—Sí. Por desgracia me acuerdo muy bien. ¿Y a qué puesto va?

—Pues, ¿adónde va a ir? Bajo la mesa de Santos —contestó Domingo.

—Mirad, chicos, sois unos bestias. No os soporto. Me voy a la cocina. ¿Qué pasa? ¿Decís guarradas para que me vaya a realizar las «funciones propias de mi sexo»? —dijo Araceli con voz afectada—. Adiós.

—Enrique, tío —dijo Domingo con grandes carcajadas en cuanto Araceli desapareció por la puerta de la cocina—. ¡Córtate un poco con Araceli, que es la mujer de Asís!

—Domingo tiene razón. No haces más que mirarla.

—¿De verdad la miro tanto? Pues no me he dado cuenta.

—Venga, Enrique, que se ve que hace tiempo que no mojas y hoy Araceli cae.

—No, Domingo. No te pases —dijo Borja—. Me lo podría creer de cualquiera, pero de Enrique...

—Pues sí. Domingo tiene razón: hace tiempo que estoy a dos velas. Pero ya sabéis lo que se dice: las mujeres de los amigos no son mujeres, y que son sagradas y que...

—Y que esta noche tus pajas mentales tan rancias se te escapan por la bragueta, maricón. ¡Ah! Y dicen que en septiembre empieza en el bufete la Gardner.

—No sé quién es —dije.

—¿No has oído hablar de ella? —me preguntó Borja—. Creo que se llama Elena... Gardner y no sé qué más... Dicen que es muy buena. Es penalista, creo. Maneja muy bien la violencia de género.

—Y dicen que está buenísima.

—Pues vaya, tampoco la conozco. ¿Pero qué pasa? ¿Que a este bufete no vienen más que mujeres?

—Y no solo esas. Me han hablado también de una becaria —dijo Borja—. Dicen que es muy inteligente y muy joven. Vamos, un cerebritito que a lo mejor... Bueno, dejémoslo, que ya viene mi mujer con Araceli. Y por favor, Enrique, contrólate un poco con ella.

Durante las horas que siguieron, charlamos de manera cordial, tal como siempre lo habíamos hecho. Todo iba bien, pero... había algo que sobraba en aquella reunión, un elemento ajeno e infiltrado, que me recordaba a Valentina una y otra vez. En algunas ocasiones, cuando Araceli hablaba, intentaba no mirarla; pero en otras, aunque estuviese callada, mis ojos se desplazaban sin remedio hacia su pelo, como si fueran absorbidos por la electricidad de sus rizos. Creo que ella se dio cuenta, porque en un momento en el que coincidieron nuestras miradas, se tocó el pelo y lo peinó con los dedos.

La noche transcurría, y poco a poco casi todos se marcharon. Sin embargo, yo seguía allí, junto a Borja, Conchita y Araceli, a las cinco de la mañana, con un güisqui en la mano, diciendo incoherencias. Nos reíamos.

Llegado a un punto, tuve la sensación de que hacía rato que debía haberme marchado

también, pero algo me mantenía pegado al sofá, y no me dejaba levantarme.

Al final, comprendí que estaba comenzando a ser pesado y conseguí pronunciar las palabras mágicas:

—Es muy tarde. Me voy.

—Sí —dijo Araceli—. Yo también me voy.

Nos despedimos y salimos.

Si quieres —dijo después Araceli, en la escalera—, puedo acercarte a tu casa con el coche. Me viene de paso. Vivo en el Parque de Las Avenidas.

—No, no hace falta. De verdad, Araceli, necesito caminar y que me dé un poco el aire. Gracias de todas formas.

Caminar. Sí. Caminar, ¿pero hacia dónde? ¿Hacia mi piso o hacia «la zona cero»? Porque mi casa de Malasaña estaba allí muy cerca, a pocas calles. De manera insensata, aún tenía la llave insertada en el llavero con el resto de las mías, y ahora estaba en mi mano, frotada y manoseada dentro del bolsillo del pantalón.

—Bueno, Enrique, pues hasta otro día —dijo Araceli una vez en la calle—. Ya te dicho que puedo llevarte, pero...

Saqué la mano del bolsillo, agarré a Araceli y a punto estuve de empotrarla dentro de un escaparate de comida ecológica. Mi arranque la pilló por sorpresa, pero reaccionó de manera tan rápida y directa que a los pocos segundos ya me había metido la mano por dentro del pantalón.

—No, Araceli. Vámonos de aquí, lejos, donde tú quieras.

Ella prefirió que fuéramos a su casa.

—Hoy aquí no hay nadie. Los niños los tiene mi suegra en el campo, y mi marido está en Dubái, o al menos eso me ha dicho, el muy hijo de...

Después me sonrió, se acercó a mí y nos acostamos en su cama, en la misma que compartía con su marido, mi amigo Asís.

—Tiene muy merecido lo que le acabo de hacer —comentó mientras aún en la cama se fumaba un cigarrillo—. Estoy segura de que él a mí me hace lo mismo. Y no tengas ningún remordimiento porque yo sea su mujer, porque le importo una mierda. Estoy harta de esperarle como si él fuera Ulises y yo su Penélope. Se lo he dicho muchas veces, y siempre contesta lo mismo: «Estás loca. Lo que te pasa a ti es que te aburres. Apúntate a pintura, o a pilates como tus amigas, o haz punto como tu madre». ¿Qué se habrá creído? ¡Ah!, y por cierto, ¿qué te pasa a ti con mi pelo? —dijo mientras se lo recogía con una horquilla—. Me lo miras, me lo tocas... Porque sé que eres abogado como mi marido, porque si no, diría que eres un peluquero... o un fetichista.

—Verás, tu pelo... es muy parecido al de una amiga.

—Ya. Tu ex. Una ex que, a juzgar por lo que mi pelo te inspira, parece que quieres todavía, ¿verdad?

—Al igual que tú a tu marido. Le quieres muchísimo, a pesar de la animadversión que te produce.

No respondió.

—¿Me llamarás algún día? —preguntó cuando estaba a punto de irme.

—No es por ti, Araceli, pero no creo que sea oportuno. Ahora me siento mal por lo que he hecho.

Ella sabía que no iba a llamarla nunca.

De camino a casa, ya de día, pensé en que los dos nos habíamos utilizado como meros instrumentos. Ella a mí, como mujer despechada, para vengarse de su marido. Yo a ella, para que me proporcionara el salvoconducto para escapar del peligro que me acechaba.

Lo que no imaginaba entonces es que existía otro mucho más cerca.

Y que me estaba esperando para acabar de dislocar mi vida.

SEGUNDA PARTE

Se llamaba Elena Astaburuaga Gardner

Se llamaba Elena Astaburuaga Gardner y era una de las nuevas adquisiciones de la Empresa.

Dijeron que era guapa e inteligente, que su currículum era magnífico, que acababa de regresar a España tras haber trabajado con reconocimiento en diversas capitales europeas, y que era ella la que había elegido nuestro bufete para «otorgarnos el beneplácito de sus servicios». También dijeron que era engreída y estirada, porque siempre llevaba ropa de Armani, y zapatos y bolsos de firma. Dijeron que era simpática y cercana. Dijeron que era una zorra.

La primera vez que la vi fue en una de esas comidas de empresa que tanto odio, de esas en las que con un vaso en la mano te trasladas de un círculo a otro y sigues hablando de trabajo, o te dedicas a criticar a determinados compañeros. A veces observas con vergüenza ajena cómo uno de ellos, con alguna copa de más, cuenta chistes que a menudo son poco adecuados y a los cuales algunos reaccionan con carcajadas estruendosas o con sonrisas forzadas. Otros que no saben qué decir, alaban o critican los canapés que les llegan, de manera a veces milagrosa, gracias a la agilidad y flexibilidad de los camareros. No. No soporto ese tipo de comidas.

La aparición de Elena en la sala no pasó desapercibida para nadie.

—¡Mirad, chicas! Aquella es Elena Astaburuaga, la del vestido rojo. ¡Es un Versace! Lo vi en la tienda.

—¡Qué buena está la tía! —dijo un compañero—. Hay que ir a por ella —tras el comentario soltaron otra de sus carcajadas.

—¡Ah! ¡Tú eres Enrique Santacreu! —me dijo ella cuando me la presentaron—. Hace poco oí hablar muy bien de ti en Bruselas.

—¿Qué tal, Elena? Me alegro de conocerte. Pues aquí hace meses que se habla de ti —contesté tras darnos dos besos en la mejilla.

—Supongo que muy bien, ¿verdad? —ironizó.

—Por supuesto.

Reconozco de sobra cuándo una mujer me mira de manera seductora, y ella lo hizo. Yo me limité tan solo a mantenerle la mirada, una mirada que parecía ocultar muchas cosas al otro lado, en el interior de sus pupilas, algo que no sabía qué era pero que me resultaba misterioso y atractivo.

La verdad es que sí que era guapa y bastante alta, quizá algo delgada para mi gusto.

Pero lo que más me llamó la atención de ella fue su pelo largo, oscuro y liso, y esa aparente seguridad en sí misma que a veces a los hombres nos empuja y nos impulsa a retroceder.

En aquella sala, con aquel vestido rojo, se movía como pez en el agua y con la agilidad de una bailarina saltando de un grupo a otro. La observé sin que ella me viera. No se quedó mucho tiempo. Yo tampoco.

—Creo que busca un piso por aquí —oí decir un día.

—Ha alquilado un dúplex —oí decir otro.

Durante su primer día de trabajo permaneció encerrada en su despacho durante varias horas. Después salió de allí y se paseó de manera despreocupada por la sala común. Parecía una maestra de instituto que vigilaba que nadie copiase en un examen, mientras con un bolígrafo en una mano se daba golpecitos en la otra. Por fin, centró su atención en uno de los escritorios vacíos. Abrió sus cajones y, tras explorar su interior, los volvió a cerrar. Entonces encendió el ordenador y, después de algunos tecleos al parecer frustrantes, lo apagó.

Al día siguiente, trasladó allí algunas cosas desde su despacho y las colocó una a una de manera estudiada y precisa. Después ajustó la altura del asiento y el respaldo de la silla, y comenzó a teclear sin complicaciones. No hizo ningún comentario al respecto. Todo lo realizó en silencio como si fuera una universitaria que se instala para estudiar en la biblioteca de su facultad.

Las administrativas de la sala parecían atónitas con todo el proceso.

—¡Mírala! ¿Has visto cómo viene hoy? —decía una de ellas—: erguida, con su pelo perfecto, traje perfecto, ¡y qué zapatos tan bonitos! Increíble. Esta mujer no parece humana.

En muy pocos días, Elena se convirtió en una figura reluciente sobre un cuadro de colores apagados y difusos.

En su trabajo parecía incansable. No apartaba la mirada de su ordenador más de cinco segundos. Si se levantaba, era para realizar algún trámite o buscar un expediente por ella misma. Jamás se paraba a charlar más de cinco minutos de algún tema ajeno al trabajo, ni siquiera en las reuniones, y todo lo realizaba con una actitud que emanaba seguridad y decisión. ¿Quién era capaz de trabajar así, sin tregua alguna, sin mostrar algún signo de cansancio?

En el comedor del edificio siempre se sentaba sola, mejor dicho, acompañada de su móvil, al cual hablaba o tecleaba a la velocidad propia de una adolescente; sin embargo, poco a poco se veía rodeada de compañía masculina. Era evidente que competían unos con otros para captar su atención. La actitud de algunos me parecía patética.

Cuando yo acudía a comer, siempre me sentaba en una mesa algo alejada del centro

de la sala. En esos momentos de descanso, prefería estar solo para darme cuenta de lo que comía y no hacerlo de manera automática mientras los compañeros me embotaban la cabeza con sus comentarios. Sin embargo, debo reconocer que mi atención se desviaba una y otra vez hacia el espectáculo que contemplaba en torno a Elena, y admito que a veces me resultaba tan entretenido que conseguía que la presencia de Valentina en mi interior se diluyese, aunque solo fuera unos instantes.

En la mesa de al lado, de espaldas a mí, se sentaba siempre un grupo de compañeras, sobre todo administrativas y becarias, a través de las cuales, sin moverme un solo centímetro del asiento, me enteraba en primicia de muchas noticias y cotilleos.

Elena se había convertido en uno de sus temas favoritos de conversación. Al parecer, aseguraban que tanto solteros como casados habían hecho apuestas para ver quién se la llevaría primero a la cama.

Entre ellas solían discutir, incluso a veces de manera acalorada, acerca de su aspecto físico. Unas decían que era poco menos que la mujer más guapa del mundo y que tenía un pelo precioso de color chocolate; pero otras parecía que, de haber podido, la hubiesen dejado en cueros y lavado entera, para demostrar que no tenía nada de especial y que su apariencia era tan solo resultado de la ropa y el maquillaje. En otra ocasión, me llamó la atención lo que comentó una de ellas: dijo que hacía poco había estado en Roma y que el porte de Elena, a pesar de estar mucho más delgada, le recordaba a la escultura de una sabina que había visto en el Museo Vaticano. A partir de ese momento, la apodaron *la sabina del Vaticano*.

Con el paso de los días, los diferentes intentos de seducción por parte de muchos de mis compañeros habían fracasado con ella. «Intentarlo con *La Gardner* —así la llamaban ellos— es como pretender seducir a una placa de aluminio», decían. Entonces, hicieron correr la voz de que era lesbiana: al parecer, a *la sabina del Vaticano* «no le gustaban los hombres».

Por mi parte, continuaba volcado en mi trabajo, mis viajes y en todo aquello que me había propuesto emprender tras mi ruptura con el mundo de Valentina. Sin embargo, me resultaba curioso que la publicidad boca-oído en el barrio de Malasaña hubiera conseguido que continuaran e incluso aumentasen mis clientes al margen de mi bufete.

Uno de los casos en los que trabajaba en ese momento era de violencia de género, y tenía algunas peculiaridades que lo diferenciaban de otros. Recordé que Elena Astaburuaga había llevado algunos bastante complicados con muy buenos resultados, así que una tarde me decidí a hablar con ella para pedirle consejo. Cuando escuchó todos los pormenores, pareció interesarse mucho y, en varias ocasiones, quedamos en una de mis «cafeterías-bufete» para estudiarlo y compartir opiniones. Comprobé que era muy

perfeccionista a la vez que resolutiva. En muchos momentos me sentía acomplejado e incluso diminuto delante de ella.

Nuestros encuentros eran estrictamente profesionales y jamás hablábamos de nada personal, hasta que una tarde, a punto ya de levantarnos de la mesa para irnos, Elena me dijo:

—¿Sabes una cosa, Enrique? Me he dado cuenta de que tú no tienes el menor interés por mí.

Al ver mi expresión de desconcierto, añadió:

—Me refiero a que no has intentado ligarme como otros compañeros. Y lo cierto es que yo sí que me he insinuado a ti en algunos momentos, pero tú no te has dado ni cuenta, ¿verdad? No. Está claro que no.

—No sé qué decirte, Elena, yo...

Por supuesto que me había dado cuenta, pero no quise entrar en su juego.

—¿Eres gay? —me preguntó a bocajarro.

—No, no soy gay.

—Pues yo tampoco soy lesbiana, como aseguran algunos —dijo mientras se levantaba de la silla.

Se dirigió hacia la puerta delante de mí y sin siquiera mirarme me dijo con cierto desdén:

—Anda, Enrique, te invito a cenar.

En ese momento me adelanté, le abrí la puerta para que pasara ella primero y mientras se la sujetaba, también sin mirarla y con aparente indiferencia, le dije:

—Pues lo siento, Elena, pero no.

—¿Perdona?

—No. No me vas a invitar a cenar. Voy a invitarte yo a ti.

—Bueno, pues entonces pagaremos a medias.

—Bueno, pues entonces tú cenas en tu casa y yo ceno en la mía. Te voy a invitar yo a ti —dije con absoluta tranquilidad y firmeza.

—¡Vaya! ¡Dios mío! —dijo. Entonces agarró su falda por ambos lados, agachó la cabeza, realizó una leve genuflexión y añadió de forma teatral:

—¡Oh, mi señor caballero andante! ¡Aquí tenéis a vuestra humilde y sumisa doncella!

Caminamos dos o tres manzanas hacia una zona donde había varios restaurantes y, no sé por qué arte de magia, acabé parado justo en la puerta del mismo donde estuve con Valentina: el de la primera noche; en aquel donde, tras meter el dedo en el vino, se lo chupó mientras me miraba de manera juguetona; aquel en el que le dije por primera vez que era preciosa; aquel en el que una vez, acabada la cena, se abrazó a mí y me dijo

aquella frase tan suya de que yo era el hombre que ella necesitaba.

A través del cristal observé nuestra mesa vacía con una vela encendida. Entonces se me ocurrió que si cenaba allí con Elena, en el mismo restaurante y en la misma mesa, quizá los recuerdos, las sensaciones que aún tenía a flor de piel, podrían entremezclarse con las nuevas hasta quedar difusas; o que quizá esta cena, superpuesta a aquella otra, podría sepultarla como a una placa tectónica. Sin embargo, enseguida deseché esa idea, porque me parecía injusto utilizar así a Elena. Permanecí ensimismado durante unos momentos, hasta que escuché su voz a mi lado:

—Si no le importa a *mi señor*, he visto un asador al que me gustaría entrar. Esta noche necesito proteínas.

Era cierto. Pedimos un buen trozo de lomo de buey, que compartimos muy a gusto.

Sin embargo, nuestra conversación, que era muy cordial, se veía interrumpida una y otra vez por los clics que procedían del móvil de Elena y los sucesivos *perdona* que decía después de su vertiginoso tecleo. Al menos en dos ocasiones se levantó y salió a la calle para, teléfono en mano, hablar con lo que llamaba «sus chicos», es decir, estudiantes y becarios, de no sé cuántas disposiciones y sentencias.

—Elena, ¿es que nunca dejas de trabajar? ¿Por qué permites que te llamen a estas horas? ¿Cuándo vives? —pero ella se limitó a sonreír como si hubiese dicho algo gracioso, y me contestó:

—Me comporto como una maleducada, perdóname otra vez —y puso su móvil en silencio.

Durante la cena, por muy distinto que fuera el inicio de tema de conversación, siempre desembocábamos en asuntos relacionados con el trabajo. En una de esas veces en las que vislumbraba el mismo derrotero, intenté evitarlo:

—¿Es verdad, como he oído decir a algunas, que siempre llevas ropa de Armani?

—Sí, casi siempre. Es cierto. Me resulta cómodo y práctico. Me gusta ese estilo y no me complico la vida buscando en otra parte; pero a veces también llevo ropa de Versace, sobre todo si me apetece ponerme algo menos tradicional y más divertido.

—¿Y lo de tus zapatos y bolsos?

A mí no me importaba lo más mínimo cómo se vistiera, pero casi era mejor hablar de eso que de los casos que tenía entre manos o de sus experiencias vividas en las distintas empresas en las que había estado.

—Bueno, eso ya es distinto. En eso ya varío más, pero siempre voy a comprarlos a las mismas tiendas. No tengo demasiados porque me parecen bastante caros, pero la verdad es que tampoco tengo tantos caprichos como no sean estos y tener una casa agradable.

—¿Te refieres al dúplex que dicen que has alquilado a cien metros de La Castellana?

—Sí, me gusta ir andando al trabajo. Ni siquiera tengo coche, utilizo el transporte público. ¿Pero cómo sabes tanto? ¿Tanto se comenta de mí?

Hablaba rápido y con soltura. Parecía tan enamorada de su trabajo que pensé que rozaba la adicción, y explicaba sus gustos, opiniones y objetivos en la vida con tanta firmeza, que daba miedo.

Después de dos copas de vino, conseguí que por fin me contara algo más personal:

—...Pues dentro de poco cumpliré treinta y cinco años... Sí, podría decirse que he pasado casi toda mi infancia y mi adolescencia en internados, y como mi padre era diplomático, cuando se desplazaban muy lejos me cambiaban de colegio... No, la verdad es que no me daba tiempo de entablar muchas amistades. Cuando por fin tenía alguna amiga a quien contar mis cosas, al poco nos trasladábamos a otro país... A mis padres apenas les veía, y luego se separaron... Claro, lo pasé muy mal al principio, pero gracias a todo eso aprendí idiomas y a esforzarme por ser buena en todo lo que hacía. Por todo eso no me da miedo cambiar de país, y puedo trabajar donde me apetece... ¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Qué dices? Nada de casarme y mucho menos tener hijos. Los niños son un incordio y a la larga el padre acaba siéndolo mucho más. Pero no me gusta hablar de mí.

A pesar de eso, seguí indagando: ¿tendría esta mujer en la actualidad algún tipo de vida personal? Admito que me intrigaba.

—¿Tienes hermanos? ¿Dónde están ahora tus padres?

—Tengo un hermano que también es abogado y vive en Nueva York. Y mis padres, que ya son mayores, viven aquí en Madrid cada uno en una residencia, las cuales sufrago yo en parte.

Contaba todo esto sonriente, de forma cordial, como de carrerilla, sin un atisbo de repercusión emocional negativa o de victimismo.

Cuando acabamos de cenar le propuse llevarla a otro lugar a tomar una copa, y aceptó.

—Suba por la calle Hortaleza y déjenos en la esquina con Augusto Figueroa —pedí al taxista.

No pareció darse cuenta de adónde la llevaba, porque había vuelto a sacar su móvil. Tras utilizarlo durante algunos minutos, me miró, me sonrió como si acabara de cometer alguna travesura y lo guardó en el bolso.

Después de bajar del coche y caminar unos metros, me detuve junto a las cristalerías de un local. Cuando a través de ellas observó a los clientes que había en su interior, que en este caso eran casi todas mujeres provistas de pelo casi rapado, gargantillas con pinchos,

tatuajes y ropa de cuero negro, se echó a reír.

—¿Pero a dónde me has traído? Tienes mucho sentido del humor. Dicen en el bufete que soy lesbiana y yo te he preguntado hace un rato si eras gay, y ahora me traes a Chueca. No pretenderás que entremos aquí. Es un bar donde solo hay mujeres, y además muy peculiares. No sé cómo tomármelo.

—Bueno, confieso que lo he hecho a propósito —bromeé—. Me gustaría ver cómo se desenvuelve aquí una mujer vestida como tú. ¿No tienes unos vaqueros un poco rotos? ¿No tienes algún *piercing* o algún tatuaje escondido? —pregunté mientras la miraba de arriba a abajo.

—Pues, sí que tengo vaqueros pero también son de Armani y, por supuesto, si estuvieran rotos los tiraría a la basura, y si tuviese algún *piercing* o tatuaje oculto no te lo enseñaría, al menos ahora.

—Pues mira, si no quieres que entremos aquí, me gustaría encontrar —dije mirando a un lado y a otro—, presentarte a una amiga que se llama Mari Gaby. Debe ser por aquí donde tiene su tienda de juguetes eróticos. Es la hija descarriada de una amiga de mi hermana —esto último era cierto.

A partir de ese momento, comenzó a reírse cada vez más con mi especial sentido del humor, con mis ocurrencias, como ella decía.

Paseamos por allí durante un rato sin rumbo fijo y, por fin, fue capaz de hablar de temas distintos del trabajo. No sé muy bien el motivo, pero yo bromeaba sobre cualquier cosa, y ella se reía, como cuando le dije:

—Mira, este bar no sé de qué ambiente será, pero vamos a entrar. La música discotequera de hace cuarenta años es muy agradable. ¿Te acuerdas?

—¡Claro! ¡La bailábamos juntos en las noches neoyorquinas de *Estudio 54!* en los años setenta... antes de nacer.

A pesar de las reticencias de Elena, conseguí que aceptara entrar. Pedimos cada uno un *guisqui*, y apoyados en la barra observamos a la gente.

Touch and go, *Straight to number one*.

Me volví hacia ella. En sus ojos existía aquella mezcla de provocación y misterio del primer día que la vi. De pronto, surgió en mi interior la imagen de una fruta exótica y muy dulce, y me la imaginé degustándola mientras su jugo se desparramaba por mis labios y me empapaba la cara.

—¿Qué te pasa? —sonrió.

—Es que quiero penetrar en tus pensamientos para saber si llevas o no un tatuaje.

—Pues, si sigues mirándome así es posible que lo descubras.

Bee Gees, *You should be dancing*.

—Ven. Vamos a bailar —sabía que iba a negarse.

La agarré del brazo y tiré de él. Solo bromeaba, pero la verdad es que con ella no tenía ningún miedo.

—¿Pero qué hacemos los dos en el centro de la pista? —reía—. ¿Te has creído que eres John Travolta? ¡Anda, suéltame!

—Eres tú quien debe soltarse. En el fondo es solo cuestión de psicomotricidad. ¿Es que tienes miedo al ridículo?

—Pues mira, has dado en el clavo —dijo después de alcanzar de nuevo la barra—. Tengo muchísimo sentido del ridículo. No me gusta bailar.

—Ah, pues tenemos que solucionar eso. Conozco una casa okupa en Lavapiés donde unos amigos míos dan clases de danza africana, y te vendría muy bien para vencer eso.

Permaneció muy seria varios segundos, pero de pronto estalló en tal carcajada que soltó su copa en la barra, y corrió hacia el cuarto de baño. A los pocos minutos regresó y todavía tenía accesos de risa que intentaba contener.

—Oye, no sé por qué has dicho esa tontería de los okupas. No tiene gracia. Te gusta jugar conmigo.

Le aseguré que era cierto, que una amiga me había llevado allí, que me tomé una copa y charlé con un chico de ideas antisistema mientras ella bailaba *reggae*.

—Desde luego, Enrique, nunca me lo habría imaginado. No sé cómo pudiste entrar allí y con tu consumición proporcionar fondos para que continuasen con tal delito de usurpación.

—Pero Elena, ¿por qué eres tan legalista?

Elena me miró perpleja durante dos segundos. Después se echó de nuevo a reír.

Richard Cocciante, *Bella sin alma*... Fabio Concato, *Non smeto di aspettarti*...

Apenas sonó la primera canción su expresión cambió por completo. Parecía incómoda. Cuando comenzó la segunda canción, dijo contundente:

—Quiero irme.

—¿Por qué?

—Es asunto mío.

—Me intrigas. ¿Qué te pasa?

No respondió y se dirigió hacia la puerta.

Salimos de allí con la aparente intención de marcharnos a casa cuando, a través de la puerta de uno de los *pubs*, me pareció escuchar *The thrill is gone*, de B.B. King. Sin pedirle opinión entramos en él. Dejé de bromear. Nos quedamos callados. Ella tan solo me miraba expectante. Yo la miré también.

—¿Te gustan los *blues*? —le pregunté.

—En cuestión de música soy bastante ecléctica, pero no soporto la música romántica, te hace percibir el mundo de manera irreal. Sus canciones suelen hacer referencia a esa primera etapa del enamoramiento en la que te conviertes en un completo subnormal adorando a una determinada persona. Esa situación no trae más que problemas. Aunque al principio pueda ser muy bonito, eso se pasa rápido y entonces ya estás pensando en largarte; o te haces a la idea de que es mejor continuar amarrada a esa persona porque tienes pánico a la soledad, o una hipoteca a medias, por no decir unos hijos. Y esas que hablan de desamor o desengaño —subrayó las dos últimas palabras de manera burlona— solo son quejas y llantos porque les han abandonado. Y por cierto, en esas canciones resulta que ella es una arpía o él un hijo de su madre, y en la vida real es mucho peor.

—Creo que eres muy radical. Hablas como si ya hubieses pasado por todo eso.

—Nunca pasaré por ahí, puedes estar seguro —dijo con gesto serio—. No quiero depender de nadie. En esta vida solo me tengo a mí misma. Es verdad que suena muy radical, pero es cierto. No suelo decir esto, porque algunos me tachan de amargada, pero no es verdad. No estoy amargada, y me gustan mucho los hombres. Otros piensan, como tú, que he salido escaldada de una relación, pero no es así. Yo prefiero otras formas de relacionarme. Bueno, es mejor que me calle. Creo que estoy hablando demasiado y diciendo algunas inconveniencias. Seguro que mañana me arrepentiré de haberme tomado este güisqui —dijo mientras señalaba el vaso que tenía en la mano—. Pero me ratifico en lo dicho.

—Sí, señora letrada.

—Quiero irme —repitió.

Durante el camino hacia su casa, al contrario de lo que solía suceder con otras mujeres, no se quejó de cansancio ni del dolor que solían producirles sus zapatos —ni se los cambió por unos de esparto—, y se mantenía erguida y con la misma actitud que mostraba al llegar cada mañana para iniciar su jornada laboral en el bufete.

En la puerta de su casa le dijo:

—¿Te apetece ver mi dúplex?

En mi cabeza resonó la voz de Valentina: «¿Quieres que te enseñe ahora mi casa?».

—Me gustaría.

Cuando entré en su famoso dúplex, apenas me fijé en cómo era. Me recordó a mi piso: un espacio grande y geométrico.

Señaló un sofá.

—Siéntate —dijo.

Entonces, con cierto gesto de dolor, dio un pequeño puntapié al aire, luego otro, y se deshizo así de sus zapatos. Ya descalza, sacó su móvil del bolso, lo apagó, lo echó sobre

la mesa, se sentó a mi lado con un codo apoyado en el sofá y, provocativa, me miró fijamente a los ojos.

—Me gustaría mucho tener relaciones sexuales contigo —me dijo sin más.

¡Vaya! ¡*La sabina del Vaticano* se entregaba a un caballero andante!

—Elena, quiero que sepas que estoy enamorado de otra mujer —aún me pregunto por qué dije algo así en esos momentos.

—¡Vaya! —ironiza mientras me hace carantoñas—. ¡Qué nobleza la tuya diciéndome esto! Así que tienes novia.

—No, no tengo novia.

La agarré por las caderas, la senté sobre mis rodillas con las piernas abiertas, de cara a mí, y empecé a besuquearla mientras intentaba encontrar la manera de deshacerme de su vestido. Y añadí:

—Te aseguro que esto va a ser lo primero que contaré mañana en la oficina.

—No lo harás. Sé lo que hago. No me acuesto con cualquiera.

Elena pretendía llevar la iniciativa y dominarme, pero yo no estaba dispuesto a consentírselo. Aquello se convirtió en una especie de lucha entre sexos, más bien diría que entre dos personas que están acostumbradas a salirse con la suya. En varias ocasiones me llamó «hijo de puta». Al final, los dos nos dejamos llevar como dos barcos que sueltan amarras y se abandonan a su suerte.

—¿Quieres que te haga esto? —preguntó.

—No lo hagas. Prefiero que sigamos así. Disfruto más mirándote.

Descubrí que era la mujer más sensual con la que había estado. Reaccionaba con intensidad, pero sin histrionismos, a cualquier tipo de caricia, y eso me excita más que cualquier otra cosa.

—¿Quieres que me vaya ahora? —dije cuando aún me dolía el pecho y me costaba respirar.

—Hace mucho tiempo que no paso la noche entera con un hombre. Si quieres, puedes quedarte; pero me gustaría que de vez en cuando me hicieras recordar que hay alguien en mi cama.

No entendí muy bien lo que pretendía decirme con eso.

—Ven —tiré de ella con intención de abrazarla.

—¿Pero qué haces? —se rio algo sorprendida y me rechazó—. Anda, déjame en paz. La verdad es que no tengo mucho sueño, pero es muy tarde y mañana tengo que madrugar.

Se dio la vuelta y se marchó al otro extremo de la cama.

Sonreí y paseé mi dedo por su espalda desnuda.

—Te recuerdo que estoy aquí.

No reaccionaba ni decía nada. Al cabo de unos instantes lo volví a hacer.

—Sigo aquí.

Tampoco reaccionó. Después de repetirlo varias veces, Elena se giró y se acercó.

—Veo que tienes ganas de jugar —dijo. Apoyó un brazo sobre mi cintura y añadió—: Porque estoy bastante despabilada, que si no, te hubiese pegado una patada. ¿Qué te pasa? —sonrió—¿Es que no te has quedado suficientemente satisfecho? ¿Aún eres capaz de más? Pues por mi parte, si te sirve de algo, quizá para alimentar tu ego —dijo de forma teatral—, te diré que ha sido una de las mejores cópulas que he tenido.

—¿Qué has dicho? ¿Has dicho *cópula*?

—Sí, ¿por qué?

—Es que me resulta tan... enciclopédico... Parece el pie de foto de un bicho en un libro de ciencias.

—Bueno, en sentido estricto, se dice *relación sexual*.

—Todavía me parece demasiado científico. Hay muchas formas de llamarlo. ¿Qué te parece...?

Apenas escuchó la consonante efe, se incorporó y me miró contrariada.

—¡Ni se te ocurra decir nada de eso! *Hacer el amor* es un eufemismo ridículo, pero otras expresiones son propias de película pornográfica. Si llegas a decirme algo así, te echo de mi casa.

Parece que hablaba en serio.

—Perdona —dije desconcertado.

Entonces se levantó, abrió su armario y sacó un camisón blanco de seda y encaje que se deslizó sobre su piel desde la cabeza hasta sus rodillas. Volvió a meterse en la cama y apoyó la espalda en el cabecero. Yo también lo hice.

—¿Por qué te vistes?

—No me he vestido.

—¿Por qué te pones esto?

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Sí —lo palpo—. Suave como el terciopelo.

—No te burles. ¿Es que no reconoces la seda?

—Claro que reconozco la seda, pero prefiero verte sin nada.

—No me gusta que me veas desnuda —se ajustó los tirantes que anudaba en el cuello.

—Para eso ya es un poco tarde, ¿no?

—Ahora ya no estamos manteniendo relaciones sexuales. Es otro contexto.

—Sí, sí, claro, ya: nada de palabras soeces, nada de estar desnuda delante del hombre

con el que acabas de... *mantener relaciones sexuales*. Ya.

—Escucha, hoy lo he pasado muy bien contigo. Si no me respetas...

—Por supuesto que te respeto —interrumpí—. Perdona otra vez si te he molestado.

—Supongo que con tu novia disfrutarías mucho más.

—Te puedo asegurar que nunca lo he pasado tan bien. Eres muy femenina. Me ha gustado mucho que en cada momento me hayas expresado todo lo que sentías. Pero... un momento: ¿crees que en esto también hay que ser mejor que nadie? No hace mucho alguien me pidió que colocase la cabeza sobre la mesa y que me dejara llevar por mis instintos. Y lo de mi novia... por si te sirve de algo, nunca llegué a acostarme con ella.

—Me tomas el pelo.

—No, Elena, en absoluto. Pero prefiero no hablar de eso ahora.

—¿Y tú lo consigues? Me refiero a eso que has dicho de *dejar la cabeza sobre la mesa*.

—Creo que muy pocas, poquísimas veces. Siento vértigo si percibo que se me escapa de las manos.

—A mí me pasa lo mismo.

Volvió a levantarse, salió de la habitación y regresó con un vaso de agua que colocó sobre su mesita de noche.

—Oye, Elena —sonríó con ironía—. Eso que has dicho de que esta cópula ha sido de las mejores que has tenido, ahora soy yo al que le gustaría saber en qué lugar de tu lista me colocas. ¿Soy medalla de plata, de bronce? Ni siquiera me he clasificado...

—¡Vaya! ¡Qué vanidoso! Sí. Ahora eres tú quien quiere sacar buena nota. Pues no tengo ninguna lista, pero si lo pienso, la medalla de oro aún la ostenta un adolescente de diecisiete años. Eso fue hace casi veinte.

—¡Veinte años! ¿Cuántos tenías tú? ¡Catorce o quince! Él debe tener más o menos mi edad. ¿Podrías decirme dónde vive? Me gustaría preguntarle algunas cosas.

Me sonrió, cogió el vaso de agua y, tras beber un sorbo, pareció quedarse ensimismada. Al cabo de unos minutos, colocó de nuevo el vaso sobre la mesita y se recostó de cara a mí. Se sujetó la cabeza con una mano.

—Verás, Enrique, a mí no me importan lo más mínimo las opiniones personales que se tengan de mí, pero esta noche tengo curiosidad de saber lo que piensas tú. Da igual que sea algo negativo. Solo te pido que seas sincero.

Tomé un poco de aire y lo solté. Bebí un poco de agua de su vaso y miré hacia el vacío. Juro que lo que dije a continuación no fue algo meditado:

—Bueno, Elena, si eso es lo que quieres... Verás, creo... creo que eres una mujer fascinante y, aunque te pese, mucho más cariñosa y sensible de lo que tú misma te

imaginas. ¿Quieres que siga?

—Sí, por favor —ahora sonreía como si estuviésemos de broma, pero parecía interesada.

—Creo que te aterroriza la posibilidad de que algo imprevisto se te escurra de las manos y que los demás te perciban vulnerable, y también creo que... a menudo te sientes muy sola.

—¡Vaya! —fue lo único que dijo. Parecía sorprendida. Ya no se reía.

Entonces se acomodó de nuevo de espaldas a mí, en el otro extremo de la cama.

—Ahora en serio. Quiero dormir —dijo.

—¡Mi humilde y sumisa doncella! Espero que tengáis dulces sueños.

—Cállate, imbécil —contestó.

Serían cerca de las cuatro de la mañana cuando me desperté. Elena continuaba dormida de espaldas a mí. Me acerqué, la abracé y se despertó. Temí que fuera a gritarme o a darme la patada con la que me había amenazado unas horas antes, pero no lo hizo. Después de que mis manos trepasen por el interior de su camisón, las deslicé por todo su cuerpo. Ella se giró hacia mí y me correspondió. A los pocos minutos, con mirada lasciva, extrajo un preservativo de su mesita de noche, con los dientes rompió su envoltorio y me lo entregó.

Después ya no se fue lejos, porque yo se lo impedí. Cada vez que hacía ademán de marcharse, yo, bromeando, la sujetaba. Finalmente se reacomodó en la cama y cerró los ojos.

No habría pasado ni un minuto cuando se quedó dormida. Yo apenas pude hacerlo con ella adosada a mí.

El despertador sonó a las siete menos cuarto y Elena se despegó de mi cuerpo como si fuera un esparadrapo. Encendió la luz.

—Pero Elena —le dije sobresaltado. Bostecé y me restregué los ojos. Miré el reloj—. ¿Por qué te levantas tan pronto? Tienes el bufete a cien metros. Anoche no dormimos lo suficiente. Te vendría muy bien una hora más.

Y ella contestó con un tono de voz bastante seco:

—Sé lo que hago. Duérmete tú si quieres.

Entonces, descorrió las cortinas y abrió la ventana. A continuación se escondió en el cuarto de baño, y a los pocos minutos salió envuelta en un albornoz blanco. Como se dio cuenta de que la observaba, se lo reajustó con cuidado para que no pudiera verle nada, como si yo fuera un desconocido que pasaba por allí, quizá un funcionario de correos al cual abría su puerta de manera imprevista para recoger un certificado. A continuación

acudió a la cocina, y preparó café y unas tostadas.

Actuaba como si yo no existiera. Ni siquiera me dijo *buenos días*, o *perdona* cuando chocó conmigo. Me sorprendía bastante su actitud tan fría después de lo cordial que había sido el día anterior. La seguí hasta la cocina.

—Si quieres desayunar aquí, puedes hacerlo —me dijo indiferente mientras, apoyada en la encimera, mordisqueaba su tostada.

Yo no pretendía echar otro polvo pero quise ponerla a prueba. Me acerqué y le desabroché el albornoz muy despacio. Ella, sin pronunciar palabra, se limitó a observar mis manos. Deslicé la lengua desde su cuello hasta su pubis. Agachado ante ella no percibí por su parte ni un estremecimiento ni un gemido, tan solo el crujir de su tostada y las migas que me caían sobre los hombros y la cabeza. «Es como intentarlo con una placa de aluminio», recordé que dijeron. Me alcé para mirarla. Supuse que lo único que vería sería una estatua de mármol de ojos inertes, pero no fue así. Sus ojos me parecieron preciosos a pesar de su mirada retadora.

—Por lo que veo —dijo al ver que me sentaba—, parece que hoy no tienes mucha prisa en ir a trabajar. Si quieres quedarte en mi casa esta mañana, de acuerdo, a condición de que me llenes un poco la nevera.

—No es precisamente la nevera lo que me gustaría llenarte.

No reaccionó. Acabó su tostada en silencio, apuró el último sorbo de café, se dirigió a su habitación, cerró la puerta, y la volvió a abrir para entregarme la ropa por una rendija. «Hay un cuarto de baño a tu derecha», dijo. Y se encerró por dentro.

Al cabo de una hora, en la oficina, recibí un SMS de ella:

«Debemos mantener la más estricta confidencialidad con nuestros dos clientes y asegurarnos de que no existe ninguna filtración del contenido de la entrevista de ayer. Me gustaría volver a reunirlos. Si no pones tú la fecha, la pondré yo en cuanto pueda. Un saludo».

«Completamente de acuerdo. Un saludo».

Cenas con baile

Aprendimos a comunicarnos en clave a través del teléfono, o incluso en el pasillo: «¿Piso las diez? Ok. . .». «¿Dúplex nueve? Ok. . .». «¿Cena con baile? Cena no. Solo baile», o «solo cena: sala de baile cerrada por obras».

Una mañana, después de unos seis o siete encuentros, mientras trabajábamos en el bufete, se me ocurrió realizar un experimento con ella: le escribí un SMS. «No hago más que pensar en ti. Te echo de menos». Escuché el clic en su móvil. Lo leyó de inmediato, tal como solía hacer, y tecleó algo. Ahora era en mi móvil donde sonaba el clic: «Mariconadas. No vuelvas a escribirme». Dejé que pasaran unos minutos y volví a escribir: «Te espero en el cuarto de baño del garaje». Contestación de ella: «Voy a bloquearte». Y así lo hizo.

En la oficina se sentaba de espaldas a las enormes paredes de cristal, y yo, de frente, a seis metros de distancia de ella, fui girando mi escritorio un centímetro al día hasta conseguir ponerme de perfil para no poder verla con solo levantar la mirada. Cada vez me costaba más no hacerlo.

Por supuesto, los dos cumplíamos una serie de cláusulas que ella impuso desde el principio: mantendríamos nuestra relación en secreto; solo nos veríamos por las noches, jamás durante el día; tampoco nos citaríamos los fines de semana si no era «muy necesario» y, sobre todo, ningún tipo de compromiso personal. Pensaba: «¡Quiero enamorarme de esta mujer! Con ella todo me resulta fácil. Confiamos el uno en el otro. Todo está claro entre nosotros. Nos entendemos bien. Con ella jamás aparece ese doloroso *flash* que me hace huir». Pero en realidad aparecía otro mucho peor: en ocasiones, cuando con los ojos cerrados la mordisqueaba o la besaba, o cualquier otra cosa que le hiciera, el espíritu de Valentina, como un intruso malintencionado, conseguía interponerse entre nuestros cuerpos con tal fuerza que hacía desaparecer por completo el cuerpo de Elena. Durante unos instantes, era a Valentina a quien hacía esto o aquello, y era Valentina la que jadeaba pegada a mí. En esos momentos el corazón me daba un vuelco y abría los ojos. Al comprobar que era Elena quien estaba allí, me sentía aliviado y la abrazaba aún más fuerte, como si así pudiese impedir que se desvaneciera de nuevo.

Nuestros encuentros se hicieron cada vez más frecuentes. Solíamos vernos de una a tres veces por semana. Yo tenía llave de su dúplex y ella de mi piso, y el primero que llegaba esperaba al otro. Si la cita era en su casa, ella encargaba la cena, y si era en la mía la encargaba yo. Decidimos que dichas cenas fueran más bien frías, porque al principio de

nuestra relación no lo eran y siempre se acababan enfriando. Y es que el clac del cierre de la puerta se había convertido en la anhelada señal que dejaba olvidado en el rellano de la escalera cualquier asunto que no fuera dejar en absoluta libertad nuestros instintos y deseos más profundos. Nuestras embarcaciones ya navegaban sin timón alguno.

Descubrí en ella algo muy peculiar: Algunas veces, mientras *copulábamos* —tal como ella dijo aquella vez—, lloraba. Pero no porque le hiciera daño o se emocionase. Parecía desprender una gran tristeza, un gran pesar entremezclado con el resto de sus sensaciones. «Estás llorando. ¿Qué te pasa?», le preguntaba. Y contestaba siempre: «No, no estoy llorando. No me pasa nada. No es nada. Yo soy así».

También pronunciaba las malditas palabras mágicas que yo tanto odiaba: «No es nada. No me pasa nada». Aquello me ponía furioso, pero me contenía. Admito que en el fondo de mí existía rencor hacia las mujeres que también me habían mentido con ese *no pasa nada*, cuando su lenguaje no verbal las delataba como a unas mentirosas.

Me tenía fascinado con su forma de actuar durante el día, con ese dominio de sí misma, ese no mirarme nunca y tratarme con absoluta indiferencia, que contrastaba cada vez más con el modo de comportarse cuando estábamos a solas durante la noche. Dijo una vez que no le gustaban los romanticismos, pero algunas noches se acurrucaba en mí como si fuera un gusano de seda, o un recién nacido necesitado de calor humano. Correspondía siempre a la más pequeña de mis caricias. Podría decirse que parecía la mujer más enamorada del mundo; sin embargo, todo aquel hechizo se evaporaba cuando se filtraba la luz por la ventana, hasta desaparecer por completo cuando se hacía de día.

A veces expresaba delante de los demás alguna opinión tan contraria a la mía, que rayaba en la aspereza, y todo ello cuando aún no hacía ni tres horas que nos habíamos levantado de la misma cama, y ni doce que la había tenido a mi merced con una entrega cada vez más intensa. Creo que no había un solo centímetro de su piel que no me perteneciera y del que yo no pudiera disponer a mi antojo. Yo sabía todo lo que le gustaba a ella y ella todo lo que me gustaba a mí, y nos lo dábamos.

Decía que utilizaba anticonceptivos —nunca supe de qué tipo—, pero exigía que yo utilizase siempre preservativo para evitar cualquier posible accidente o error.

Aunque ella se hubiese negado entonces a admitirlo, nuestra complicidad era cada vez mayor. Cuando una mujer te gusta tanto, ¿alguien podría decirme qué palabra, qué caricia, qué roce separa lo estrictamente sexual del cariño? ¿Alguien podría decirme hasta dónde debería tan solo deslizar mi dedo? ¿Cuál es la línea divisoria? Porque creo que los dos la habíamos perdido de vista por completo. ¿Era pura cortesía o un simple «agradecimiento» a la eficiencia sexual del otro cuando ella me decía: «Me ha costado mucho encontrarlos,

pero por fin he conseguido el vino y los canapés que tanto te gustan», o cuando yo le decía: «¡Qué casualidad!, porque yo te he traído este postre a ti... pero luego he visto también estas violetas que dijiste que...», y a continuación, sin dejarme terminar la frase, nos abrazábamos y nos besábamos? ¿Era solo sexo sonreírnos de la forma en que lo hacíamos cuando nuestras miradas coincidían fuera de la cama?

Rendijas y grietas

Una noche, el sonido de mi móvil la despertó.

—Enrique, despierta —me zarandeó un poco—. Enrique, puede ser importante.

—Vaya —dije mientras me desperezaba—. No me habían llamado nunca estando contigo. Alguna vez tenía que ser la primera. Lo siento, perdona. Hablaré desde la cocina.

—¡Don Enrique! ¡Don Enrique!

—¿¡Virtuosa!?! ¿Qué ocurre?

—Es que doña Manuela está muy mal, y a Nelly y a mí nos da miedo.

—¡Miedo! ¿Por qué?

—Porque ve a su marido en la habitación, y a sus padres, e intenta levantarse porque dice que tiene que coger el tren.

—Virtuosa, ¡llame al SAMUR!

—Ya he llamado. Y no sé si han cogido bien la dirección, porque me parece que andan despistados, corredera arriba y abajo. ¿Usted no puede venir ahora? Si se la llevan, nosotras no podemos ir con ella. Ni Antonio, ni Carmen. Y Valentina no está disponible.

—¡Disponible! ¿A qué se refiere con eso de que Valentina no está disponible?

Silencio.

—¡Virtuosa! —levanté la voz—. ¿Me oye? ¿Qué le pasa a Valentina? ¿Me oye? ¿Ella está bien? Por favor, Virtuosa, ¿Valentina está bien?

—¿Quién? No. ¿Cómo va a estar bien? Ya se lo he dicho.

—¡No me refiero a doña Manuela! Me refiero a Valentina. ¿Está bien?

Silencio.

—Perdone, pero es que está aquí el SAMUR. Hasta luego. Aquí le esperamos, don Enrique.

—Virtuosa, ¡que le quede claro!: no pienso ir por allí. ¿Me oye bien?

—¡Ah, menos mal! Aquí está Valentina... Bueno, que se va con ella en la ambulancia. Pobre, mañana tiene que abrir la tienda.

—¡Puede hacer lo que le dé la gana! Valentina es una mujer joven. Lo resistirá. Adiós.

Cuando colgué el teléfono, Elena estaba en la cocina y, apoyada en la encimera, me observaba con los brazos cruzados.

Fui hacia ella y la abracé muy fuerte.

—Elena, te necesito muchísimo.

—Sí. Eso parece —contestó.

Al cabo de varios días, sobre la una de la madrugada sentimos hambre. Yo había comprado un bizcocho en una famosa pastelería cercana. Sabía que a ella le gustaba.

—Está riquísimo —dijo mientras regresaba de la cocina con él en una bandeja. Masticaba un trozo que había pellizcado—. Estaría muy bien con chocolate.

Se sentó junto a mí en el sofá y me sirvió un trozo.

—La dulce Elena...

—¿De verdad te parezco dulce?

—Más bien diría *agridulce*. Por las mañanas eres bastante desagradable conmigo, pero por las noches me lo compensas con creces —ironicé.

—Pues, no te confíes demasiado. Espero que no te hagas falsas ilusiones. No quisiera hacerte daño.

—Tranquila. No lo me las hago, en absoluto. Así los daños serán de menor cuantía.

Después de tragar el último trozo de su bizcocho, se puso seria y, tras limpiarse la boca con una servilleta, me miró fijamente y dijo:

—Te recuerdo que, cuando me canse de ti, te dejaré.

—No te preocupes, contaba con ello. Me gusta que seas tan clara y directa. ¿Sueles hacer eso siempre con los hombres con los que te acuestas?

—¿Acaso no lo haces tú con las mujeres, o eres de los que se cuelgan y no son capaces de romper? No. Sé que tú no eres de esos. ¡Eh! ¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Lo haces muchas veces. Es como si te creyeras que estás muy por encima de mí, que tienes todos los ases de la partida y que puedes hacer conmigo lo que te apetezca.

—Bueno, es posible que a veces te mire así, pero sé que ni tengo ases ni puedo hacer lo que quiera. Creo que a lo largo de tu vida te has esforzado tanto en interpretar el papel de mujer autosuficiente e inexpugnable que te lo has acabado creyendo, y puedes hacer cualquier cosa. Pero al menos hay algo que te salva de la ruina más absoluta.

—No sé a lo que te refieres, pero me parece que no va a gustarme mucho. Prefiero no saberlo.

—Me refiero a que, por muy de mármol que quieras ser, yo conozco tus grietas.

—¿Grietas? ¿Se te ha subido este bizcocho a la cabeza?

—Al menos conmigo has aprendido a desconectar. Dejas de trabajar y te comportas como eres de verdad: sensible, cariñosa... humana.

Se echó a reír.

—¿Pero qué dices? ¿Qué te pasa esta noche?

Se levantó del sofá y se marchó a la cocina.

—¿Por qué te vas?

—Quiero guardar el bizcocho para que no se seque —respondió.

A los pocos instantes la observé despacio mientras regresaba de la cocina descalza, con aquellos andares que rozaban la insolencia, envuelta en su bata nueva de encaje y seda blanca, y el pelo suelto aún algo mojado.

Apenas se sentó, sin ningún esfuerzo la acerqué a mí y comencé a besarla muy despacio.

—Entonces —pronuncié al mismo tiempo—, utilizas a los hombres y luego los echas porque tú no te cuelgas de ninguno. Pues a mí te me entregas tanto por las noches que a veces pienso que te vas a escurrir entre mis dedos...

—¡Ja! Se ve que esta noche te ha dado por decir cursilerías —apartó mis manos—. Mira, te diré lo que hago —de nuevo adoptó una actitud seria y altiva—. Soy yo la que elijo a los hombres. Cuando me gusta alguno voy a por él y me lo llevo.

—Cómo si fuera una lavadora o una lechuga —me reí.

—Y no me importa que estén casados. Casi es mejor, porque tienen ataduras y me libro de ellos con más facilidad. ¿Sigo? Vale. Si me gustan, me acuesto con ellos unas cuantas veces, nunca he pasado de cuatro, y luego los dejo. Si estuviera más tiempo, sería peor para ellos, y así yo tampoco me... ¡Voy a por otro trozo de bizcocho! ¡Y no traigas más que no quiero engordar...!

Volvió con el bizcocho y a sentarse en el sofá junto a mí. Me preguntó una tontería. No contesté.

—¡Sigue! —le pedí.

Me pareció que se hacía la despistada.

—¡Sigue!: «Si estuviera más tiempo sería peor para ellos, y así yo tampoco me...». Así tú... ¿qué?

—Así yo... Nada.

—Pues conmigo ya te has acostado muchas veces. Me has usado mucho más que a la media. ¿Cuándo piensas echarme a la basura? ¿O... prefieres que sea yo quien te eche a ti?

—Hazlo si quieres.

—No quiero.

—Lo sé.

Esa misma noche, medio dormida, me abrazó y me dijo:

—Creo que deberíamos dejar de vernos.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

No hubo respuesta.

Al cabo de varias horas, al mismo tiempo que se incrustaba en mí, dijo:

—Recuerda que jamás me enamoraré de ti.

—Por supuesto —respondí.

—Tú tampoco te enamorarás de mí. Tú quieres a otra, ¿vale?

—Vale, haré lo que me digas.

Al día siguiente, se portó conmigo en una reunión del bufete más borde que nunca. A la salida, una compañera se le acercó y me miró. Le dijo algo. Sentí curiosidad y me coloqué junto a ellas, oculto tras una mampara.

—Pero Elena, ¿qué te pasa con Enrique? —se reía—. ¿Por qué eres tan antipática?

—Es que me cae fatal. Lo siento, no le soporto. No me gusta cómo me mira, ni cómo me habla, ni lo que me dice.

—Pero si apenas te mira, y te habla solo lo justo, y no te hace ningún caso. ¡Ah, claro! Es por eso por lo que no le aguantas —y se volvió a reír.

Al poco, le envié un mensaje:

«Hoy he tenido conocimiento de que mi cliente está muy contrariado por la falta de cortesía que percibe en el otro. Me ha insinuado que quiere romper las negociaciones. Yo he insistido en que lo reconsidere. Creo que al final lo hará, pero no estoy muy seguro, así que intentaré que el otro le llame para disculparse. Por supuesto tendrá que ofrecerle muchos más privilegios que al principio».

En cuanto lo leyó Elena, lo único que hizo fue sonreír.

Me dijo una vez que aborrecía las canciones románticas. Así que un día me propuse *estudiar* los efectos que esas canciones podrían tener en ella mientras comenzáramos nuestro baile. Mi plan era el siguiente: Yo le diría de manera superficial que iba a poner un poco de música, y le daría al *play* desde el mando a distancia sin dejar de tocarla y abrazarla. Y así lo hice.

Comenzó a sonar una de las versiones más románticas que encontré de *I put a spell on you*. No habrían pasado ni cuarenta segundos cuando se apartó de mí con brusquedad. Se dirigió hacia el reproductor y lo paró. No suponía que iba a enfadarse tanto.

—¿Se puede saber lo que pretendes? —dijo mientras caminaba de un lado a otro de la habitación y me miraba con dureza—. ¿Te burlas de mí? ¿Por qué me haces esto? Sabes de sobra que odio este tipo de música. ¿O es que ahora la necesitas tú para poder estar conmigo? Creo que deberíamos romper ya de una vez.

—Elena, no quiero que rompamos nuestra relación, en absoluto. No pretendía molestarte. Pensé que quizá a ti te gustaría —por supuesto, mentía—. No pienso irme —era cierto.

—¿Qué te pasa? —dijo—. Todo iba bien entre nosotros. Nuestra relación era perfecta —ahora parecía que su ira se mezclaba con tristeza, incluso pensé que iba a llorar. No lo hizo—. No creo que... —prosiguió—. No, no lo creo, pero... ¿esto no será una maniobra estúpida para conseguir que me enamore de ti y así alimentar tu ego? Ya te dije que nunca voy a enamorarme de nadie y no voy a hacerlo ahora.

Mientras tanto yo, acomodado en una de las butacas de su dormitorio, la observaba como el que contempla un espectáculo. Puede parecer cruel y desalmado, pero en ese momento era mi *rata en el laberinto*. No era invulnerable a los efectos de la música romántica, y por eso evitaba todo aquello que pudiera convertirla en más sensible.

Mi hipótesis quedaba confirmada de nuevo: era una obsesa del control, pero sobre todo de sí misma. Me pregunté una vez más por qué era así, por qué le horrorizaba tanto «dejar en libertad sus sentimientos» y necesitaba siempre protegerse. Y me preguntaba a mí mismo qué extraña fuerza me impulsaba a querer jugar con ella y explorar su interior de esa manera.

Una punzada en las entrañas me hizo tambalear. Me sentí mareado, con sudor frío y con ganas de vomitar. Corrí al cuarto de baño y lo hice: vomité.

Cuando salí de allí le pedí perdón, una, y otra, y otra vez. Le dije que nuestra relación continuaba clara y que me parecía perfecta tal como estaba, tal como ella había querido, tal como yo quería que fuera. No quise decirle: «Elena, tú y yo somos iguales. Los dos necesitamos mantenernos a salvo. ¿Qué nos ha hecho la vida? ¿Por qué somos tan cobardes?».

Después de aquella noche, Elena estuvo más de una semana sin querer verme, hasta que por fin, un viernes, me envió un mensaje: «¿Puedes venir esta noche?». Le respondí: «Por supuesto que sí. Me apetece muchísimo verte».

Llegué a su casa cargado con varias cajas: ostras, cava, pastelitos... Elena se sorprendió al verme entrar así y se echó a reír. Parecía muy contenta, pero a los pocos instantes adoptó una actitud cortés bastante artificial.

—Muchas gracias por venir. Has sido muy amable.

—¿Qué dices! Me gusta mucho que me hayas llamado.

—Pues no sé qué voy a hacer con tanta comida, porque yo había preparado la cena. Es decir, la he encargado. Es... es una crema de marisco y me gusta tomarla caliente, y después he guardado en el horno para que no se enfríe el...

No dejé que acabara la frase. Le di un beso, pero estaba algo tensa.

—Elena, ¿te pasa algo?

—No, no, nada. Es que tengo hambre y... prefiero cenar ahora.

—De acuerdo, lo que tú quieras.

Sentados a la mesa, se comportaba conmigo como si fuéramos tan solo dos compañeros de trabajo que coincidían en el comedor. Apenas me miraba, se limitaba a hacer comentarios intrascendentes. Pensé que quizá estuviera algo avergonzada por infringir una de sus normas: pedirme que fuera a su casa una noche de fin de semana.

Llené su copa de vino. Ella la observó y se la bebió sin apenas saborearla, como si se tratase de una medicina. Fue a servirse otra ella misma, pero yo se la quité de las manos, me levanté, tiré de su brazo para que se levantase también, y la abracé.

—Elena, no sé lo que te pasa. Cualquiera diría que estás intentando decirme que te has cansado de mí.

—No, no es eso —se apresuró a decir mientras me apartaba—. Es que hoy me siento un poco extraña, tanto que he sido incapaz de salir a alguna parte, incluso no he tenido hambre en todo el día, y...

—Y te sentías sola.

No respondió. Volví a abrazarla. Ella intentaba soltarse de forma sutil, pero yo entonces decía *chiss* y la retenía, y la besaba en la frente con delicadeza, como si fuera una niña que se cobija en brazos de su papá tras llegar a casa deshecha en lágrimas.

Aquella noche transcurrió de manera relajada y sencilla. Charlamos en la cama durante horas, de distintas cosas que nos hacían reír. En algunos momentos parecíamos dos críos en una fiesta de pijamas. Creo que vaciamos al menos dos botellas de cava.

—Elena, dime, ¿qué sueles hacer los fines de semana? —pregunté mientras por fin me introducía entre las sábanas. Apoyé el codo sobre la almohada y me sujeté la cabeza con una mano. Elena me imitó.

—¿De verdad te interesa?

—A veces me acuerdo de ti y me lo pregunto: «¿Qué estará haciendo ahora Elena?».

—Pues mira —prosiguió—, por ejemplo, algunos sábados subo a un tren, o alquilo un coche y salgo de Madrid. Me alojo en algún hotel y visito algunos lugares interesantes. Otras veces me quedo en casa y me levanto tarde, me doy un baño, tomo un buen desayuno, ojeo revistas de muy distintos géneros... Necesito estar al día. No consiento que se me escape nada de lo que sucede. Algunos domingos me paso todo el día durmiendo. No sé por qué me entra tanto sueño, pero cuando me pasa eso los lunes por la mañana me siento nueva.

—¿Y no vas a visitar a tus padres a la residencia?

—Eso lo hago entre semana. Pido cita con algunos miembros del equipo, como médicos, fisioterapeutas... y me entero de su evolución, de sus necesidades, etc. Si puedo voy a verles a los dos el mismo día. Ya te dije que cada uno está en una diferente. Ellos lo

prefirieron así, y yo lo respeté.

—¿Y qué haces allí luego? Les das un beso, les sacas al jardín. . .

Se rio.

—¿Por qué me haces estas preguntas? ¿Es que me quieres acompañar algún día? Pues sí, mira, les doy un beso —se puso seria—. Pero, en realidad. . ., a veces pienso que les da igual que vaya o no. Conmigo nunca fueron demasiado expresivos. Y tal como están ahora, ni siquiera estoy muy segura de que se acuerden de mí. Y no, no les saco al jardín.

—Muchos fines de semana me apetece llamarte y que salgamos a comer o a alguna parte, ¿sabes?

—¡Para, Enrique! Creo que siempre te he dejado muy clara mi actitud hacia ti y no quiero que la olvides. Mira, lo de hoy. . . te he llamado, pero no quisiera que se convirtiera en una costumbre. Yo siempre he estado sola y quiero seguir así. A veces resulta duro, pero aunque a veces duela —continuó—, es mejor pagar ese tributo. Si te haces dependiente de alguien le cedes poder sobre ti. Si no lo haces, ese poder siempre va a ser tuyo.

No fui capaz de responder. Me giré hacia ella y la abracé. Ella se acomodó entre mis brazos y cerró los ojos para quedarse dormida. Entonces pensé que hacía muchísimo tiempo ya que no huía al otro extremo de la cama, que dormirse en esa posición se había convertido en una costumbre, y que su comportamiento, una vez más, contradecía sus palabras.

Al cabo de varias horas me desperté. Intentaba encontrar la postura adecuada para relajarme, pero me resultaba imposible. Cuando parecía que iba a conseguirlo, aparecía una maldita frase en mi cabeza y al cabo de varios minutos otra, y entonces el corazón se me aceleraba. Algunas procedían de Elena y otras de Valentina. Aunque todas eran distintas, en mi interior solo evocaban abandono y muerte. «¿Por qué, por qué, por qué?», me preguntaba. Mi intranquilidad consiguió despertarla.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—No lo sé. Acércate a mí, por favor. Necesito volver a abrazarte.

Por fin conseguí dormirme, pero al cabo de un rato me desperté sobresaltado. Pero esta vez el responsable había sido Santos. Él también había estado inquieto en el bufete los últimos días. Le había visto con mucha frecuencia rondar por los despachos de algunos jefes. Siempre entraba con una sonrisa, y salía con gesto contrariado.

Por supuesto pasé despierto el resto de la noche.

Cuando se hizo de día, se me ocurrió que quizá fuera buena idea ir a comprar un poco de chocolate con churros para desayunar. No sabía si a ella le gustarían, pero el caso es que fui a por ellos, los traje y los dejé en la cocina.

Al cabo de un rato, Elena se despertó. Salió de la habitación con pasos titubeantes, el

pelo revuelto y con una mano en la frente.

—Creo que al final he dormido demasiado. Estoy mareada. ¿Qué hora es? ¿Qué haces aquí todavía? Y... ¿a qué huele?

La cogí del brazo y la conduje despacio a la cocina.

—¿Qué es esto? —reía—. Si yo solo quiero café.

—También he preparado café.

Nos sentamos en la mesa de la cocina.

—Ah, por cierto, ¿qué te pasaba anoche? —preguntó de manera desenfadada.

No esperó mi respuesta. Se levantó, se sirvió un café solo, fue a por sus habituales tostadas y se volvió a sentar.

—Ah, no. Hoy no —se las quité de las manos y las coloqué sobre la encimera. Después, mojé un churro con chocolate y se lo acerqué a la boca.

—¡Muerde!

—No quiero.

—¡Que muerdas!

Mordió.

Volví a mojar y le di otro trozo, y otro, y otro. Se reía a carcajadas.

De pronto me miró muy seria, me pidió que me marchara, y me dijo que no comprendía el motivo por el que aún permanecía allí.

Pero yo quería jugar.

La cogí del brazo, la llevé a la habitación, la eché sobre la cama y comencé a chuparle todo el chocolate que tenía en la boca. Ella se resistió.

—¿Pero qué te pasa? De verdad, Enrique, no quiero enfadarme así contigo, pero es hora de que te vayas, por favor.

—¿Por qué quieres echarme? Yo había pensado que pasásemos el día los dos juntos. Por ejemplo, podríamos ir a comer fuera de Madrid y quedarnos a dormir esta noche en algún hotel. O incluso... ¡Mira! ¡Vamos a coger el primer vuelo que salga para París y volvemos mañana por la noche!

Entonces se dirigió hacia donde estaba mi ropa, la agarró sin cuidado alguno y me la entregó.

—¡Toma! ¡Vístete y vete!

—¿Por qué te enfadas? —le pregunté mientras empezaba a ponerme los pantalones—. ¿Es que le tienes manía a París? ¿Te trae malos recuerdos de... un novio quizá? —bromeaba—. Iremos a Londres, ¿o qué te parece Roma?

—Bueno —dijo con un sospechoso cambio de actitud—. La verdad es que si te quedases hoy podríamos ir a ver una obra de teatro.

—¡Vaya! No sería mala idea. ¿Hay alguna que quieras ver?

—Sí, la hay. Es *Llama un inspector*.

—La conozco. Es de J.B. Priestley. Me gustaría mucho verla.

—Muy bien, entonces voy a sacar las entradas por internet. Voy a buscar... A ver, a ver... Aquí está, Teatro Lara... Corredera Baja de San Pablo...

«No. No. ¡No!»

Elena me miraba de reojo mientras simulaba comprar las entradas de un modo natural y desenfadado. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué podría saber ella de mi *zona cero*, de mi Valentina? ¿Acababa de decir *mi*? ¿Cómo me odiaba a mí mismo!

—Bueno, la verdad es que yo —dije con una actitud ridícula, como el niño que da una excusa imbécil por no haber entregado sus deberes— acabo de acordarme de que esta tarde tengo que repasar unos expedientes de...

—Sí, claro, me acuerdo. Me lo dijiste anoche mientras *me jodías* —subrayó enfadada.

Agarró mi chaqueta con gesto de indignación, la dobló de mala manera como si fuera una pelota, a pesar de conocer de sobra lo cuidadoso que yo era con mi ropa, y me la echó. Después me empujó hasta la puerta de la calle y la abrió. Yo la volví a cerrar, y ella volvió a abrirla.

—¡Fuera! —dijo.

—No entiendo nada.

—¡Fuera! —repitió.

—¿Por qué?

—¿Tienes en tu casa seguro contra incendios?

—¿Qué? —estaba perplejo.

—Sí, ¿verdad? Me lo dejaste muy claro la primera noche. Yo no tengo ningún tipo de seguro. ¡Fuera! —y me empujó hasta el rellano de la escalera. Dio un portazo.

—Elena —dije en voz baja con la boca pegada a la puerta—. ¿Estás ahí? —intuía que ella estaría en ese momento con la espalda apoyada en ella—. Por favor...

—Sí. Estoy aquí. Pero tú estás fuera. ¡Vete!

Pasaron varios días e intenté concertar otra cita:

«Hola, Elena. ¿Dúplex a las ocho?». «No».

«Hola, Elena. Hace más de diez días que no nos vemos. Me muero por una cena con baile». «No».

«¿Pero en qué recóndito lugar del bosque se esconde mi doncella? ¡Vive Dios que la encontraré!». «No».

«El tiempo pasa y nadie me da cuenta de su paradero. ¡Ay de mí! ¡Ah, desolación! Porque tengo preparados para ella toda clase de festejos y agasajos. ¡Y desenvainaré mi espada cuantas veces sea necesario para que no vuelva a huir de mi lado!». «De acuerdo, te veré esta noche, aunque solo sea para que no sigas haciendo el ridículo conmigo con tus mariconadas».

Aquella noche la pasé con ella.

Los cabellos de la doncella

Al día siguiente, cuando me desperté, tenía algunos mechones de su pelo sobre mi cara y me hacían cosquillas. De espaldas a mí, escuchaba su respiración profunda y pausada. No quise molestarla e intenté liberarme de su pelo poco a poco, pero la tarea resultó algo complicada, porque siempre había algunos cabellos que se enredaban entre mis dedos. Como así era imposible que pudiera volver a dormirme, me incorporé, y con las dos manos agarré toda su cabellera, la coloqué por arriba de su cabeza y quedaron al descubierto su espalda y su nuca. Me acerque despacio, y con suavidad las besé. Su respiración se volvió más superficial. Escuché un susurro: «¿Cómo no voy a quererte?», pero a los pocos segundos me pareció que volvía a estar profundamente dormida.

Por la mañana, mientras desayunábamos, como era habitual en ella, adoptó su conocida actitud indiferente; pero yo la miraba de una forma distinta, porque en mi cabeza se repetía una y otra vez aquella frase que ella había dicho hacía pocas horas: «¿Cómo no voy a quererte?».

Mientras nos vestíamos, se lo dije.

—¿Qué? Yo no he dicho nada de eso. Imposible. Lo habrás soñado — dijo mientras se subía las bragas sin quitarse el albornoz.

—¡Sí que lo has dicho! —insistí una y otra vez, a la vez que perseguía sus andanzas por la habitación: apertura y cierre del armario, colgar el albornoz en el cuarto de baño, ponerse el sujetador de espaldas a mí, abrocharse los botones de la blusa, subirse la cremallera de la falda...

Ella lo negó una y otra vez, hasta que por fin se me acerca con aparente condescendencia, me pone la mano en la frente y me dice:

—Estás algo caliente. Esta noche debes de haber tenido fiebre. No te preocupes, a veces se delira un poco... ¿Quieres un paracetamol?

Le retiré la mano y besé el dorso de sus dedos.

—¿Pero qué haces? ¡Déjame en paz de una vez! ¿Y todo esto es por mi pelo?

Entonces fue al salón, cogió una revista que más bien parecía el tomo de una enciclopedia, se sentó en la mesa de la cocina y señaló una de sus páginas:

—Mira. Hace días que dudo si cortarme o no el pelo, pero ahora, después de todo esto, creo que lo haré. ¿Qué te parece este estilo? —señaló una de las fotos—. ¿A que esta chica está guapísima con este peinado?

—¿¡Qué!?! —dije al borde de la cólera—. ¡Ni se te ocurra!

—¿Por qué no te gusta? —preguntó con voz serena—. ¿No ves lo guapa que está? Creo que a mí me quedaría bien.

—Elena —interrumpí. Le arranqué la revista de las manos—, la modelo es guapa, y tú también lo eres. Mucho más que ella. ¿Pero no ves que esta chica lleva el pelo tan corto que parece que la han castrado?

—Bueno —dijo con mal fingida ingenuidad—, creo que hoy tengo un hueco en mi agenda y aprovecharé para ir a la peluquería. Me vendrá bien un cambio de imagen y, además, así mi pelo largo no te molestará por las noches, y dormirás mejor, y no oirás palabras que no se han dicho, y...

—Vale. No lo has dicho, es verdad, creo que lo he soñado. Pero, por favor, no te cortes el pelo —se lo peiné con mis dedos—. Prefiero dormir todas las noches enredado entre tus cabellos como si fueras una medusa. Elena, ¡mírame! ¡No lo hagas! ¿De acuerdo?

—Claro, supongo que ya no sería tan femenina para ti, ¿no? Supongo que entonces me dejarías. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que nos une? Nuestras relaciones sexuales ya no tendrían para ti ninguna razón de ser....

Se dirigió a la habitación. La alcancé y tiré de su brazo.

—Elena, aunque tú no quieras reconocerlo, sabes de sobra que lo que nos une ya no son solo nuestras relaciones sexuales, y por supuesto, pase lo que pase, para mí seguirías estando intacta.

Creo que estuvo a punto de llorar, pero ya era de día, y había salido el sol. Miró hacia la ventana y se quedó absorta, como si se hubiera dado cuenta de que la Elena de nuestras noches debía desaparecer, y que, como cada mañana, debía volver a recuperar su consistencia de mármol hasta que oscureciera.

—Bueno, vale, no te pongas cursi —dijo al fin—. Sí, creo que esta noche has tenido fiebre. Y tranquilo, no me cortaré el pelo. He decidido hacerte caso, sin que sirva de precedente.

Aquella mañana, al poco de llegar al bufete, se marchó. Ni siquiera regresó a la hora de comer. «¿Dónde estará? —me preguntaba—. Espero que no haya ido a cortarse el pelo para ponerme a prueba. Creo que ella me quiere. Anoche me lo dijo en un momento de debilidad, así que no habrá ido a la peluquería».

A última hora de la tarde, Elena regresó al bufete. No vi pelo alguno más abajo de sus orejas. En aquel momento, yo estaba de pie, hablando con un compañero. No lo pude evitar, lo dejé con la palabra en la boca y me dirigí hacia ella. ¿Dónde estaba su pelo? ¿Qué le había hecho? Ella, al ver cómo me acercaba, se levantó y se volvió de espaldas. Llevaba una especie de moño, de esos que a veces llevan las mujeres en las fiestas. Se giró hacia mí y me miró de la manera penetrante y misteriosa de algunas veces. Entonces

dirigió su mano derecha hacia detrás de su cabeza, y no sé lo que hizo, que a los pocos segundos su pelo largo se desplomó intacto sobre sus hombros.

Sin pronunciar palabra, volví a mi mesa.

Más tarde, alguien entró por la puerta y se dirigió con paso firme a la suya para entregarle un ramo de rosas blancas. Había insistido en que tuvieran el aroma de las de antes, las de un jardín antiguo, y en que fueran solo blancas, como su ropa interior. Ella las recibió algo sorprendida, a pesar de que no era la primera vez que alguien le enviaba flores al bufete. Una compañera se acercó. «¡Qué bonitas y qué bien huelen!», dijo, y le proporcionó un recipiente de cristal que tenía en la repisa de su ventana y que al poco llenaron de agua. Escuché cómo Elena decía: «Pues no sé, no tengo ni idea». Y en ese momento, descubrió una tarjeta envuelta en una cinta. Se sentó y la leyó. Entonces apoyó los codos en la mesa y se sujetó la cabeza con las manos. Durante unos instantes, permaneció quieta, con sus ojos fijos en ella, concentrada como si estuviera leyendo una complicada sentencia de varias páginas. Después me miró. A los dos segundos guardó la tarjeta en el bolso, se levantó y se dirigió a los ascensores. Estuvo fuera cerca de dos horas. Cuando volvió vi cómo tecleaba su teléfono. Sonó un clic en el mío:

«Muchas gracias», decía.

«Te veo esta noche», escribí.

Respuesta: «Prefiero dejarlo para otro día. Gracias de nuevo».

La tarjeta decía «Te quiero».

Dije lo que sentía.

Silencio

Hacía casi dos meses que no había estado con Elena, porque de nuevo anulaba nuestras citas con distintas excusas.

La última noche que estuvimos juntos la vi dispersa, desmotivada y apenas hablaba. Le pregunté: «¿Qué te pasa?». Y contestó: «Nada».

Por fin un día recibí uno de sus mensajes en clave:

«Mi cliente me ha comunicado que quiere disolver la sociedad y que su decisión es irrevocable. Yo, personalmente, creo que es lo mejor para ambos. Un saludo».

Mi respuesta:

«Comunicada su decisión a mi cliente, insiste en que no desea disolverla bajo ningún concepto. Lo considera poco conveniente e incluso perjudicial para ambos; no obstante, si dicha decisión de la otra parte es firme, la acatará y respetará a pesar de que, como he dicho, no la comparto en absoluto. Un saludo».

No contestó.

Y yo insistía con mensajes de todo tipo, incluso con llamadas telefónicas.

Silencio.

Durante aquellos meses, tan solo la había visto por el bufete de lejos y en contadísimas ocasiones, porque se había trasladado por un tiempo a otra planta del edificio para formar parte del equipo de abogados que llevaban un caso complicado y bastante comprometido. Y después ni siquiera eso. Nada. Parecía que Elena no existía.

Por fin un día, cuando acudí a comer a la cafetería, la vi sentada en su mesa de siempre. Pensé acercarme y preguntarle de manera abierta qué pasaba, si por fin se había cansado y si se deshacía de mí como si fuera un desperdicio. Pero tenía miedo de que, si infringía aquella norma de nuestra confidencialidad, destruyese la última esperanza de volver con ella.

Como siempre, se sentaba sola y tecleaba su móvil como si nada, pero sus compañías masculinas brillaban por su ausencia. Pensé que era debido a que seguiría corriendo el rumor de que era lesbiana. Pero una mañana, oí decir a las compañeras de la mesa de al lado que parecía que el cargo le quedaba grande y que en realidad no era tan buena profesional como creían.

Esa misma tarde acudí a la planta en la que trabajaba y, a propósito, choqué con ella en el pasillo. Le miré la cara. «Perdón», le dije. Ni siquiera contestó, pero en los pocos segundos que pude verla me sorprendieron sus dos grandes ojeras.

Esa misma noche acudí a su casa.

Aunque ambos conservábamos la llave de nuestros respectivos pisos, no quise entrar y la esperé sentado durante más de una hora en el escalón más próximo a su puerta. Por fin apareció.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sobresaltada— Ya te he dicho que no quiero verte.

—Solo quiero hablar contigo. Solo hablar, sin más. Déjame entrar.

Cuando encendió la luz de su dúplex, la encontré demacrada y más delgada. Se lo dije, e intentó justificarlo: que no se había maquillado, que se había puesto a dieta...

—Tonterías. ¡Ahora vamos a sentarnos y quiero que me mires! ¿Qué te está pasando? —remarqué cada sílaba.

No se sentó. En lugar de eso, me miró a los ojos durante varios segundos, empalideció aún más y se echó en mis brazos. Tuve que sujetarla con fuerza porque estuvo a punto de desmayarse. La acomodé despacio en el sofá, la zarandeé un poco y le abofeteé la mejilla con cuidado mientras la llamaba angustiado. Por fin, abrió los ojos. Fui a la cocina a por un vaso de agua. Intenté que bebiera un poco. Dio unos sorbos y con el resto le mojé un poco la cara y el cuello. Después la cogí en brazos y la llevé a su cama. Me recosté a su lado. Y ella se acurrucó en mi regazo.

—Vamos, tranquila, tranquila. Estoy aquí contigo. Sea lo que sea que te pase, te juro que lo arreglaremos —permanecemos así durante unos instantes—. ¿Es que no sabes que la obligación de un caballero andante es proteger a su doncella? —me sonrió con un gesto agrisado—. Siempre has dicho que confiabas en mí. ¿Por qué quieres romper nuestra relación? Tú lo dijiste un día: era perfecta. Elena, por favor...

Se separó de mí e intentó incorporarse para apoyar la espalda sobre el cabecero de la cama. Me levanté, le coloqué detrás dos cojines para que estuviera más cómoda, me senté a su lado y, por fin, comenzó a hablar:

—En realidad, Enrique, no sé lo que me pasa —dijo mientras se frotaba los brazos como si tuviera frío—. No consigo concentrarme en mi trabajo y he cometido algunos errores que a veces son imperdonables. Se me pierden algunos documentos importantes. Los busco y no aparecen, y después los encuentro en el lugar donde juraría que los había dejado antes. En las reuniones me cuesta prestar atención, y se han dado cuenta. Creo también que han dejado en parte de confiar en mí y apenas consideran mis opiniones... He llegado a pensar si no estaré *demenciándome*, como le ocurrió a mi madre. Intento trabajar más que antes. Estoy muy cansada. Fui al médico y me pidió unos análisis. Están perfectos. Cree que se trata solo de estrés.

—¿Y por qué romper conmigo? Deberías habérmelo contado. Estamos juntos en esto —intentaba razonarle.

Se levantó despacio de la cama y se dirigió de nuevo al sofá. La ayudé. Una vez sentada en él, me miró. Intentaba hablar pero desistía.

Por fin, con voz algo trémula, me dijo:

—Enrique, yo... Hacía bastante tiempo que en el trabajo me costaba concentrarme. Pensé que se trataba de que quizá nuestros encuentros tan frecuentes, tan... intensos, y la falta de horas de sueño, me estuvieran afectando, no sé, como si se estuvieran convirtiendo para mí en una... costumbre cada vez más arraigada, y sabes que eso es lo último que quiero. Durante el día me costaba cada vez más no mirarte, aparentar que no me importabas nada. Fui yo la que quiso asociarse con Solís, para estar en la primera planta y no verte. Pensé que llevar con él un caso tan importante como el de los Paniagua ocuparía toda mi atención. Al principio todo iba muy bien, pero luego mi ordenador comenzó a fallar. Pedí que me lo cambiaran de inmediato, y aun así confundía algunos datos, fechas... Me sentía avergonzada. Tú siempre dijiste que me admirabas por muchas cosas. No sé, tenía miedo de que fueras tú el que se desengañara, el que me dejara. Jamás me ha abandonado ningún hombre si no ha sido por una razón... vital. Y si tú llegabas a hacerlo, yo... —giró la cabeza hacia otro lado como si fuera la más íntima confesión que había hecho nunca.

—No, Elena. Nunca se me ocurriría abandonarte. Escucha, quiero que me cuentes una cosa: ¿qué papel desempeña Santos aquí?

—¿Qué? ¿Santos? Ninguno —contestó sorprendida—. ¿Por qué lo preguntas? No sé a qué te refieres. ¿Qué quieres decir?

Me levanté del sofá y permanecí de pie, inmóvil. Me temía lo peor.

—Enrique, me estás asustando. Di algo, por favor. ¿Qué pasa?

—Te diré en voz alta lo que estoy pensando. He oído que Santos también quiso asociarse con Solís y que este le rechazó. Aun así, se mudó a la misma planta que tú y trabaja como si fuera un becario. Eso no me cuadra.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —me miraba atenta.

—Te conozco muy bien —dije mientras, inquieto, daba unos pasos de un lado a otro — y sé que tú ni pierdes documentos ni tienes despistes. Seguro que piensas que no tiene sentido, pero creo que Santos mantiene ese puesto de menor nivel porque quiere estar cerca de ti para vigilarte. Nunca va a perdonarte que sigas muy por encima de él. Si tú te marcharas sería mucho mejor. Sí —continuó—. Solo de esa forma conseguiría su propósito de escalar más puestos. Tú te has convertido en una especie de dique de contención para él. Estoy seguro de que, de alguna manera, maniobra para ocultarte información, alterar datos, todo para ponerte en evidencia y desacreditarte. Además... es posible que contacte contigo uno de estos días. Será muy amable, querrá convertirse en

una especie de ángel de la guarda para ti. Es posible que incluso te eche los tejos, si no lo ha hecho ya. Si consiguiera acostarse contigo, créeme, al día siguiente haría correr la voz en el bufete y lo contaría todo a su manera. Es posible que incluso aportase alguna prueba de ello.

Elena parecía sorprendida y desconcertada por mis palabras. Me dijo que estaba paranoico, y me preguntó el motivo de mi animadversión hacia él.

—¡Elena, mírame! —dije tras sentarme a su lado, sujetarla de los brazos y girarla hacia mí—. Conozco muy bien a Santos, y si hasta ahora no se ha acercado a ti es porque habrá variado su táctica. Tú has estado en muchos bufetes. ¿Nunca has visto a una víctima de acoso laboral?

—¡Pero en este caso no es así! Mira, Enrique, todo esto que dices me parece absurdo. Yo no veo acoso por ninguna parte. Soy yo quien hace las cosas mal. No lo soporto. Tengo la boca seca.

Mientras iba a la cocina a por otro vaso de agua, me di cuenta de que era muy difícil que comprendiera en esos momentos lo que sucedía. No le dije nada más, pero sé que era muy posible que cometiera errores, y lo haría cada vez más, y ya no solo por el acoso en sí, sino por las consecuencias físicas y psicológicas que provocaban en ella. Decidí cambiar de estrategia:

—Oye, Elena, ¿te acuerdas de ese entrecot que pedimos el día de nuestra primera cita? Mira, aún es pronto —dije mientras comprobaba la hora en su reloj de pulsera—. Vamos a cenar los dos. Venga, te invito como aquella vez.

—No puedo, Enrique. No tengo hambre. Y si como a la fuerza, vomito.

—¿Y cuántas horas duermes? —parecía que se sintió algo molesta con mi pregunta.

—Por favor, Enrique, déjame en paz. Pareces una madre.

Se levantó, se dirigió a su cuarto y empezó a desnudarse.

—Acércame el camisón que está debajo de la almohada, por favor —me pidió cuando se quitaba las medias.

—Mira, Elena —se lo entregué—. Voy a quedarme esta noche contigo, esta y todas las noches, y si te niegas me da igual, lo haré de todas formas. Tengo un viaje dentro de un mes, pero seguiré contigo cuando vuelva. No me malinterpretes. No es porque quiera volver a tener relaciones sexuales, no las habrá a no ser que tú me lo pidas. Sabes que te quiero mucho, Elena.

—Enrique, no sé si creerte o echarte de aquí de una vez por todas.

Pasó la noche muy inquieta. Dormía unos minutos y se despertaba sobresaltada. Entonces se abrazaba a mí como si fuera una niña en busca de amparo y cobijo. Admito que tuve que controlarme para no empezar a tocarla demasiado. Aparecían en mi memoria

escenas de los dos, y tuve que levantarme varias veces para dar paseos por el dúplex. Por fin, decidí acostarme en el sofá, pero cuando acababa de quedarme dormido, ella me llamó para que volviera a la cama, como si tuviese miedo.

Me prometí a mí mismo desmontar aquel complot. Su trabajo siempre había sido su principal soporte. Sin él quedaría destruida.

El despertador sonó implacable a las cinco y media de la mañana. Se levantó de un salto y se tambaleó. Corrí a sujetarla para que no se desplomase.

—¿Estás loca? ¿Por qué te levantas tan temprano? Debes comer y dormir lo suficiente. Si no lo haces te sentirás cada vez peor.

Intenté justificarlo diciendo que debía ir a la oficina porque tenía que resolver algunos asuntos pendientes antes de la reunión del día siguiente. Me puse a pensar.

—Vamos a hacer una cosa: si quieres irte ahora, de acuerdo, pero esta tarde nos veremos a las seis en la tienda de Armani, o de Versace, o en la que sea, me da igual. Quiero que te compres un vestido. Después iremos a por un bolso y unos zapatos nuevos. Mañana irás con todo esto puesto a la reunión. Quiero que estés muy guapa. Acudirás erguida y hablarás con voz clara y contundente. No quiero que te vean triste, o insegura. Quiero que te metas en la cabeza que tú no has fallado en nada y que intentan desprestigiarte manipulando tu información. Lo he visto hacer otras veces. Tú eres buena, muy buena. Eres una profesional con quien nadie puede competir y por eso quieren destruirte. No van a conseguirlo. Después de las compras, iremos al médico. Quiero que te receten algo para dormir. Conseguiremos unos batidos de esos de vitaminas y te los tomarás. Lo demás corre de mi cuenta. Tú solo tienes que hacer lo que yo te diga.

—Creo que estás loco. Todo eso que me dices no creo que pueda hacerlo. No tengo fuerzas.

Le preparé un café con leche, y unas tostadas con tomate, aceite y un poco de jamón que encontré en la cocina. Me senté a su lado y con mucha paciencia conseguí que se comiera la mitad.

—Voy a vomitar.

—No vas a hacerlo. Respira un poco y seguimos.

—Otra vez pareces una madre. Si salgo de esta y volvemos a tener relaciones sexuales, me va a parecer que cometo incesto —fue capaz de bromear.

Después del desayuno parecía algo más animada. Podría decirse que la tuve que obligar a maquillarse. No podía creerlo. Cuando salió de casa estaba guapísima.

Aquella mañana en la oficina, con distintos pretextos —alguno bastante forzado—, me trasladé a su planta para observarla de lejos. Como siempre, intentamos fingir indiferencia, pero nos miramos más que de costumbre. Me había propuesto vigilarlo todo:

lo que hacía, con quién hablaba, quién se acercaba a su mesa y cualquier detalle que, aunque en apariencia insignificante, pudiera resultar importante. Observé en su rostro cierta perplejidad cuando comprobaba algunos datos en su ordenador. Se levantaba a menudo, cogía el ascensor y regresaba con algún *pendrive* o con algunos documentos que colocaba sobre la mesa, y parecía estudiarlos con atención.

Santos pasó cerca de ella en varias ocasiones, y, aunque estaba claro que intentaba disimular, la miraba una y otra vez sin abordarla, hasta que en un momento dado acercó a ella una silla y se sentó a su lado. Le puso la mano en el hombro y la miró con condescendencia. Pronunció algunas frases. Ella asentía con la cabeza y leí un *gracias* en sus labios. Apenas se marchó, Elena tecleó su móvil. Un clic sonó en el mío. «Tengo que contarte algo —decía—. No sé si me has contagiado tu paranoia, pero creo que podrías tener razón».

A pesar de que decía que no tenía hambre, a mediodía bajó al comedor. Yo una vez más me senté en la mesa contigua a las administrativas y puse mayor atención que nunca a todos los cotilleos e intrigas de la oficina, y por supuesto Elena, la carismática Elena, continuaba siendo uno de los temas preferidos de conversación: «Mira a *la sabina*, qué estilosa viene hoy... Sí, pero está demasiado delgada... Mira a Gabriel. Ya está dando vueltas a su alrededor. ¿Qué decís, chicas? ¿Se sentará esta vez o no?... ¡Pero gilipollas, que ella es mucha mujer *pa* ti! ¡Vaya un *tonto del culo!*... Debe ser el único en la oficina que no sabe que es lesbiana», comentaban entre ellas.

—He oído decir —dijo otra— que va a locales de ambiente casi todas las noches y que tiene una novia de lo más peculiar.

—Pues yo creo —dijo Manoli— que todo lo que cuentan es mentira. Me da mucha pena que la marginen de esa manera.

Marginada. En estos casos siempre existía cierta dosis de marginación. Pero, aparte de esto, me llamó bastante la atención esa insistencia de Gabriel en sentarse con ella. Me preguntaba qué pretendía. Desde luego, el obtener sus favores sexuales estaba descartado. Gabriel era un hombre menudo, apocado, que aparentaba tener una inteligencia algo limitada. Algunos decían con sarcasmo que había conseguido la carrera de Derecho acumulando los puntos de la tapa de los yogures. Siempre se comentó que su perfil era poco adecuado para nuestro bufete, caracterizado por su alto nivel de exigencia, pero era el sobrino amantísimo de uno de los clientes más prestigiosos de la empresa, el famoso Walter White. ¿Querría Gabriel pegarse a Elena para obtener un poco de gloria reflejada? No era muy probable justo en estas circunstancias. O quizá... ¿Sería posible que...?

Paranoia, sexo y abrazos. La lucha.

A las seis en punto, Elena acudió a nuestra cita en la puerta de una de sus tiendas favoritas. Reconozco que estaba ansioso por que me contara al detalle cuáles eran sus descubrimientos, e intenté que lo hiciera antes de entrar, pero ella prefirió no hacerlo en ese momento, sino comprar primero el vestido y seguir a rajatabla nuestra hoja de ruta.

Insistió en que pasara con ella al probador para pedirme opinión. Estaba muy bien con todos, y se decidió por uno que se adaptaba con precisión a su cuerpo, más delgado de lo habitual. A continuación, decidió ir a por el bolso y los zapatos, pero acabamos pronto. Elena sabía cuáles quería desde el primer momento, sin ningún tipo de dudas.

Faltaba aún hora y media para la cita concertada con el médico. Me sorprendió un poco que la propia Elena buscara un psiquiatra y no un médico generalista, pero por supuesto respeté su decisión. Por fin, sin poder esperar más, tiré de ella y entramos en una cafetería donde pudiéramos tener intimidad. Pedimos unos cafés e insistí al camarero en que a ella se lo trajeran descafeinado. Era muy importante que no existiera nada que le impidiera dormir.

—No sé —dijo apenas sentarnos—, pero ahora que tú me has avisado, es posible que alguien esté sabotando los datos de mi ordenador. He comprobado que existen algunas diferencias entre ellos y los documentos originales. Además hay otra cosa: al llegar esta mañana tan temprano a la oficina. . .

—¡No! —interrumpí—. Nada de sacarina. Hoy le echas azúcar.
Me obedeció.

—Perdona, ¿qué pasó cuando llegaste a la oficina?

—Pues como era tan temprano, aún no había nadie y, sin embargo, Gabriel ya estaba allí. Al verme se puso un poco nervioso, y no supo darme una explicación clara de por qué había llegado tan pronto.

Necesitaba con urgencia conocer el resto de la historia. ¿Por qué se sentaba Gabriel con ella siempre que podía? ¿Qué le habría dicho Santos?

Elena me contó que Gabriel, algunas veces, se sentaba con ella en el comedor y la sometía a un interrogatorio torpe a base de preguntas íntimas poco adecuadas, y realizaba luego comentarios pueriles.

—¿Qué preguntas?

—Pues es como si quisiera hacerse mi amigo. Es descarado: «Y tú, ¿dónde has estudiado?, ¿tuviste muchos amigos en otros bufetes?». El otro día comenzó a hacer

circunloquios acerca de las distintas opciones sexuales, a decir eso tan típico de que él tenía amigos gays y cosas así. Ya no pude aguantar más y fui muy grosera: «Oye, Gabriel, yo no sé si tú serás homosexual o no, ¿pero por qué no te vas a tomar por culo?». Desde entonces, aunque en la cafetería aún ronda mi mesa, ya no se sienta.

—Vamos a ver, Elena —me re Coloqué en la silla y me acerqué más a ella—, ya sé que Gabriel es muy simple, ¿pero por casualidad tú has llegado a contarle algo de ti?

—Te aseguro, Enrique, que no le he contado nada.

—Y Santos, ¿qué te ha dicho cuando se ha sentado contigo?

—Pues se sienta, pone cara lastimera y dice: «Ay, Elena, ya sé que estás atravesando una mala racha, pero eso nos ha pasado a todos alguna vez. No te preocupes. Quiero que sepas que si necesitas algo, hablar, lo que sea, a cualquier hora del día o de la noche, puedes contar conmigo. De verdad, llámame». Y me ha dado su número de teléfono personal. ¿Te lo puedes creer?

Por fin pude atar cabos. Lo más probable era que Santos hubiera manipulado a Gabriel, una persona débil y sugestionable, de quien nadie pudiera sospechar algún tipo de malicia, para que se interesase por ella. Santos después sería el receptor de la información, y quizá alguna podría servirle para encontrar ese punto débil y vulnerable que cualquier persona puede tener, y utilizarlo. Quizá mis paranoias se estuvieran desbordando.

Se lo expliqué a Elena. Al principio se mostraba incrédula, pero a pesar del cansancio mental que arrastraba, logró encajar también algunas piezas.

Cuando llegamos a la consulta del psiquiatra, Elena insistió en que yo entrase con ella en el despacho.

—Es mi pareja y lo sabe todo —dijo.

—Bueno, creo que es mejor que por ahora se quede fuera. Luego ya veremos —prefirió la doctora.

Pasaron quince, treinta, cuarenta y cinco minutos... Mientras tanto, yo caminaba de un lado a otro por la sala de espera, ojeaba de mala manera las portadas de las revistas, revisaba los mensajes de mi móvil y me preguntaba lo que sucedería dentro del despacho. ¿Tanto tiempo era necesario para que le recetasen unas simples pastillas?

Por fin la psiquiatra me llamó:

—Puede pasar si quiere —me dijo, y una vez sentados todos, preguntó a Elena:

—¿Puedo hablar delante de él con libertad?

Elena asintió.

—Bueno, voy a ser muy sincera —dijo la doctora—. Creo que puede tratarse de un trastorno delirante. Tiene una personalidad muy autoexigente y es muy competitiva. Creo

que, desde que ha empezado a trabajar en esta empresa, se ha esforzado demasiado, tanto que apenas come ni duerme. Ha perdido peso. Lleva mucho tiempo con unos niveles de ansiedad muy altos, y creo que todo se le ha ido de las manos. Está agotada. Por otra parte, me preocupa un poco eso que me ha dicho de que usted... que usted admita como algo real el *mobbing*, es decir, todo el complot que ella dice que existe para que se marche de la empresa. Supongo que usted... no sé...

Me miró y levantó una ceja con disimulo, como si buscara en mí cierta complicidad, es decir, como si entendiera que yo, para no contrariar a Elena, le seguía la corriente.

—Ya —contesté—. Entonces usted cree que no es el *mobbing* el causante de todo lo que le ocurre, sino que son la ansiedad y el agotamiento la causa de que ella crea que se le hace *mobbing*.

—Bueno, más o menos.

—¿Y para qué es esta medicación? —pregunté después de contar las recetas que le había extendido—. Hay tres. ¿Para qué es cada una?

—Esta —señaló una de ellas— es para el tratamiento de fondo de la ansiedad. Tiene que tomar solo media por la mañana, por ahora. Esta otra la tomará solo en la cena y es para tratar el problema del *mobbing*, quiero decir, para que no distorsione la realidad. No sé si me explico.

—Perfectamente. ¿Y esta última?

—Esta es para que pueda dormir por la noche, porque si no lo hace empeorará. ¡Ah! Necesita una baja laboral durante unos días.

Elena parecía tan cansada que no sé muy bien hasta dónde comprendía lo que decía la doctora. Solo reaccionó cuando se nombró la baja laboral.

—¡No! ¡Me niego a coger una baja! —dijo suplicante.

—No te preocupes —me apresuré a decirle—. No haremos nada que tú no quieras.

De camino a casa nos detuvimos unos momentos en una farmacia. Allí compré las pastillas que la doctora le había recetado para dormir, solo esas, y los batidos que allí me recomendaron.

Ya en su dúplex, le pedí que se acostase cuanto antes. Como se negó a cenar, le preparé un batido y le di tan solo medio comprimido de la pastilla para dormir, no uno entero tal como se le había prescrito, y durmió toda la noche.

Con el transcurso de los días, Elena se encontraba cada vez mejor. Yo intentaba estar con ella todo el tiempo que podía. Le preparaba el desayuno por las mañanas y la cena por las noches, y al punto le administraba su media pastilla.

Cuando volvía a casa, a partir de las ocho de la tarde, no le permitía trabajar ni utilizar el móvil. Admito que se resistía a obedecerme en muchas, muchísimas ocasiones: «Creo

que te estás pasando de la raya», decía, y a veces se enfadaba y me llamaba «paranoico». Sin embargo, al final casi siempre se doblegaba y acataba mis deseos.

Recuerdo que uno de esos días, a pesar de todo, sucedió algo bastante divertido. Serían cerca de las once de la noche cuando volví al dúplex. Al entrar la llamé repetidas veces y no contestaba. Subí la escalera de caracol que comunicaba con el piso de arriba y la descubrí allí, con su ordenador encendido, sentada en su pupitre. *Pupitre*, así llamaba yo a un pequeño escritorio con muchos cajoncitos que sus padres le trajeron de la India *porque sí*, un regalo que no era resultado de alguno de sus logros. Me contó que le tenía tanto cariño que siempre lo llevaba consigo en cada una de sus mudanzas.

—Hola —dijo sin mirarme.

—Señorita Astaburuaga, ha infringido usted la ley. La normativa de esta casa dispone que dejará usted de trabajar a las ocho de la tarde, así que en este momento me dispongo a tirar del cable.

Se cruzó de brazos:

—No serás capaz..

—¿Has guardado el documento? Te aconsejo que lo hagas... ¡ya!

No quiso arriesgarse y en un rápido movimiento lo guardó.

—De acuerdo —continuó—. Ahora vamos a bajar. No has cenado aún, ¿verdad?

—¿A ti qué te importa? ¡Ya está bien! ¡Te pasas conmigo demasiado! ¡No te soporto! ¡Esto es importante! ¡Déjame en paz!

Volvió a teclear su ordenador.

Tiré del cable.

Se enfadó tanto que comenzó a empujarme para que saliera de su despacho.

—Voy a hacer lo que me dé la gana —dijo—. Estoy bien y ya no admito órdenes de nadie.

—¡Vaya! ¡Es verdad! Parece que la señorita está mejor. Pues vas a hacer lo que yo te digo y bajar a cenar. Si no...

Su despacho comunicaba con una terraza en la que había una piscina pequeña. Estaba, como de costumbre, iluminada por dentro. Con un rápido movimiento agarré uno de los documentos que tenía junto a su ordenador y salí a la terraza, le eché un vistazo y arranqué una hoja. La cogí por un extremo con dos dedos e hice ademán de ir a tirarla a la piscina. Ella parecía que estaba a punto de enloquecer e intentaba arrebatármela de las manos sin éxito. Después se esforzó en mantener la calma y volvió a desafiarme:

—No. No vas a hacerlo, seguro que no. No serás capaz.

Solté la hoja y cayó al agua. Me llamó «hijo de puta» y corrió a intentar salvarla, se agachó en el borde de la piscina y alargó su brazo hasta un extremo imposible. Me senté divertido a observar y a reírme de ella.

—¡Eres un... un...!

—Vuelve a llamarme hijo de puta y...

—¡Hijo de puta!

Me levanté y, con un ligero empujoncito, la tiré al agua.

—¿No me das las gracias? Ahora ya puedes recuperar tu hoja.

La recuperó y el papel se le deshizo entre las manos. Me miró enfurecida, salió del agua, se acercó, soltó una carcajada, se arremangó su vestido empapado, se sentó de cara a mí, sobre mis rodillas, y comenzó a besarme en la boca. Los dos nos deshicimos de nuestra ropa enseguida, y allí, sobre el suelo de la terraza, «copulamos» por primera vez desde hacía varios meses. Por supuesto, ese día no volvió a encender su ordenador ni su móvil, se comió toda la cena que le preparé y se tomó también su media pastilla sin rechistar.

Recuerdo que esa misma noche, mientras dormíamos, Valentina se me apareció en sueños como si fuera un fantasma que, desde ultratumba, pretendiera arreglar conmigo algún asunto que no le dejara descansar en paz. Recuerdo su imagen etérea, formada por humo o niebla, con el brazo extendido hacia mí, mientras yo me sentía absorbido hacia ella por una fuerza irresistible que intentaba vencer sin conseguirlo. Cuando por fin iba a tocarla, me desperté dando una sacudida que sobresaltó a Elena.

Medio dormido, sin pensar, le conté que había soñado con Valentina y que quería llevarme con ella al ultramundo. Que había sido una pesadilla como hacía mucho tiempo no había tenido.

—Sí. Se llama Valentina —afirmó como si ya lo supiera.

—Ven —dije atrayéndola hacia mí—. Menos mal que estoy contigo. Te necesito.

Ahora pienso que no sé si cometí un mayor error nombrando a Valentina, o con las últimas frases que pronuncié.

En el trabajo estábamos siempre conectados a través del móvil:

«Creo —me escribía— que la fecha límite para realizar este recurso no es la que dice aquí... Esto no me cuadra... Ya está, lo he solucionado... Santos no hace más que vigilarme, me pone nerviosa».

«Tranquila —contestaba—. Yo le vigilo a él».

Elena ya no volvió a cometer más errores imperdonables.

A pesar de que evitaba todo lo posible viajar, cuando tenía que hacerlo la llamaba todos los días varias veces. Quería que me contara todo lo que había comido y cuánto había dormido, y que me explicara, de la forma más minuciosa posible, cualquier suceso en la oficina que pudiera resultar significativo.

Le gustaba bromear conmigo con aquello de que yo «parecía una madre». Un día, sin embargo, se quedó pensativa, me miró con gesto serio y dijo: «¡Ojalá la mía hubiera sido un poco como tú, aunque solo fuera un poco!», y me abrazó.

Santos, por su parte, a esas alturas parecía que había tomado la decisión de dejarse de sutilezas y enseñar a Elena sus cartas, así que un día decidió dar un paso más. Salía del servicio de caballeros, vio a Elena en el pasillo y supo que sería inevitable que tuviera que pasar por la puerta. La esperó y, en el momento justo, la agarró del brazo y la metió dentro con él. No cerró la puerta y comenzó a hablar con un tono de voz muy alto: «¡Elena, me siento acosado! ¡Admítelo de una vez: estás muy mal! Necesitas un psiquiatra», y salió de allí a toda velocidad. Elena se quedó inmóvil en mitad de la puerta, incapaz de reaccionar. Los compañeros que pasaban por allí escucharon aquello, y algunos, sorprendidos, se detuvieron, mientras que otros optaron por actuar como si no hubiesen visto ni oído nada.

Inmediatamente me envió un mensaje para contarme lo sucedido. Salí disparado de mi asiento hacia la mesa de Santos, pero Elena advirtió mis intenciones, se levantó y fingió chocar conmigo.

—¡No! ¡No! ¡No! —me dijo al oído. Me miró implorante y disimuló—: ¡Ay!, perdón.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme.

—Perdón —contesté.

Elena había aprendido muy bien la lección que yo le había enseñado desde que pusimos en marcha nuestro plan: no mostrar nunca a los demás el menor signo de inquietud, de malestar o de ira. Si en algún momento levantaba la voz o se mostraba agresiva, se podría interpretar no como una defensa ante un ataque, sino como un signo del desequilibrio y, por tanto, de incompetencia, justo lo que Santos pretendía demostrar a todos. Ahora más que nunca se hacía necesario no perder el control. Ella tan solo debía recopilar los hechos con la mayor objetividad posible y después los analizaríamos en su momento. Habría que identificar testigos, incluso el día y la hora, como si de una investigación policial se tratase. Por ahora solo podíamos esperar. Sin embargo, la rabia que sentíamos se hacía cada vez más insoportable y difícil de disimular. Aquello resultaba un constante desafío.

La reunión en el bufete me parecía ya demasiado larga, redundante e inservible. Elena intentaba ser lo más resolutiva posible y participaba en ella. Sin embargo, yo tenía que hacer esfuerzos cada vez mayores para no quedarme dormido. Con la excusa de que debía hacer una llamada importante, salí de la sala y me fui a pasear por una terraza contigua. «No sé por qué me he metido justo en esta terraza», pensé. A través de los cristales pueden verme. Necesito fingir que hago esa llamada. Entonces me acordé de que desde aquella noche en la que Manuela deliraba por la fiebre no había vuelto a tener noticias de ella. Llamaría a Virtuosa. Esa iba a ser «la llamada».

—¡Ah! ¿Qué tal, don Enrique? —era la voz de Antonio—. Virtuosa se ha ido a comprar y se ha dejado aquí el móvil. Al ver que era usted he contestado yo. No sé si he hecho bien.

—Pues claro que sí, Antonio. Gracias por contestar. ¿Cómo está usted? ¿Qué tal van las cosas por ahí?

—Pues, Carmen y yo no es que estemos muy bien, pero no nos quejamos, gracias. Doña Manuela, como era de esperar, está cada vez peor, pero es muy dura y resiste.

—¿Y Valentina? —interrumpí. Lo dije sin pensar, como una especie de reflejo. «¡Imbécil! ¿A ti qué más te da?», me dije con el corazón a punto de estallar—.

—Pues esta chica ahora parece que ya está bien. No sé si debería decírselo, pero cuando usted se marchó estuvo casi un mes sin abrir la tienda, luego se fue a la playa con unos amigos y volvió algo más animada. ¡Ah! Y la otra tarde —continuó Antonio—, ¡menuda pelea se organizó en la puerta de su tienda! ¡Pobre Valentina! Espere un momento, don Enrique... ¡Carmen! ¡Cóbrales! ¡Ha sido una de gambas con gabardina, otra de bravas, unos calamares, unos chopitos, quince cañas y ocho cubalibres!... Sí, que es don Enrique que pregunta por Valentina... ¡Que sí, que sí! ¡Que ya voy, mujer! Perdone, don Enrique, pero es que están unos estudiantes celebrando un cumpleaños y tengo que atender. Adiós, don Enrique, y a ver si le vemos por aquí. ¡Qué ganas tengo de jubilarme! —le escuché decir justo antes de que colgase.

Volví a llamar a Antonio.

—¡Antonio, por favor, necesito saber lo que ocurrió esa tarde!

—Ah, don Enrique, es usted otra vez. Pues la otra tarde había un hombre en la puerta de su tienda que se puso muy violento... ¡Manolo! ¡Manolo! ¡Esos son los de la mesa de once que esperábamos! ¡Que pasen al fondo!... Pues lo que le he dicho, que la otra tarde estuvimos a punto de llamar a la policía porque ese hombre entró en la tienda y echó a patadas a uno, y cuando digo *patadas*, digo *puntapiés*, incluso cuando estaba en el suelo. Valentina le pedía por favor que no le pegara más, y cuando por fin lo dejó, el tipo se

marchó de allí cojeando. Menuda pinta que tenía. Después ella nos pidió que no avisáramos a la policía, y nos dio pena y no lo hicimos. Luego nos contó que ese pájaro había entrado a robar y el otro la defendió y por eso... Bueno, don Enrique, es que tengo el bar lleno, a Dios gracias, y le tengo que dejar.

—Espere un momento, Antonio. ¿Cómo es el hombre que defendió a Valentina?

—Pues es un hombre alto, fuerte, guapote... Dicen que trabaja en un local de música de por aquí y que gusta mucho a las chicas. Pero, ¡madre mía!, la que se organizó. ¡Que sí, Carmen, que ya voy!

—¿Y cómo se llama ese hombre?! ¡El hombre que defendió a Valentina! ¿Se llama Octavio!? ¡Antonio! ¿Sería posible que se llamase Octavio? ¿Antonio?

Antonio había colgado.

—¿Quién es Octavio? —escuché detrás de mí.

Me sobresalté. Al parecer Elena se había ofrecido a salir a la terraza a buscarme. Y añadió:

—Desde luego, sí que parecía importante la conversación.

—No, no lo era en absoluto.

—Pues estás sudando.

—Hace calor —intenté justificar mientras me aflojaba el nudo de la corbata.

Elena pasó el resto del día muy inquieta. Cuando llegamos a casa pensé que por fin se relajaría, pero ocurrió justo lo contrario: no solo estaba inquieta, sino además irritable.

—¡Venga, tranquilízate! Las cosas van bien. Estoy aquí contigo. Estamos juntos —le decía mientras la acariciaba.

—Sí, bueno, yo creo que... Sí, voy a acostarme, estoy muy cansada —y se dirigió a su habitación.

La seguí.

—Elena, ¿ocurre algo que no me hayas contado?

—No, no pasa nada. ¿Vas a quedarte esta noche aquí conmigo, o quieres marcharte?

—¿Marcharme? ¿Cómo voy a querer marcharme? Quiero acostarme en tu cama y dormir contigo. Me extraña que a estas alturas me preguntes eso. Voy a tomarme un vaso de leche caliente —dije mientras me dirigía a la cocina—. ¿Quieres que te prepare otro?

—No, gracias —la oí contestar desde su habitación.

Una vez en la cama, todas las noches nos abrazábamos durante un rato hasta que el sueño casi nos vencía. Pero esta vez se cambiaba de postura constantemente, hacia un lado, hacia otro; se levantaba, volvía a acostarse, ahuecaba su almohada...

—¿Qué te pasa, Elena?

—Nada —contestó.

De pronto, en la oscuridad de la habitación, se quedó quieta, volvió a abrazarse a mí y comenzó a deslizar sus manos por mi cuerpo como si fuera una ciega que necesitaba comprobar que yo estaba allí.

—Estoy aquí contigo. No me he marchado. ¿Qué quieres?

—Quiero que me toques. Necesito sentir tus manos calientes.

—¿Te apetece...?

—No. Esta noche no.

—¿Tienes frío?

—No tengo frío. Es que me gustaría comentar contigo... pedirte... una cosa que es muy importante para mí. Necesito que tú... y que yo... —y tras unos segundos de silencio, añadió—: Bueno, da igual. Déjalo —echó la ropa de la cama hacia un lado y se levantó.

Me preguntaba intrigado qué era lo que no se atrevía a pedirme. Me levanté e intercepté sus pasos mientras se dirigía al cuarto de baño. Sujeté su brazo.

—Elena, ¿qué te pasa? ¿Quieres pedirme algo que hagamos los dos? Cuéntamelo de una vez.

—Suéltame —dijo molesta— y contéstame una cosa: ¿todavía estás enamorado de tu exnovia? Quiero que me digas la verdad.

—¿Qué? —contesté sorprendido—. ¿A qué viene eso ahora? ¡Claro que no! No lo estoy. ¿Vas a tener celos de ella a estas alturas?

—Qué pronto olvidas, ¿no? ¿Ya has dejado de quererla?

Estaba desconcertado.

—Voy a darme un baño caliente —dijo, apartándose de su camino.

—Elena, un baño caliente nunca será como el calor de mis manos. Vuelve a la cama.

Entonces me llamó cursi, y dijo que sentía vergüenza ajena por mis palabras. Abrió la puerta del baño pero yo la cerré, y le dije que no la dejaría entrar hasta que no me contara lo que le ocurría.

—No entiendes nada —dijo forcejeando conmigo—. No me comprendes.

—¿Cómo voy a entenderte si no te explicas? Oye, pareces la típica mujer que reprocha a su marido que no haga algo que ella no ha pedido y que él debería adivinar. «Es que no me comprendes» —dije parodiando una voz de mujer.

Consiguió abrir la puerta del baño, la cerró de un portazo y echó el cerrojo. Me quedé apoyado en ella. Escuché cómo abría el grifo de la ducha y a continuación el sonido del agua.

—Elena, sabes que no me gusta que te cierres por dentro.

—¡Déjame en paz!

—¿Pero qué te pasa esta noche?

Al cabo de unos minutos, escuché que cerraba el grifo. A los pocos segundos, apareció apenas envuelta en una toalla de baño que cayó al suelo, y que no había enjugado una gota ni de su pelo ni de su cuerpo. La apartó de su camino de una patada.

—¿Pero qué haces? ¿Crees que acabas de salir de una piscina?

No contestó, y así, empapada de agua, se acostó acurrucándose entre las sábanas. Me senté en el borde de la cama, la toqué y estaba helada.

—¿Qué has hecho? Te has dado una ducha fría, ¿verdad? ¿Por qué haces esto?

No respondió.

Me levanté, y volví al cabo de unos instantes con una toalla seca. Me senté a su lado, y empecé a secarla despacio y con cuidado. Levanté su cabeza con las manos, puse una toalla pequeña sobre la almohada y con otra intenté secarle el pelo. Ella, mientras tanto, se dejaba hacer y miraba mis ojos con una expresión indescifrable.

—¿Por qué me cuidas así?

—Porque te comportas como una niña traviesa. Oye, Elena, a ti te ha sucedido algo, y no me refiero solo a algo reciente. ¿Qué te pasó antes? No sé, quizá cuando eras pequeña.

—¿Quién eres ahora? ¿Mi psicoanalista? —se dio la vuelta y apagó la luz.

Me quedé allí sentado, con la toalla entre las manos, y durante unos minutos la contemplé con la escasa luz que se filtraba a través de la persiana. Después me acosté, me coloqué detrás de ella, rodeé su cintura con mis brazos, la atraje hacia mí, y con mi cuerpo y mis manos intenté darle calor. Elena suspiró.

—No entiendes nada —dijo una vez más.

Aquella noche me dormí sin conocer lo que le pasaba a Elena ni lo que quería de mí. Lo primero lo descubrí al cabo de un tiempo. Lo segundo lo consiguió sin mi permiso.

Vuelo retrasado

Trascurrió más de un mes desde aquella noche, y tuve que ausentarme durante diez días.

Durante todo ese tiempo estuve muy preocupado. ¿Cuál sería la próxima jugada de Santos? Si quería ganar, era de vital importancia que se diera prisa, porque aquel proceso estaba a punto de llegar a su fin. Elena y yo, con mucha paciencia y meticulosidad, habíamos conseguido acumular suficientes pruebas para denunciarle y él lo sabía. Quizá no tuviese más oportunidades. Quizá decidiera jugárselo todo a una carta. Me preguntaba cuál sería y cuándo se decidiría a utilizarla.

Como siempre, llamaba a Elena a diario. Todo iba bien. Paz y tranquilidad. Quizá demasiada.

Cuando me disponía a regresar a Madrid, llegué al aeropuerto con más antelación de lo habitual, como si pensase que así el avión despegaría antes. Sin embargo, parecía que el destino quería castigarme por algún motivo, porque anunciaron que mi avión iba a salir con veinte minutos de retraso. La espera se me hizo eterna. Me sentía encerrado en una jaula repleta de tiendas, cafeterías, libros y personas sin cara definida, porque estaban al otro lado, en un universo ajeno al mío. Repasaba en mi cabeza una y otra vez todos los pasos y actitudes de Santos, y me inquietaba cada vez más.

Necesitaba llamarla. Era urgente. Tenía que hablar con ella.

«El teléfono al que llama no está disponible... No está disponible... No está disponible».

No pude esperar. Llamé a la oficina.

Pregunté por ella. Se cortó la llamada. Volví a llamar. Esta vez escuché que alguien descolgaba el teléfono y me hablaba, pero al parecer la persona del otro lado del teléfono no me oía a mí. Y yo cada vez gritaba más, sin poder dejar de moverme de un lado a otro, hasta que por fin alguien me escuchó.

No era la voz de Elena.

—Hola, don Enrique, soy Mari Carmen, la administrativa. Me he puesto yo porque me han dicho que quería usted hablar con doña Elena. Ella no está. Si puedo yo solucionarle algo...

—Gracias, Mari Carmen, pero necesito que la localice. ¿Sabría decirme dónde está?

—Pues no. Va a ser imposible.

—¿Cómo dice? ¿Por qué es imposible?

—Pues... es que hoy ha pasado algo. No sé si contárselo por teléfono. Bueno, ya se enterará cuando vuelva, pero si quiere se lo cuento ahora...

—¡Mari Carmen, por favor! ¿Qué es lo que ha pasado!? ¡Cuéntemelo ahora! ¡Ya!

—¡No se enfade conmigo, don Enrique, que yo no tengo la culpa de nada!

—Perdone que haya gritado —me disculpé—, pero quiero que me lo cuente todo, por favor —creí que iba a asfixiarme. Apenas podía respirar.

—Pues resulta que se ha presentado aquí esta mañana la que dijo ser la novia de doña Elena.

El corazón me iba a explotar y me estaba mareando.

—Bueno pues —continuó—, no sé cómo la dejaron entrar. La novia, o lo que sea, no le pegaba nada a doña Elena, ¿sabe?, porque tenía una pinta de guarra... ¡Ay, perdone, don Enrique! Y le dije a gritos, delante de todo el mundo, que estaba de ella hasta los huevos, que tenía que pagarle el *farlopeo* y que aunque doña Elena la hubiera dejado por otra tía, que la pasta era la pasta y que le iba a sacar dos muelas y... y no sé qué más. Eso del *farlopeo* significa *cocaineo*, seguro. ¿Y sabe qué? Doña Elena ni se inmutó. No hizo ni un solo gesto. Solo dijo: «Señora, yo no la conozco a usted de nada, ni le debo nada, ni sé qué pretende, pero sabrá que soy abogada y que si no demuestra todo esto en los tribunales conseguiré que la encierren». Cogió el teléfono, se apartó un poco y se puso a llamar. Creíamos que llamaba a seguridad, ¿y sabe lo que hizo?, Llamó al 091. La mujer la siguió insultando, pero ella lo aguantó todo sin decir una palabra, sin contestar a nada y, ya le digo, sin hacer ningún gesto. Cuando se presentó la policía les contó lo que había pasado y se fue a poner una denuncia. Al poco rato volvió y se sentó a su mesa como si nada. Todos se acercaron para preguntarle y para decirle que la apoyaban en todo, y esas cosas, pero ella solo dijo: «Gracias, pero prefiero no hablar de ello ahora».

No tenía palabras. Aquello era surrealista. Pero la historia aún no había terminado.

—Bueno, pues al poco rato, don Francisco la llama a su despacho, y al cabo de... no llegaría ni a media hora, sale, coge el bolso y se va. Ni siquiera apagó el ordenador ni dijo adiós. ¡Qué aplomo y qué sangre fría tiene, después de lo que pasó! Todo el rato tan serena, con esa elegancia y ese saber estar...

Las horas que se sucedieron fueron las más largas de mi vida. No quise apagar el teléfono en el avión. La llamé una vez, y otra, y otra, y esperé a que ella llamase. ¿Dónde habría ido? ¿Por qué habría apagado su móvil, si para ella apagar su móvil era como apagar su vida...?

¡No! ¡No! ¡No!

La muñeca de trapo

Aterrizó el avión y, aun a costa de empujones, en pocos minutos conseguí alcanzar la calle. Me colé en el primer taxi que vi.

—Es cuestión de vida o muerte. Le pagaré lo que haga falta, lo que me pida. ¡Corra!

No. No pude esperar al ascensor. Subí los escalones de dos en dos. Tropecé y me golpeé la rodilla. Me levanté y... por fin, metí la llave en la cerradura. Una, dos, tres, cuatro vueltas. Empujé y la puerta se deslizó por algo metálico que de golpe la frenaba. ¡Había echado el pasador! Estaba dentro.

—¡Elena! ¡Elena! ¡Abre!

Silencio.

—¡Elena!

Silencio.

Corrí a buscar al portero del edificio. «¿Dónde está?». La portería estaba cerrada. No lo encontraba. Llamé al timbre de su casa varias veces. «¡Venga! ¡Venga! ¡Vamos! ¡Ábrame, por favor! ¡Es urgente! ¡Ayúdeme! ¡Corra!». Fuerza bruta. Imposible. Hierro contra hierro. Un golpe... dos... tres... Desesperación. Otro golpe, y otro, y otro. Abrimos.

—¡Elena!

Elena yacía sobre el suelo de la habitación. Estaba boca abajo y no le veía la cara. La giré hacia mí. Tenía sangre en la frente y en las mejillas. Estaba inconsciente. La zarandé. «¡Elena! ¡Elena! ¡Despierta!». No respondía. La abofeteé. Intenté abrazarla. Parecía una muñeca de trapo. «¡Estoy aquí! ¡Elena, estoy contigo!». Nada. La pellizqué muy fuerte en el brazo. Nada. Respiraba. Tenía pulso. Sobre la mesita de noche, cajas de medicamentos vacías.

—¿Tiene usted el coche en el garaje de este bloque? ¡Conteste! —pregunté al portero —. ¡Vaya a por él! ¡Tengo que llevarla al hospital! ¡No!, no llame a una ambulancia. ¡No soportaría la espera!

Cogí todas las cajas vacías. «¿Qué hago con ellas? ¿Dónde las pongo? Aquí, en el bolso».

La llevé en brazos hasta el garaje. El portero me ayudó a colocar el asiento en posición horizontal y después a ella de lado:

—¿No sería mucho mejor que llamara una ambulancia? —me repetía.

—No, ya le he dicho que no. No voy a esperar. Sí, así. Está bien sujeta.

Arranqué a toda prisa. El coche me dio tirones. Se me caló. Volví a arrancar y choqué contra un bordillo. «¿Qué puñetas le pasa a este coche?». Me salté un semáforo en rojo. Pitadas. «Dirección prohibida». Sí, ya lo sé, ya lo sé. ¡Pero dejadme pasar!

¿¡Por dónde se entra a Urgencias!?

«Aquí. Es por aquí. No. Me da igual la camilla. Yo la llevo. Voy más rápido que usted. “Prohibido el paso”». Penetré de estampida en la sala.

—¡Ayúdenla, por favor! ¡Ha intentado suicidarse! ¡Está muy mal! ¡No reacciona! ¡Por favor!

Me la arrancaron de las manos. En pocos segundos la rodearon. «¡No la veo!». «¡Espere fuera!», y me empujaron. «¡No puede quedarse aquí! Ya le avisaremos». «¡No, por favor! Un momento, ¡escúchenme! Estas cajas vacías...». «Sí. Démelas todas. Vale, salga, y espere. ¿Cómo se llama? ¿Ha dado sus datos en ventanilla?». «¡La conozco!», dijo alguien. «Sí, sí. La conozco». «Está muy mal», dijo otro.

Esperar, esperar, esperar. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Poco? ¿Mucho? Demasiado. Abordaba a cada persona que veía con una bata blanca, con un pijama blanco, con un pijama verde, a cualquiera que pudiera ser de allí: médico, celador, enfermera, auxiliar, administrativo... No importaba. Alguien tenía que decirme algo.

«¡Por favor! —grité a uno de ellos—. ¡Necesito saber si mi novia está viva o muerta! Si no se me informa ahora entraré para comprobarlo yo mismo, y no me importa que llamen a seguridad. Voy a denunciar la falta de atención que recibo en un caso tan grave», dije mientras me lanzaba a la sala.

—¡Elena! —grité—. Necesito verla.

«¡Aquí no se puede estar! ¡Salga! ¡No se puede estar!», repetían mientras me tiraban con fuerza de los brazos. Un médico se dirigió a mí:

—Venga, tranquilo. Vamos fuera. ¿Tiene aquí a algún familiar? ¿Cómo se llama?

Se lo dije.

—Es usted la persona que la ha traído aquí ahora, ¿verdad?

—Ella es mi novia, mi pareja, mi mujer, es...

—Vale, vale. Cálmese. Por suerte, hemos conseguido estabilizarla, pero vamos a ingresarla en la UCI. Ha tomado muchos analgésicos y tranquilizantes, y ha llegado en un estado comatoso. Me acuerdo de ella muy bien porque hace pocas horas que estuvo aquí. Estaba muy afectada por la agresión sexual que acababa de sufrir.

—¿Qué? Perdón, pero no... A ella nadie...

Creí que iba a desmoronarme.

—Parece que no sabe nada. Bueno, pues llegó muy aturdida. Dijo que la habían violado, aunque no recordaba bien todo el episodio. La amnesia parcial del suceso es

bastante frecuente en estos casos. Al parecer le dieron varios puñetazos en la cara y perdió el conocimiento.

—Espere, perdone, pero creo que se está equivocando de paciente. A ella no le ha pasado nada de esto. Ella solo intentó... las pastillas...

El médico me miró con gesto extrañado y dijo:

—Me estoy refiriendo a... —leyó en una hoja— Elena Astaburuaga Gardner.

No podía hablar. Solo era capaz de asentir.

—De acuerdo. Mire, cuando vino la primera vez, le realizamos una exploración completa, analítica, radiografías y un TAC. No encontramos fracturas ni lesiones cerebrales. Tampoco existían signos muy claros de penetración, aunque tenía erosiones en los muslos y se tomaron algunas muestras de... ¿Me está escuchando?

—Sí, claro, perdone.

No, no me lo decía a mí. Era imposible que aquello fuera real.

—Por supuesto, la policía se personó y le tomó declaración.

Se quedó pensativo y se tocó la barba oscura.

«¿¿Qué pasa ahora!??»

—Por otra parte —añadió—, la repercusión que pueda tener sobre el feto es impredecible, porque al estar embarazada solo de pocas semanas todavía está bastante... «aislado». Quizá, con todo lo que le ha sucedido, aborte de manera espontánea...

La voz del médico se perdía. Ya no era capaz de prestar más atención. No estaba hablando de Elena, no de la mía. Sin duda, se equivocaba.

—Después —volvía a escuchar—, cuando se quedó más tranquila, nos aseguró que ya estaba bien y que quería marcharse. Avisamos a los psiquiatras para que hablasen con ella y, al poco, pidió el alta voluntaria. En ese momento no vimos motivos para retenerla en contra de su voluntad. Aun así se fugó del hospital sin conocer siquiera el resultado de las pruebas. No pudimos hacer más. Y ahora... —suspiró— ahora vuelve así.

Un pitido desagradable.

—Perdone —extrajo un teléfono de su bolsillo—. Lo siento, tengo que marcharme —se detuvo y se giró hacia mí—. ¡Ah! Venía acompañada de un amigo que, al parecer, había sido testigo de todo lo que había pasado.

La sensación de incredulidad me bloqueaba y me quedé allí de pie, inmóvil como una estatua. Miré a un lado y a otro, y veía gente que pasaba a mi alrededor, pero yo no estaba allí. No sabía dónde estaba en realidad. Me senté en un banco de la sala de espera como un autómatas. «¿Qué hago aquí? No, Elena estará en casa. Sí, a estas horas estará trabajando en su pupitre, o preparándose la cena». Sentí un escalofrío y algo se me clavó en el estómago. ¡Me ahogaba! Necesitaba respirar más y más. ¡El aire no me saciaba!

Respiraba aún más rápido y más fuerte. Observé mis manos. Temblaban. No, no las podía mover. Se me habían agarrotado los dedos. «¡Perdone! ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llamemos a un médico?». «¿Qué? No, no. Estoy bien. No es nada, no me pasa nada, nada en absoluto». Resonaron en mis oídos esas palabras. ¿Quién las había pronunciado!? ¿Valentina? ¿Elena?... ¿Mi madre?... ¿Yo? Alguien puso en mis manos una coca cola. Estaba fría. Me la arrebataron. «¡Es mejor que beba agua!», escuché. Una enfermera me apoyó la mano en el hombro y me habló agachada frente a mí, y yo la miré. «Respire despacio, más despacio. Tranquilícese. No se preocupe. Márchese a casa. No va a poder verla al menos hasta mañana. Por ahora está estable». «¿Qué es *estable*?, pregunté». Y me contestó algo que no recuerdo. «Le avisaremos si hay algún cambio. No se preocupe. Usted aquí ya no puede hacer nada más».

Salí a la calle y sentí en la cara el aire que, poco a poco, volvía a saciarme. Llevaba en las manos una bolsa grande que alguien me había entregado en algún momento. No sabía lo que contenía. «Y ahora, ¿adónde voy?». No. Otra punzada. No habría soportado volver al dúplex sin ella. ¿A mi piso? No, tampoco a mi piso, porque me invadiría una sensación de oscuridad, soledad y tristeza. Quizá a mi casa de Malasaña. Sí. Allí sentiría calor y cobijo. Necesitaba ir allí. ¡No! Porque lo que en ese momento surgía dentro mí era algo indefinible, algo que me atraía y que odiaba al mismo tiempo. ¿Y mi hermana? Ella no sabía nada de mi vida. ¡Nada! ¿¡Por qué!?

Sonó mi móvil. Chisi.

—Hola, tío. No sé si estarás en Madrid o en otra parte del mundo, pero me gustaría hablar contigo. Sabemos lo de Elena...

Colgué, sin más.

—A la Plaza del Marqués de Salamanca—indiqué al taxista.

Desperté de forma brusca, como de una pesadilla. Demasiadas preguntas acudían a mi mente al mismo tiempo. Intentaba nadar entre todas ellas y mantenerme a flote. No, no podía hundirme. No en ese momento.

¿Elena perdiendo el control hasta el extremo de intentar suicidarse? ¿Qué había sucedido? ¿Podría incluso... morirse? ¡Elena, embarazada! ¿Lo sabría ella? ¿Quién la podría haber violado? Santos apareció en mi cabeza, pero... ¿perder los estribos de esa manera? No era propio de él. ¿Quién sería ese amigo, ese testigo que la había acompañado al hospital? ¿Qué podía haber sucedido en el despacho de Francisco? ¿Adónde fue después? ¡Tenía que hablar con ella en ese mismo momento! ¡Estaba en la UCI! Todo eso era rocambolesco, absurdo, un mal sueño que jamás querría contarle.

¿Elena, embarazada?

—¡Enrique, cariño! ¡Cuánto me alegro de que estés en Madrid! —dijo mi hermana María—. ¿Qué haces con esa bolsa de basura en la mano?

No recuerdo la mentira que le conté.

—Voy a quedarme aquí esta noche.

Llevé la bolsa a mi habitación. La abrí y sentí unos deseos inmensos de llorar, pero no lo hacía desde hacía muchísimo tiempo y ya no podía, aunque lo hubiera querido. Dentro estaba su vestido —aquel que habíamos comprado juntos, ahora sucio, desgarrado y manchado de sangre—, sus zapatos, su ropa interior de seda y encaje blanco, su reloj, sus pendientes de perlas, su pulsera, su bolso. . .

María me llamaba impaciente, Chisi también. Salí de la habitación y mi sobrina me dio sus dos besos sonoros.

—He conocido a tu Elena —me dijo.

La miré perplejo, pero no podía hablar. Estaba cansado.

Se sentó en el sofá y tiró de mí para que hiciera lo mismo.

—¡No! No os sentéis ahí —dijo mi hermana—. Sentaos a la mesa, que vamos a cenar. La obedecemos.

—Pues verás, la otra noche —dijo Chisi mientras abría su servilleta y la colocaba sobre sus piernas—, cuando volví de Londres, fui a tu casa para darte unos discos de *jazz* muy antiguos que encontré y una plantita que te había comprado para la terraza. ¡Tío! ¿No me escuchas?

—Sí. Te escucho, Chisi. Perdona.

—Bueno, pues entré en el ascensor, y en eso entra también una chica morena súper estilosa y súper guapa. El portero la saludó: «Buenas noches, doña Elena». Le da al botón del ático. Me quedé intrigada, porque en el ático solo vives tú. Llegamos, veo que saca de su bolso de Dior unas llaves, abre tu puerta. . . ¡y se mete dentro! Y allí me quedé yo en el ascensor, absolutamente pasmada, con los discos de vinilo y la plantita en la mano.

—¡Qué barbaridad, Enrique! ¿Vives con una mujer así y no nos dices nada? No me lo puedo creer —dijo mi hermana, molesta.

— Y la tonta de mi madre —decía Kiko desternillándose— te da la vara con que salgas con las hijas de sus rancias amigas.

—Bueno, Kiko, no te burles. ¡Todo lo hago por su bien! Un poco de respeto.

Entonces María se acercó a mí, que creo que permanecía con la mirada fija en un vaso vacío, y me rodeó la espalda con el brazo.

—Enrique, acuéstate. No sé lo que te pasa, pero creo que te vendrá bien dormir.

Y yo la obedecí, como un robot a su dueño.

Me desperté sobresaltado. Había escuchado un móvil y encendí la luz. Comprobé que no era cierto: ninguna llamada perdida, ningún mensaje. Las tres de la madrugada. Pensé: «¿Y si es el móvil de Elena el que ha sonado?». Lo saqué de su bolso. Seguía apagado. Lo observé atento como si se tratase de un objeto desconocido. Recordé a Elena tecleándolo. Se reía. «He cambiado la contraseña de mi móvil. Ahora soy *la sabina*».

Necesitaba encenderlo. ¿Se escondería en él alguna pista, algún misterio que yo pudiese desentrañar?

Conecté la batería y, tras varios intentos con la clave, conseguí acceder a él. Allí aparecieron mis numerosas llamadas perdidas, también su llamada a la policía y a algún cliente. Dos grabaciones. Eran de ese mismo día.

Con el pulso tembloroso, intenté rescatarlas, pero me equivocaba con el teclado. Tenía miedo de cometer cualquier error y borrarlas, hasta que por fin...

En la primera de ellas, se escuchaba la voz chillona y grosera de una mujer profiriendo insultos, y después la voz de Elena: «No sé quién es usted ni qué pretende, pero...». Eso no aclaraba más de lo que ya sabía.

Me dispuse entonces a escuchar la segunda grabación:

«Hola, Elena. Siéntate, por favor —era la voz de Francisco—. Les he pedido a Santos, a Jaime y a Gabriel que estén presentes para que sean testigos de lo que voy a decirte. ¡Manoli, no se vaya! Quédese también —ruido de sillas. Silencio—. Verás, Elena, cuando empezaste a trabajar aquí nuestras expectativas contigo eran extraordinarias y se estaban cumpliendo con creces. Sin embargo, hace cerca de tres meses que tienes despistes y cometes errores que están afectando el prestigio de la empresa. Por ejemplo, el presentar el recurso de los Martínez Bau fuera de plazo nos ha hecho perderles como clientes y creo que nos va a costar una demanda —un carraspeo—. Ha llegado a mis oídos, en varias ocasiones, que consumes cocaína. No sé si será verdad. Mira, cada uno puede hacer con su vida lo que quiera, consumir lo que quiera y tener las compañías que quiera, pero siempre que no afecte a su trabajo, como está claro que sucede en este caso. Tampoco nos importa la orientación sexual de cada uno. Siento muchísimo lo que ha pasado hoy. No sé cómo ha podido entrar aquí esa persona, y voy a pedir responsabilidades, pero sucesos como este no pueden repetirse. Por eso, en la junta del viernes vamos a introducir en la orden del día tu situación y se tomará la decisión más conveniente para la empresa, con el menor perjuicio para ti que nos sea posible».

«Bueno, Francisco, tampoco hay que ser tan radical —era la voz de Santos—. Yo creo que no deberíamos perder bajo ningún concepto un capital humano tan valioso como Elena. En la oficina se dicen muchas cosas que son falsas. Yo creo que podría ingresar durante un tiempo en una clínica de desintoxicación para cocainómanos. Tú sabes que es

lo mejor para ti, ¿verdad? Cuando estés curada, volveremos a tener a la Elena del principio. Personalmente, no quisiera que al salir de la clínica te fueras a otra firma, entre otras cosas porque nos harías la competencia. ¿Verdad, Francisco?».

«Bueno, Elena —de nuevo la voz de Francisco—, queremos conocer tu opinión».

«No tengo nada que decir —era Elena la que hablaba ahora. Su voz era pausada y tranquila—, porque veo que ya existe un veredicto de culpabilidad y una condena. ¿Acaso serviría de algo que dijera, por ejemplo, que jamás he consumido drogas?».

Se escuchó como si alguien abriera un cajón y a continuación la voz de Francisco: «Lo siento mucho, Elena. Cuando Santos intentó retomar el caso de los Martínez Bau para ver si la demanda aún podía evitarse, al coger el expediente, de tu archivo cayó al suelo esta bolsita. ¿Tienes algo que decir?».

«No, al menos no en estos momentos», era de nuevo la voz de Elena. Se escuchó un movimiento de sillas y después unos tacones. Se cortó la grabación.

La indignación que sentía en esos momentos rayaba en la locura.

«¿Pero qué sucedió después?», era la pregunta que ahora me atormentaba.

A primera hora de la mañana llamé al hospital. Elena continuaba en la UCI. Me aseguraron que se mantenía «estable» y que en el momento en que apareciera algún cambio me avisarían.

En el bufete, a pesar de que todos se esforzaban en aparentar normalidad, era evidente que no la había en absoluto. Observaba más cuchicheos que nunca, se palpaba la inquietud, la necesidad contenida de hablar, la tensa espera. De todos modos, conseguí enterarme de algunas cosas deshilachadas, algunas quizá fueron inventadas, o distorsionadas; pero todo se inclinaba a que Elena había ganado. ¡Qué irónico!

Sobre las doce de la mañana, me llamaron del hospital para comunicarme que Elena había salido ya de la UCI y que se encontraba en una de las habitaciones de la planta de Medicina Interna. Sin dar ninguna explicación a nadie y con un nudo en el estómago, me marché del bufete mucho más tranquilo pero lleno de amargura. Desconocía hasta qué punto Elena estaría lúcida. Necesitaba que me aclarase muchas cosas, y quizá contarle yo muchas otras. ¿Sabía lo de su embarazo? Recordé que en nuestra primera cita, aquella noche en el asador, dijo tajante que no quería tener hijos. ¿En qué habríamos podido fallar?

En la puerta del hospital compré un ramo de margaritas. No esperé al ascensor y subí a pie los siete pisos que conducían hasta ella.

Al entrar, solté las flores sobre la colcha de su cama, la abracé y ella comenzó a gimotear. Los hematomas de su cara se confundían con sus ojeras. Quise besársela y me

acerqué, pero tuve miedo de hacerle daño, y me limité a hacerlo en la frente y a acariciar su pelo despacio como si quisiera recomponer uno a uno cada mechón que, a pesar de todo, aún conservaba aquella textura suave y relajante con cuyo tacto a veces conseguía dormirme. Hablaba con voz apagada y algo afónica.

—Fuiste tú quien me trajo, ¿verdad? —dijo—. Tú siempre me salvas. Eres mi caballero andante.

—Y tú eres mi preciosa doncella —dije con un nudo en la garganta que se acentuó cuando le cogí mano. En su dorso amoratado penetraba una aguja.

—Hoy recuerdo ya muchas cosas, ¿sabes? —dijo—. Ayer me desperté en la UCI y estaba muy confusa, pero hoy ya estoy bien. Quiero irme contigo. Sácame de aquí.

—Vale, haré lo que tú quieras. No te preocupes y no te esfuerces en hablar ahora.

Aun así, se empeñó en contármelo todo desde el principio, todo lo que yo ya sabía, lo de la novia ficticia y lo que sucedió en el despacho con Francisco. Pero yo quería saber lo que ocurrió después cuando cogió su bolso y se marchó.

—¿Qué pasó cuando saliste de la oficina?

—Entré en el ascensor y, justo cuando se cerraban las puertas —tosió un poco y carraspeó—, entraron Santos y Gabriel. Gabriel no abrió la boca y parecía asustado, pero Santos estaba envalentonado. Me miró como un animal a la presa que acaba de cazar y con la que va a disfrutar ensañándose antes de matarla. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no clavarle la lima de uñas que llevaba en el bolso. Me dice: «Hola otra vez, Elena. ¿Ya te vas? A partir de ahora voy a llamarte como las administrativas: *la sabina*. ¿O es *la Venus* del Vaticano? La busqué en internet, ¿sabes? Solo te falta enseñar una teta como ella. ¿A quién se la enseñas tú? ¿A tu novia?». No pude continuar callada. Le dije: «Espero que te haya sacado un buen pellizco esa persona que ha venido a injuriarme. ¡Ah, mira! ¡Quizá se haya quedado con tu moto!». Me eché a reír en su cara. «Todo el mundo sabe que te da pánico conducirla. Haces el ridículo cada vez que la nombras. ¡Si supieras lo que nos reímos...! Sé que has falseado los datos de mi ordenador, que me has ocultado información, que has difundido una sarta de mentiras sobre mí. Has manipulado a Gabriel...»

Los esfuerzos de Elena por contarme lo sucedido la obligaban a carraspear con frecuencia, y su voz se volvió cada vez más ahogada hasta quedar convertida en un susurro.

—No es preciso que me lo cuentes todo ahora, Elena —le dije después de darle un beso en la frente—. Te has quedado afónica. Déjalo.

—No, de verdad —respondió—. Necesito hablar. Dame un sorbo de agua.

—¿Seguro que puedes beber? Acabas de salir de la UCI.

—Solo será para mojarme un poco los labios.

Abrí la botella pequeña que había en la mesita de noche, puse un poco de agua en un vaso y se la di. Tras dar un par de sorbos, continuó:

—No recuerdo por dónde iba. Ah, sí. Después de decirle aquello, Santos me respondió con su asqueroso sarcasmo: «Ay, Elena, ¿por qué te pones así? Yo no he hecho nada». Sin embargo, si lo hubieras visto, apenas nombré la moto se puso colorado y creí que iba a estallarle esa vena que tiene en la frente, pero continuó: «Lo has hecho todo tú solita, te has juntado con mala gente, has consumido drogas...». Pero no quise controlarme más y le grité: «¡Te sientes como una mierda delante de mí!». Creo que hasta le empujé. «Sabes que tus artimañas no te sirven conmigo y recurres a tus guarradas. Nunca conseguirás nada en este bufete. Te echarán más pronto o más tarde. Te voy a destruir. Que no te quepa la menor duda de esto. Tengo muchas pruebas acumuladas. Sabes de sobra que yo soy muchísimo más fuerte que tú. ¡En todo!». Entonces, al llegar a la planta baja, le dijo cabreado a Gabriel: «¿Tú no te bajas aquí?». Gabriel salió, y en cuanto lo iba a hacer yo, Santos me cortó el paso y me empujó contra la pared del ascensor. En cuanto se cerraron las puertas, me tapó la boca con la mano. Al llegar al garaje me arrastró hacia el fondo del cuarto de baño. «No eres más fuerte que yo en todo», me dijo. «Vas a verlo. Vas a saber lo que aún soy capaz de hacerte». En ese momento me dio un puñetazo en la cara y me quedé algo aturdida. De todas formas, aún pude defenderme y le arañé, le empujé e intenté escapar, pero cuando estaba casi a punto de alcanzar la puerta, me agarró, me tiró al suelo y noté un golpe muy fuerte en la cabeza. Se puso encima de mí, y no me dejaba respirar.

Elena empezó a jadear. Le puse la mano en la frente.

—Venga, tranquila, no te esfuerces, déjalo para otro momento.

No me hizo caso.

—Sentí su mano entre mis piernas, y que me bajaba las bragas. Intenté gritar *socorro* pero no podía, porque con la otra mano me oprimía tanto el cuello que me dejé inmobilizada. Dijo: «¡Te callas o te mato, guarra!». Y creo que volvió a pegarme. No me acuerdo de nada más.

En ese momento entró la enfermera y me pidió que saliera un momento.

—¡No te vayas! ¡Sácame de aquí! —le oí decir intentando levantar la voz mientras yo salía al pasillo.

—¡Tranquila! Lo haré en cuanto pueda. ¡Te lo juro! —le dije desde la puerta.

Una vez fuera, me apoyé en la pared y creo que yo también empecé a jadear, aunque me contuve. Cuando regresé a la habitación, Elena me insistió en que le contara todo lo que yo sabía.

—Bueno, pues al parecer —dije tomando aire—, Gabriel vio a Santos tan fuera de sí,

que supo que iba a hacerte algo malo. Bajó al garaje por la escalera y escuchó tus gritos. Entró en el cuarto de baño, vio cómo te pegaba y... ¿Es necesario que siga ahora con esto, Elena?

—Por favor, Enrique —dijo sujetándome el brazo—. No me ocultes nada. Quiero saberlo todo. ¿Qué pasó en el cuarto de baño?

—Te aseguro que no consiguió violarte. No lo consiguió. Lo dijo Gabriel, y a mí me lo han contado los médicos.

Me costaba muchísimo hablar. Las palabras se me atragantaban en la boca y salían a veces dispersas, y otras abarrotadas. Me senté a su lado, sobre la cama, y le acaricié los hematomas con suavidad con el dorso de los dedos. Continué:

—Entonces llamó a seguridad. Dicen que Santos estaba tan fuera de sí que necesitaron varias personas para poder reducirle. Como puedes suponer, se originó un buen escándalo.

—¡Uf! Yo solo me acuerdo, aunque de forma borrosa, que me desperté en una ambulancia. Creo que fui consciente de que algo grave me había ocurrido cuando llegué al hospital. No tenía fuerzas ni para preguntar. Por unos instantes pensé que me habría caído, o que me habrían atropellado. Sé que me desnudaron y me miraron por todas partes, me extrajeron sangre y no sé qué más. Luego vino la policía y les conté lo poco que recordaba, pero en esos momentos yo solo quería irme, y me fui.

Mientras hablaba, sentía tanta pena y tanta ternura hacia ella... Le cogía la mano y se la besaba, luego le acariciaba los brazos, y mi mirada se desplazaba una y otra vez hacia su vientre. Incluso llegué a poner la mano sobre él con extremo cuidado, como si temiese dañar algo intangible y sagrado.

—¿Y cuál fue el resultado de las pruebas? —le pregunté, a pesar de que el médico me aseguró que se había marchado sin conocerlo.

—No quise saber nada, solo quería irme a casa. Me sentí más sola que nunca, mi móvil estaba sin batería. Pensé en llamarte de algún modo, pero me sentía bloqueada. Además, sabía que no estabas en España.

—Me siento muy culpable. No debí haberme marchado hasta que todo hubiera terminado.

—¿Cómo puedes decir eso? Ninguno pensó que pudiera ocurrir algo así. Tú no tienes la culpa de nada. Al contrario.

—No hables de ello si no quieres ahora. Pero... ¿por qué intestaste...? Lo de esas pastillas... —no me atrevía a pronunciar la palabra *suicidio*.

—Cuando llegué a casa —continuó—, creo que enloquecí. Me miré al espejo y vi cómo tenía la cara, incluso aún sangraba un poco. Luego me desnudé y vi todas las marcas

que tenía en las piernas y en las ingles. Me dolía todo el cuerpo y no estaba segura de lo que Santos me había hecho. Volví a mirarme al espejo y entonces no solo vi mi cara amoratada, sino a alguien vulnerable e indefenso. Me sentía en medio del caos, suspendida en el vacío, sin ningún punto de referencia y sin nada a qué agarrarme. No pude soportarlo. Estoy tan arrepentida...

—Venga, tranquila, ya ha pasado todo, estoy contigo. Te quiero mucho. —dije mientras la abrazaba.

—Yo te quiero demasiado, ¿comprendes?, y creo que desde hace bastante tiempo.

—Lo sé.

Me miró sorprendida.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace bastante tiempo. Elena, yo también te quiero y sería feliz contigo toda mi vida. Confiamos el uno en el otro. Los dos somos iguales.

—¡No! ¡Ahora ya no lo somos! Yo te quiero a ti de una manera distinta y no puedo hacer nada para evitarlo, porque ya no controlo nada. Me siento completamente desnuda, como si fuera una especie de caracol al que le han arrancado la concha. Y tú... Tú sigues conservando la tuya.

—¿La mía? La mía hace tiempo que está agujereada y en muy mal estado.

Volvió a entrar la enfermera con unos celadores, y le inyectó algo. Dijo que tenían que llevarse a Elena para hacerle unas pruebas y que tardarían un par de horas. Yo insistí en quedarme a esperarla, pero ella me pidió que me marchara.

—¡Uf! No sé lo que me han puesto que me da tanto sueño. Cuando vuelva me gustaría dormir —dijo.

—De acuerdo. Volveré esta tarde —contesté. Y le di un beso.

Me marché a casa de mi hermana, me tomé una biodramina, me acosté y por fin pude dormir.

Serían cerca de las seis de la tarde cuando regresé al hospital. Elena parecía algo más despierta que por la mañana, e incluso diría que más animada.

—Elena, no sé a lo que te referías esta mañana con eso de que tú y yo nos queremos de manera distinta. ¡Mírame! Cuando salgas de aquí nos casaremos enseguida.

A pesar de su mirada triste, me sonrió como si hubiera dicho algo gracioso.

—¡Dios mío, Enrique! ¡Ten piedad de mí! No puedo reírme, me duele mucho la boca. Me estás pidiendo matrimonio —se rio a pesar de todo, aunque de su garganta apenas salía sonido alguno—. Y me lo pides cuando acabo de salir de la UCI, cuando estoy aquí postrada, desfigurada e indefensa. Y además has dicho *enseguida*. ¿De dónde viene ahora

tanta prisa? ¿Por qué no esperas a que esté bien y me prepares una de esas cenas románticas con velitas y música de violines?

Volvió a sonreírme y, tras unos segundos de silencio, añadió:

—Ni se te ocurra hacer algo así. No, no lo hagas, por favor —apartó la mirada—. No te molestes. No aceptaría.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo?

Volvió a mirarme.

—Ya no quiero ser tu ángel de la guarda.

—¿Ángel de la guarda? No sé lo que quieres decir.

—Tampoco entiendes esto. No importa.

Suspiró.

—Quizá deberías dormir un poco. ¿Quieres que te deje descansar?

—Creo que ayer soñé con alguien que no sé quién es —me miró—. Todo está muy confuso. Solo recuerdo que esa persona tiraba de ti muy fuerte y tú me agarrabas a mí de una forma que me hacía daño. Era tan angustioso que me asfixiaba. Entonces escuché que alguien me decía: «Elena, Elena. Venga, despierta, abre los ojos e inspira hondo. Venga, Elena, coge aire y respira, puedes hacerlo sola». Y yo me esforcé y lo hice, y entonces me vi a mí misma al aire libre, como liberada.

—A veces se sueñan cosas muy raras y en una UCI supongo que mucho más. No te obsesiones con eso.

—Ya.

Cerró los ojos y yo supuse que se quedaría dormida, pero de pronto los abrió y me miró de un modo tan extraño que me produjo cierto desasosiego.

—Nunca me has hablado de ella —dijo—. ¿Cómo es?

—¿Ella, quién? Por favor, Elena. ¿A qué viene eso ahora? No sé a quién te refieres.

—¡Necesito que me lo digas! —dijo suplicante.

—Tu cabeza aún no está clara. Necesitas relajarte y no pensar —contesté mientras le daba un beso—. Mira, te contaré todo lo que quieras, pero otro día, ¿vale?

No contestó. Su forma de mirarme a los ojos me hacía daño. Se revolvía en la cama. No sabía si llamar a la enfermera.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó mientras tiraba de mi brazo—. ¿A qué se dedica? ¿Qué cosas le gustan? —me agarró del cuello de la camisa y me acercó a ella con fuerza—. Ella nunca te quiso, ¿verdad? ¿Se aprovechó de ti? Te hizo mucho sufrir y te dejó. ¿Ella te dejó? —añadió sin soltarme.

—¡No! —contesté alto y tajante, mientras me deshacía de sus dedos—. ¡Fui yo quien la dejó a ella! ¡Actuaba de manera irreflexiva...! ¡Me sentía desarmado...! ¡Temía ser

destruido...! ¡No creo que nadie pueda entender esto!

—¡Llevo toda mi vida luchando contra ese tipo de sentimientos! —dijo.

—¡La quería! —continuó sin frenos—. Y creo que ella a mí. Siempre supe que estaba en peligro... Nunca quiso contarme nada. Ella creo que quería a otro hombre, pero no lo sé en realidad. Me pidió dinero... «Puede ocurrir una desgracia», dijo, entre muchas otras cosas. Se lo di y me marché... Ahora ella tan solo es un fantasma que aparece y desaparece cuando se le antoja sin que yo pueda hacer nada para impedirlo. Supongo que con el tiempo me dejará en paz y dejarán de atormentarme todos sus secretos. Si pudieras hacerte una idea de lo que he llegado a odiarla...

Creo que de pronto enmudecí. Me sentía desorientado, sin saber a ciencia cierta lo que había dicho o hecho minutos antes. La voz de Elena me devolvió a la realidad.

—Esto que cuentas es como un puzle —dijo mucho más tranquila—. Las piezas están incompletas y desordenadas. Si hubieras sido capaz de pensar de manera fría y racional, como hiciste conmigo con el asunto del acoso, es posible que poco a poco todo cobrase sentido. No vas a poder librarte de ella mientras tengas tantas dudas.

Necesitaba escapar de allí, beber, fumar, mojarme la cabeza. Acudí a la cafetería y solo bebí agua, casi un litro entero. Estaba muy arrepentido de haber hablado de Valentina. Debí haber sido más hábil y no claudicar jamás ante su insistencia. ¿Por qué no me comporté de un modo tajante con ella? ¿Qué pretendía? ¿Por qué se empeñaba en hacerme recordar aquello? Además, tenía que comunicarle lo de su embarazo. ¡Estaba claro que no sabía nada! Además, estaba alterada, confusa.

Cuando volví a entrar en la habitación, no esperé más.

—Elena, tengo...

—¡Ah! No te he dicho una cosa —interrumpió. Parecía que intentaba mostrarse contenta—. Hace un rato he podido hablar con mi hermano y va a venir a verme desde Nueva York. He decidido irme con él. Siempre me ha insistido en que me fuera allí a trabajar a su despacho. También es abogado, y muy bueno, por cierto. Así que ya lo sabes. Allí me buscaré a un buen psiquiatra —se reía—. Me tumbaré en el diván como Woody Allen y...

—¡Elena, para! ¡Déjame hablar! Tengo que decirte una cosa que te ocurre y de lo que al parecer nadie te ha informado.

Elena se incorporó un poco. Apoyó los codos en la cama y me miró con gesto de preocupación.

—¿Qué me pasa? Sea lo que sea, quiero saberlo. Dímelo sin rodeos. Parece que vas a decirme que me voy a morir.

—No, no. No es eso. En absoluto —durante unos instantes caminé arriba y abajo por

la habitación—. Es algo que me dijo ayer el médico, pero no es nada, en realidad no es ninguna enfermedad... —por fin me senté en el borde de la cama y le cogí la mano—. Creo que ahora no tiene mucha importancia. Bueno, no sé muy bien si la tiene o no... Es tan solo que... Verás, me han dicho que estás embarazada. Pero no te preocupes, solo de algunas semanas —no hacía más que titubear. Me sentía muy ridículo—. No sé cómo ha podido pasar, de verdad. Lo siento mucho. Tú nunca has querido tener hijos. Aunque... dicen que es posible que abortes por todo lo que ha pasado, aunque dicen también que es aún tan pequeño que es posible que no le haya afectado, pero...

Volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada, suspiró, y entonces me pareció identificar en ella un atisbo de ese llanto contenido que aparecía durante nuestras relaciones, esa especie de pesar que negaba tener.

—¿Y no se puede hacer algo? —preguntó tranquila.

—Bueno, supongo que sí. Estás de muy pocas semanas y no habrá ningún problema si decides no tenerlo.

—Me refiero a hacer algo para que no aborte. Me gustaría mucho que todo siguiera adelante. Quiero tener a mi hijo.

Me quedé sorprendido. Daba la impresión de que ya lo sabía. Había reaccionado tan rápido, sin detenerse a pensar en los pros y los contras, una reacción tan impropia de ella...

—Tú esto ya lo sabías —dije.

—¡No! Hace algunos meses que tengo las reglas muy irregulares. Pensé que era por el estrés. ¡Estoy embarazada! Ya sé que es pequeño, pero supongo que si todo va bien, crecerá. Quiero tenerlo.

En ese mismo instante, se representó en mi memoria la imagen de aquellos niños que jugaban en la plaza de Oriente cuando estaba con Valentina, solo que, en este caso, ¿uno de ellos sería mi hijo? Parecía que todo esto, una vez más, no me estaba sucediendo a mí. No podía, no quería imaginarme a mí mismo en un futuro cercano. Se me iba de las manos por completo. Sé que es una maldita falacia pretender saberlo, pero para mí era una necesidad que arrastraba desde mi niñez: conocer el aspecto, el color y las dimensiones de la próxima baldosa que iba a pisar, y luego, organizar un plan para evitar imprevistos. Sin embargo, parecía que todo eso había quedado atrás. La ilusión del control se me había hecho girones.

—Escucha, Elena: no sé si tu decisión de querer tener al niño se debe a que aún no te has recuperado pero, sea como sea, quiero que sigamos juntos. No te vayas a Nueva York. Si te marchas, me iré contigo. Buscaré trabajo y criaremos a nuestro hijo. ¡Es lo que quiero! Tú lo tienes todo, todo lo que me gusta en una mujer, y más aún. Eres guapísima,

inteligente, eres la mujer más cariñosa que he conocido, nos entendemos muy bien, y te quiero muchísimo. ¡Tienes que creerme!

—No razones tanto. El amor se siente y ya está.

—¡Pero es que yo lo siento! Nunca le he pedido a ninguna mujer que se case conmigo. ¡Yo te quiero!

—Vale, vale. Tranquilo —me acarició la cara y me peinó el cabello con los dedos—. No pensemos en eso ahora. Es muy precipitado, ¿no te parece?

Renacer

A los pocos días, Elena fue dada de alta en el hospital y nos marchamos a su dúplex, que hacía tiempo que se había convertido en nuestra casa. No volvió a hablarme de su intención de marcharse con su hermano a Nueva York.

—Bueno, por ahora estamos los dos aquí —dijo—. Además, creo que hay que esperar a que mi embarazo esté algo avanzado y comprobar que todo está bien.

—¿Y después? ¿Y después qué harás? Cuando comprobemos que tu embarazo está bien, como tú dices. ¡No voy a consentir que te vayas!

—Ya veremos. No pienses en eso ahora, ¿vale?

—¿Cómo no voy a pensarlo?

—En cuanto desaparezcan mis hematomas —dijo—, volveré al bufete. No quiero que Santos se salga con la suya y que al final abandone mi trabajo. Además, conservo la grabación en la que Francisco me injuria y quiero pedirle responsabilidades.

Al cabo de unas semanas, a excepción de algunos vómitos matutinos por su embarazo, Elena se encontraba recuperada. Una mañana, su móvil, olvidado sobre la mesa, sonaba con insistencia, tanto que fui a mirar quién podría llamar así. Era su hermano desde Nueva York. Supongo que, como a mí, le resultaría muy extraño que no respondiese, pero hacía tiempo que la permanente compañía de su móvil ya no era tan vital para ella como antes.

Volví a dejarlo donde estaba, pero me llamó la atención un sobre cerrado que había visto debajo. *Ecografía Gestacional*. El nombre de Elena en exclusiva era el que figuraba en él. Me molestó que no me hubiese hablado de esa prueba. Parecía que se había erigido en dueña y señora de algo que también era mío.

Abrí el sobre: «Se objetiva un embrión único que corresponde a una gestación de unas dieciséis semanas... Longitud del fémur... Se hace evidente la existencia de latido cardiaco...». Dejé de leer. Tenía más de diez centímetros y su corazón latía.

Apenas llegó, se dio cuenta de que el sobre estaba abierto. Me miró de manera inquisitiva. Le pregunté sin rodeos:

—¿Por qué no me avisaste de que tenían que hacerte una ecografía? Me hubiera gustado acompañarte.

—¿Acompañarme? ¿Para qué? Eso es asunto mío.

—¿Cómo dices? Es tanto asunto tuyo como mío. Este niño que, por cierto, ya tiene su corazoncito, es mitad de los dos, al cincuenta por ciento. ¿No crees?

—Bueno, eso puede tener muchas interpretaciones. Desde el punto de vista legal...

—No hay interpretaciones que valgan —levanté la voz— y me importa una mierda lo legal. Es mi hijo también. Ninguno de los dos lo buscó, pero ahora existe y está vivo, y crece... ¿Por qué me miras así? ¿Hay algo que no me hayas dicho? No soporto las mentiras. Quiero saberlo todo.

Se sentó en el sofá y se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y se sujetó la cabeza con las manos.

—Bueno, supongo que ahora ya da igual —dijo—. Ya no tiene remedio.

—¿Remedio? ¿Qué quieres decir?

—Si no hubiera sido por lo que hice, lo de las pastillas, tú nunca te habrías enterado de nada. Si hubiera sabido en esos momentos que ya estaba embarazada...

—No te entiendo. Quiero que te expliques —volví a levantar la voz—. ¿Vamos a empezar ahora con secretos? ¡Explícate!

—¿Secretos? Creo que a veces es muy difícil que no los haya. Verás, yo... Cuando me estabas cuidando tanto, te sentía tan cerca... A mí nunca me habían protegido así. Jamás me sentí tan querida, con esa sensación de que de verdad yo le importaba a alguien.

Se levantó y comenzó a deambular de un lado a otro del salón frotándose los brazos.

Intenté abrazarla. Me transmitió tanta tristeza...

—Por favor, Elena, siento haberte gritado. Perdóname, pero necesito saber lo que pasa. Siéntate a mi lado.

Lo hizo.

—No te imaginas cuánto me esforcé para evitarlo —prosiguió—, pero al final lo tuve que aceptar: me había enamorado. Me odiaba a mí misma por haberlo hecho. Pero tú estabas ahí, día a día, noche tras noche, conmigo. No sé muy bien en qué momento, ni por qué, pero empecé a desear tener un hijo contigo, tanto que no me lo podía quitar de la cabeza. Pensaba: «Tengo casi treinta y seis años y quizá no vaya a tener otra oportunidad de ser madre, al menos no con el hombre al que quiero de verdad». Me desvelaba a veces pensando en eso, y te veía dormido a mi lado, mientras sentía tu calor. Me pegaba a ti, y cuando tú lo notabas te volvías y me abrazabas.

—Dios mío, Elena —intenté acercarla.

—¡No, suéltame! Es posible que después de esto ya no quieras volver a verme. ¿Te acuerdas de una noche en la que estabas dormido y te desperté? Comencé a acariciarte y tú también a mí. ¿No te acuerdas? Te dije: «Penétrame. Quiero que me penetres. ¡Hazlo, por favor! ¡Lo necesito!». Entonces hiciste ademán de ir a coger un preservativo, pero yo te lo impedí. «No es necesario. Córrete dentro», te dije. Me preguntaste si estaba segura, y yo asentí. Al día siguiente sucedió lo mismo, y también al otro. Confías en mí, en que

utilizaba algún tipo de protección.

—Pero Elena, si me lo hubieras dicho...

—Una noche intenté hablarte de ello, pero al final no me atreví. Estaba segura de que hubieses sopesado si era o no conveniente en ese momento, y pensé que te negarías. Me sentí muy sola a pesar de estar contigo. Además, tú desde el primer momento dejaste muy claro que estabas enamorado de otra...

—¡Eso ya no es cierto! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Decidí intentar quedarme embarazada y después marcharme a Nueva York. Tú nunca te habrías enterado si no hubiera sido por todo lo que sucedió después.

Elena estuvo llorando casi toda la tarde. En algunos momentos parecía calmarse pero, al poco, volvía a hacerlo incluso con más fuerza. Intentaba consolarla, pero nada resultaba efectivo. Se escondía en la habitación una y otra vez. Decía: «me da mucha vergüenza». Yo le suplicaba que saliera y al final lo hacía. Entonces la abrazaba pero ella aún lloraba más y me apartaba.

—Me he convertido justo en la mujer que nunca quise ser, en una mujer dependiente e histérica. Además voy a tener un hijo. ¿Cómo he podido cambiar tanto? Ya no soy capaz de llevar la vida de antes. Si intento salir fuera de Madrid cuando estás de viaje, o leer, o lo que sea, no puedo concentrarme. En lo único que pienso es en ti, en lo que te echo de menos.

—A mí me pasa lo mismo, siempre te echo de menos.

—Ahora tengo que volver a acostumbrarme a estar sola y reconducir mi vida.

—¿A qué te refieres? ¡Dime!

—No puedo ni quiero depender de ti ni de nadie —se secaba con furia las lágrimas de la cara con sus propias manos, y no me escuchaba—. Sé que ya no soy la misma de antes, pero necesito ser fuerte ahora más que nunca. ¿Dónde has escondido mis armas para poder defenderme? ¿En qué armario las has guardado? ¿O es que las has tirado a la piscina? —llegó a bromear en medio de su llanto.

«Llorar».

Ahora, mientras escribo todo esto y conozco de ella muchas más cosas, pienso que quizá necesitaba hacerlo por todas esas veces en las que ella misma no se lo permitió a lo largo de su vida.

No sabía cómo actuar con ella, y pensé que lo más adecuado sería dejar que llorase todo lo que quisiera. A lo largo de esa tarde volví a jurarle que la quería y a hablarle de nuestro futuro, los dos juntos, con nuestro hijo. Se lo repetí de mil maneras. No respondió.

Serían más de las doce de la noche cuando por fin dejó de llorar. Se acurrucó en el sofá y cerró los ojos.

—Acuéstate —le dije tirando de su brazo muy despacio—. Venga, ponte el camisón y métete en la cama.

—¡Ya no te permito que vuelvas a hacer de madre conmigo! —dijo mientras se levantaba—. ¡No me trates como a una cría! Además, quiero que te vayas. ¡Ahora! No me malinterpretes, por favor. Ya sabes todo lo que te quiero, pero es necesario. ¿No lo entiendes? —creí que iba a volver a llorar, pero respiró muy hondo, se irguió y logró contenerse—. Por favor, recoge tus cosas y vete. Te llamaré mañana. Voy a apagar el móvil. Quiero dormir.

Sacó todos mis objetos personales de la habitación y del cuarto de baño, de forma apresurada. Yo intentaba impedírselo, y se los quitaba de las manos y los volvía a colocar donde estaban. Aquello se convirtió en un forcejeo.

—No pienso irme. No voy a dejarte sola. Tranquilízate, por favor —le repetía.

Observaba sus reacciones ante cada una de las cosas que recogía, incluso las más íntimas y personales. Pero ella, tras identificarlas como «objeto a retirar», dejaba de mirarlas y las eliminaba con aparente indiferencia a la vez que las introducía en una bolsa. Desde luego, en ese momento, aunque decía que ya no era la Elena de antes, al menos no había olvidado cómo actuaba.

—Elena, por favor, escúchame —supliqué mientras la perseguía por toda la casa—. Quiero que hagamos pública nuestra relación, que te conozca mi familia y que actuemos como una pareja normal.

—Sí. Lo que tú quieras —interrumpió al mismo tiempo que me entregaba mis cosas—. Por favor, te lo pido por favor, quiero estar sola. Vete. Ya estoy tranquila. Te he dicho que mañana te llamaré.

A pesar del desconcierto que me producía su conducta, pensé que lo mejor era obedecerla, al menos por esa noche.

—De acuerdo. Me voy. Mañana a las ocho te llamaré.

—Y yo te contestare a las diez —dijo mientras me conducía del brazo hacia la puerta—. Ya te he dicho que quiero dormir.

Por fin, un día Elena decidió volver a la oficina. Santos ya no estaba. Fue detenido y acusado de agresión sexual. En su intento por evitarlo alegó que aquello no era tal, sino que fue algo propiciado y solicitado por «la perversa Elena», y que tan solo pretendía satisfacer sus fantasías sexuales. Todo fue inútil para él. El psicópata integrado había dejado de serlo y había mostrado su verdadera naturaleza. Y Francisco, el que la juzgó y condenó dentro del despacho, tampoco estaba. Se comentaba que le habían trasladado a otra oficina fuera de Madrid. Nadie deseaba hablar de ello.

La llegada de Elena al trabajo despertó una expectación enorme. Su embarazo ya era evidente. Me dijo unos días antes que se había comprado ropa especial y, por unos instantes, pensé que aparecería en el bufete con los típicos vestidos anchos de *premamá*, pero no sé por qué deseché enseguida esa idea.

Aquella mañana, cuando entró en la oficina, todas las conversaciones quedaron interrumpidas y todas las miradas se fijaron en ella. Llevaba puesto uno de los vestidos más ajustados que le había visto. Parecía que había regresado aquella Elena Astaburuaga del principio: erguida, sonriente y segura de sí misma. Saludó a todos y todos la saludaron: «Bienvenida de nuevo... Te vemos muy bien... Ha sido usted muy valiente», le dijo al final Manoli.

Aunque sabía que se enfadaría mucho, me levanté y me acerqué a ella. Mi intención no era saludarla como si fuera un compañero más. Se me ocurría llegar más lejos para que, a partir de ese momento, nuestra relación se conociese de una vez por todas. Su vientre iba a crecer cada vez más, y no estaba dispuesto a ocultar que dentro de él estaba mi hijo.

Todavía no se había sentado. Como aquel día en que tomó posesión de su escritorio, abría y cerraba los cajones, distribuía sus objetos sobre él y ajustaba su silla. Supongo que adivinaría mis intenciones, porque levantó la mirada y, sin dejar de organizar su mesa, se adelantó a decir:

—Hola, Enrique. Sí, ya estoy aquí otra vez. ¿Qué tal estás? —me dio dos fugaces y asépticos besos en la mejilla—. ¿Cómo va tu derecho internacional? ¿Sigues viajando tanto?

—Vaya, Elena, parece que has engordado un poco —dije con sarcasmo, tras retroceder unos pasos y observar sin disimulo su contorno.

Me miró a los ojos como si me odiase.

—Y... ¿te gustaba más antes, o te gusto más ahora? —me respondió con frialdad.

—Tú sabes que me has gustado siempre: antes y ahora. Bienvenida, Elenita —dije mientras regresaba a mi mesa.

Todos habían escuchado nuestras palabras y ahora sus gestos parecían contener cierto tinte de cotilleo, porque con una mal disimulada sonrisa la miraban a ella de reojo y después a mí, y otra vez a ella, mientras señalaban aquella cintura abultada de la que yo también me sentía protagonista. Me preguntaba lo que pretendería con aquel vestido que se había comprado que, lejos de disimular su vientre, lo remarcaba aún más. Y es que además su vestido me provocaba un malestar indefinible. Era de color violeta. Y no de Armani, eso seguro. Entonces, ¿quién sería el puto diseñador?

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté más tarde en su casa.

—¡Ah! ¿Te gusta? —dijo mientras con las manos se lo ceñía aún más al cuerpo—. Me lo compré ayer cuando daba un paseo por el centro.

—¿El centro? ¿Y puedo saber qué es para ti «el centro»? ¿Te lo has comprado en la Puerta del Sol? No entiendo nada. Ese vestido no es de tu estilo. No tiene ni un solo ápice de simetría, es...

—Es muy original y me gusta mucho. Te diré dónde lo he comprado.

—No, no quiero saberlo. Es igual, no me interesa.

—¿Conoces la calle Fuencarral? Nace en la Gran Vía y finaliza en la glorieta de Quevedo.

—Conozco de sobra esa calle. No hace falta que me expliques nada. Te he dicho que no me interesa.

—Pues en las callejuelas de la izquierda. ¿Cómo se llama esa zona? No me acuerdo bien. Malasaña, ¿no?

—¡Te he dicho que no quiero saberlo! —grité.

¿Cómo pude perder el control de esa manera? Me acerqué a ella y la abracé.

—Perdona por haberte gritado. Lo siento mucho, de verdad.

—Nunca lo habías hecho.

—Lo sé, lo sé. Perdóname.

Entonces su abrazo se transformó en uno distinto. Me recordó al de aquella noche en la que parecía comprobar que aún estaba allí y no me había marchado.

A pesar de que Elena argüía cada vez más excusas para no vernos, poco a poco conseguí volver a adueñarme de su casa. Cuando ella regresaba del trabajo, allí estaba yo esperándola, y si me exigía que respetase sus decisiones, las ignoraba. Al principio ella se enfadaba mucho e insistía en que aquella era su casa y no la mía, me pedía que le devolviera las llaves, y me amenazaba con cambiar la cerradura; pero al final se rindió y acabó por aceptar mi presencia.

Durante varios meses vivimos juntos y nos comportamos como un matrimonio normal. Por ejemplo, a veces íbamos al supermercado con la intención de cocinar nuestra propia comida, pero ninguno de los dos sabía luego qué hacer con todo aquello. En una ocasión compramos una merluza estupenda, y después de calentar el aceite, colocar harina en un plato y un huevo batido en otro, dudábamos sobre cuánta sal debía echarsele, y si teníamos que pasarla primero por el huevo y después por harina, o al revés. Admito que las ensaladas nos salían mucho mejor. Incluso una vez nos echamos a reír los dos al mismo tiempo al descubrimos al borde de una pelea por echar o no unas aceitunas.

Algunas tardes, acudíamos al cine o al teatro, y después paseábamos por los

alrededores para cenar algo. Por suerte para ella, jamás nos encontramos con ningún compañero de trabajo. Pero Elena cada vez estaba más sensible y llorona, y no podía soportar que alguno de los protagonistas muriese o que no acabasen juntos, así que decidimos que solo iríamos a ver películas u obras de teatro de humor.

Más adelante, observé que, cuando creía que no la miraba, tenía lágrimas en los ojos. Por supuesto, le preguntaba: «Elena, ¿otra vez lloras? ¿Qué te pasa?», y ella contestaba: «Nada, de verdad, es que creo que debo de tener un poco revueltas las hormonas, o a lo mejor es porque soy feliz», y me abrazaba muy fuerte.

Al regresar del trabajo era difícil no comentar algunos aspectos relacionados con él, pero me llamaba la atención que no pareciese tan interesada como en otros tiempos.

Pasó el tiempo, y Elena, embarazada ya de cinco meses, continuaba acudiendo al bufete con toda naturalidad y sin quejarse cuando a veces se la sobrecargaba sin un motivo justificado.

Nadie se atrevía a preguntarle nada o a darle la enhorabuena. Y mientras, yo me sentía cada vez más molesto con su insistencia en no hacer explícita nuestra relación. Pero ella insistía en que eso pertenecía a nuestra vida privada y que no teníamos por qué dar explicaciones a nadie. Creo que a esas alturas era en lo único que yo la obedecía.

Una noche —serían cerca de las tres de la mañana—, la escuché llorar en el salón. Me levanté.

—¿Pero qué haces? Vamos, vuelve conmigo a la cama. ¿Es así como estáis todas las mujeres embarazadas? Anda, ven conmigo.

—Ah! Quería decirte una cosa —dijo una vez en la cama—. Mañana no voy a ir al bufete. Tengo un juicio y después quiero hacer yo misma un montón de trámites.

—Vale, de acuerdo. Nos veremos por la tarde.

Sobre las seis de la tarde me llamó.

—Escucha, voy a pedirte algo: esta noche no quiero que vengas.

—¿Cómo dices?

—Verás... Me da mucha vergüenza decírtelo —la oí lloriquear—. Es que tengo muchos gases y no quiero que tú... Por favor —gimoteaba—, sabes que me tienes a tu merced en todo. Hazme caso en esto, al menos esta noche.

La obedecí.

Al día siguiente, Elena desapareció.

La carta

Por la mañana, Elena no acudió al trabajo. La llamé muchas, muchísimas veces. Su móvil sonaba y al poco aparecía su buzón de voz, que yo invadía con toda clase de súplicas, hasta que quedó en el más absoluto silencio. En mi memoria apareció aquella noche fatídica, y en mis entrañas la misma aterradora angustia.

Cuando intenté entrar en su dúplex, mi llave no abría. A toda prisa bajé a buscar al portero. Me dijo que el día anterior alguien había cambiado la cerradura, y se negó a darme la nueva. Le recordé el incidente del que él mismo fue testigo, y tras unos momentos de duda, me prestó su llave. Apenas entré, percibí algo extraño. Al principio no supe lo que era, pero enseguida me di cuenta. No quedaba ni rastro de su ropa ni de sus objetos personales. En el piso de arriba observé el hueco de aquel pupitre que tanto cariño le tenía y que siempre llevaba consigo cuando se marchaba. Tampoco encontré ni una sola de mis pertenencias, las cuales recibí en mi domicilio en una caja a los pocos días.

Elena se había ido.

Pregunté después, e incluso grité, a cualquiera que pudiera saber algo, y nadie sabía o no quería decirme nada. A muchos les extrañó que ese día no se presentase en el trabajo, y por supuesto, el día anterior no había acudido a ningún juicio.

No sé por qué razón acudí al hospital en el que ingresó cuando intentó suicidarse. Ya sé que fue una completa estupidez, pero en aquellos momentos algunas de mis decisiones estaban guiadas más por la necesidad de recuperarla a cualquier precio que por la razón. Por supuesto, no estaba allí.

Juré que descubriría su paradero y la traería de vuelta conmigo.

A la mañana siguiente, cuando iba a entrar en el bloque de oficinas, el conserje me detuvo:

—Señor Santacreu, perdone. Ayer, a primera hora de la mañana, un mensajero trajo esta carta para usted. Venía con esta nota donde dice que no se la entregase hasta que usted no se marchara por la tarde, pero no le vi salir. Aquí la tiene, y de verdad que siento no habérsela entregado antes.

Reconocí la letra de Elena en el sobre. En un intento loco por abrirlo enseguida lo desgarré, pero por suerte su contenido permanecía intacto. Me senté en un banco y comencé a leer:

«Hola, Enrique. Salgo para Nueva York esta noche y cuando leas esta carta ya

habré llegado, e incluso es posible que esté con mi hermano. Siento que el papel esté algo deteriorado, pero ya sabes que desde hace tiempo lloro muchísimo.

»Tranquilo. No he secuestrado a tu hijo y no vas a tener que emplear conmigo tus conocimientos de derecho internacional. Aquí tienes la dirección de mi hermano, y cuando alquile mi apartamento te enviaré la mía.

»No intentes seguirme o insistir en que vuelva contigo. Sería inútil, porque no lo haré nunca. No pienses que he dejado de quererte. Sabes que eso es imposible, pero necesito distanciarme de ti. Quizá tú ahora no puedas entenderlo, pero cuando lo hagas comprenderás que fue lo mejor para los dos.

»Estoy segura de que encontraremos alguna forma para disfrutar los dos de nuestro hijo, pero ahora necesito rehacer mi vida lejos. Por favor, sigue tú con la tuya, y no te preocupes por mí. Elena».

No pude entrar en el edificio. Me marché al piso y allí, por segunda vez en mi vida, volví a llorar. La primera fue el día que supe que mi madre había muerto.

Upper West Side

Elena y yo manteníamos el contacto. Cada vez que le comunicaba mi intención de ir a buscarla, insistía con vehemencia en que no lo hiciera. Un día se enfadó tanto cuando le dije que ya había conseguido los billetes de avión, que me dijo: «¡Enrique, te lo prohíbo! Te juro que si vienes yo me marcharé para no verte. Lo digo en serio: no vengas. Perdona, pero tengo que irme, voy a colgar».

Por otro lado, decía que estaba muy contenta. Parecía que había sido bien recibida en el bufete de su hermano y cada vez conocía a más gente que la invitaba a distintos eventos sociales. Por fin, acababa de alquilar un apartamento en el Upper West Side de Manhattan y aseguraba que su embarazo, sometido a una estrecha vigilancia, transcurría sin complicaciones.

La echaba muchísimo de menos. Sentía una tristeza y un vacío aterradores y, conforme transcurría el tiempo, aumentaba mi arrepentimiento por no haberla seguido. Un día no pude resistirlo más y volví a pedirle que nos casáramos. Se rio y dijo:

—Pero, Enrique, ¿otra vez?

—Dices que me quieres. Yo a ti también. ¿Por qué no aceptas?

—Porque no quiero divorciarme. Más pronto o más tarde lo haríamos.

—Bueno, las personas cambian y quizá cambies de idea. Tú, por ejemplo, ya lo has hecho en muchos aspectos: dijiste que no querías tener hijos, que eran un incordio, ¿te acuerdas? Y mira ahora.

—Sí. ¿Y no recuerdas lo que dije a continuación? Que con el tiempo el padre llegaba a serlo aún más. ¿Quieres tú acabar así? —y volvió a reírse—. ¡Ah, por cierto!: ¡es un niño!

Lo único que fui capaz de decir fue que me alegraba muchísimo... y que yo estaba tan lejos que tendría que hacer algo con eso y aún no sabía qué.

Intentaba por todos los medios continuar con mi vida, con mi trabajo y con mis viajes, que, como en otro tiempo, propiciaba para evitar pensar y sentir. Incluso trasladé mi despacho a otro edificio para que no hubiese nada que me obligase a recordarla.

Era curioso, pero desde que inicié mi relación con Elena apenas había tenido pesadillas, y sin embargo ahora las sufría casi a diario. Una de ellas se repetía a menudo, aunque con distintos matices. Se trataba de aquella escena que viví con Valentina en la plaza de Oriente donde jugaban unos niños muy pequeños, y en la que me dijo que deseaba tener hijos y me habló de instintos y de sentimientos; aquella en la que yo insistía

en que la paternidad se debía planear de manera responsable; aquella en la que, de improviso, le tapé la boca con la mano y la llamé temeraria. Pues justo allí aparecía Elena pronunciando frases similares a las suyas. Otras veces era Valentina quien hablaba. Y en otras, aparecían las dos juntas charlando sentadas en un banco como si fueran buenas amigas, rodeadas de cochecitos de bebés, de biberones y hasta de un caballito de madera. Y yo estaba allí marginado e indefenso, como si contemplase una película donde los protagonistas, por más que te empeñes, jamás podrán escucharte.

A menudo mis cavilaciones me impedían dormir, y me levantaba a deambular por el piso como un animal enjaulado. En mi mente aparecían, de forma anárquica, retazos de todo lo que había sucedido en el último año: mi relación con Elena, nuestros días y nuestras noches, el acoso, su intento de suicidio... ¿Pero y mi hijo? ¿Qué iba a pasar con él? Yo era su padre, quería tenerle cerca y, aunque Elena no quisiera estar conmigo, la idea de dejar Madrid y marcharme a Nueva York cobraba cada vez más fuerza.

El estallido. El tarro de mermelada

Las noticias que recibía del estado de salud de Manuela eran cada vez peores, hasta que una mañana me llamó Virtuosa.

—¡Don Enrique, creemos que ha muerto doña Manuela!, aunque no estamos muy seguros...

—¿Pero cómo!? ¡Llamen al SAMUR!

—¿Otra vez? Pero si por unas cosas o por otras, no sale del barrio.

Malasaña. Mientras me internaba en aquellas calles, me parecía llegar a otro país, incluso a otro mundo, que no había visitado desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, en mi cabeza no existía nada que no fueran los trámites burocráticos propios del deceso. No, no pensé en absoluto en Valentina, ni tenía ya miedo alguno de volver a verla, aunque sabía que sería inevitable encontrarla allí.

Mientras llegaba al portal, mi portal, subía por la escalera, mi escalera, y alcanzaba el rellano donde se encontraba la casa de Manuela, los recuerdos de Valentina aparecían tímidos, como una leve llovizna que se evapora antes de llegar al suelo.

Por fin, había penetrado sin miedo en la tierra prohibida.

En la habitación de la difunta, Nelly y Virtuosa se empeñaron en contarme de forma macabra algunos detalles de los últimos días de la agonía de Manuela, a los cuales no presté atención.

—¡Mirad! Este vestido era uno de sus preferidos y...

Valentina entró en la habitación como si llevase entre sus manos algo valioso. No sentí nada al verla, nada, como si fuera una vecina más del bloque, o una mujer que ni siquiera estuviera allí sino al otro lado de un cristal grueso y cuya presencia no pudiera perturbarme en absoluto.

Sin embargo, ella al verme pareció sobresaltarse un poco. Me miró y durante unos segundos se quedó callada. Ni siquiera contesto a mi *hola*, y me ignoró como si yo fuera un mueble más de la habitación.

—Sí—dijo retomando la frase que había interrumpido por mi presencia—. A ella le encantaba este vestido. Creo que es mejor que se lo pongamos antes de que se la lleven. Seguro que a ella le hubiese gustado.

Volvió a mirarme de manera fugaz y comenzó a llorar, de una manera apenas perceptible si no hubiera sido por unas lágrimas que intentaba secar con sus manos.

El recuerdo de ella emocionada aquella tarde en el concierto del *Requiem* de Mozart provocó en mi interior un enorme estallido. Todas las sensaciones que tuve cuando estaba con ella en ese momento me invadieron. Aquello era tan abrumador que tuve que salir al rellano de la escalera. La música no dejaba de sonar dentro de mí. Aquellos coros del principio, incluso *la fuga* de la parte primera, se reprodujeron dentro de mi cabeza con un volumen tan elevado que hacía retumbar todas mis vísceras. Recordé la sensación de posesión de aquella mano menuda que se escondía en el interior de la mía y que se mezclaba ahora con el fuego intenso que desde el interior de mi cabeza se extendía hacia el resto de mi cuerpo como una onda expansiva. La sudoración caliente que me produjo se enfrió a los pocos segundos, provocándome una tiritona inaguantable. Necesitaba llenar de aire mis pulmones. Sin dejar de temblar, encontré la llave de mi casa, que aún permanecía en mi llavero, y me escondí en ella. Abrí el balcón y lo primero que vi fueron los suyos. Me di la vuelta, y la vi a ella medio desnuda sobre el sofá mientras sentía el calor de sus muslos. Miré hacia la puerta de la calle, y también estaba allí suplicándome que no la abandonase. Intenté salir a la terraza, pero incluso antes de abrir la puerta la percibí allí, al otro lado, esperándome. A pesar de todo, la abrí y me senté sobre una silla de madera polvorienta. Cerré los ojos, respiré despacio e intenté imaginar que me encontraba muy lejos de allí, quizá en algún lugar de la selva africana, quizá en una fiesta indígena de esas a las que llevan a los turistas. Pero el sonido de sus instrumentos de percusión se mezclaba ahora con las notas del *Requiem* de manera disonante.

Me levanté y, rendido, me dejé caer sobre la cama de la habitación, que permanecía a oscuras. Desistí de luchar contra mí mismo. Y así, poco a poco, mis sensaciones se calmaron y, por fin, el silencio. «Tranquilo, no pasa nada —me repetía—. Han sido demasiadas emociones fuertes en el último año. A Valentina conseguiste olvidarla, ¿recuerdas? Dejaste de quererla hace mucho. Valentina no es más que un recuerdo. Aquello ocurrió hace mucho tiempo. Solo es un recuerdo... Solo eso».

A los pocos minutos, ya casi recuperado, volví a la casa de Manuela. Valentina parecía serena y hablaba del sepelio con tranquilidad. La observé mientras me esforzaba en detectar aquel cristal aislante que me hacía inmune a ella. Me miró de nuevo, quizá solo un segundo, y volví a ver sus lágrimas. Cuando Nelly lo advirtió, puso la mano sobre su hombro y le dijo con voz suave:

—Señorita Valentina, no llore. Ha estado muy bien cuidada y ha muerto en su casa, como ella quería. Ojalá todos tuviéramos esa suerte.

Valentina asintió y abrazó a Nelly. Y en ese momento, Virtuosa, que había ido a la cocina a preparar café, nos llamó desde allí muy alarmada:

—¡Don Enrique! ¡Don Enrique! ¡Venga! ¡Venga enseguida!

Virtuosa llevaba en la mano un sobre muy abultado que había descubierto dentro de un tarro de mermelada muy sucio que estuvo a punto de tirar a la basura. El sobre estaba cerrado, pero cuando lo palpé, era evidente que contenía dinero. Lo abrí.

Estaba repleto de billetes de quinientos euros.

Permanecimos inmóviles, callados durante unos segundos. Por fin Valentina dijo:

—Ella decía que era rica. ¡Y que tenía mucho dinero en el banco!

Se dirigió al comedor y se detuvo frente a una banca antigua de madera arrimada a una pared. Las tres mujeres se miraron y, sin pronunciar palabra, la exploraron de cabo a rabo: los asientos, cada una de sus patas... Virtuosa fue a por unas tijeras, cortó con saña los cojines y, frenética, los vació. Los trozos del relleno volaron por la habitación hasta hacernos toser. Dadas ya por vencidas, dieron un soplido, se dejaron caer las tres al mismo tiempo sobre la banca y sus traseros se estrellaron contra el suelo tras un crujido de la madera. Entonces observamos que uno de los travesaños estaba hueco. Lo aplastamos entre todos con los pies, y entre sus virutas aparecieron más billetes, billetes de quinientos euros enrollados en paquetitos envueltos con una gomita podrida.

Sin decirnos nada, sorteamos las astillas de madera, los recogimos del suelo y los colocamos despacio, uno a uno, sobre la mesa del comedor. Acabada la faena, nos sentamos alrededor de ella y, como si fuéramos cuatro empleados de banco del siglo pasado, contamos los billetes con paciencia y precisión. La suma de los del tarro de mermelada más los de la banca ascendía a cuarenta y cinco mil euros.

Otra vez todos mudos, inmóviles, con la mirada fija en el dinero.

—Bueno, don Enrique, usted dirá lo que hacemos con esto, ya que es un hombre de leyes —dijo Virtuosa con voz trémula.

—Sí, es cierto. Creo que soy un hombre de leyes.

Formé tres montones de quince mil y los puse delante de cada una de ellas. Se miraron entre sí. Valentina se apresuró a decir que no quería nada; pero las otras dos, petrificadas, observaban su montón, como un adicto al dulce observa un pastel. Valentina contó del suyo seis mil euros y los colocó delante de mí dando un pequeño golpe en la mesa.

—¡Toma! Es el dinero que te debía. Ahora estamos en paz. El resto que sea para ellas, que han sido las que más la han cuidado. Creo que, en conciencia, es lo justo.

Tanto Nelly como Virtuosa se apresuraron a guardarse el dinero. Nelly en los bolsillos, Virtuosa dentro de su escote. Después, con un mal disimulado estado de excitación, amortajaron a Manuela con el vestido que había elegido Valentina.

Por fin, llamaron a la puerta. Eran los empleados del seguro de decesos que se llevarían a Manuela al tanatorio. Nelly y Virtuosa bajaron con ella y, justo en el momento en que iba a salir Valentina, empujé la puerta con la mano y me apoyé en ella. Nos

quedamos solos. Ella intentó abrirla, pero yo se lo impedí. Me crucé de brazos y le dije con voz pausada:

—¿Sabes una cosa, Valentina? He descubierto que ya te he olvidado por completo y que por fin me resultas indiferente.

—¡Pues me parece estupendo, porque a mí me pasa lo mismo! —dijo en un tono seco—. ¡Déjame salir!

No, no pretendía hacerlo, pero alguien o algo oprimió el gatillo. La agarré del pelo, de sus largos mechones de cobre, y le comí la boca. Forcejeó conmigo para liberarse. Y cuando por fin iba a soltarla, me sujetó ella a mí y me hizo lo mismo: besarme con fuerza. Creí que me iba a volver loco, pero tras unos instantes me apartó, alcanzó el pomo de la puerta, y, antes de marcharse, me gritó:

—¡No quiero volver a verte! ¿Crees que después de casi dos años puedes venir y pretender tenerme a tu disposición porque a ti te da la gana? ¡No vuelvas más por aquí! Yo también voy a decirte una cosa: ¡soy cocainómana y tengo un novio al cual dejo gustosa que me maltrate! Me excita el sexo duro. Yo le pago sus vicios. ¡Además la cocaína me pone un poco paranoica y veo cosas que no existen! Bueno, pues ahora ya lo sabes todo. Puedes marcharte tranquilo. Ya conoces toda la verdad.

Salió del piso y bajó apresurada la escalera.

Hacía solo unos instantes que Valentina me confesaba sin tapujo alguno lo que yo más temía. Y además me pedía a gritos que me marchase y que no volviera nunca.

¿Por qué en esta ocasión tampoco la creía?

No la creía en absoluto.

Las dos menos cuarto. Recuerdo que a esa hora solía cerrar la tienda para comer. Era entonces cuando abría de par en par sus balcones abarrotados de flores, y a los pocos minutos la música escapaba por ellos, alcanzaba mi casa y se extendía sosegada hasta el último rincón, como la onda de agua en un estanque.

Bajé a la calle y recorrí muy despacio los escasos metros que separaban mi portal del escaparate de su tienda, hasta que, por fin, la distinguí en su interior, como tantas otras veces había hecho. Estaba de pie tras el mostrador, rodeada de muñecas antiguas, de objetos de porcelana, de lámparas de cristal, de ramos de novia y de aquel libro grande con bordes dorados en el que, a veces, tomaba algunas notas. Contemplaba desde la acera a ese espíritu burlón y demoníaco que me empeñaba en exorcizar para ser libre, tan libre como lo había sido antes de conocerla. La contemplaba como hacía cada noche en el club, mezclada con notas de *jazz*, de *soul* y de *blues*, o cuando observaba sus ventanas desde la penumbra de mi casa.

Del interior de la tienda escapaban las notas de una canción de Stevie Wonder: *All in love is fair*. Siempre me ha gustado esa canción. Tiene razón mi sobrino Kiko: soy un romántico, aunque en los momentos en que me doy cuenta me siento avergonzado.

Parecía que el tiempo no había transcurrido. Necesitaba estar con ella y que volviera a sonreírme, a provocarme, a sorprenderme, a pedirme que la quisiera. Ella desprendía luz. Lo percibí en la oscuridad la primera vez que la vi, y también después, a pesar del brillo del sol. En ella no podía haber nada malo. Sabía que no lo había. Siempre lo había sentido así, a pesar de que yo no pudiera conocer todos sus secretos.

Se puso el abrigo y guardó en el bolso algunas cosas. Me vio a través del cristal y se quedó quieta. Parecía que lloraba, y miraba hacia otro lado. Intentó disimularlo, como cuando no quería que yo me diera cuenta, a pesar de que sus lágrimas la delataban. Supuse que era por Manuela. Era lógico. Se dirigió a la puerta, pero se olvidó de apagar el tocadiscos, y la voz de Stevie Wonder repetía «*All in love is fair...*».

Se volvió de espaldas. Vi que abrió su bolso y sacó un pañuelo con el que me pareció que secaba sus mejillas. Giró la cabeza muy despacio, como si quisiera comprobar si yo aún seguía ahí o ya me había marchado.

Me alejé de la tienda, poco a poco. Y de camino al trabajo, no sé por qué razón, volví a sentir aquella maldita punzada, aquel conocido *flash* que me destrozaba por dentro. Y en ese momento me acordé de mi madre, y también de mi padre, y de su llanto y de mi llanto, y de aquella devastadora sensación de melancolía y desamparo. Me acordé de mi hermana María, y de que ella también se fue y rehízo su vida apartada de mí hasta que enfermó su marido.

Entonces supe que había llegado el momento: necesitaba hablar con ella. Y corrí hacia su casa.

Conversación con María

— ¡Enrique, cariño! ¡Qué alegría! Deberías venir más por aquí. A veces no me coges el teléfono, ni contestas a mis mensajes, y ya sabes que no me arriesgo a ir a tu casa. Nunca estás. Pero... a ti te pasa algo. ¿Por qué traes esa cara? ¿Es que has roto con esa chica tan guapa que vio Chisi en tu casa? Ni siquiera sé si has seguido con ella o no, durante todos estos meses. No me cuentas nada —me acarició la cara con gesto maternal.

— ¡Deja en paz a esa chica! —le dije cortante apartándole la mano de mi cara.

— Enrique, cariño. ¿Qué te pasa? Me asustas.

— Necesito hablar contigo.

— Sí, sí, claro. Lo que quieras.

La agarré del brazo y la arrastré hasta el sofá.

— ¡Siéntate, por favor!

— Pero, Enrique...

La senté. Acerqué un sillón y me coloqué frente a ella, rodilla con rodilla.

— Quiero que me cuentes lo que le pasó a mamá. ¡Todo! ¡Y sin mentiras!

Apenas nombré a mamá, la expresión del rostro de María cambió y me hizo retroceder treinta años.

Sabía que no me lo iba a poner fácil.

— Enrique, cariño. ¿A qué viene todo esto? —dijo con ademán de levantarse. La sujeté.

— De verdad, María, no quiero asustarte, pero por lo que más quieras —acaricié su brazo para tranquilizarla un poco—, no me vuelvas a llamar *cariño*. Tengo cuarenta años y ya no soy un crío.

— Sí. Ya sé que te has hecho mayor, pero nunca me has preguntado nada. ¿Por qué lo haces hoy? ¿Qué te pasa?

— Pues pasa, María —dije sin rodeos—, que soy incapaz de acostarme con una mujer.

— Pero que... Con esa chica tan guapa tú no...

— María, escúchame, ¡y deja en paz a la chica guapa de una vez! Con ella me he acostado muchísimas veces. Me refiero a otra.

— Por favor, Enrique. ¡Qué vergüenza! —intentó levantarse, pero yo volví a sujetarle el brazo—. Seguro que la has dejado, como a Cuca y como a todas. ¡Eres un veleta como Kiko! ¡Ahora sé a quién ha salido! ¿Y por qué me cuentas esto a mí? ¿Por qué no vas al

médico? —intentó levantarse de nuevo.

—Por favor, María. ¡No te vayas y déjame hablar!

Mi hermana pretendía escapar como había hecho siempre. Tras la muerte de mis padres, y después la de su marido, su actitud de fingida superficialidad parecía haberse instalado en ella. Pero yo sabía lo que sentía a través de cada gesto, cada media sonrisa, cada parpadeo.

—Escucha —intenté bajar el tono de mi voz—. Desde que me enamoré de ella, estoy muy asustado. No soporto dejarme llevar por lo que siento. No sé por qué me pasa esto, pero...

—Mira, Enrique —dijo tras recolocar un cojín del sofá—. ¿Por qué no se lo cuentas a Kiko? Los dos sois hombres y entre vosotros os entenderéis.

—¿Y por qué cuando sueño con ella por las noches, en ocasiones, me parece que es mamá? En el sueño alguien le hace daño o la mata. Escucho un llanto desgarrador pero no puedo hacer nada. Me despierto sobresaltado. Por la mañana lo recuerdo como una pesadilla e intento restarle importancia, pero siempre que me acerco demasiado a ella se me hace un nudo en el estómago, el mismo nudo que aparece en mis sueños cuando veo a mamá... A veces pienso que las odio a las dos. A ella porque temo que un día me deje, y a mamá porque se suicidó.

Mi hermana María no me había interrumpido. Es más, apenas escuchó las primeras frases agachó la mirada. Cuando acabé de hablar, la levantó. Su cara estaba congestionada y la voz se le quebraba. Apartó la mirada. Alcancé de la mesa una servilleta y se la di. Se secó los lagrimales e incluso se sonó, a pesar de lo cuidadosa que era con aquella mantelería.

—Mamá —dijo tras un carraspeo— no se suicidó.

Me acarició el brazo, y me miró con cariño y tristeza. Me levanté y me senté a su lado en el sofá. Se aclaró la voz de nuevo y tomó aire:

—Enrique, mamá tuvo una infancia muy desgraciada, y desde que tengo uso de razón la recuerdo con depresiones. Se metía en la cama durante días. Papá se enfadaba mucho con ella, la reñía y la obligaba a levantarse.

—¿Y qué tiene eso que ver con sus constantes abandonos?

—Mamá no nos abandonaba. Se iba porque necesitaba ingresar en el hospital. Mejoraba un poco, volvía a casa y hacía muchos esfuerzos por estar bien. Era muy cariñosa y muy buena —se echó a llorar.

—María, siento mucho hacerte sufrir, pero necesito saberlo todo.

—Las mejorías eran cada vez más cortas —continuó—, y se quejaba de que papá era muy duro con ella y de que no la comprendía. Yo te juro, Enrique, que papá la quería

muchísimo, pero no sabía qué hacer ni cómo tratarla. Mejoró mucho con *electroshock*, pero volvió a recaer y en el último año...

—¿*Electroshock*? Eso es algo de hace siglos. ¿Todavía se usa?

—Sí se usa, Enrique. Se usa, y a mamá le iba bien, hasta que volvía a recaer. A mi amiga Mari Lo, hace poco, la trataron también con eso y se puso estupenda —dijo como si acabara de contarme un cotilleo.

—¿Qué pasó después?

—¿Qué?

—María, has dicho que en el último año...

—En el último año... —miró la servilleta que aún conservaba entre las manos, la dobló y la volvió a doblar sobre sus piernas hasta que la convirtió en un triángulo diminuto —, pues en el último año le costaba dormir, y a escondidas, tomaba más medicación de la debida. Por las noches se levantaba a comer, dulces sobre todo. Entonces papá la descubría y los dos se ponían a discutir. Y una noche, murió mientras dormía. De verdad, Enrique, te digo que fue así. No te engaño. Te lo repito: ¡no se suicidó!

—Pero yo les oía gritar a menudo. En una ocasión les pregunté lo que ocurría y papá me echó de la habitación de muy malos modos. Nadie me explicaba nada. ¿Dices que mamá abusaba de la medicación a escondidas? Yo, a escondidas, les escuchaba discutir noche tras noche. A escondidas, le oí decir a ella que iba a tomarse pastillas o a estrellarse con el coche. ¿Por qué no me contaban la verdad?

—Ellos decían que tú eras muy pequeño y que era mejor dejarte al margen de todo eso para que no sufieras. Querían que tú no te dieras cuenta de nada, que creyeras que todo estaba bien.

—¿Bien? ¡Qué irónico! María, lo siento, pero no te creo. Si hubiese muerto de forma natural, ¿no crees que papá me lo hubiera explicado de algún modo?

—¡No! ¡No! Mamá nunca intentó matarse. Quizá aquella noche tomara más medicación de la prescrita y que eso la matara, pero sé que no lo hizo con la intención de suicidarse. ¡Estoy completamente segura de que fue un accidente! Es verdad que cuando estaba muy mal decía que lo mejor para todos sería que se muriera. Pero a continuación aseguraba que suicidarse era una mala herencia que se dejaba a los hijos y que ella no abandonaría a sus hijos por nada en el mundo. Un día escuché que le dijo a papá: «No puedo disfrutarles todo lo que quisiera por mi enfermedad, pero los momentos que paso con ellos cuando estoy bien no me los quiero perder».

Me levanté bruscamente del sofá y me escondí en el cuarto de baño. Coloqué la cabeza bajo el grifo de la ducha y dejé que el agua fría corriera. Me di cuenta entonces de que estaba llorando.

—Enrique, cariño, ¡abre la puerta, por favor! Te oigo llorar, ¿y qué haces con el grifo abierto?

Dejé entrar a mi hermana, y yo me deslicé hacia el suelo hasta quedar con la espalda pegada a la pared de la bañera. María cerró el grifo con cuidado y, con una toalla, intentó secarme la cabeza con mucho mimo. Después salió del cuarto de baño y regresó con un cojín grande, lo colocó sobre el suelo y se sentó sobre él, a mi lado. Creo que nunca me había mirado con tanta ternura. De vez en cuando me abrazaba y me besaba en la frente. Yo también me abracé a ella. Así permanecimos durante varios minutos. Después se puso en pie y me tendió la mano.

—Ven. Levántate.

Lo hice. Me rodeó la espalda con el brazo y me condujo hasta el sofá.

—Anda, siéntate aquí. ¿Quieres que te traiga algo? Te voy a preparar una manzanilla. No, mejor una tila.

—No, María. No quiero nada, pero hay otra cosa: ¿papá por qué...?

—¿Por qué no nos dejaba nombrarla? Porque no podía soportar tanta tristeza. Casi se vuelve loco. «¡Tienes que hablar de ello! ¡Tienes que desahogarte!», le decían, pero era incapaz. Una vez me dijo que se sentía muy culpable por no haberla comprendido más y por haberla reñido tantas veces. Creo que, en el fondo, él también pensaba que podría haberse suicidado. Yo, cuando ella murió, me sentí tan deprimida... Necesitaba salir de esa casa, hacer mi vida. Al cabo de un tiempo me casé y enseguida me quedé embarazada de Chisi. Luego tú te fuiste haciendo mayor. Habías salido tan estudioso y sacabas tan buenas notas... Era con lo único que papá se alegraba. Fuiste un gran alivio para él, estaba tan orgulloso de ti...

No sé cuántas veces volví a llorar a lo largo de aquella tarde. Hablamos de muchas cosas, incluso María llegó a hacerme reír en medio de mi llanto con algunas anécdotas agradables que habíamos vivido con nuestros padres y que yo había olvidado por completo. Papá sufría si nombrábamos a nuestra madre, y María y yo sufrimos por no hacerlo.

—Quédate a dormir esta noche aquí como otras veces —dijo después mi hermana—. Estarán a punto de llegar Chisi y Kiko, y te verán así. Acuéstate. Cuando vengan les diré que estás con gripe o que...

—No, María. Quiero que les digas la verdad. Algún día os contaré algunas cosas. No te preocupes, no es nada malo. Al contrario. Pero necesito un poco de tiempo. Primero tengo que digerir todo esto. Ya no quiero más secretos. A partir de ahora todo será diferente.

A pesar de la insistencia de María en que me quedase allí, no lo hice. Necesitaba ir a

otra parte: al cementerio. No había vuelto desde que enterramos a mi padre. Allí se encontraban las cenizas de los dos: las de mi padre y las de mi madre.

No soy un hombre religioso, pero creo que aquella tarde lo fui. Me senté en un banco frente a su tumba, y leí una y otra vez los nombres de los dos casi sin darme cuenta: Enrique Santacreu Masiá y María Navarro Ferrer. Y las dos fechas que figuraban al lado de cada uno: la de su nacimiento y la de su muerte. Allí, solo, sin levantarme ni un solo momento, me incliné hacia delante, apoyé los codos sobre las rodillas y con las manos sobre la cabeza la oculté en lo más profundo de mí. No sabría explicar lo que me sucedió. Solo sé que aquella tarde me reconcilié con los dos.

A partir de entonces, cada domingo por la mañana alguien acude allí y deposita sobre la tumba un ramo de claveles, los preferidos de mi madre.

Confesiones

La casa de Manuela estaba vacía. El ir y venir de sus cuidadoras, el subir y bajar de Antonio con sus envases de comida llenos y vacíos, las visitas del médico de cuidados paliativos, las atenciones de Valentina, todo había terminado.

—Buenos días, don Enrique —me dijo Antonio por teléfono una mañana—. Perdona que le moleste, pero es que, como fue usted el que se hizo responsable de doña Manuela... Verá, es que nos hemos enterado de que uno de estos días van a venir los propietarios de la casa y que hay que devolverles las llaves, y... bueno, pues, que Virtuosa y Nelly, incluso Valentina, dicen que dentro se han quedado algunas cosas que... vamos, que eran solo de doña Manuela y que a ellas les gustaría tener como recuerdo, y que algunas, pocas, tienen algún valor y...

—Ya. Bueno, pues, usted sabe que no soy yo el único que tiene llave. Que entren y cojan lo que quieran.

—¡No, no, no, don Enrique! Es que, como son todas tan honradas... Bueno, quizá no todas, pero el caso es que no quieren llevarse nada sin que usted esté delante.

—De acuerdo. Dígales que mañana sobre las doce estaré ahí para acompañarlas. No fue a las doce, sino a las doce y media cuando conseguí llegar.

—Están las tres arriba —dijo Antonio al verme.

Al llegar al rellano del piso de Manuela, las encontré sentadas en los últimos peldaños con aspecto de cansadas por la espera.

—Buenos días, don Enrique —dijeron casi a coro, Nelly y Virtuosa.

—Buenos días, don Enrique —repitió Valentina con la misma entonación.

—Buenos días a todas. Disculpen lo que las he hecho esperar, pero no he podido salir antes del trabajo. Lo siento.

—Y hace muy bien en sentirlo —dijo Valentina sin disimular en absoluto su enfado—, porque su media hora de retraso es media hora que tengo cerrada la tienda, y si no fuera porque Manuela prometió darme algunas cosas ya me hubiera ido.

Recuerdo aquel vestido absurdo que llevaba puesto, con girones verdes y negros, entre los cuales se transparentaban algunas partes de su piel. Imposible saber cuáles eran; un vestido que jamás hubiese llevado Elena. Sin embargo, sentí inmensos deseos de agarrarla por esos girones, tirar de ellos y arrancarlos uno tras otro como el que deja desnuda de hojas la rama de un árbol.

—Don Enrique, ¿qué le parece si me llevase también esta olla?... Don Enrique, voy a

por un bolso grande porque aquí no me caben los candelabros... Don Enrique, parece que estemos haciendo algo malo, pero es que si no nos lo llevamos nosotras se lo quedarán los dueños del piso. ¿Verdad, don Enrique?

—Yo ya he terminado —dijo Valentina, seca y altanera, mientras me mostraba lo que había metido en una caja de cartón—. Como ves, solo he cogido la mantilla blanca, el aderezo que llevaba puesto el día de su boda, sus abanicos, este quinqué, esta ropa antigua y estas fotos. Exclusivamente lo que ella me prometió en vida.

—¿Puedo verlas? —señalé las fotos.

Valentina, aunque con cierta reticencia, me las entregó. En una de ellas aparecían Manuela y una niña, las dos muy sonrientes, vestidas de chulapas; y en otra, una pareja mayor con la misma niña.

—Esta eres tú, y estos son Manuela y su marido, ¿verdad?

Valentina asintió, sin mirarme.

—¿Y estos de aquí?

Valentina me arrancó la foto de las manos y la puso bajo las otras.

—Eran otra vez Manuela con su marido, mis padres, mis hermanos y yo.

Intenté recuperarla para observarla con mayor detenimiento, pero ella la guardó en la caja con rapidez, la apoyó contra su pecho y la protegió con sus brazos.

—Bueno, pues si no tienes nada que objetar, me marchó. Tengo que abrir otra vez la tienda.

Estuve al menos media hora más con Nelly y Virtuosa, que cada vez encontraban más cosas que, según decían, podrían resultarles de utilidad, tantas que, si hubiera sido por ellas, habrían necesitado varios días para recogerlas. Tuve que darles un firme ultimátum: «señoras, en diez minutos nos vamos».

Tenía algo que hacer. No podía esperar más.

—¿Qué quieres? —dijo Valentina al verme entrar en su tienda—. Si no has venido a comprar algo es mejor que te vayas.

A medida que me acercaba, ella retrocedía.

—Solo quiero hablar contigo. Por favor, Valentina, solo serán unos minutos. Por favor.

—Pues, yo no tengo nada de qué hablar. Vete.

—Por favor.

Dio media vuelta, apoyó el trasero sobre el mostrador, se cruzó de brazos y miró hacia otro lado.

—Bueno pues, tú dirás, pero que sea corto. Tengo mucho que hacer.

—Te lo diré sin rodeos: creo que sigo enamorado de ti.

Me acerqué a ella e hice ademán de acariciarle la cara.

—No me toques —dijo apartándose.

—Vale, perdona, pero tienes que escucharme.

Dio un soplido y se apoyó de nuevo en el mostrador. Seguía sin mirarme a los ojos—. Venga, te escucho. ¡Qué risa! Ahora resulta que aún me quieres. ¿Y qué? A mí eso no me importa.

—No es verdad. Te importa. Sigues enamorada de mí, estoy seguro. Además, sé que no consumes cocaína y, por supuesto, es imposible que te guste el sexo duro.

—Quizá. Aunque, si continuase enamorada de ti, eso no implicaría que quisiera estar contigo. Perdí a mis padres y lo pasé muy mal. Después te perdí a ti. Con el tiempo el dolor se suaviza.

—A tus padres, al menos en esta vida, no volverás a verlos ni yo a los míos; pero yo sí que he vuelto y no pienso irme nunca.

Se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos.

—¿Ah sí? ¿Y qué pasa si te digo que sigo viendo a Octavio?

—No me importa —mentí.

—¿Ya no quieres saber la relación que mantengo con él?

—No me importa —volví a mentir—. Supongo que tendrás un motivo para ello. Esperaré a que me lo aclares cuando quieras.

—Eso era lo único que te ocultaba. Fue algo que prometí no desvelar en ese momento. Ni siquiera ahora debería hacerlo, y si supieras el motivo lo comprenderías. Además, ¿acaso tú no tienes ningún secreto? ¿Cuántos tienes? Por ejemplo, ¿qué hace un hombre como tú que puede permitirse vestir trajes tan caros como el que llevas, viviendo en un piso minúsculo, sin ascensor y con el suelo desnivelado? ¿Dónde vives de verdad? Y tu hermana y tus sobrinos, ¿por qué no han venido a verte?

Poco a poco me acerqué a ella, y poco a poco ella retrocedió hasta acabar con la espalda pegada a la pared, sobre la cual apoyé las manos. Mi cuerpo estaba casi pegado al suyo, y mi cara casi pegada a la suya. Desvió la mirada.

—Vivo en un piso de trescientos metros cuadrados al otro lado de La Castellana. Mi hermana vive solo a dos manzanas de allí, y ni ella ni mis sobrinos saben nada ni de mi casa minúscula, ni de ti, ni siquiera del Smooth Jazz.

—No entiendo nada. ¿Por qué ocultas tu vida a la gente que te quiere?

—Siempre he actuado por mi cuenta.

—Pero tener un club, una casa... es importante. Dijiste que te llevabas bien con tu familia y que les quieres. ¿Por qué no les cuentas nada?

—Eso ni yo mismo lo sé.

—¿Por qué viniste aquí? Yo sabía que me ocultabas muchas cosas —me miró con tristeza— y que existía algo que te impedía entregarte a mí por completo, pero pensé que con el tiempo lo superarías. Lo único que me importaba era lo que sentíamos.

—¿Quieres saber por qué vine aquí? También ha sido un secreto. Como ves, mi vida es bastante más oscura que la tuya. Vivo en este barrio porque tú vives en él, vivo en esa casa con el suelo desnivelado porque tú vives enfrente. Cuando te vi por primera vez en el Smooth Jazz, y después una segunda y una tercera, me di cuenta de que a pesar de haber tenido algunas parejas no me había enamorado nunca. Una noche te seguí, y como si fueras una pieza de arte única, decidí estudiarte y analizarte para después poseerte. Y a pesar de todo, te resultará patético, pero a veces pienso que si tú no hubieras pedido ayuda con tus cajas, es posible que jamás me hubiera acercado a ti. No puedes imaginarte mi lucha interior.

—No lo entiendo. ¿Por qué me tenías tanto miedo? Yo nunca te hubiera hecho daño, y jamás te tuve miedo, al contrario, me sentía tan bien contigo, me sentía tan. . .

—¿Protegida? ¿Y quién me protegía a mí de algo que no podía controlar porque me resultaba desconocido? A veces yo pensaba que me necesitabas como a un padre, y me aterrorizaba que. . .

—¿Que te abandonara? ¿Que pudiera morir como tu madre?

Sentí un calambre que me hizo apartarme de ella. No fui capaz de decir nada.

—Perdona si te he hecho daño al nombrar a tu madre —prosiguió—. Tú, es verdad que a veces me recordabas a mi padre, pero era por tu honradez, por lo atento, por el concepto que tenías de la justicia. Es curioso. A lo largo de todo este tiempo, me ha venido a la cabeza muchas veces lo que me decía él: «A ti te tengo que atar corto, Valentina. No ves maldad en ninguna parte. Así vas a sufrir mucho», pero yo no le hacía caso. Ahora veo que debí haber sido mucho más cauta. Confiaba tanto en ti. No sé cómo pude ser tan ingenua.

Mientras ella decía todo esto, yo la escuchaba, pero sin darme cuenta me volví a acercar. Necesitaba tocarla y olerla.

—¡No te acerques tanto a mí! ¡Y deja de tocarme el pelo!

Retiré una mano de la pared.

—¿Cuántos más secretos tienes? —añadió—. Bueno, ya me da igual. Supongo que con el tiempo te olvidaré por completo y quizá encuentre a alguien que me quiera de verdad y no me mienta. No sé, pero me pregunto cuántas mentiras te contarían a ti para que tú aprendieras a hacer lo mismo.

No respondí.

—Ahora voy a cerrar, tengo que irme —dijo.

—Aún tengo otro secreto.

—No me interesa.

—En todo el tiempo que no he estado contigo, he convivido con una mujer. Dentro de muy poco nacerá mi hijo.

—¡Enhorabuena! —exclamó con gesto teatral—, y transmítaselo también a su señora de mi parte. Les deseo que lo críen con salud. Disculpe, pero tengo que cerrar para comer —añadió mientras sacaba las llaves de su bolso.

—Ella sufrió un acoso laboral muy grave por parte de un compañero que estuvo a punto de violarla. Después intentó suicidarse. Yo la ayudé todo lo que pude. Tuvimos una relación muy especial, y la quiero muchísimo. Fue ella quien decidió tener un hijo sin decírmelo. Cuando me enteré de que estaba embarazada, para mí fue una especie de *shock*, pero ahora yo también deseo mucho tener al niño. Luego se marchó a Nueva York y no va a volver.

—Siento lo que le pasó a esa chica y, por lo que veo, cobraste bien la ayuda que le diste acostándote con ella. Aunque luego ella te la volvió a cobrar a ti y consiguió un hijo tuyo sin tu permiso. Sin conocerla, me cae bien. Es muy lista, y no como yo, que siempre he sido tonta de remate.

—¿Cómo puedes decir eso tan retorcido? La Valentina que conocí era clara y limpia. Es imposible que hayas cambiado tanto.

No dijo nada, tan solo suspiró, se colocó frente a mí y me miró a los ojos con dureza.

—No sé por qué me cuentas a mí todo esto. ¡Quiero que te vayas! ¡Vuelve a tu piso, ese tan estupendo que tienes de *tropecientos* metros cuadrados al otro lado de La Castellana, y no pierdas más tiempo conmigo!

Me acerqué a ella e intenté acariciarle la cara. Me empujó.

—¡No vas a volver a tocarme nunca! ¡No quiero encontrarme contigo cuando entres o salgas de tu casa, ni saber que estás arriba cuando vea luz en tus ventanas. ¡Vete de aquí! ¡Vende el piso! ¡Quémalo! ¡Pero lárgate! ¡Este es mi barrio, mi gente! ¡Este aire que respiras no te pertenece! ¡Apareciste aquí de pronto como si fueras una de esas especies que llegan de fuera a destruir a las de dentro! ¡Y a mí ya me has hecho bastante daño! —jamás había visto a Valentina tan alterada.

—No sé cuánto tiempo voy a necesitar —le dije en la calle—, pero no voy a rendirme. Vas a volver conmigo, no lo dudes. Nos casaremos y tendremos los hijos que tú quieras.

Por un momento, creí que iba a pegarme.

—¿Hijos? Tú ya vas a tener uno. ¿Qué tengo que hacer o decir para que entiendas que conmigo ya no tienes ninguna posibilidad!?

—Esto es bastante duro, ¿sabes? Ahora ya apenas puedo dormir. Me da muchas patadas —Elena sonreía mientras apoyaba la mano sobre su vientre—. Mi ginecólogo dice que aún queda un poco, pero que en realidad podría venir en cualquier momento.

—Intentaré tomar el primer vuelo. Quiero estar contigo cuando nazca nuestro hijo.

—Claro que sí. Ven cuando quieras, por supuesto.

—Elena, ¿qué pasa? Y no me digas: «Nada. No pasa nada». Ni se te ocurra hacerlo.

—Bueno, es que —agachó la cabeza como si fuera a confesar un delito. Pero enseguida me miró y me dijo sin titubeos—: Estoy saliendo con una persona.

—Pero bueno... Es eso... ¡Vaya!, tranquila... No tienes que darme explicaciones.

¡Vaya si tenía que dármelas! ¿No era yo el único hombre del que se había enamorado? ¿Ya no era *mi* Elena? ¿Ya me había olvidado? Me dolía, y mucho. Estaba muy cabreado.

—Verás, yo un día... —dijo.

Intenté disimular todo lo que pude.

—Bueno —interrumpí—, lo más importante es que tú estés bien. Yo... prefiero que no me cuentes nada.

—Pero es que yo sí quiero contártelo todo.

Me sentí muy incómodo. Quería apagar el *Skype*.

—No, Elena, de verdad. No quiero saberlo.

—Pero, Enrique, es que yo quiero contártelo a ti —insistió—. ¿A quién si no? ¿A mi madre? ¿A mi hermano? ¿A mi amiga del alma? Tú has sido la persona más significativa de mi vida y a la que más he querido.

—Elena, creo que tendré que secuestrarte.

—Y yo huiré de ti.

Me lo iba a contar. Era inevitable.

—Nos conocimos aquí en el bufete. Tenía problemas con la custodia de su hija. Su mujer murió en el parto, ¿sabes? Él se quedó destrozado, y además la familia de la madre pleiteó para quedarse con la niña. El proceso se fue alargando, hasta que decidió cambiar de abogado y contrató a mi hermano. Un día coincidimos por casualidad en el despacho y nos presentaron. Los dos sentimos una atracción muy fuerte.

—¡Elena! ¡Elena! ¡Por favor! ¡Para! No sé si te das cuenta de que me lo estás contando a mí.

—No. ¡Espera, un poco! ¡Por favor! —suplicaba.

—Cuando Eric acudía por allí... Se llama Eric, ¿sabes?, yo me daba cuenta de que cada vez me miraba más y me sonreía, pero luego se fijaba en la tripa y...

—Elena, necesitas buscarte una amiga, urgente.

—Por favor, no te burles. Sabes que yo nunca he tenido muchas amigas. Terminé enseguida. Pues no sé lo que hablaría con mi hermano, que acabó enterándose de mi situación. Un día me invitó a tomar una copa. Es un hombre muy educado y muy cariñoso. Hablamos de muchas cosas. Él es cirujano plástico.

—¿Cariñoso? Seguro que ese tío es un cursi. Lo de que sea cirujano me gusta. Es una ventaja. Así no envejecerás nunca.

—Bueno...y hay otra cosa.

—¡Otra!

Volvió a bajar la mirada como si fuera a confesarme un nuevo delito, pero enseguida me miró con entusiasmo muy mal disimulado.

—La verdad es que podría decirse que llevamos casi un mes viviendo entre su casa y la mía. ¡Ah! Y su niña es preciosa. Si la vieras... Es muy rubia. Tiene tres añitos, y es tan dulce que me tiene loca.

—¡Perdone! —le dije en voz alta sin poder contenerme—. Me he equivocado. La verdad es que no creo que sea usted Elena Astaburuaga. Lo siento. Voy a colgar.

Colgué. No la volví a llamar, y tampoco respondí a sus llamadas en los siguientes minutos.

A las pocas horas, volaba hacia Nueva York.

Ámsterdam con Broadway. Cuaderno de bitácora

Elena acudió a recibirme al aeropuerto JFK provista de toda su artillería pesada, y no me refiero a su embarazo. Pretendía representar conmigo, sin éxito, el papel de la mujer segura y decidida que la había protegido durante años, pero le resultaba imposible. Fue ella la que tomó la iniciativa y me dio dos besos, dos, uno en cada mejilla. Enseguida me di cuenta de que algo había cambiado en su apariencia: sus labios eran más carnosos, su cara algo más redonda y su pelo...

Se lo dije:

—Estás más guapa que antes.

—Bueno, estoy a punto de parir.

—¿Me dejas? —señalé su tripa.

—Sí, claro.

Desabroché algunos botones de su abrigo gris claro y puse la mano sobre su vientre. Aquello me pareció quizá menos grande, pero más consistente de lo que me imaginaba. Algo pareció moverse y me sobresalté.

—No pasa nada —sonríó y me cogió la mano—. Toca aquí. ¿Lo notas? Esto es la cabeza, porque es más pequeño y más duro, y esto de aquí que está al otro lado debe ser el culo. ¡Mira! Se ha movido otra vez. Acaba de cambiarse de postura.

Creo que estuve a punto de desmayarme. Tomé aire y me re Coloqué en el hombro el equipaje de mano. Ella volvió a abrocharse los botones del abrigo para dirigirnos a la salida. Rodeé su espalda con mi brazo y, sé que es una tontería, pero lo hice con cierto recelo, como si existiera el riesgo de que, con cualquier movimiento errático por mi parte, pudiera dañar al niño.

Ella, a pesar de sus esfuerzos, creo que se sentía algo intimidada, porque le costaba mantenerme la mirada.

—Por aquí no, se sale por allí —dijo con su conocida decisión.

—No. Es por aquí. Sé de sobra por dónde se sale.

—Pero por allí es mejor.

—Lo que usted diga, señorita Astaburuaga.

Cogimos uno de los taxis que había en la puerta.

—¿Adónde? —preguntó el taxista.

—A la cuarenta y cuatro con la segunda —se adelantó a decir ella. Era la dirección de mi hotel.

—No, Elena, espera. Es mejor que vayamos primero a tu casa. Confía en mí.

—Pero yo no quiero que vayamos allí. Dijimos que...

—Confía en mí.

—Bueno, vale. Pues a la avenida Ámsterdam con Broadway, y después le indico.

Las últimas veces que hablamos los dos convinimos en que era poco adecuado que yo me alojase en su casa. Por eso elegí el hotel al que solía ir en mis viajes, muy cerca de la ONU. Reservaba siempre habitación en uno de los pisos más altos de aquel rascacielos de acero y cristal. Mi preferida era una que hacía esquina a dos calles. Las vistas de la ciudad eran impresionantes.

A través del puente de Queensboro, nos dirigíamos hacia Manhattan, que ante nosotros se divisaba cada vez más iluminado.

Me preguntó:

—Enrique, dime, ¿por qué a mi casa?

Lo dijo con cierto aire suplicante.

—Bueno, te lo voy a decir. Es que van a llevarte unas cuantas cajas. Son algunas cosas que he comprado para el niño.

—Pero, Enrique, de verdad. No necesito nada. Lo he comprado todo ya. No tienes por qué...

—¿Cómo has dicho?

—¿Es que ya no te acuerdas de que fui yo la que te engañé, la que quiso tenerlo sola, la que...?

—Elena, Elena, tranquila. No vuelvas ahora con eso. Es tu hijo y el mío —apoyé el dedo índice en sus labios—. No hablemos más de ese asunto. Está zanjado. Y no te preocupes por nada, jamás haría algo que a ti te pueda hacer daño. Lo vamos a hacer bien los dos. Ya verás.

Agachó la mirada y comenzó a jugar con el botón del abrigo que tenía justo sobre el vientre. Miré sus ojos y tuve la sensación de que hacía esfuerzos para no llorar. Cuando se dio cuenta de que yo lo había notado, giró la cabeza y miró por la ventanilla. Acaricié su pelo, más suave que nunca.

—Por favor, no me toques —parecía implorarme.

Respiró hondo varias veces, se sonó la nariz, y después se dirigió al taxista para darle la dirección precisa de su apartamento.

Durante todo el trayecto me di cuenta de que evitaba rozarme y de que parecía sentirse algo incómoda.

—Puedo hacerlo sola —dijo cuando pagué al taxista y la ayudé a bajar—. Bueno —añadió desde la acera—, las ventanas de mi apartamento son esas tres de ahí, las de las

cortinas blancas. Las dos primeras son las del salón, y la otra es la de la única habitación que tiene la casa. Elegí el primer piso para no tener que subir escaleras por si el ascensor... Ya sabes.

—Vaya. Es todo muy típico: árboles a ambos lados de la calle, escalera en la puerta de entrada, ladrillos rojos...

—Sí, pero es tres veces más pequeño que mi dúplex.

Supongo que lo dijo sin pensar. Nombrar el dúplex de Elena era casi como extraer un cofre enterrado.

—Si quieres —dije para romper la tensión— podemos esperar a que lleguen las cajas aquí —señalé el café de enfrente—, aunque creo que tú deberías subir a tu casa y descansar un poco. Yo esperaré aquí. No te preocupes.

—¿Por qué sigues haciendo de madre conmigo? Me ayudas, me cuidas, me proteges...

Intenté acariciarle la cara, pero retrocedió.

—No, por favor. No quiero ya más gestos de cariño. Ahora todo ha cambiado. Estoy con otro hombre y...

Elena prefirió esperar a la camioneta desde el café que, a pesar de estar en febrero, mantenía aún en su fachada las luces blancas y cálidas de la pasada Navidad. Apenas entramos escuché los violines de Vivaldi. Olía a chocolate, a galletas recién hechas y a bizcocho. Sabía que a ella le gustaba todo eso, pero solo pidió una infusión. Nos sentamos en una de las mesas junto a la ventana y ella se quitó el abrigo. No recuerdo en absoluto de lo que hablamos, pero sí de lo que sentía: que Elena y el niño me pertenecían, que los dos eran míos porque les llevaba muy dentro.

Por fin llegó la camioneta, y Elena no tuvo otro remedio que abrir la puerta de su casa para que pudieran descargar las cajas. Firmé el recibo y se marcharon.

Nos quedamos los dos solos en su apartamento. El clac de la puerta resonó en mis oídos. Sé que ella lo pensó y yo también. Porque en un tiempo no demasiado lejano ese mismo clac había sido la obligada señal que por fin nos daba vía libre para expresar lo que habíamos reprimido y ocultado durante todo el día.

Y en aquel momento surgió dentro de mí algo animal y primitivo: tuve la sensación de que éramos un macho y una hembra que acababan de ser introducidos en la misma jaula. Un macho y una hembra que se conocían demasiado porque ya habían copulado muchas veces y que lo deseaban más que nunca porque estaba prohibido. ¿O quizá no?

—¿Pero dónde voy a poner todo esto? ¿Qué es?

—No lo sé muy bien en realidad. Llamé desde Madrid a una tienda de bebés. Está a pocas calles de aquí, y pedí que trajeran hoy todo lo necesario para un recién nacido.

Bueno, lo puedes devolver, o cambiarlo, lo que tú decidas. Yo ni siquiera lo he visto.

Elena se echó a reír. Parecía emocionada, pero yo sentía una gran tristeza. Me resultaba tan desolador que mi hijo no pudiera convivir con su padre y con su madre en la misma casa, que yo ni siquiera pudiera estar cerca. ¿Cómo iba a ser así el padre cariñoso y siempre presente en la vida de mi hijo que siempre quise ser? Me sentía atrapado en una tela de araña dura y enredada, cuyas bridas cada vez me estrangulaban más. ¿Pero qué podía hacer? ¿Cuál sería la mejor solución? Pensé en pedirle una vez más que nos casáramos y que se olvidara de ese tío, al cual percibía como a ese insecto que sobrevuela por la cabeza en algunos momentos y al cual intentas ahuyentar con la mano. Por mi parte, yo no volvería a pensar jamás en Valentina. En cuanto apareciese en mi mente o en mis sueños, la extirparía de mí una y otra vez hasta que su rastro desapareciera por completo.

Existía un cofre enterrado que guardaba una historia muy intensa, que Elena y yo habíamos ido sellando poco a poco con el paso de los últimos meses, pero la cera de ese sello aún estaba tierna y podría desprenderse en cualquier momento, y los dos lo sabíamos.

Elena trajo unas tijeras y se dispuso a abrir una de las cajas.

—¡Déjame hacerlo a mí, Elena! ¡No te esfuerces!

—Sí, mi señor caballero. Se dio cuenta de que acababa de pronunciar una de nuestras frases más íntimas y cómplices. Enmudeció y rasgó con fuerza uno de los cartones.

—¿Qué es esto?

—No tengo ni idea.

—Es la armadura de un moisés, y... esto se pone aquí... ¡Y tira bordada, cintas azules...! —parecía emocionada—. Tengo una cuna, pero no tenía esto y... esta otra caja...

—Ah, sí. Esto lo pedí yo. Es un triciclo.

—No me lo puedo creer. ¡Si para que pueda usarlo tendrá que tener dos o tres años!

Se abrazó a mí de manera espontánea. Su cara rozó la mía. Ella me había pedido que no le diera muestras de cariño, pero ¿y ella a mí? También la abracé. Cuando se sintió presionada por mis brazos, tomó aire y dijo:

—Tengo que llamar a Eric. Siempre hablamos a estas horas. Si no lo hago se preocupará —acudió a su habitación y cerró la puerta.

Me senté en el único sofá que vi y observé aquella estancia pequeña y cálida. No se parecía en nada a su dúplex tan amplio y geométrico. «Tengo pocos caprichos y uno de ellos es tener una casa agradable», dijo una vez. Las cajas de cartón abiertas reposaban sobre el suelo de lo que era, a la vez, la entrada y el salón. A varios metros, frente a mí, las dos ventanas con las cortinas blancas. Detrás de mí, a pocos metros, una cocina

americana. Su habitación cerrada estaba a mi derecha. Tan solo llegaban hasta mí sílabas sueltas pronunciadas por Elena en voz baja. Durante unos instantes me pregunté lo que dirían, pero enseguida recé para que no fuera capaz de escuchar nada. No quería saberlo. Me llamó la atención que en lo alto de una estantería se encontrase su antiguo bolso, aquel que compramos juntos, el mismo que me entregaron en el hospital dentro de una bolsa de basura el día que intentó suicidarse. No sé muy bien por qué me levanté a alcanzarlo, ni tampoco por qué lo abrí. En su interior encontré aquel *cuaderno de bitácora*, como ella lo denominaba, repleto de anotaciones y que siempre llevaba consigo. «La tecnología no está reñida con el papel», decía. Comencé a ojearlo con cierta nostalgia, pero lo que jamás pude imaginar es que, en medio de aquellos números fríos, se escondiesen tantas palabras seguidas. Tras leer la primera frase, su contenido me agitó y me abdujo hasta el fondo de sus letras, de tal forma que tan solo pude despegar mis ojos de aquel papel gastado cuando llegué al punto final.

Me guardé aquel cuaderno en un bolsillo interior de la chaqueta, y volví a colocar el bolso sobre la misma estantería. Ha sido el único objeto que he sustraído en toda mi vida, pero creo que en aquel momento consideré que me pertenecía por completo. Aún lo conservo. Quizá algún día se lo devuelva, pero no lo colocaré en el lugar en el que ella lo escondió. Lo pondré en sus manos cuando me parezca que se aleja demasiado de mí, cuando comprenda que sus recuerdos se están difuminando, como seguro que ocurrirá con el paso de los días y los años.

Tuve que salir del apartamento para esperar a que mi adrenalina se apiadase de mí y pudiera tranquilizarme un poco. ¿Cómo no me di cuenta entonces de la profundidad de sus sentimientos, ni comprender sus celos ni el porqué de aquella ducha helada tras la petición que jamás llegó a realizar? ¿Por qué no vine aquí a por ella y la traje de vuelta de cualquier manera? Pero ahora Elena estaba con Eric, y yo había vuelto a ver a Valentina. ¿Sería ya demasiado tarde?

—¡Enrique! ¿Qué haces ahí afuera? Te vas a enfriar.

—Creo que entraré a por el abrigo y me iré al hotel, porque... no querrás que cenemos juntos...

—No. No quiero. Perdona, pero estoy cansada... Te llamaré mañana a primera hora. Iremos a dar un paseo, ¿vale?

Elena me abrió la puerta, me dio el abrigo, respiré hondo y me esforcé en imaginar que en realidad ella no estaba allí, ni yo tampoco.

Me marché al hotel, pero una vez en mi habitación no pude soportar aquella soledad, aquel vacío en una ciudad tan llena.

No quise ir a ningún club de *jazz*. Esa noche no. Me marché a Saint Marks, y entré en

casi todos los locales de la calle nueve y de los alrededores del Tompkins Park. Recuerdo que hablé con algunas chicas, algunas muy jóvenes, y que estuve a punto de irme con una de ellas a pasar la noche a su casa de Brooklyn, pero al final no lo hice. Otro tipo de sensación se había adueñado de mí.

De vuelta en el hotel, me acosté y apagué la luz. Tras unos instantes la volví a encender porque mis manos tropezaron con algo que había escondido bajo la almohada: su cuaderno. Lo había leído al menos cinco veces más aquella tarde. Esto es lo que decía:

Cuando llegué al orgasmo, sentí que algo en mi interior se abría como si fuese una fruta madura. Le dije:

—No te salgas. Quédate un poco más conmigo. Ahora no llevas preservativo, así que no tienes excusa.

—¿Por qué nunca has querido decirme el anticonceptivo que usas? —preguntó.

—Te he dicho muchas veces que eso es algo demasiado íntimo—respondí.

Entonces me sonrió y permaneció dentro de mí durante varios minutos más, que me resultaron muy cortos. Hice presión con mis muslos para que no se fuera. No creo que sintiera dolor, porque no me dijo nada. Y así, tranquilo sobre mi cuerpo, me sonreía. Acariciaba con sus dedos la raíz de mi cabello, mis cejas, mi nariz, mis pestañas, mis labios, y después los besaba.

—Eres una caprichosa —dijo—. Si por mí fuera estaría siempre así, pero tengo mis limitaciones...

Apenas salió de mí, me levanté y me encerré en el cuarto de baño. Creo que en ese momento debí entrar en una especie de trance. Su jugo descendía por el interior de mis muslos. Lo toqué y mis dedos se empaparon. Me lo acerqué a la nariz. Supongo que olía como suele oler el semen, pero este era especial, porque era el suyo. Miré mis dedos y algo me impulsó a chupármelos, pero no llegué a hacerlo. No es necesario que esté en mi boca, ahora está dentro de mí, en el lugar donde debe estar.

De esta manera tan intensa le quiero. Sin embargo, sabía que le iba a perder más pronto o más tarde, y que eso me iba a provocar un sufrimiento enorme. De hecho, ya sufría desde hacía tiempo, y no solo por eso, sino por la rabia que sentía por haberle dejado que se adueñase de mí como un amo y señor. Dependía de él por completo. Apenas podía comer y dormir si él no estaba conmigo. Pero antes de que me deje, me iré yo —me decía—, no le voy a tener a mi lado, pero sí una parte de él: a su hijo, de él y mío, su mitad y mi mitad, y eso nos unirá para siempre. Él jamás sabrá nada de esto, porque voy a irme lejos.

Algunas veces me engañaba y llegaba a pensar que podríamos seguir juntos: ¿por

qué no continuar como hasta ahora? Él quiere llegar a más, vivir conmigo, que nuestra relación no sea un secreto. “Tú eres libre y yo también —me dice siempre—. ¿Por qué escondernos? Quiero que mi familia te conozca. ¿Por qué te empeñas en que nuestras noches solo sean tus noches?”. Pero yo pensaba: mientras me quede un solo atisbo de voluntad, intentaré seguir luchando para que no me la arrebatte. Sí, sé que se irá, porque aunque él asegure que ya la ha olvidado, ella persiste en su interior como una pequeña semilla. Cada vez que nombro de manera sutil alguna cosa que pudiera tener que ver con ella, o con lo que la rodea, le observo y se queda ensimismado. ¿Cómo voy a luchar contra algo que él lleva tan dentro, que cuando lo recuerda se olvida de que existo? Entonces pienso que si, tal como dice, jamás estuvo dentro de ella ni sintió que era suya, que su cuerpo y su alma le pertenecían, ¿cómo voy yo a hacerle olvidar aquello que él ha deseado y que jamás ha poseído? Mañana por la noche volveré a pedirle que no utilice preservativo, porque él confía en mí y yo confío en su confianza.

Ahora estoy embarazada de cinco meses. Dentro de unas horas acudirá al trabajo y no me verá. Supongo que al principio esperará un poco, y al ver que no llego me llamará, pero no contestaré; y preguntará por mí pero no obtendrá respuesta ni explicación alguna. Espero que esta noche el conserje le entregue mi carta de despedida y, cuando la lea, sepa entenderme y perdonarme.

Tengo mucho sueño, justo ahora que dentro de poco el sol se filtrará entre las nubes, penetrará por la ventanilla del avión y comenzará a deslumbrarme. Me acurrucaré en el asiento e intentaré dormir un poco con mis manos apoyadas sobre el vientre. Cuando voy a dormirme y cuando me despierto, aun en medio de la noche, lo toco para comprobar que sigue ahí. De esta manera no me siento sola.

En cuanto el avión aterrice y mis pies toquen el suelo, caminaré erguida hacia delante y esperaré a que, con el paso del tiempo, el dolor se haga más soportable. Pero en estos momentos voy a dormir. Cuando despierte, habrá amanecido».

Instintos

Elena estaba sentada en uno de los bancos de la puerta principal de Central Park, rodeada de coches de caballos, olor a estiércol, turistas haciendo fotos y viandantes apresurados. No estaba sola. Llevaba de la mano a una niña pequeña que no dejaba de dar saltitos y moverse. Reconocí sin dudarle a esa niña tan rubia y cariñosa de la que me había hablado. Me pregunté qué pintaba con nosotros.

Apenas verme, Elena se levantó.

—Esta es Amy. La he sacado un rato del colegio y la he traído para que la conozcas. Mira, Amy, este es Enrique, el papá del bebé —dijo con la mano apoyada sobre la tripa—. ¿No quieres darle un beso?

La niña se tapó la boca con el brazo y se encogió como un bicho. Pero malditas las ganas que yo tenía de conocerla y mucho menos de darle un beso. Agradecí el gesto de la niña. Me pareció que los dos nos habíamos entendido bien desde el principio.

—Ven —me dijo Elena—. Vamos a dar una vuelta.

Le reajustó a la niña la bufanda, el gorro, los guantes, le puso crema en los labios y se dirigió hacia el interior del parque. Yo iba junto a ellas unos pasos más atrás. La niña giró la cabeza un par de veces y, al verme, caminaba despacio, como si recelase de mí, pero después miraba a Elena y entonces trotaba sin soltarse de su mano.

—¿Vamos a ir a los columpios? —preguntó.

—Claro que sí, cariño —contestó Elena.

«Dice que sí y a mí no me ha preguntado, porque está muy claro que yo me muero de ganas de ir a los columpios —pensaba—, y que disfrutaré meciéndola y ayudándola a subir y a tirarse desde un tobogán». Después pensé que sería posible que Elena hiciera como esas madres que comienzan a contar a sus amistades todas las gracias que hacen y dicen sus hijos, y entonces lo más seguro era que me entrara un dolor de estómago y que tuviera que buscar un supermercado para comprar un paracetamol y un antiácido.

Lo cierto es que la niña no necesitó que la ayudase nadie para el uso y disfrute del parque infantil. Se bastaba ella sola, y a veces utilizaba los aparatos con la habilidad propia de una atleta. O era una niña proclive a trabajar en un circo o tenía tanta costumbre de ir a ese tipo de parques que precisaba con urgencia ascender de nivel.

—Ya tiene tres años y es muy lista.

—Ya veo. Y está contigo tan a gusto. ¿Qué eres para ella? ¿Una *nanny* o una mamá? ¿Ya le has leído cuentos por la noche?

—La verdad es que no sé por qué esta niña me quiere tanto. Yo siempre he caído muy mal a los niños, y por supuesto ellos a mí.

—Lógico. Ellos son como los perritos que enseguida detectan si no caen bien a alguien y se apartan. . . Pero a esta niña veo que la quieres y ella se da cuenta. De todos modos, deja pasar el tiempo y verás lo mala que puede llegar a ser.

—Está claro que no te gusta nada que haya traído a la niña, pero dentro de un rato la llevaré otra vez al colegio. Lo único que tenemos que hacer ahora es darle de comer y ya está.

—¿Y ya está? Pues es fácil. Voy a comprarle aquí mismo un perrito caliente. ¿Lo querrá con mostaza, con kétchup, con tomate y cebolla, o con un poco de todo? —hice ademán de levantarme.

El primer impulso de Elena fue agarrarme del brazo para impedírmelo; después reaccionó, me miró y se echó a reír.

—No sé si pegarte o . . .

Sí. Le dimos de comer, pero en una cafetería cercana, y no precisamente unos macarrones, sino un filete con patatas y ensalada que la niña tomó sin hacer ascos, de manera educada, sin levantarse de la silla y sin apartar siquiera un trozo de lechuga. Solo se atrevió a decir:

—Quiero kétchup.

—No, cariño. Es mejor el aceite de oliva —respondió Elena.

—Mi papá me deja que tome kétchup.

—Vale, pero solo un poquito.

Elena le puso tres gotas en el borde del plato. La criatura lo miró, frunció el ceño, pero no rechazó.

La verdad es que esa niña cada vez me caía mejor. Unos días más con ella y me ponía también a pleitear por su custodia.

Juntos la llevamos al colegio, y después de los muchos abrazos y carantoñas de despedida que se dieron las dos, Amy se marchó de la mano de una maestra. A los pocos instantes, la niña consiguió soltarse, corrió hacia Elena, tropezó, cayó al suelo, se hizo una herida en la rodilla, se echó a llorar y vomitó. Entonces Elena primero increpó a la maestra por su descuido y, después, intentó coger a la niña en brazos para calmarla.

—No. Tal como estás, no debes hacerlo —dije mientras forcejeaba con ella para que me la diera. Se la entregué a la maestra y se la llevó.

Acto seguido, Elena extrajo del bolso su teléfono y llamó a Eric. Me alejé de ella unos metros, con la intención de no poder escuchar ni una sola de sus malditas palabras. Pero, sin duda, mi curiosidad morbosa provocó que llegaran hasta mis oídos algunas frases que

me produjeron vergüenza ajena y cierta indignación: «...Sí, Eric, ya sé que no es nada grave, pero creo que debería llevármela a casa... No, no tengo nada que hacer esta tarde... ¿Por qué no?... ¿No crees que eres muy duro con ella?... ¡No! No es cuestión de mimos... Vale, de acuerdo... Espero que al menos vengas tú a recogerla... Claro que sí. A ella le gustará mucho... Te quiero».

«¿No tengo nada que hacer esta tarde? ¿Te quiero?». «No la entiendo». Tuve ganas de llamarla traidora y abofetearla.

A pesar de que tras el incidente Elena dijo que ya no tenía mucha hambre, la convencí para ir a comer a un restaurante de Little Italy.

—Vas a ser una madre estupenda —dije mientras le acariciaba la mano sobre el mantel de cuadros rojos y blancos.

Ella, aunque con delicadeza, la retiró enseguida.

—Eso espero —dijo—. Voy a dedicarme al niño por entero, al menos durante el primer año. En los ratos libres estudiaré lo que pueda para poder ejercer como abogada en Nueva York, pero todo lo haré poco a poco. Cuando empiece a trabajar ya no será al ritmo de antes. Aceptaré menos casos para estar con el niño, y que se sienta querido de verdad. Disfrutaré tanto de él... porque, a mi edad, ya no creo que tenga más...

Apuré la copa de vino tinto y le sonreí. Pensé que tampoco era tan mayor como para no tener más hijos, pero me preguntaba quién podría ser el futuro padre, y esa duda me perforaba el estómago.

—Me gustaría contarte algunas cosas de Eric —dijo.

No podía haberlo dicho más a propósito.

—No, Elena, de verdad. Prefiero no saber nada.

—¿Por qué?

—¿No lo entiendes? ¿Conoces a algún tío que disfrute conociendo los entresijos de las relaciones que tiene o ha tenido la que ha sido su pareja? Pues si conoces a alguno, yo no me incluyo en ese grupo. Mira, solo me gustaría saber una cosa: si te hace sufrir. Si es así, entonces querría que me lo contaras todo, y así pensar en la forma de conseguir recluirle en una prisión de alta seguridad y que cumpliera *la perpetua*.

—Pues entonces no voy a poder contarte nada, porque no es nada malo lo que iba a decirte. Al contrario. Todo es muy bueno.

—Pues me alegro por ti, de verdad, pero me cuesta tanto aceptar que otro... No sé, Elena, pero no soporto que... Bueno, quizá sea, soy, un egoísta, que quizá salga de mí ese instinto primitivo que... Y me comporte como uno de esos animales que no soportan que sus hembras... ¡Déjalo! Sabes que te quiero mucho.

—¡Vale, vale! ¡Déjalo tú! No sufras más.

Comenzó a jugar con el dedo con unas migas de pan que había sobre el mantel.

Silencio. Para mí, un silencio tenso y confuso. Entre otras muchas cosas, volvía a intrigarme el motivo por el que había traído a la niña. Se lo pregunté.

—Pues... es que creía que... te gustaría conocerla —parecía incómoda con mi pregunta.

—¿Ah, sí? Es cierto, lo estaba deseando.

—¿Por qué te pones tan irónico?

—Porque no te comprendo. Hay algo que no me cuadra. ¿De qué pretendes esconderte?

—¿Esconderme? ¡No me escondo de nada! —respondió mientras con el dorso de los dedos expulsaba las migas del mantel—. No sé a lo que te refieres.

—Vale. Yo quizá tampoco sepa por qué lo digo, pero... Además, esa relación tan idílica entre las dos... me parece algo artificial.

—Digamos que... nos enamoramos la una de la otra desde el principio y pienso que... que debe sentirse muy sola.

—¿Es que su padre no la trata bien?

—Es un padre estupendo. Aunque es muy recto con ella, también es muy cariñoso y sensible.

—Pero no tiene madre. ¿No es eso?

—¡No! ¡Ni la tiene, ni la ha tenido nunca! ¡Jamás! —contestó airada mientras se frotaba los brazos—. Bueno, cambiemos de tema —prosiguió—. Estoy cansada y quiero irme a casa.

—De acuerdo. Te acompañaré hasta allí.

—No, por favor. No quiero, puedo ir yo sola.

Resoplé. Ella me miró. Creo que intentaba adoptar una actitud cordial, pero sé que continuaba incómoda.

—Te acompañaré —insistí.

—Vale, vale, de acuerdo, está bien. Pero me gustaría que antes pasáramos un momento por el bufete de mi hermano. Así le conocerías.

¿No decía que estaba cansada?

A pesar del frío intenso y la humedad que impregnaba el asfalto, Elena se empeñó en caminar hasta el bufete de Jon Astaburuaga, que se encontraba en uno de los rascacielos de la sexta avenida. «Astaburuaga and associates». Yo me opuse, pero ella insistió:

—Voy muy abrigada y necesito hacer algo de ejercicio.

El abrigo azul que llevaba puesto era aún más grueso que el gris claro con el que me recibió en el aeropuerto. Se lo dije y contestó:

—¡Ah! Te has dado cuenta. Yo también sé cuidarme.

Y en ese momento recordé aquella noche de principios de otoño en la que caminábamos por Chueca, alegres y libres de esta ropa pesada.

—Vaya, ¿todo esto es de Armani —ironicé agarrando de un extremo su bufanda— o te lo has comprado en la misma tienda que la de la niña?

—Me lo compré en Madrid antes de venir.

Reanudó la marcha, pero yo sentí un escalofrío que me dejó clavado en el suelo, supongo que con la mirada perdida, porque dentro de mí se representó la imagen desoladora de una chimenea vacía.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te paras?

—Porque estoy congelado.

Me acerqué a ella, rodeé su espalda con mi brazo y la atraje hacia mí. Creo que, como un reflejo, ella rodeó mi cintura con su brazo y caminamos así unos pasos. Y en ese mismo instante reapareció aquella chimenea, que ahora estaba repleta de leña que crujía envuelta en una llama dominante y atrevida.

A los pocos segundos, Elena se detuvo y su mirada se quedó estancada en una solapa de mi abrigo.

—¿Te ocurre algo, Elena? ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy bien. Es que es la segunda vez hoy que siento una especie de contracción que solo dura unos segundos. Ya se me ha pasado. No es nada. He leído que esto es normal en la última etapa del embarazo.

—Voy a llevarte al hospital.

—¡No! Sé que no estoy de parto. Créeme, confía en mí. Yo soy la primera que no pondría en riesgo al niño.

Paré un taxi.

—De acuerdo —dije mientras subíamos—. Parece que tú, como siempre, sabes muchísimo.

Di la dirección de su casa.

—No, no por favor. Vamos al bufete de mi hermano. Serán solo unos minutos, de verdad. Pediremos al taxi que nos espere y después me acompañarás a mi casa, te lo juro. Más pronto o más tarde tendrás que conocerle. Serás el padre de su sobrino.

El despacho de Jon, en la planta sesenta de la sexta avenida, era frío y transparente —también de acero y cristal, como mi hotel—, en el que su hermano parecía encajar como una pieza más de su estructura. Alto y erguido, hablaba con su móvil de espaldas a nosotros mientras su mirada vagaba por la geometría de los edificios cercanos.

En cuanto percibió nuestra presencia, nos hizo un leve gesto con la mano intentando transmitir que le esperásemos. A los pocos instantes, colgó. Tras las presentaciones, se empeñó en enseñarme las distintas dependencias de su bufete y en presentarme a algunos miembros de su equipo.

Su teléfono no dejaba de sonar. Su actitud hacia mí era seria y educada. En ningún momento mostró la más mínima familiaridad. No hizo referencia alguna a mi próxima paternidad, ni hizo algún comentario acerca de la suya: sabía que tenía dos hijos adolescentes. Solo trabajo. Precisión absoluta.

Tras salir del edificio, de camino hacia su casa, desfilaban por mis sentidos algunas escenas que vivimos en Madrid en los dos últimos años, mezcladas como si fueran un caleidoscopio, envueltas en una dolorosa sensación de pérdida irremediable. Y cuando por fin llegamos a la puerta de su casa, me despedí de ella con un simple beso en la mejilla. En cuanto me vi solo en la acera, me arrepentí de no haberme atrevido en ese momento a darle uno de nuestros abrazos. ¿Qué me estaba pasando?

Era yo el que ahora necesitaba caminar. Me subí el cuello del abrigo, me ajusté la bufanda y, a pesar de llevar guantes, escondí las manos en los bolsillos. Poco a poco comenzó a anochecer, y una tras otra se encendieron las luces y las velas de los restaurantes de Manhattan, y desde uno de ellos parecían escaparse algunas notas de *smooth jazz*. Entré, me tomé una copa de vino y me quedé allí cerca de una hora. Valentina apareció dentro de mí, pero de una manera extraña: como si lo que viví con ella tras nuestro reencuentro fuera tan solo la reminiscencia de alguno de mis sueños inquietantes. Existía algo en mi interior que cada vez me oprimía más el pecho y que no me dejaba respirar, algo potente y agresivo que me quemaba por dentro y que pugnaba por salir. Había estado ahí desde que puse el primer pie en el JFK, y había ido creciendo en fuerza e intensidad. No sabía lo que era. No tenía ni idea.

Salí de aquel bar y, como un alma en pena, recorrí casi todos los clubs de *jazz* de Manhattan, desde el Blue Note hasta el Village Vanguard. Incluso, aunque era un largo paseo, decidí caminar hasta el Club Birland en la calle cuarenta y cuatro, pero al llegar a la treinta paré a un taxi y di la dirección de mi hotel.

—¡No! ¡Siga recto! A Ámsterdam con Broadway, y luego le indico.

Fue como un reflejo de esos que aparecen porque sí y que escapan por completo al raciocinio. Durante el trayecto no pensaba en nada. A través de la ventanilla veía desfilar ante mí una luz tras otra: la de los semáforos y las farolas, a veces lúgubres al mezclarse con el vapor de agua que emergía del asfalto; la de las retorcidas letras de neón de vivos colores de la puerta de algunos establecimientos, las de los aledaños de Times Square, a pesar de que le pedí al taxista que no pasara cerca de allí. También escuché la sirena de

una ambulancia y la de un coche de policía. Pero nada de lo que existía fuera de mí importaba, porque era dentro, en mi interior, donde yo residía, una vez más, en medio de aquel malestar asfixiante.

Llamé al timbre del apartamento, y Elena se asomó por la ventana y me miró extrañada por mi visita, cuando hacía muy pocas horas que nos habíamos despedido hasta el día siguiente.

—¡Abre! —le dije.

Entré en su casa como un relámpago, y ella me miró a los ojos sorprendida.

Estallé.

—¿Te has acostado con Eric? ¡Dime! ¿Te has acostado con Eric llevando a mi hijo dentro? —pregunté a bocajarro, sin pensar, mientras levantaba la voz y me acercaba a ella cada vez más.

Al principio pareció asustarse de mi actitud, pero enseguida adoptó su conocida pose firme y desafiante.

—¿Pero qué dices?! ¿A ti que te importa?

—¡Quiero saberlo! ¡Necesito saberlo! ¡Contesta!

—¡Déjame en paz!

—¡Contesta! —la agarré de los brazos y estuve a punto de zarandearla.

—¡No! ¡No lo he hecho! —exclamó—. Él tiene sus principios. Nunca se acostaría conmigo estando embarazada de otro hombre.

—¿Entonces con quién has follado todos estos meses!?! —estaba fuera de mí.

—¿Qué? Enrique, ¿has bebido? ¿Estás borracho? ¿Por qué me insultas? Yo no hago esas cosas. ¿Y tú? —me increpó, levantando la voz aún más que yo—. ¿Ya te has follado —subrayó la última palabra— a la niña de las flores? ¿A esa ñoña, cursi y malcriada? ¿O has sido tan cobarde que ni lo has intentado?

No respondí.

—¡Ja! Veo que no. Has perdido facultades. Me voy a acostar. Adiós.

No podía irme. Era imposible.

—Has sido tú —dije en voz baja.

—¿Qué? ¿Qué dices ahora? No te he oído. Quiero que te vayas.

—Que la última mujer con la que he estado has sido tú.

Calló unos instantes.

—Pero, Enrique, ¿qué te pasa? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero tocarte.

—¿Qué has dicho?

—Quiero tocarte —me acerqué a ella—. Desde que he venido a Nueva York has

intentado evitar quedarte a solas conmigo, cualquier contacto, cualquier roce... Quiero tocarte el pelo, los labios, todo tu cuerpo —decía mientras la acariciaba.

—¡Déjame! ¡No sigas así, por favor! No lo soportaría. ¿Es que te da morbo hacerlo con una mujer embarazada? —pero yo continuaba con mis besos mientras me deshacía de su bata blanca e intentaba hacer lo mismo con su camisón.

—Jamás lo haría con una mujer embarazada. Solo contigo. Quiero verte desnuda.

—Por favor, Enrique, te tengo miedo. ¿Por qué me haces esto? —decía mientras jadeaba y correspondía a mis caricias—. Estás loco. Estoy hinchada, deforme. ¡Mira! Uso dos tallas más de sujetador. Llevo en mi vientre a una criatura de más de tres kilos, por favor...

—Estás guapísima, incluso más que antes.

Nos dejamos caer despacio sobre la cama. Continué con mis besos. La acariciaba, la tocaba. Ella me hacía lo mismo.

—Quiero a Eric —dijo.

—Quieres a Eric.

—Y tú quieres a Valentina, ¡hijo de...!

—Y yo quiero a Valentina, hijo de puta.

—¡Eres un psicópata!

—Soy un psicópata... ¡Dios mío! —me di cuenta—. No quiero hacer daño al bebé.

—No —contestó con rapidez—. No quiero que pares. No pasa nada si lo hacemos con cuidado.

No sé cómo ni por qué, pero lo hicimos. Y después la abracé y acaricié su espalda y su vientre, y su pelo.

—Hace tanto tiempo que no estoy así contigo —dijo.

—Será por eso por lo que te costaba dormir.

Aquel sentimiento doloroso e indefinible había desaparecido casi por completo. Me sentía relajado. Ella también.

—Se mueve —dijo con la mano sobre su vientre—, pero parece que esta noche está menos inquieto.

—Claro, es un privilegiado. Duerme en medio de sus padres. ¿Tú no lo hacías cuando eras pequeña? —conocía de sobra la respuesta.

—Jamás. Ni se me ocurrió. A veces creo que ni ellos dormían juntos cuando yo nací. ¿Y tú? ¿Lo hacías?

—Nunca. Impensable. Te quiero mucho, Elena.

—Yo a ti también, pero no sé. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No tengo ni idea.

El pecador, la traidora y el justiciero

—¿Qué hora es? —preguntó Elena apenas abrió los ojos—. ¡Las diez! Tengo cita con el ginecólogo a las once y es en la otra punta de Manhattan. ¡Llegaré tarde! Voy a ducharme. ¡Uf!... Me duele todo.

Apartó la ropa de la cama y se levantó. Sobre la sábana había una mancha de sangre. Me asusté.

—¡Elena! ¿Qué es esto?

Al verla se sobresaltó, pero mantuvo la calma.

—Creo que estoy de parto y... —se miró las piernas—. ¡Estoy rompiendo aguas! ¡Llama a un taxi, por favor!

No encontraba el número. Me temblaban los dedos. Me equivocaba al marcar. Algunas mujeres mueren en el parto —pensaba—. Y si al niño le pasara algo por lo que hicimos anoche...

Ella, sin embargo, recogía algunas cosas de forma ordenada. Parecía que todo lo tenía preparado. De vez en cuando se agarraba el vientre y se inclinaba hacia delante con gestos de dolor.

—Esto ha sido por mi culpa —dije.

Ella me miró con gesto irónico y sonrió.

—La culpa fue de lo que hicimos en Madrid... Bueno, en realidad solo mía. ¡Pero tranquilízate! El parto tenía que ser uno de estos días. Me alegro de que esto me haya pasado ahora que estoy contigo.

En el taxi, de camino al hospital, en mi mente aparecían las imágenes de cuando era yo quien la conducía hacia otro, tras descubrirla inconsciente en el suelo de su habitación. Elena me cogió la mano, y la vi allí radiante, aunque dolorida. Me agarró del brazo y apoyó su cabeza en mi hombro, pero no podía permanecer así mucho tiempo, porque tenía contracciones cada vez más fuertes y más frecuentes, al igual que ocurría con mis latidos.

Al llegar al hospital, la aposentaron con cuidado en una silla de ruedas y, a continuación, vi cómo se la llevaban hacia quién sabe qué entrañas del edificio sin que nadie reparase en mí. Me dejaban al margen como algo aparatoso y molesto. Intenté ir con ella, pero no me lo permitieron.

—Enrique, ¡acuérdate! —dijo en voz alta antes de que la perdiera de vista—: En mi bolso está el teléfono de mi hermano. Llámale. ¡Ah! ¡Y avisa a Eric!

En la sala de espera, me sentí más solo y desamparado que nunca. Hubiese querido

avisar también a mi hermana María. Habría llegado enseguida. Me hubiera aliviado mucho su compañía. Pero ella no sabía nada porque yo le ocultaba todo.

En el bolso de Elena encontré dos tarjetas: la de Jon Astaburuaga y la de Eric Wyler. Les llamé, y los dos respondieron, educados y escuetos, que llegarían enseguida.

Me senté en uno de los sillones de la sala de espera, pero no aguantaba ni dos minutos, y caminaba arriba y abajo, y me volvía a sentar. Juguetaba inquieto con las dos tarjetas. Las manoseaba, arañaba los bordes con la uña, las doblaba... Me pareció llamativo que la tarjeta de Jon era más contundente al tacto y sofisticada en todos sus trazos; sin embargo, la de Eric era mucho más ligera. Bajo su nombre figuraba tan solo «Plastic surgeon» y, en la parte inferior a la izquierda, unas siglas y un número de teléfono. Su dirección pertenecía a Brooklyn.

Jon fue el primero en llegar.

—Hola, Enrique —de manera muy formal me estrechó la mano—. ¿Cómo está Elena? ¿Qué sabes de ella? Veo que te llamó a ti antes que a nadie.

No pretendía dar demasiadas explicaciones, pero no hubiera tenido opción, porque el teléfono de Jon comenzó a sonar y se retiró a hablar junto a una cristalera. Me recordaba a su hermana cuando la conocí. En los pocos instantes que el teléfono calló, se acercó a mí.

—Supongo —dijo sin más, mientras se sentaba a mi lado— que, dadas las circunstancias, no pretenderás la custodia compartida.

—Perdóname, Jon, pero eso es algo entre Elena y yo. Todavía no ha nacido mi hijo y en lo único que pienso ahora es en que todo salga bien. Pero puedes estar seguro de que nunca haría nada que la pudiera perjudicar. Créeme.

—Sí, claro, por supuesto. Lo siento. Perdona. Mi mujer me reprocha que me comporte como si siempre estuviera trabajando, pero es que estoy nervioso. Y no es solo por el parto. Elena me desconcierta. Desde que vino de Madrid no la reconozco, parece otra persona. Antes podía con todo lo que se le pusiera por delante. Recuerdo que tendría unos quince o dieciséis años cuando, después de lo que le ocurrió en el internado, dijo aquella frase que nunca olvidó mi padre: «He decidido que jamás me ataré a nada. Solo me tengo a mí misma. No confío en nadie». Aquello sonó como una declaración de intenciones. No era una simple rabieta de adolescente. Siempre lo cumplió y siempre he admirado a mi hermana por ello. Pero ahora la veo distinta. Se ha vuelto, no sé cómo decirlo, menos objetiva, más visceral, más sensible, quizá más tonta. Te reirás, pero hasta se compadece de algunos clientes del bufete, y luego está su relación con Eric y con su hija. Si supieras todo lo que llegó a hacer para ayudarle... ¡Ah, mira! ¡Ahí está Claire!

Claire era la mujer de Jon. Me pareció una mujer tranquila y amable. Creo que intentaba darme conversación, me preguntaba cosas muy lógicas y después me daba su

opinión. Incluso se atrevió a decirme, no sé si del todo en broma: «Bueno, a lo mejor ahora cuando veas a Elena y a vuestro hijo, decides casarte con ella y quedarte aquí con nosotros».

Hace años que no fumo, y no suelo beber más que en contadas ocasiones, pero durante las horas que transcurrieron hubiese querido hacer las dos cosas, y sin parar.

Jon, durante el escaso tiempo libre que le permitían sus llamadas, me hablaba de trabajo, a lo cual yo contestaba escueto y solo por educación.

Pero había algo que estaba allí presente, a pesar de su ausencia. ¿Dónde estaba Eric? ¿Por qué no había llegado? ¿Estaría demasiado ocupado en medio de *liftings* y liposucciones? En mi imaginación aparecieron algunas escenas propias de un episodio de televisión de serie negra. En ellas, Eric maltrataba a Elena. Entonces yo le asesinaba, trasladaba su cadáver en el maletero de mi coche hasta el puerto y me deshacía de él echándolo al río Hudson. Pero en aquellas imágenes, Eric no tenía cara. Jamás le había visto.

El tiempo transcurría lento y asfixiante. Aquella sala de espera me parecía una cárcel donde Jon y su mujer eran mis compañeros de celda. Claire llevó unos sándwiches de la cafetería y unos cafés, pero tan solo pude tomarme el café para no desfallecer. Pensé que hubiese sido mejor que, en lugar de leche, hubiesen disuelto en él algunos comprimidos de Valium.

Por fin, me pareció escuchar mi nombre por el megáfono. Sí. Era mi nombre: Enrique Santacreu, pronunciado con un acento anglosajón apenas inteligible. Nos acercamos al punto de información. Un médico se dirigió a nosotros. Mi corazón iba a estallar. «Elena Astaburuaga se encuentra bien. No precisó cesárea. El niño también está bien y acaban de llevárselo a su madre». Todo estaba bien menos yo. Necesitaba ir con ella.

—¿Dónde está ahora? —pregunté con insistencia—. ¿Dónde la tienen?

Con paso acelerado, me dirigí a su habitación a toda prisa. Elena estaba allí, en la cama, muy pálida.

—Elena, ¿cómo estás? La besé en la frente y le acaricié la cara. Jon y Claire entraron detrás de mí.

—Por favor, dejadnos solos un momento —les pedí.

—Claro, desde luego.

Volví a acariciarla.

—Bueno —dijo—, ya ha pasado todo. Estoy bien, de verdad. ¡Mira, Enrique! ¡No lo has visto! Ni te has dado cuenta. ¡Mira! ¿No lo ves?

Tenía al niño en su regazo.

—Toma. ¡Cógelo! Es tu hijo.

—No creo que pueda.

—¿Por qué no?

—No. Es demasiado pequeño.

—No es tan pequeño, ha pesado casi cuatro kilos.

—Se me va a caer. Prefiero no hacerlo. Otro día.

Aquello me pareció ridículo; así que, sin pensarlo, me lancé a cogerlo sin saber dónde debería colocar las manos para que no se me cayera al suelo o fuera a desarticularse como un muñeco. Lo acerqué a mi cuerpo con mucha cautela y lo miré de arriba abajo como si no hubiera visto un bebé en toda mi vida. Algo me impulsó a tocar su piel. Le volví a mirar muy despacio, acerqué mi mano a la suya y palpé sus deditos. Y en ese mismo instante sentí una especie de calambre que me hizo temblar.

—No, no puedo —se lo entregué—. Elena, quiero quedarme contigo. Pídeme que me quede, o dime que vas a volver a Madrid. Sé que seríamos felices. Sabes que te quiero.

—No, Enrique. No puede ser. No debo irme contigo. Tú tampoco debes quedarte, porque yo también te quiero mucho.

No pude soportarlo más. Me escondí en el cuarto de baño y me eché agua en la cara, con el corazón desbocado, sin poder respirar y con ganas de vomitar.

—¡Enrique! Enrique, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. No te preocupes. No pasa nada —dije en voz alta.

Creo que estuve llorando. Tenía que mantener el control. Era necesario en ese momento. Elena se ponía nerviosa. Debía salir de la habitación y parecer tranquilo. «Puedo hacerlo, puedo hacerlo...». Me miré las manos aún temblorosas. Las abrí y cerré varias veces. Respiré hondo y me esforcé después en hacerlo lento y pausado.

—No te preocupes por nada —dije al salir—. Me he emocionado un poco, pero estoy bien. Voy a salir un momento para que tu hermano pueda entrar.

Volví a darle un beso en la frente y salí de la habitación. Jon me dio la enhorabuena.

—¡Ah! Por cierto —dijo—, creo que no os conocéis. Este es Eric. Y este es Enrique, el padre del niño.

Nos estrechamos la mano de manera educada y aséptica.

—Parece —dijo Jon— que Eric ha llegado al hospital al mismo tiempo que nosotros y no le hemos visto.

—No he querido entrar en la sala de espera —respondió—. He estado por ahí. Perdonad que tenga este aspecto, pero vengo desde el trabajo.

Por fin conocía a Eric. Era cierto: siempre estuvo allí. Le había visto varias veces en el pasillo. Era tan alto como yo y vestía de manera informal, nada parecido a como lo hacía Jon. Creo que llevaba vaqueros y un simple jersey de lana bajo una cazadora. ¿Un

cirujano plástico, en su trabajo, se permitía vestir así? Por un momento su aspecto me recordó a Octavio, aunque su cara era menos ruda y su piel mucho más clara, pero no tanto como la de su hija, esa niña tan rubia, tan educada, tan lista, y que tanto quería a Elena.

Jon y Claire entraron en la habitación, y yo me quedé allí junto a Eric. No lo soportaba. Le dije que necesitaba salir para tomar un poco el aire.

Cuando regresé, la puerta de la habitación estaba entreabierta. Y desde el pasillo observé que Eric estaba con ella. La besó en la frente como había hecho yo hacía unos minutos. Pero él, además, cerró los ojos con la misma devoción que si hubiese besado los pies del Santísimo. Después los abrió y la miró de una manera que cualquiera habría dicho que era la mujer de su vida y que la conocía desde el instituto. «¡Gilipollas! Yo soy quien la conoce de verdad. ¿Qué puedes saber tú en tan pocos meses?». Ahora ella le sonreía, le acariciaba la cara y le peinaba con los dedos su cabello. «¡Qué tierna eres! Traidora. Aún me parece que percibo en mi carne el calor de tu vagina. Insensata. Loca».

Por fin volví a entrar para despedirme de Elena y regresar al hotel, pero tan solo pude hacerlo desde la puerta, porque una enfermera nos pidió que nos marchásemos. Dijo que la paciente necesitaba descansar, y la verdad es que yo lo agradecí.

Necesitaba huir.

Eric me lo impidió.

—Enrique —me sujetó del brazo con suavidad y discreción. «¿Qué puñetas quieres?», pensé—. Me gustaría hablar contigo. Pero aquí no.

—Claro, desde luego. ¿Dónde...?

Eric me condujo hasta una cafetería a una manzana del hospital. Quiso que nos sentáramos, y lo hicimos uno frente al otro.

—Anoche estuve en casa de Elena —me dijo sin rodeos.

—¿Anoche? ¿Justo anoche? —sin duda alguna se equivocaba.

—Ella tiene llave de mi apartamento, y yo del suyo. A veces voy sobre esa hora para comprobar si está bien antes de volver a mi casa. Al entrar, os oí a los dos.

—¿Cómo? ¿Qué oíste?

—¿Quieres que te lo cuente? Estuve a punto de entrar en la habitación y pegarte. No lo hice porque no quise violentar a Elena. Me contuve y me marché.

¿Por qué me decía eso? ¿Pretendería que los dos saliéramos a la calle y que nos pegásemos en ese momento?

—¿Y por qué me lo cuentas? ¿Acaso crees que Elena te ha sido infiel y que, porque salga contigo, ya es de tu propiedad?

—En absoluto, pero tampoco de la tuya. Aunque yo la respeto y no me aprovecho de ella.

—No sé qué quieres decir —empecé a cabrearme—. Fue algo consensuado.

—Se sentiría vulnerable y confusa contigo al lado. ¡Estaba a punto de parir a tu hijo! ¡Joder! Mira, Enrique, si los dos estáis enamorados y queréis estar juntos, adelante. Llévatela a Madrid o quédate tú aquí, pero no la confundas más, ¡y suéltala! ¿Crees que no lo sé? Estaba enamorada de ti y quiso tener un hijo. Me contó todo lo que hiciste por ella, lo del acoso, que le salvaste la vida... Pero ahora eso ya ha pasado. Ahora está conmigo y la quiero tanto que sería capaz de hacer mucho más.

—Yo también la quiero, Eric. Ella es una mujer muy especial y tuvimos una relación muy intensa.

—Ni necesito ni quiero saber todo lo intensa que ha sido. Solo me importa cómo es vuestra relación ahora.

—¿Sabes cómo la llamaban en el trabajo?

—*La sabin*a del Vaticano —afirmó sin titubeos.

—Elena es increíble. Cuando la conocí se comportaba como una mujer dura e inaccesible, pero era solo una máscara. La verdadera Elena Astaburuaga es otra muy distinta en la intimidad...

—Entiendo bastante de máscaras y sé cómo es Elena en la intimidad. Si de verdad la quieres, ¿por qué la dejaste marchar? ¿Por qué no corriste tras ella? Si yo hubiera sido tú, no la hubiera dejado sola todos estos meses, sin venir a verla ni siquiera una vez.

—Ella me prohibió que lo hiciera.

—Y tú la obedeciste. Si la quieres como dices, ¿por qué no le pediste en serio que se casara contigo?

—Se lo he pedido muchas veces, incluso hace unos minutos, y siempre se niega.

—¿Y alguna de esas veces le has dicho, acaso, que estabas enamorado de ella? Dices que la quieres. Yo también quiero a muchas mujeres, pero solo estoy enamorado de una. Y en mi vida no aparece y desaparece ningún fantasma. El único fantasma podría ser el de mi mujer, pero no es peligrosa, porque está muerta. En mi vida no hay fantasmas.

—Veo que te ha contado muchas cosas.

—Sí. Lo ha hecho. Y supongo que al principio fue porque se sentía sola. Después ya no, porque era yo el que estaba ahí. Tú no.

Ya no dije nada más en ese momento. Permanecimos callados durante unos minutos mientras pedíamos la cuenta de los dos cafés. Después añadió:

—Si Elena no se va contigo a Madrid, cuando subas al avión, ella tiene que saber en calidad de qué te vas. Claro y sin ambigüedades. Personalmente, no me gustaría volver a saber nada más de ti pero, para mi desgracia, eres el padre del niño de Elena y, de un modo u otro, siempre estaréis vinculados, es decir, si es que tú no eres como otros padres

que se desentienden. . .

Estuve a punto de partirle la cara. De hecho, me levanté y le agarré de las solapas de su cazadora en actitud amenazante. Él me miró a los ojos sin apenas inmutarse.

—Tú no tienes idea de nada —le dije. Le solté con brusquedad y me volví a sentar.

Aquello me dolió como si me hubiera clavado una espada en el estómago y estuviese herido de muerte. Mi musculatura se había aflojado, y en ese momento apenas podía hablar. No pude expresarle mis sentimientos de rabia y frustración cada vez que pensaba que mi hijo iba a pasar más tiempo con él que conmigo, que lo más probable es que fuera él quien aconsejase a Elena acerca del colegio al cual llevarle, y que sería a él a quien, algún día, aunque fuera por equivocación, llamase *papá*. Desde luego, yo también deseaba pegarle.

—¡Espera, Eric! —le dije aún desde mi asiento mientras él se levantaba—. Hay algo que no me cuadra —se detuvo y me miró expectante—: Eres tú. No pareces el típico cirujano plástico que se dedica a quitar arrugas a mujeres ricas. Un día de diario como hoy vienes del trabajo con unos vaqueros. ¿Un cirujano plástico no acude a su trabajo con traje?

—Mutilados.

—¿Cómo dices?

—Vengo hoy de un albergue para gente sin hogar. Asisto a mutilados de guerra, o a víctimas de accidentes de cualquier tipo. Formo parte de una asociación compuesta por cirujanos de distintas especialidades, traumatólogos, internistas... Sabes que aquí los seguros médicos no cubren algunas cosas. Entonces es cuando nosotros valoramos la situación, y si lo vemos posible, actuamos. Pero sí, también quito las arrugas a las mujeres ricas. Tengo una hija y debo ganarme la vida. Por cierto, en nuestra asociación siempre necesitamos fondos. Si quieres colaborar, puedes hacerlo en cualquier momento.

Eric se marchó y yo me quedé sentado allí unos minutos más con el corazón a punto de explotar.

Aquella noche, a pesar de mi cansancio, me marché a Harlem y volví a deambular por algunos clubs de *jazz*. Eric aparecía una y otra vez en mi cabeza. Hacía muchos años que nadie me hablaba con tanta dureza y con tanta precisión. Deberíamos habernos pegado; quizá hubiese podido eliminar parte de la tensión que había acumulado en los últimos días.

En uno de los clubs, la cantante entonaba *My funny Valentine*. Mi primer impulso fue marcharme de allí, pero no quise portarme como un cobarde, así que soporté la canción de principio a fin. Mientras, sin poder evitarlo, la imagen de Valentina volvía a emerger abriéndose paso con furia entre mis vísceras sin que le importase en absoluto mi dolor.

Con los últimos compases escuché otra vez su voz: «Te quiero... No me dejes sola... Sigo viendo a Octavio... Ya no te necesito para nada... No quiero volver a verte».

Poco después, en la soledad de la habitación del hotel, tardé bastante en conciliar el sueño. Me desperté algunas veces sobresaltado y confuso, sin saber si estaba en Malasaña, en mi piso, con Elena en su dúplex, o en cualquier hotel de cualquier parte del mundo. En ocasiones encendía la luz para asegurarme del lugar en el que me encontraba. Desde los enormes ventanales observaba la ciudad que despertaba poco a poco. Tuve la sensación de que estaba encerrado en una pecera.

Bajé a desayunar, y no quise hacerlo en el comedor del hotel. En la misma calle, a pocos metros de distancia, encontré una cafetería bastante concurrida y ruidosa. El olor a tortitas, sirope, ketchup, café y huevos a la plancha sin aceite de oliva se mezclaba con el sonido de la televisión y con los rótulos de *breaking news* que desfilaban repetitivos por el borde inferior de la pantalla como si fueran en carrusel. No pude tomar más que café con leche y una tostada que dejé a medias. Me sentía como si el día anterior hubiera bebido demasiado y tuviese resaca. No era cierto, no bebí alcohol.

Aunque era muy temprano, decidí que lo mejor sería acudir al hospital. A esas horas aún no tendría visitas y así no me encontraría con nadie.

—¡Ah! ¡Muy bien! —contestó Elena irónica tras mi pregunta de cómo había pasado la noche—. Apenas he podido dormir, pero la culpa no ha sido del niño sino de las enfermeras. Se empeñan en decirme una y otra vez lo que debo y no debo hacer. Son todas unas ineptas. No las soporto. Me gustaría irme ya. Voy a llamar al timbre. Quiero hablar con la supervisora.

Cuando la supervisora entró en la habitación, las dos adoptaron una actitud razonable, pero no duró demasiado.

—Sé todo lo que hay que saber —dijo Elena con firmeza— acerca del puerperio, los neonatos, etc. Sé cómo tratar a un lactante y nadie me va a dar órdenes absurdas.

—Y, supongo —contestó la supervisora— que todo eso que dice que sabe lo ha leído en los libros, ¿verdad? Pues, ¡míreme! Tengo cinco hijos, llevo casi treinta años en esta planta y nunca se sabe todo, y menos usted, que es una primeriza añosa y muy soberbia. Con los puntos que tiene en la episiotomía, no se puede marchar. Si no está de acuerdo, avise al doctor y solicite el alta voluntaria bajo su responsabilidad.

—Pues la pediré... —pero la enfermera se dio la vuelta y se marchó.

Disfruté con aquella escena en la que una enfermera, también añosa, ponía en su sitio a Elena de manera firme y contundente. Me reí.

—¿Y qué es eso de los puntos? —pregunté—. ¿Es que dan puntos a las madres, según

se porten? Pues creo que a ti te acaban de quitar unos cuantos.

El niño comenzó a llorar.

—Le habréis despertado las dos, al levantar la voz.

—No, no creo. Se chupa los puñitos. Debe tener hambre. Dámelo. ¿Quieres?

—Pues, prefiero que lo cojas tú. No quiero que se me caiga.

—De acuerdo. ¡Ven aquí, cariño! —dijo mientras cogía al niño. Después lo colocó en su regazo y se sacó uno de los pechos. Apenas el niño lo rozó con su cara, con pasmosa precisión comenzó a chupar, más bien diría que a morder su pezón. Me mareé un poco con aquella escena. Hacía mucho calor, un calor desagradable que me hizo salir de la habitación.

—Necesito un poco de aire. Voy a dar una vuelta hasta que termine.

Salí del edificio y paseé un poco por el jardín. Me pregunté lo que debería hacer ese día. ¿Pasarlo en el hospital con ella y contemplar aquella escena una y otra vez mientras soportaba la compañía de su familia. . . y la de Eric? No, no creo que pudiera.

Regresé a su habitación. Elena hablaba por teléfono de manera bastante formal:

—Sí. Muchas gracias. A partir de las once. Espero que lleguemos a un acuerdo.

—¿Qué haces? No estarás trabajando desde el hospital.

—No digas tonterías. Mira, tengo que pedirte un favor. Quiero encargarte que me compres algunas cosas. Aquí tengo la lista. Si, ya sé que es muy larga, pero quiero que seas tú quien me las consiga. Toma las llaves de mi apartamento y llévalo todo allí. Luego ya será muy tarde y preferiría que no vinieras. Creo que voy a recibir aquí visitas de algunos compañeros y, la verdad, a mí me parece de muy mala educación que vengan a verme en mis condiciones, pero lo tendré que soportar.

Todavía me quedé un rato más. Me sonreía y me hablaba del niño, pero parecía preocupada.

—¿Qué te pasa, Elena?

—Nada —contestó—. No me pasa nada. Anda, ve a comprarme lo que te he pedido, por favor.

—No sé si será hoy, o mañana, pero quiero que cuando te den de alta me avises primero a mí.

—No avisaría a nadie antes. Te lo prometo.

Apenas salí de la habitación, una chica me preguntó si era esa la de la señorita Astaburuaga, y vi a otra más que lo preguntaba en el mostrador de las enfermeras. ¿Qué se traía entre manos?

Henry y Luca

Conseguir todo lo que me pidió Elena me ocupó casi el resto de la tarde.

Por suerte, aquella noche me acosté pronto y dormí bastante bien hasta que me despertó el timbre del teléfono.

—Enrique, quiero que vengas a mi casa. Es urgente.

—¿Qué pasa? ¿No estás en el hospital?

—Ya no. Pedí el alta voluntaria. Ayer contraté a una enfermera. Pero eso no es importante. Ven, por favor.

—¿Pero el niño y tú estáis bien?

—Muy bien. No pasa nada, pero quiero verte.

—Y lo de la enfermera... Claro, ahora lo entiendo. Ayer en el hospital estuviste realizando entrevistas de trabajo a unas pocas. No se le ocurre a nadie hacer eso más que a ti. ¿Cómo volviste?

—Pedí un taxi.

Le reproché que no me hubiera llamado y que corriera el riesgo de hacerlo sin ayuda, pero ella contestó:

—Ya sabes que siempre he evitado depender de alguien, aunque no siempre lo haya conseguido, claro. Ahora tengo un hijo, pero no por eso voy a convertirme en una mujer tonta. Puedo hacerlo todo yo. Bueno, en este caso con la enfermera. No necesito la ayuda de ningún hombre.

De camino hacia su casa, intenté imaginar cuál sería el motivo de tanta urgencia. No lo entendía. Además, ¿por qué ayer me hablaba de forma cariñosa, y hoy de manera firme e imperativa?

Al llegar, desde la acera, observé las tres ventanas de su apartamento, «aquellas tres», como ella dijo, «las de las cortinas blancas». Recordé la última vez que estuve allí, y dormimos juntos, la víspera del parto. Ni siquiera hacía setenta y dos horas.

La luz de la mañana hacía que el interior de aquella estancia me pareciese mucho más grande y que los colores fueran mucho más vivos. No sabía cómo suelen oler los bebés, pero allí olía a bebé.

—Siéntate —me dijo—. Quiero que me escuches.

Intrigado, me senté en el sofá como me pidió. Ella se sentó a mi lado. Tras unos instantes, aunque con cierta dificultad, se levantó.

—No, no me ayudes. Puedo sola.

Caminó pensativa de un lado a otro del salón varias veces. En ocasiones se sujetaba la tripa con una mano. Llevaba puesta una bata blanca. Por algunos huecos asomaba un camisón blanco también. La miré de arriba abajo, y aquel atuendo no se parecía en nada al que acostumbraba llevar cuando estaba conmigo. Ya no parecía una amante.

—Quiero saber qué es lo que el niño puede esperar de ti. Le has dado tu apellido.

—Sí —interrumpí—, y me dijiste que vas a llamarle Henry. ¿Henry Santacreu? Piénsalo mejor, van a confundirle con un capo de la droga.

—Cállate y no vuelvas a decir gilipolces. También aseguras que vas a pasarle una pensión. Pues nada de todo eso es necesario. Yo también tengo un apellido y con el mío le basta, y no es que me sobre el dinero, pero sé cómo conseguirlo.

—Elena, ¿adónde quieres llegar?

Se sentó junto a mí y continuó con su discurso.

—¿Por qué desde que ha nacido no quieres mirarle? ¿Te da miedo hacerlo? ¿Te has arrepentido de todo lo que dijiste? Quiero que me hables con franqueza. Necesito saber a qué atenerme. Y no solo yo, sino el niño. Cuando crezca, tengo que saber lo que voy a decirle el día que pregunte por su padre biológico.

—Por favor, Elena, todo esto sobra. Es mi hijo.

—Eso me lo has dicho muchas veces, pero si es tu hijo, ¿por qué no te comportas como un padre?

—No sé a lo que te refieres. Ahora es un bebé. No se entera de nada.

—¿Y tú te enteras? Si quieres portarte como un padre, quiero que entres en esa habitación y le mires. Luego quiero que le cojas y le toques, y que le veas desnudo, tal como quisiste hacer conmigo la otra noche.

—Elena, ¿qué es todo esto? ¿Un castigo?

Ahora era yo el que me levantaba del sofá y deambulaba de un lado a otro.

—No puedo hacer lo que me pides... Si hago todo eso... el niño... llorará.

—Pues entonces verás cómo llora. Luego le daré el pecho y verás cómo come. Hazlo, porque si no eres capaz de hacerlo ahora, no creo que lo hagas nunca, y menos viviendo a ocho mil kilómetros de él. Dijiste que los dos lo haríamos bien, que...

—Bueno —interrumpí—, creo que... que aún estás afectada un poco por tus hormonas. No deberías haberte marchado aún del hospital. Estás sacando las cosas de quicio.

Volví a sentarme.

—Si crees que estoy sacando las cosas de quicio y que lo que digo es fruto de mis hormonas, acabas de contestar a todas mis preguntas. Iniciaré los trámites legales para intentar anular todos tus derechos.

—¡Basta, Elena! Tú lo has dicho antes, y es verdad: tengo miedo, y mucho.

Volví a levantarme y casi a correr de un lado a otro de la habitación. Ella se había sentado y me seguía con una mirada dura y expectante, como el que espera la confesión de un reo.

—¿Crees que si miro al niño y le toco, y hago todo eso que me pides, voy a poder marcharme de aquí? No. No creo que pudiese. Esto no es lo que yo hubiera querido para mi hijo. Siempre pensé que si algún día pretendía ser padre, lo pensaría primero con detenimiento y después decidiría, que sería un padre presente en la vida de mi hijo y que podría contar conmigo en cualquier momento.

—Las cosas no salen siempre como uno quiere. ¿Es que aún no lo has aprendido a tus cuarenta años? Yo sí, a base de golpes hace mucho, y decidí que a partir de ese momento controlaría mi vida, ya que era lo único que en realidad tenía. Me funcionó muy bien hasta que te conocí y cometí el error de enamorarme de ti. Pero cuando miro al niño no me arrepiento —se levantó del sofá, se colocó frente a mí y me miró a los ojos—. Si tienes tanto miedo como dices, ¡entonces vete! Y así no sufrirás.

Aparté a Elena y me dirigí sin pensar hacia la habitación del niño. Estaba allí, dormido en aquella cunita pequeña que le regalé, como si fuera un animalito indefenso. Retiré la colcha que cubría su cuerpo, me incliné hacia él y le miré. Jamás olvidaré aquella carita, sus puñitos, sus piernecitas. Le cogí en brazos, acerqué su cara a la mía y la besé. Elena me miraba a mí, lo sé, a mí más que al niño, y me pidió que le desnudara sin miedo, que ella me ayudaría. El niño se desperezó y empezó a llorar. Admito que me asusté. Miré a Elena.

—No pasa nada —dijo—. Los niños lloran. A ellos no les da vergüenza hacerlo, como nos pasa a los adultos.

No sé cómo pude hacer todo aquello: colocarle en la cunita y con mucho, muchísimo miedo y bastante torpeza, desnudarle. Tenía una especie de pinza en el ombligo que al principio me volvió a asustar.

Salimos de la habitación y Elena le volvió a vestir. Nos sentamos. Le pedí que me entregase al niño, lo coloqué sobre mi regazo y le mantuve así durante algún un tiempo hasta que se durmió. Después se despertó y empezó a llorar. Entonces Elena lo cogió y se puso a darle de mamar. No pensé en absoluto que aquellos pechos eran los mismos que había acariciado hacía tres días. Eso lo pienso ahora. Después el niño se quedó dormido. Elena lo volvió a meter en la habitación y arrastró su cunita hasta colocarla a nuestro lado.

Estábamos solos. Dijo que esa mañana había pedido a la enfermera que se marchara y que no regresara hasta la noche; y cada vez que recibía alguna llamada, eludía la posibilidad de una visita.

—Hoy quiero pasar el día contigo y con nuestro hijo.

Hubo algunos momentos de silencio, un silencio reflexivo. En otros tan solo mirábamos por la ventana, o lo hacía yo, mientras ella arreglaba algunas cosas en la habitación o iba a la cocina para preparar algo de comer. Sé que en algunos momentos jugueteé con un mechón de su cabello, como hacía en otro tiempo. Pero ahora era distinto: no pensaba en el sexo, tan solo quería disfrutar de aquella cercanía que existía entre los tres.

—Elena, siempre me he preguntado el motivo de tanta autosuficiencia, esa necesidad de dominarlo todo y de esa aparente frialdad cuando, aunque no quieras reconocerlo, eres la persona más dulce y necesitada de cariño que conozco. Hoy has aludido a algo que ocurrió hace mucho. Anteayer, en la sala de espera del hospital, tu hermano habló de un internado que al parecer te transformó. También comentó algo acerca de una especie de declaración de intenciones. Me has dicho muchas veces que soy en quien más confías. Yo no voy a juzgarte nunca, pasase lo que pasase allí. Y no me importan los ocho mil kilómetros que haya entre los dos. Ni siquiera si sigues o no con Eric. Estoy contigo y siempre lo voy a estar. Y te diré más: puedes contarme todo lo que quieras. No me hagas caso cuando te digo que no quiero saber algunas cosas. Aunque me cueste reconocerlo, sé que solo es fruto del instinto de un macho primitivo y de un estúpido ego. Si quieres contarme lo que te ocurrió, estoy aquí, Elena.

Me acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Nunca he hablado de esto con nadie, Enrique. Con nadie. Mi hermano solo lo sabe de manera muy superficial. Se enteró por mi padre. Ni siquiera me preguntó a mí. ¡Soy su hermana! ¡No me preguntó! Y mi madre tampoco se esforzó demasiado en comprenderme. ¡Y yo sentía que me iba a morir! —se le quebró la voz pero se contuvo.

—Espera, Elena. No quiero que sufras —acaricié su pelo.

—Tenía quince años. Acababan de llevarme a un nuevo internado. Era el más estricto de todos en los que había estado. Mi padre lo eligió porque decía que allí me convertiría en una mujer fuerte. Repetía siempre: «La vida es dura, e incluso trágica, y hay que estar bien preparado para ella». Esas frases las había escuchado tantas veces, que sus palabras entonces me resultaban vacías. Allí, una vez más, no conocía a nadie. Estaba enfadada con mis padres y con la vida. Me mostraba huraña con todos: compañeros, profesores... Me sentía muy sola. No me concentraba en los estudios, tampoco me interesaban. Estaba muy cansada, apenas comía y perdí mucho peso. No podía dormir y lloraba por las noches. Me dijeron que estaba entrando en una especie de anorexia, pero no era verdad. Avisaron a mis padres, y solo acudió a verme mi padre. Me regañó por no comer y por no sacar buenas notas, y me prometió un regalo si aprobaba. Pregunté por mi madre, y me contestó

que, aunque estaba muy preocupada por mí, le había resultado imposible venir porque estaba preparando una cena muy importante en la embajada.

La interrumpí:

—Elena, si en algún momento te encuentras mal, sabes que puedes parar cuando quieras.

—Un día apareció por allí un chico mayor, un italiano. Tenía diecisiete años. Se llamaba Luca —se le quebró la voz otra vez y se le congestionó un poco la cara, pero se sobrepuso—. Ya te he dicho que yo no estudiaba y que me daba todo igual, incluso comencé a fumar porros y a beber alcohol en las habitaciones donde, por supuesto a escondidas, había fiesta. Una noche estaba algo borracha y unos chicos querían jugar conmigo, y al final intentaron propasarse. Luca me protegió. Al día siguiente le di las gracias. Desde ese momento, no pudimos dejar de mirarnos. En la biblioteca se sentaba a mi lado muchas veces y me ayudaba a hacer los deberes. «Eres muy inteligente —decía—, pero no te comprendo. Dices que tus padres no te quieren y por eso estás cabreada y no estudias. ¿Qué vas a conseguir así? Ellos no van a quererte más y tú cada vez te vas a querer menos». Él llevaba varios años en el internado y sabía cómo moverse en él. «No, Elena —me decía—. No puedes hacer esto, te castigarán... Mira, si sacas buena nota en este examen te dejarán salir dos horas el miércoles... Elena, tienes fiebre. Debes decirlo y quedarte en la cama». Una noche se las arregló para meterse en mi habitación. Nos besamos muchísimo, y nos desnudamos y nos tocamos. Yo era virgen y con él dejé de serlo. A partir de entonces, todas las noches hacía lo imposible por venir. Hacíamos el amor y dormíamos juntos, abrazados el uno al otro. Estábamos tan enamorados... Con él tuve mi primer orgasmo y creí que iba a volverme loca. Estar con Luca era lo único que me consolaba porque sabía que, a pesar de lo que pudiese sufrir durante el día, por la noche volveríamos a dormir entrelazados el uno con el otro. Hicimos un pacto: teníamos que disimular todo lo posible para no levantar sospechas. No podíamos confiar en nadie, y decidimos no mirarnos demasiado durante el día.

Comenzaba a comprender algunas cosas.

—Un día sonó el timbre por la mañana y estábamos tan dormidos que no lo escuchamos. Una vigilante abrió la puerta de la habitación y nos descubrió. Avisaron a mis padres pero no pudieron ir. No sabes cuánto lo agradecí. Nos dieron una buena reprimenda y a Luca le trasladaron dos plantas más arriba. Evitaron ponernos en grupos donde pudiéramos coincidir, y ya no podíamos vernos ni siquiera de día. Lloraba todas las noches. Un día, sin que me vieran, dejé una nota dentro de uno de sus libros, justo en la mesa en la que se sentaba: «Te necesito. No puedo más». A los pocos días nos cruzamos por casualidad en el pasillo y me dijo sin apenas mover los labios: «Voy a ir». Esa misma

noche intentó deslizarse desde su ventana hasta la mía por el patio interior. Escuché un golpe. Me asomé y era él, que se había caído. Le vi allí tumbado en el suelo, boca abajo, inconsciente. No sabía si estaba muerto. Grité una y otra vez: «¡Luca! ¡Luca!». Estaba tan alterada que acabé en el hospital. Ese mismo día me dieron el alta y me llevaron otra vez al colegio. Mi padre me esperaba en la sala de profesores. Me abracé a él, pero me apartó. «Eres una puta», me dijo, y me dio una bofetada. Supliqué a los profesores que me dijeran dónde estaba Luca, si estaba vivo o muerto, pero solo me decían que se lo habían llevado sus padres. Me reprochaba que, si no le hubiese dejado aquella nota, Luca estaría bien. Me sentía tan culpable de lo que le hubiese pasado. Desde luego, me merecía la bofetada.

—¡Dios mío, Elena! No sé cómo tu padre pudo actuar así. ¿Y no te expulsaron del internado?

—No. Mi padre era muy influyente. Además, los únicos que entonces conocían nuestra relación eran los profesores. Le imploré que, si no iba a volver a ver Luca, me cambiara de internado, porque no iba a soportar seguir allí sin él, pero se negó. Volví a fumar porros y a beber alcohol. La culpa no me dejaba vivir... Estaba destrozada. Una noche estaba tan borracha que le confesé todo a su mejor amigo y luego me acosté con él. Al día siguiente dijo a todos: «Anoche me follé a Elena». Esa forma de hablar me horroriza. Aquello fue la comidilla de todos los compañeros. Me culparon a mí del accidente de Luca. Me hicieron el vacío. Estaba tan rabiosa... Me negué a comer y a levantarme de la cama, incluso rompí un espejo y me corté en la muñeca. Al día siguiente lo volví a hacer con un cúter. Los profesores se lo comunicaron a mis padres y me llevaron a casa. Allí mi padre me contó, por fin, que Luca vivía y que estaba bien, y me pidió perdón por la bofetada. Al cabo de unos días, unos médicos me amenazaron con ingresarme en un hospital psiquiátrico, incluso me asustaron con la posibilidad de meterme en un correccional de menores si no les obedecía, pero yo continuaba sin querer salir de la cama. Era incapaz de comer. Solo quería dormir. Si entonces mi madre me hubiese dado un abrazo, solo uno... pero se limitaba a decirme frases como «Elena, tienes que comprender nuestro enfado. Nos has defraudado con tu comportamiento. No es lo que esperábamos de ti. ¿Qué van a pensar todos? Eres nuestra hija y te queremos. Pero bueno, lo pasado, pasado. Debes levantarte y ponerte a estudiar. Vas a perder el curso».

—Todo esto que cuentas me parece tan cruel y me da tanta pena... Eras una cría.

—Creo que dormí durante varios días seguidos. Me obligaban a tomar unas gotas, no me acuerdo bien.

La tuve abrazada muy fuerte durante unos minutos. Luego se separó, cogió al niño, que había empezado a gimotear, y, con él en su regazo, continuó:

—Durante esos días soñaba mucho con Luca, con las frases que me decía: que yo era la persona a la que más quería, que podría llegar a ser todo lo que me propusiera en la vida, y que era la más inteligente, la más guapa, la más cariñosa, la más buena del mundo... Una mañana —prosiguió—, me desperté y me sentí distinta. No sé por qué, pero era como si alguien me hubiera anestesiado. Me levanté de la cama, me duché, me vestí y salí a desayunar con mis padres, como si nada. Ellos se miraron, pero no me dijeron ni una sola palabra. Fui yo la que habló: «Quiero volver a clase». Creo que se quedaron atónitos. Mi padre me dijo que había pensado que, si yo quería, podía cambiarme de internado. «¡No! —contesté—. Quiero volver al mismo. No pasa nada». Volví, pero la Elena de antes ya no existía, había desaparecido. Conseguí vengarme del amigo de Luca, ese que contó a todos que «me había follado». Estudiar era lo único que me quedaba en la vida para escapar de todo y huir; además, así tenía la sensación de que le era leal a él, a mi Luca, estuviese donde estuviese. Y también era la mejor forma de humillar al resto de mis compañeros: nadie iba a superarme en nada. ¡En nada! Durante el día apenas pensaba en Luca. Tenía mucho que hacer. Por las noches era peor, y aunque me ponía a estudiar, incluso con una linterna cuando apagaban la luz, casi siempre me dormía llorando. Pedí que me cambiaran a otra habitación distinta y lo aceptaron. Por aquel entonces, ya había realizado aquella declaración de intenciones a la que se refiere mi hermano: «He tomado la decisión de que no voy a atarme a nada ni a nadie. Solo me tengo a mí misma». A mi padre le sorprendió mucho que dijera esa frase. Pensó que era una pataleta de niña rebelde, pero con el tiempo comprobó que no lo era. No volví jamás a hablar de Luca.

—¿Y nunca tuviste la tentación de buscarle, de averiguar si él...?

—Él me buscó a mí primero. Pero de eso hace ya diez años. Un domingo por la mañana, cuando estaba en casa, alguien llamó a la puerta y me entregó una caja. Dentro había una orquídea blanca y un sobre con una nota: «*ti ameró qualsiasi cosa succeda*». Era lo que Luca me decía siempre. Me quedé desconcertada. El sobre no tenía remite, ni nombre ni dirección. ¿Dónde estaba él y por qué justo en ese momento? Enseguida lo comprendí. En ese momento yo estaba en Roma y quizá él también.

—¿Y qué hiciste?

—Al día siguiente me propuse buscarle. Lo único que conseguí averiguar es que vivía en un chalé a las afueras de Roma. Una mañana decidí ir a verle, aunque fuera de lejos y por última vez. Desde un parque que había frente a su casa, le vi salir. Llevaba de la mano a un niño que tendría unos dos años y de la otra a una mujer embarazada. Después me di cuenta de que cojeaba un poco de una pierna. Te repito que si hubiera podido llorar me habría desahogado tanto... pero era incapaz de conseguirlo. Hacía mucho tiempo que no me permitía hacerlo.

El niño se había dormido en sus brazos y, con mucho cuidado, sujetándole la cabecita, lo colocó en la cuna. Me miró y continuó:

—Ya te dije que tú me atrajiste mucho desde el principio. Entonces pensaba que solo me acostaría contigo unas cuantas veces y luego te dejaría. Fui una imprudente cuando te permití que te quedaras conmigo la primera noche, y una temeraria cuando además te pedí que te acercaras a mí de vez en cuando, porque resulta que tú, además, me abrazaste. Con el paso del tiempo, romper contigo me resultaba cada vez más difícil. «De hoy no pasa, hoy se lo diré», me proponía. Imposible. «Esta noche no quiero que te quedes», conseguí pronunciar. Y no sé de qué forma lo diría, porque entonces tú me acariciaste y me preguntaste: «¿Qué te pasa, Elena? Estás muy seria». Y yo solo fui capaz de responder: «Es que tengo el estómago un poco revuelto». Y tú dijiste: «De acuerdo, si quieres me voy, pero puedo dormir en la otra habitación para que no te quedes sola». Y para colmo de males, cuando tuve tanta fiebre, ¿te acuerdas?, me llamabas desde el bufete casi cada hora. Más tarde sufrí el acoso... Y ya sabes, no tuve escapatoria.

Calló durante unos instantes, cambió de postura con cierto gesto de dolor y continuó:

—Me has preguntado muchas veces cuál es el motivo por el que lloro durante nuestras relaciones sexuales. Creo que es porque contigo he llegado a sentir lo mismo que con Luca.

No dijo nada más ni yo tampoco, pero no fue necesario. La abracé. Nuestros abrazos. Siempre estuvieron presentes en nuestra relación. Desde la primera noche, y después en cualquier momento, a cualquier hora. Con nuestros abrazos nos hablábamos el uno al otro sin pronunciar una sola palabra.

A partir de ese día, tuve que aceptarlo: tendría que sufrir la ausencia de mi hijo, y la ausencia de mi Elena, pero no por mucho tiempo, porque pensaba volver muy pronto.

JFK

Las despedidas. Casi nunca me despido de nadie si no es muy necesario. No doy explicaciones de adónde voy, ni por qué. Para mí, decir adiós es tan automático como pulsar un botón. Nunca he querido detenerme a pensar en lo que dejo atrás.

Elena se presentó en el JFK sin avisarme. El día anterior le dije que me iba ese día, y les di un beso a ella y al niño. No quería que me hiciera pasar por eso.

Desde la cafetería del primer piso, la vi en el vestíbulo. Me buscó con la mirada. Estaba con Eric. ¿Qué pretendía? ¿Que me desmoronara delante de él? Al menos no había llevado al niño. Ahora era inevitable acercarme a ella, verla otra vez, decirle *adiós* o *hasta pronto*. No sabía cómo poder afrontarlo.

Bajé a su encuentro. Nos vimos, nos acercamos entre la multitud. Ella, despacio; solo hacía cuatro días que había nacido el niño y, como siempre, nos dimos un abrazo. La besé en la mejilla.

Eric, muchos metros atrás, disimulaba que no nos miraba. Sacó un refresco de la máquina.

—¿Por qué me haces tan difícil que me vaya? —acaricié sus mejillas.

—No sé, pero pensé que aún estarías en el aeropuerto y quería verte por última vez antes de que subieras al avión. Ya ves, me comporto como una auténtica masoquista.

—Elena, ¿por qué me siento tan mal y tan culpable? Tengo la sensación de que te estoy abandonando y de que tú me abandonas a mí. Más que eso: es como si te perdiera para siempre, como si fueras a morir —mis esfuerzos por no llorar resultaban cada vez más complicados.

—A mí me pasa lo mismo —dijo mientras se secaba las lágrimas con los dedos—, pero sé que es solo una sensación y que no es real. Tú tienes personas a las que quieres mucho, y que te esperan. Y a mí no me dejas sola. Estoy con el niño y con Eric.

—¿De verdad quieres a Eric?

Elena agachó la cabeza y asintió. Después me miró fijamente.

—Yo le quiero y él me quiere. Él es mi presente —me acarició la cara—. A ti te quiero también, pero supongo que ahora será de la misma manera que tú a mí.

—Eso no es verdad, Elena. Yo por ti siento mucho más de lo que te imaginas, yo...

Me tapó la boca con sus dedos.

—Calla —me pidió con ternura—. Nos volveremos a ver, por el niño. En realidad él siempre nos va a unir, aunque cada uno tenga otra pareja.

—Entonces lo que nos pasó la otra noche, ¿te arrepientes?

Volvió a agachar la cabeza.

—Intenté evitarlo desde que bajaste del avión, pero no pude. Creo que yo, en realidad, lo deseaba aún más que tú. No sé, Enrique, estoy muy confusa, porque, aunque no te lo creas —suspiró—, a veces no sé a quién le estoy siendo infiel, si a ti por querer a Eric, o a él por quererte a ti. En estos momentos creo que no me arrepiento de lo que hice, aunque luego sí lo haga, o quizá no, porque antes de dormirnos yo te comenté que el niño estaba tranquilo y tú dijiste: «Es un privilegiado. Duerme en medio de sus padres».

Se echó a llorar.

—Esa frase —prosiguió— me va a perseguir siempre. Seguro que aparecerá cuando menos lo espere, y entonces me acordaré de ti y te echaré tanto de menos... Y cuando mire al niño quizá tenga remordimientos por no haberme casado contigo para que él pudiera tenerte cerca. Me sentiré una mala madre, y...

—Elena, aún estamos a tiempo, aún puedo quedarme.

—Pero yo no quiero que lo hagas.

—Pues si eso es lo que deseas lo respetaré, pero no te olvides nunca de lo que te dije ayer: siempre estaré a tu lado, en todo. Cualquier cosa que te ocurra, cualquier cosa que quieras contarme.

—Lo sé.

Nos abrazamos muy fuerte. Miré a Eric. Estaba a cinco metros de nosotros e intentaba aparentar que no nos miraba, pero no perdía detalle. Le hice una señal con la cabeza para que viniese a por ella y la arrancara de mí, pero él, con la cabeza también, con un leve gesto lo expresó todo: «No voy a ayudarla en esto. Es ella quien tiene que desprenderse si quiere, y venir a mí».

Sentí cómo poco a poco la presión que ejercía sobre mi cuerpo era más débil. Sus brazos y mis brazos, sus manos y las mías se deslizaron hacia abajo hasta que se separaron. Lloraba. Creo que yo también, aunque solo lo hiciera por dentro. Por fin se dio la vuelta para dirigirse hacia Eric despacio, igual que hizo minutos antes para acercarse a mí. No habrían pasado ni diez segundos cuando se detuvo, se giró y me miró.

—Ve a buscarla —creí escuchar.

—¿Qué has dicho? No te entiendo.

No contestó.

Cuando llegó hasta Eric, él le tendió la mano y ella la cogió. Entonces, él la abrazó de

manera envolvente, no con sus brazos sino con todo su cuerpo. Después vi cómo la besaba en los labios de manera muy sutil. No pude soportar más aquello y aparté la vista.

Me mezclé entre la gente, sin mirar atrás. Bueno, sí que lo hice, pero ya no les vi. «Vuelo número... con destino Madrid...». Nunca agradecí tanto escuchar una de esas frases. Deseaba más que nunca llegar a casa.

No suelo marearme en el avión a no ser que haya bastantes turbulencias, pero lo confieso: antes de subir me tomé dos biodraminas. ¿Dormir? ¿Anestesiarse? ¿Qué hay que hacer para no sentir tanto dolor?

Desde entonces, sobre todo cuando estoy medio dormido, me revuelvo al sentir que existen dentro de mí dos mitades y que una de ellas siempre llora. Ambas se unen en medio del océano. Y siempre me invade la misma pregunta: ¿Por qué no encontrar una casa justo a mitad de camino, quizá sobre las nubes? Creo que solo así me sentiría en paz.

Dark Black Blues

A los pocos días de llegar a Madrid, regresé a Malasaña, a mi pequeña casa, a esa que, «por azar», estaba situada justo enfrente de la tienda de esa mujer que podía crear un ramo de novia original, o venderte un disco antiguo o una simple caja de hojalata.

Mi vida volvió a ser la de antes, de día y de noche; y a pesar del desgarró que sentía por estar lejos de Elena y de mi hijo, regresó aquella otra sensación de calidez y compañía que tanto me reconfortaba.

Sin embargo, introduje algo nuevo: alternar mis noches de Smooth Jazz con las visitas al club de *blues* de Octavio. Se llamaba Dark Black Blues. Allí, apoyado sobre la barra, dejaba transcurrir el tiempo mientras intentaba que mi actitud pareciera lo más natural y espontánea posible. Lo cierto es que prestaba atención a cada detalle, e incluso al llegar a casa anotaba algunos que podrían tener algún significado. Quizá me ayudasen a desentrañar, de una vez por todas, lo que sucedía entre Octavio y Valentina.

Octavio solía estar allí todas las noches y se dedicaba sobre todo a tareas de supervisión. Algunas veces, sin demasiado entusiasmo, atendía a los clientes. Me parecía un detalle importante que siempre eligiera el extremo de la barra más alejado a mí, a pesar de que yo lo variase de una noche a otra.

Una vez más, como hacía ya dos años, quería saber, necesitaba saber. Y en esa ocasión, pasase lo que pasase, llegaría hasta el final.

Los días transcurrían y, a propósito, no me acercaba a Valentina para evitar que, después de confesarle mis intenciones hacia ella, se sintiera acosada. Algunas veces pasaba por la puerta de su tienda, o incluso me detenía a mirar su escaparate. Supongo que se daba cuenta de ello y de que, acto seguido, me alejaba como si tuviera cosas más importantes que hacer. ¿Se sentiría desconcertada por mi aparente falta de empeño?

Un día decidí entrar.

—¿Qué haces aquí? —dijo en tono seco.

—Tranquila. Vengo a comprar. Resulta que dentro de unos días es el cumpleaños de mi sobrina y quisiera regalarle algún detalle. A ella suelen gustarle mucho las cosas raras, así que he pensado que este era el lugar perfecto. ¿Qué me recomendarías?

—Pues sí, has venido al lugar perfecto. ¿Qué edad tiene tu sobrina?... ¿Cómo es? ¿Morena, rubia, castaña?... ¿Cómo suele vestirse?... ¿Tiene el pelo largo o corto?... ¿Por qué zona de Madrid suele salir?... ¿Cómo tiene decorada su habitación?... ¿Qué tipo de música le gusta?...

Me bombardeó con sus preguntas y comenzó a sugerirme una cosa tras otra. No sé cómo se las arregló para conseguirlo: le compré regalos a Chisi para varios cumpleaños, los Reyes, su Santo... e incluso también una especie de broche para mi hermana María. Pero no hubo más acercamiento a ella que no fuera el de la más estricta relación entre vendedor y cliente, y por cierto, en este caso, una vendedora muy buena. Por supuesto, fue un error intentar jugar en su campo. Tuve la sensación de que me había ganado por goleada.

«¿Qué pretende? —quería yo que ella pensase—. Pasa el tiempo, dijo que iba a conseguirme de nuevo, y tan solo se acerca para comprar unos regalos. ¿Eso es lo único que tiene para mí... a excepción de sus miradas o una sonrisa en la cola del supermercado? ¿Habrá dejado de quererme? Y si ya no me quiere, ¿por qué no se marcha de una vez?».

Algunas veces bajaba las persianas por completo y me iba a pasar unos días al piso. «Por fin se ha ido —pensaría—. Ya no le veré más». Y al poco las vería de nuevo alzadas, y los balcones abiertos, y sabría que yo aparecería en cualquier momento. Pero... ¿quién puede saber a ciencia cierta lo que puede pensar o sentir alguien? Cuando recuerdo todo eso, me parece algo retorcido haber intentado jugar con ella de ese modo. La verdad es que no sabía qué hacer para que volviera a pensar en mí y a necesitarme.

Mis visitas al Dark Black Blues, a pesar de hacerse cada vez más frecuentes, resultaban bastante anodinas. Me sabía de memoria cada uno de los *blues*, incluso el orden en que solían ponerlos; sin embargo, me llamó la atención la manera poco respetuosa, a veces sarcástica e incluso cruel, en la que Octavio se refería a las mujeres cuando hablaba con los otros camareros. Incluso alguna vez le vi pronunciar para sí, en voz baja, algún insulto de contenido machista al guardar alguna botella o al limpiar un vaso: «¡Menuda guarra! ¡Anda y vete a limpiar sartenes!».

Lo cierto es que la clientela femenina abundaba y muchas chicas miraban a Octavio de manera insinuante. En una ocasión oí comentar a algunas lo sexi que les resultaba. Octavio, conocedor del efecto que causaba en las mujeres, adoptaba un papel de pretendida indiferencia, aunque a veces esbozaba una leve sonrisa mientras las miraba, que ellas parecían interpretar como un intento de seducción y, por tanto, de esperanza. Sin embargo, yo intuía que la explicación distaba mucho de ser esa. Su actitud era fruto del desprecio que sentía. Me preguntaba cuál podría ser el motivo.

Una noche, a pesar de mi cansancio, me quedé allí hasta que cerraron las puertas, y no observé nada extraño. En otra ocasión, me propuse comprobar lo que podría ocurrir si preguntaba al camarero la forma de conseguir algunos gramos de cocaína. Este se dirigió a Octavio y le dijo algo al oído. Octavio me miró durante unos segundos y le murmuró a su

vez unas palabras. A continuación, el camarero se acercó a mí y me dijo:

—Verá, en este club nunca tenemos nada de todo eso y tampoco sabríamos dónde enviarle. El dueño —dijo señalando a Octavio con la cabeza— es muy puritano para esas cosas. Dice que su club es limpio y legal.

Enseguida comprendí que me estaban tomando el pelo con descaro y que no iba a conseguir nada con mis visitas que no fuera la pérdida de horas de sueño.

Por otro lado, no había vuelto a verle entrar en casa de Valentina. ¿La habría dejado en paz de una vez por todas?

Pero las cosas no eran lo que aparentaban ser.

Al inicio de la primavera, llovió durante varios días seguidos, y la fuerza del agua en su descenso hacia la Gran Vía blanqueó las calles y purificó el ambiente. Por fin un día, el cielo se despejó por completo y me asomé al balcón con un café entre las manos, a observar, despreocupado, lo que desde hacía tiempo consideraba «mi escenario y mi gente»: una anciana apoyada en su bastón caminaba por la acera despacio, extrajo de su bolso unas llaves y, con cierta dificultad, abrió el portal de Valentina y se introdujo en él. Dos chicas jóvenes con manga corta y un suéter anudado en las caderas caminaban juntas al lado de sus bicicletas. Un hombre de unos sesenta y tantos años salía del bar de la esquina con la cara enrojecida y marchaba tambaleante. Aquel bar, por cierto, era aún más viejo que el de Antonio y, cuando pasabas cerca, desprendía un olor penetrante de una mezcla de aceite frito y café. Los fines de semana cerraba muy tarde, incluso más que los locales de moda, y a veces se convertía en refugio obligado de algunos jóvenes que no encontraban siquiera un hueco en la barra de aquellos que preferían frecuentar. A esas horas de la noche llevaban ya varias copas, y desde mi casa, con el balcón abierto, se les escuchaba hablar en un tono de voz bastante alto, interrumpido tan solo por estrepitosas carcajadas, e incluso por algunos cánticos absurdos y desafinados.

Y sucedió que aquella tarde sentí deseos de encontrar un lugar tranquilo alejado del bullicio de la calle, un lugar donde sentarme a disfrutar de ese primer sol ya más cálido. Entonces me acordé de aquella terracita cuadrada que tenía en mi casa. Dejé el café sobre la mesa, me dirigí hacia ella y abrí la puerta. Me pareció volver a ver allí a Valentina con los brazos apoyados en la barandilla, observando los tejados de los otros bloques, la ropa tendida en las azoteas, y empeñada, además, en localizar la planta baja que fue en otro tiempo una tahona donde iba con su madre a comprar el pan. Llevaba el pelo suelto y me sonreía, mientras me suplicaba como una niña ñoña que la dejase arreglar la terraza a su gusto.

Me la pude imaginar en cuclillas o arrodillada, colocando distintos tipos de plantas o enredaderas, tal como hizo en otro tiempo mi sobrina Chisi en la terraza de mi piso. Quizá la acompañasen algunos ayudantes para trasladar los objetos más pesados, y yo al volver del trabajo la encontraría allí y ella me sonreiría, y yo la abrazaría y la besaría a espaldas de ellos. Quizá podríamos colocar un velador para cenar allí en las noches cálidas, o incluso una barbacoa. Bueno, mejor no, pensaba: ella es vegetariana; pero a continuación volvía a verla de pie con todo tipo de verduras extendidas sobre la plancha, antes de que yo colocase en ella mis alimentos de animal depredador. Recordé aquella piscina pequeña que tenía Elena en su dúplex a la que fueron a parar los «importantísimos» documentos que tenía entre manos. Sonreí para mis adentros. ¿Sería factible en mi terraza tener algo así aunque el agua tan solo nos llegara a los tobillos?

Poco a poco oscureció, y la terraza quedó alumbrada tan solo por la escasa luz que procedía de las casas de los vecinos que daban al patio interior. Me apoyé en la barandilla y, relajado, dejé que mi mirada vagase por aquellas ventanas y tejados. Hasta mí llegaron algunos olores procedentes de las diminutas cocinas de los bloques vecinos: carne a la plancha, pescado, quizá un guiso... Y también algunos sonidos, como el chisporroteo del aceite caliente cuando recibe a algún invitado, o el de batir un huevo con un tenedor.

Jamás había cocinado hasta que llegué a aquella casa, y para mí aquello fue todo un descubrimiento, a pesar de que jamás pasase de hacer una tortilla francesa, una ensalada y poco más.

Nunca me había fijado, pero también se escuchaba algún parloteo, incluso frases sueltas bastante inteligibles que escapaban por las ventanas: «Dame otro huevo, que se me ha vuelto a cortar la mayonesa... ¡Contesta el telefonillo! ¡Será tu madre!... ¡Come! ¡No te levantes hasta que no te acabes el filete!... ¡Venga, fuera de aquí, que en esta cocina solo cabe uno!». También escuché algunas risotadas, y más allá el llanto de un niño.

Una tarde, a la vuelta del trabajo, decidí ir a buscar a Valentina. Y en cuanto la vi salir de la tienda, a propósito me dirigí hacia ella de manera decidida, como el que va a tomar algo que le pertenece. Ella sin duda había advertido mi presencia, y quizá mi actitud la atemorizase, porque cerró la tienda con rapidez, guardó nerviosa las llaves en el bolso y se alejó por la acera corriendo.

—¡Espera, Valentina! —grité.

Entonces se detuvo, y en cuanto me coloqué frente a ella, cruzó los brazos y me miró desafiante.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Pues, verás, ¿recuerdas la primera vez que estuviste en mi casa? Viste mis videos en VHS y después nosotros...

—Sí —interrumpió—. Por desgracia, me acuerdo. ¿A qué viene esto?

—Entonces recordarás algo que me dijiste.

Frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres ni quiero saberlo —dijo con ademán de marcharse.

—Es acerca de la terraza interior. Quiero pedirte... ¿Te acuerdas de aquel día? —quería que se acordara. Sabía que lo primero que le vendría a la cabeza sería su deseo y mi deseo, el tacto de nuestra piel caliente, aquello que los dos ansiábamos, y nuestra frustración al no poder conseguirlo—. Aquel día —continuó— te fijaste en mi terraza y dijiste que, si la dejase en tus manos...

—Bueno, pero eso ya no tiene ningún sentido. Eran otras circunstancias.

—Pues me gustaría que fueras a arreglarla.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no llamas a algún profesional? A uno de los que decoran algunas casas del barrio de Salamanca, esas tan formales que salen en las revistas.

—Te pagaré lo que me pidas.

—¡No es cuestión de dinero!... ¡Ah, bueno, sí! —rectificó—. Lo entregaré a una ONG que ayuda a las prostitutas. Les vendrá fenomenal.

—Entonces irás.

—Aunque, pensándolo bien —dijo con fingida reticencia—, no creo que pueda. Tengo mucho trabajo. Además, jamás subiría a tu casa si estás presente... Aunque si tanto te interesa —prosiguió irónica—, pásate un día por la tienda y te haré un presupuesto. Pero que sepas que te costará un poco caro.

—Valentina, no necesito presupuesto. Te dejo estas notas con algunas sugerencias. Decide tú lo que te parezca más conveniente. Y si no quieres que yo esté en la casa mientras estás allí, de acuerdo. Pasado mañana me voy de viaje y estaré fuera durante varios días. Mis llaves las tiene Virtuosa. Cuando vuelva, hablaremos. ¿Te parece bien?

—Sí. Me parece muy bien, estupendo, maravilloso.

—Vale —respondí—. Adiós, Valentina.

Entonces di media vuelta y me alejé.

No mentí cuando le dije que tenía que viajar. Me marchaba a Nueva York.

Un café en el Village

Existen algunas escenas de ese viaje a Nueva York que, desde que ocurrieron, regresan a mí con cierta frecuencia. Quizá sea porque contienen sensaciones que aún hoy me desconciertan, tanto que, en cuanto aparecen, no soy capaz de concentrarme en nada más.

Un café en el Village. Elena y yo estamos sentados juntos en el mismo lado de la mesa. Ella lleva a nuestro hijo en un portabebés. El niño duerme sobre su pecho. El rostro de Elena ejerce sobre mí un poder hipnótico. No puedo dejar de observar sus ojos y sus labios. Le hablo despacio, en voz baja. Es casi como un susurro. Y ella me contesta de la misma manera, y acerca su boca a mi oído como si no quisiéramos que nadie nos escuchase, como si se tratara de una conversación clandestina:

—Estás mucho más guapa que antes —le comenté—. Te veo más mujer.

—Peso tres kilos más.

—Así estás mejor. No quiero que adelgaces. —Y añadí—: El niño se parece a ti. Es como si fuera tuyo del todo.

—Eso no es verdad —contestó—. Mira sus labios y su naricita.

Y todo lo decíamos con una sonrisa que no queríamos que lo fuera. Ella parecía que se escondía de mi mirada y refugiaba la suya en el niño, al que de vez en cuando acariciaba la cabeza con sus mejillas. Pero en algunos momentos, sus ojos se le quedaban atrapados, como me ocurría a mí. Quizá yo soy más insolente y por eso la miraba con mayor descaro. En ese café olía a chocolate, y tenía la sensación de que el chocolate era ella, y que en su interior existía licor, uno fuerte que podía embriagar con facilidad y hacer perder la cabeza.

—Eric y tú seguís juntos, ¿verdad?

—Sí —responde.

—¿Y le quieres más que a mí?

—Sí.

—¿Y él te quiere más que yo?

—Sí.

—¿Por qué no has querido que entre en tu casa? —le pregunté—. ¿Es que tienes miedo?

No contestó y se quedó pensativa durante unos instantes.

—Toma, coge al niño —me dijo mientras se desabrochaba el portabebés.

—Claro —contesté. Y entonces ella me lo entregó con cuidado y se levantó.

—Perdona, pero tengo que hacer una llamada —dijo. Introdujo la mano en su bolso, extrajo de él su teléfono, salió a la calle, y a través del cristal observaba cómo marcaba unos números y a continuación hablaba mientras caminaba de un lado a otro por la acera. Acabó la conversación, regresó a la cafetería y, sin volver a sentarse, me dijo:

—Me gustaría que fuéramos a mi casa.

Estaba seguro de que tramaba algo.

Nada más llegar, dio de cenar al niño y me explicó con detenimiento su forma de comportarse, sus horarios, lo que debe hacerse cuando llora por las noches, etc.

Yo la miraba expectante, mientras asentía una y otra vez y me temía lo peor.

—Mira —dijo—, este fin de semana tengo que salir fuera de la ciudad, y como tú estás aquí, te quedarás en mi casa y te ocuparás del niño. Aquí hay una lista de todo lo que necesita, y aquí, en esta otra, todo lo que te he explicado, de manera muy concreta. Lo escribí para que Svetlana siguiera al pie de la letra mis instrucciones. Ella se las sabe de memoria, así que, si tienes dudas, le preguntas. Se quedará aquí contigo de todas formas y...

—Elena, no me gusta que me gastes estas bromas.

—No es una broma. Hablo en serio.

—No pretenderás irte y abandonar a tu hijo.

—No lo abandono. Lo dejo con su padre. Espero que disfrutes de él, y ya sabes: te quedas con Svetlana.

No podía creerlo, pero así fue. En pocos minutos hizo el equipaje, abrazó al niño, le dio un beso muy grande y abrió la puerta para marcharse.

—Te llamaré a menudo y veré al niño desde el móvil. Tú no me llames, a no ser que sea algo muy importante. Y ya sabes: está Svetlana.

¿Svetlana? Sí. Era una mujer muy eficiente, como a Elena le gustaba que fuera todo el personal que trabajaba para ella; y también más alta y más gorda que yo, una mujer imponente.

Pero todo fue bien, al menos para el niño. Para mí, mejor no hablar.

Elena regresó el domingo por la noche. Olía a leña y tenía las mejillas algo coloradas, como si hubiera tomado el sol. Estaba muy contenta, tanto que, cuando una vez liberado de mis obligaciones paternas me marchaba al hotel, me dio un fuerte abrazo.

—Te quiero mucho, Enrique Santacreu —y me lo volvió a repetir cuando, al día siguiente, vino a despedirme sola al aeropuerto.

—Yo también la quiero muchísimo, señorita Astaburuaga.

Tormenta

La misma tarde de mi regreso de Nueva York, acudí al Dark Black Blues. Ya había llovido. Estaba cerrado. Miré el reloj. «Sí, aún es pronto —me dije—. Sigo bajo los efectos del *jet lag*». Y cuando iba a marcharme, escuché a través de su puerta entornada unas frases que provenían del interior.

—¡Mira, tío! ¡Os voy a joder bien, a ti y a tu familia! ¡Se ve que la otra vez no te sirvió de nada, hijo de puta! ¡Te vas a acordar!

No era la voz de Octavio.

Me resultó difícil alejarme de allí sin hacer algo. Pero no me gusta correr riesgos, así que primero llamé a la policía y después entré.

—¿Qué quiere usted? —dijo Octavio—. Está cerrado.

El otro hombre me miró, pero no dijo nada. Parecía esperar a que me marchara. Era un hombre fornido, moreno, con algunas cicatrices en la cara.

Me dirigí a él:

—No he venido a oír *blues*, sino a aconsejarle que cuando vaya a amenazar a alguien, al menos cierre la puerta.

—¿Y a ti qué te importa, gilipollas? —contestó desafiante mientras me miraba de arriba abajo—. ¡Lárgate por donde has venido! ¿Quieres que te parta la cara y te ensucie el traje?

—¿Quieres que te haga otra cicatriz en la cara, o prefieres ser tú el que se largue de aquí?

Se abalanzó sobre mí para pegarme, pero Octavio le sujetó.

—¡Venga! ¡Déjale! Él no es nadie que te interese. Que se vaya a tomar por culo.

Por fin, la policía entró en el local y los dos hombres, por arte de magia, se convirtieron en amigos entrañables. Explicaron de la forma más distendida de que fueron capaces que yo había malinterpretado las cosas, que nadie había amenazado a nadie, que además la música —la cual no había sonado en ningún momento— estaba un poco alta... etc.

Cuando la policía se marchaba, el de las cicatrices les sonrió con fingida familiaridad.

—Bueno, yo me voy también —dijo—. Igual que ustedes. Les acompaño.

Salimos todos a la calle. Los vecinos, al ver en la puerta del club un coche de la policía, curioseaban a cierta distancia. Entre ellos, Valentina desde la acera de enfrente. Me di perfecta cuenta de que Octavio observó que yo la miraba. Después me dijo:

—Entra, tío.

Le obedecí y cerró la puerta.

—Mira —dijo—, no te metas donde no te llaman. No te estoy amenazando. Ya sé que tú tendrás bastante mundo por lo que habrás visto por ahí con ese trabajo que tienes, pero no conoces a esta gente. Te lo digo por tu bien y por el mío, ¿vale? ¡Ah! Y no quiero que vengas más aquí por las noches a pedir *farlopa* y a aparentar ser lo que no eres. No te interesa.

—¿Y qué puedes saber tú de mi trabajo?

—Aquí se sabe todo. Hay mucha gente que viene y va, pero sé muy bien cómo funciona mi barrio.

—Así que tú eres de aquí. ¿Y no conoces a Valentina?

Su actitud, que hasta ese momento había permanecido bastante contenida, cambió, y le pegó una patada a una silla.

—Mira, ¡que te largues! —dijo—. Y a ver si te enteras de una vez: ¡me la suda esa Valentina!

Una tarde, a la vuelta del trabajo, cuando intenté abrir la puerta, supe que alguien había entrado en casa. El resbalón era lo único que la mantenía cerrada y no las cuatro vueltas de llave que solía echar cada vez que me marchaba. Encendí la luz. Silencio. Sobre la mesa, una cuerda con un nudo corredizo en forma de soga. Sobre la silla, un machete. Lo agarré con ambas manos, y despacio y con sigilo, revisé cada uno de los posibles escondites de la casa. Nadie. Solo quedaba mirar en la terraza. Escuché un carraspeo y abrí la puerta de una patada.

Alguien de improviso se volvió hacia mí soltando lo que llevaba en sus manos. Era ella. Respiraba de manera muy acelerada con la mano sobre el pecho. Intentaba decir algo, pero era incapaz de articular palabra.

Dejé el machete en el suelo.

—Lo siento mucho, Valentina. Creía que algún delincuente había entrado. Lo siento, de verdad —me acerqué a ella sin reparos y la abracé—. Tranquila, tranquila... Soy yo. No pasa nada. Siempre decías que conmigo te sentías muy protegida, ¿te acuerdas? —le retiré el pelo de la cara y la besé en la frente—. Por favor, Valentina, que acabe ya este castigo. Sé que tú me quieres.

Se abrazó a mí y escondió la cabeza en mi cuello. Después me empujó, tomó aire y se irguió.

—Lo siento —dijo—. Le comenté a Virtuosa lo del arreglo de la terraza y me dejó las llaves. Solo tomaba algunas notas e intentaba diseñar una especie de bosquejo. ¿De dónde

has sacado ese machete?... ¡Ah, sí! Lo trajo uno de mis ayudantes por si nos hacía falta. Pero ya me voy. Estar aquí contigo me trae malos recuerdos.

Una vez más, mentía. Sus actos contradecían sus palabras. En ese momento tuve impulsos de agarrarla y llevarla en brazos a mi habitación, igual que un neandertal arrastra a su hembra a la cueva.

Las nubes habían conseguido oscurecer aquella tarde hasta que un relámpago iluminó la terraza. A continuación se escuchó un trueno y una leve llovizna nos humedeció la cara.

—Valentina, creo que los dos necesitamos tranquilizarnos un poco. Vamos a entrar, nos sentamos en el comedor y charlamos acerca de la terraza, o mejor aún, déjame que te invite a cenar.

Frunció el ceño.

—¿Pero qué dices? Ni pensarlo.

La lluvia cada vez más intensa nos obligó a refugiarnos en la casa. Cerré la puerta de la terraza y, al girarme, en medio de aquella penumbra, la vi abrazando la chaqueta de lana que llevaba puesta, como si intentase abrochar un botón inexistente cerca del cuello. Necesitaba encender la luz para no perder la noción de la realidad y hacer algo de lo que después me arrepintiera. Pulsé el interruptor una y otra vez, pero fue inútil.

En medio de ese pasillo que no conducía a ninguna parte y a todas las estancias al mismo tiempo, nos miramos sin hacer ni decir nada durante varios segundos.

—Espera, no te muevas —le pedí.

Saqué una linterna de un cajón de la cocina, y me asomé al balcón. La calle también estaba a oscuras.

—¿Qué pasa? —se decían unos vecinos a otros desde los balcones—. ¿Ustedes tampoco tienen luz?

Me volví hacia ella.

—Tu bloque también está apagado. Quédate a cenar en mi casa. Pediremos que nos traigan algo.

—¿Estás loco? No quiero cenar contigo.

Apagué la linterna y apenas distinguía su cara. Entonces recordé que tenía guardadas algunas velas aromáticas que ella en una ocasión me regaló. Prendí una de ellas y la coloqué sobre la mesa pequeña que estaba delante del sofá. A los pocos segundos se apagó.

—Esta vela que me diste tiene algún defecto.

—No tienes ni idea. Seguro que está bien. Dame las cerillas.

En cuclillas entre el sofá y la mesa, agarró la vela, derritió parte de la cera para descubrir algo más la mecha y, por fin, consiguió que ardiera. Después se levantó y

prendió algunas más, que colocó una tras otra en distintos lugares: la mesa camilla, una balda de la librería... En algunos momentos resultó imposible no rozarnos en aquel «comedor-salón-recibidor» tan pequeño.

—No sé lo que le habrás hecho a esta vela —dijo con tono de voz insolente—. Se ha vuelto a apagar.

Me agaché junto a ella, y lo intentamos los dos juntos con cerillas, con el mechero, soplando, pero aquel atisbo de llama se resistía a querer llegar a serlo, hasta que por fin ardió.

La tenue luz de las velas me recordó aquella noche en que la invité a cenar. Fue la primera vez que nos tocamos la piel. Recuerdo cada una de nuestras palabras y nuestros gestos. Pero en esa ocasión, el sonido de la lluvia acentuaba mucho más mis instintos que aquellos *adagios*.

Se sentó en el sofá, y yo, que aún permanecía agachado, me levanté, me senté a su lado y, antes de que pudiera reaccionar, la besé, y ella gimió. La miré y vi que tenía los ojos cerrados. Volví a besarla de manera más intensa. Entonces me apartó y dijo:

—¡No! ¡No debo! ¡No quiero! ¡Tengo que irme! ¡Quiero irme! —se levantó con dirección a la puerta, pero chocó con el vértice de la mesa.

—¿Te has hecho daño?

—No, no es nada —y volvió a tropezar. Perdió el equilibrio, la sujeté, volví a acercarme a ella y toqué su mejilla.

—Valentina, no te vayas. Pasemos la noche juntos. Quiero llegar contigo hasta el final, y después abrazarte hasta que te duermas. ¿No era lo que querías?

—De eso hace ya mucho tiempo, y ahora es diferente. ¡No vuelvas a tocarme! ¡Sepárate de mí! ¡Me invades! ¡Quiero irme!

—De acuerdo. Te ayudaré a bajar con la linterna. Cógeme del brazo.

—¡No! ¡Me voy sola! No quiero que me acompañes.

—Vete. Solo son cuatro pisos los que tienes que bajar a pie y sin luz. Vete.

—Bajaré los cuatro pisos a pie y sin luz si vuelves a acercarte a mí.

—De acuerdo, no me acercaré. Mira, me pongo aquí, apoyado en la pared, con las palmas de las manos pegadas a ella, a casi tres metros de ti. ¿Ves?

Valentina pegó su espalda a la pared de enfrente y colocó las manos como yo. Permanecimos callados durante unos minutos. Evitaba mirarme. Yo observaba sus ojos.

—Valentina, ¿cuántas veces voy a tener que decirte que te quiero y que no voy a dejarte, para que me creas?

—Pues, no te esfuerces en volver a decirlo. No me fío de ti. Me abandonaste y en todo este tiempo has convivido con una mujer. Supongo que ya habrá nacido tu hijo, ¿no? Me

dijiste hace poco que querías ser el padre de los míos. ¿Cuántos quieres tener, y de cuántas mujeres?

—Valentina, por favor, eso no tiene ningún sentido. Ya te expliqué cómo fue. Elena...

—¡Ah! ¡Se llama Elena! —exclamó como si acabara de descifrar una incógnita—. Ella se ha ido a Nueva York. ¿Por qué no estás allí con tu hijo al menos? Deberías vivir cerca de él. ¿Es que no lo quieres? ¿Y ahora qué pretendes de mí? Quizá quieras dejarme embarazada también, y que después me vaya lejos como ella. Aquella vez que estuvimos en la plaza de Oriente, ¿te acuerdas?, dijiste que había que pensarlo muy bien antes de tener hijos. ¿Qué te ha pasado?

—Valentina, hablas de manera retorcida, igual que el otro día en la tienda. Todo tiene su explicación... y por supuesto, si te dejase embarazada no consentiría que te fueras.

—Pues a ella sí que la dejaste marchar. ¿Tan poco significó para ti? ¿Y qué soy yo? ¿Cómo sé que no soy tan solo un capricho? Antes no querías llegar conmigo hasta el final, como tú dices, y ahora sí. Pues, ¿sabes una cosa? He aprendido a no necesitarte para nada. Eres una persona complicada, y las personas complicadas hacen sufrir a los demás. Y eso es lo último que necesito ahora.

—Pues la vida, Valentina, no tiene nada de sencilla, es bastante compleja. Y las personas también lo somos y nos hacemos sufrir unas a otras.

—Vaya. Qué pedante que te pones ahora.

—Tu vida ha sido dulce. Quiero decir... que te has sentido muy querida, y tú siempre has querido a todos de una manera limpia. Si volvieras a estar conmigo, te darías cuenta de que hay muchas cosas en las que he cambiado.

—¿En qué cosas has cambiado? Me dijiste que no te importaba que siguiera viendo a Octavio, pero creo que no es verdad. Vas a su club muchas noches, y sé que has hablado con él, y el otro día llamaste a la policía. Ahora todo el barrio sospecha que Octavio está metido en líos. ¿Qué quieres conseguir? ¿Que la gente no acuda al club o que sea él en persona quien aclare tus dudas?

—¿Por qué odia a las mujeres?

Me miró sorprendida.

—No las odia. ¿Por qué dices eso?

—¿A ti también te odia?

—A mí me quiere. Y yo también le quiero.

Conozco de sobra ese sudor frío, ese que aparece brusco y traidor, sin que yo pueda evitarlo. ¿Hasta dónde se quieren? No entiendo por qué, si odia a las demás, a ella la quiere. ¿Qué le hace pensar a Valentina que, para Octavio, es distinta a las otras? Quizá no sea más que una pobre ingenua y él un pobre loco.

Me despegué de la pared y clavé mis manos en la suya.

—Quiero que me mires. Me has pedido muchas veces que me vaya de aquí. Necesito que seas sincera conmigo de una vez por todas. Si de verdad quieres que me marche, lo haré y no volverás a verme. Pídemelo por última vez.

Entonces agachó la cabeza, y permaneció así, sin mirarme durante varios segundos. Después la levantó de improviso y, con lágrimas en los ojos, dijo:

—¡No puedo!

Me separé de ella, apoyé la espalda en mi pared y expulsé el aire que tenía dentro.

Las bombillas de la casa se encendieron y la calle se volvió a iluminar.

Abrió la puerta y me miró.

—¿Qué pretendías demostrar con esto? Para mí no es suficiente. Buenas noches, Enrique. Adiós.

—Buenas noches, Valentina. Hasta luego.

Cerró la puerta y se fue. Y yo me quedé allí, aliviado por sus últimas palabras, pero en el más absoluto vacío.

La mujer musulmana

Mi sensibilidad estaba a flor de piel. Intuía que, de un momento a otro, algo grave iba a ocurrir. Cada griterío, cada sirena, incluso el ascenso o descenso de una persiana metálica, me sobresaltaban. Sin embargo, por las noches me sentía algo más tranquilo y la mesa camilla acababa repleta de documentos y anotaciones. Incluso a veces realizaba alguna llamada de teléfono sin percatarme de lo inadecuado que era hacerlo a ciertas horas. «¿En qué lugar del planeta se encontrará en estos momentos para hacer esto? ¿Está loco?», pensarían. Quizá esto último fuese cierto. Y todo lo hacía allí, junto a la ventana, con las cortinas abiertas, sin evitar mirar de vez en cuando la puerta de Valentina. ¡Qué idiota me sentía!

A esas altas horas de la madrugada, el silencio solo lo interrumpía algún vecino rezagado o el camión de la basura. Pero un lunes sucedió algo extraño.

De la puerta de Valentina salió una mujer. Llevaba una especie de manto negro que cubría casi todo su cuerpo y parte de su cara. «¡Vivo en un lugar tan variopinto...!», pensé. Y acudió a mi memoria aquella zombi, con la ropa hecha girones, cadenas, tatuajes, pelo rojo, pupilas blancas... ¿Será Valentina también esta vez? ¿Se celebrará hoy alguna fiesta temática? Sonreí por mi ocurrencia pero, entonces, ¿cómo una mujer de apariencia musulmana salía a la calle a las dos de la madrugada sin la compañía de un hombre?

Quizá se tratase de uno más de mis sinsentidos, pero en menos de dos minutos me encontraba en la calle vestido con un chándal y unas deportivas.

Caminé tras ella despacio y con el máximo sigilo. Cuando nos separaban unos diez metros, dobló la esquina. A los pocos segundos, lo hice yo.

Aquella mujer había desaparecido.

Me pareció imposible que, en medio de aquel silencio, no se escuchase abrir o cerrar cualquier puerta. Las revisé una a una por si alguna de ellas hubiera quedado entreabierta, incluso me fijé en los balcones por si cualquier luz se encendía.

Nada. Se había esfumado. Incluso llegué a dudar de si en realidad yo no me encontraba en la calle, sino en mi cama a mitad de un sueño. Regresé a casa frustrado, recogí mis cosas de la mesa camilla con rabia, cerré el balcón y me acosté. «¿Pero qué me importa a mí esa mujer o el lugar adonde vaya?», me reproché.

Al día siguiente, al salir de casa por la mañana, me encontré con Antonio en la puerta de su bar:

—Buenos días, Antonio. ¿Sabe si en la escalera de enfrente, en la de Valentina, viven

ahora unos musulmanes?

—¿Musulmanes? Pues si hay musulmanes yo no les he visto. ¡Carmen! —se dirigió a su mujer, que estaba en la cocina—. ¿Tú sabes algo de que hayan venido a vivir aquí delante unos moros?

—¿Moros? Ahí delante, imposible. Viven los de siempre: los dos chicos gais en la buhardilla; las cuatro estudiantes en el tercero, en el mismo rellano de Valentina —repasaba contando con la punta de los dedos—; la Juana en el segundo, que aunque tiene noventa años está mejor que yo; enfrente, doña Paquita, la de la mercería, que ya rondará por los ochenta y cinco, con su marido y su gato; en el primero, Gerardo, ya sabe, el chico ese cincuentón tan gordo... ¡Sí, hombre! Ese tan raro al que se le murió su madre hace poco. Y enfrente, la parejita feliz, esos que van de modernos y son tan tiquismiquis.

—Vamos, que no hay moros ni musulmanes —resumió Antonio.

—¿Y no habrá ninguna mujer aunque sea en otro bloque que...?

—Mire, por aquí —dijo Carmen— la única mora que hay es la Fátima. A veces va a echar unas horas a casa de doña Paquita. ¡Es verdad! ¡Pues a ver si va a ser esa por la que pregunta usted!

No quise insistir más y me marché. ¿La Fátima acabando de «echar unas horas» en casa de doña Paquita a las dos de la mañana?

La noche siguiente, a la una de la madrugada, aún seguía despierto y tan inquieto que había arrancado las sábanas y ya no distinguía cuál era la de arriba y cuál la de abajo. De vez en cuando me levantaba a observar por la ventana, o iba a la cocina a tomar algo caliente, o tan solo para abrir y cerrar el frigorífico sin ningún motivo. Incluso en una de aquellas excursiones me tomé una copita del vino dulce que me había traído de Cádiz la prima de Virtuosa, e incluso freí un huevo que a continuación tiré a la basura.

Y por fin, cuando acababa de quedarme dormido, me sobresaltó el sonido atenuado de una puerta de madera que se cerraba y que funcionó como un resorte que me lanzó de la cama como si fuera uno de esos payasos que aparecen de estampida de una caja de broma.

A través de los cristales distinguí a la mujer musulmana. De pie sobre la acera, ajustaba su vestimenta. Parecía prestar especial atención a su cabeza y su cara. Sus manos... esas manos... se parecían mucho a las de Valentina, que ahora intentaba ocultar uno de los rizos de su pelo.

Por supuesto, bajé a la calle.

La misma dirección de la noche anterior.

Me dije: «A no ser que sea abducida por unos extraterrestres, esta noche no va a desaparecer».

Caminé tras ella a tan solo cinco metros, tan sigiloso, que cualquiera diría que ni

siquiera tocaba el suelo. Por suerte, la mujer en ningún momento se volvió. Todo iba bien. Apenas dobló la esquina, corrí hacia allí lo más rápido que pude. ¡Solo la perdí de vista cinco segundos! Pero le resultaron suficientes para desvanecerse.

Igual que la noche anterior, pero mucho más frustrado y rabioso, intenté encontrar al menos una pista: una luz, un sonido, un movimiento en una ventana, puerta, persiana... Me faltó tan solo mirar en el interior de los cubos de basura. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué se me había pasado por alto?

De regreso a casa, a través de aquella calle misteriosa, escuché un crujido. El sonido procedía de un pequeño solar protegido por un alambre de espinos. Aunque había poca luz, se podía distinguir que estaba lleno de escombros y de matorrales salvajes. Me quedé allí, quieto, pegado a la pared contigua.

Me pregunté lo que podría ocultarse en aquel inhóspito solar para que la supuesta Valentina disfrazada con una especie de burka pudiera internarse en él a esas horas de la noche. Me la imaginé con un tobillo torcido al pisar mal un cascote, o con la cara y las manos arañadas, o incluso atrapada entre el alambre de espino y las ramas secas y punzantes de aquella enredadera.

Mientras me esforzaba en encontrar una explicación lógica a aquella estrafalaria situación, caí en la cuenta de que Valentina, igual que habría entrado, podría salir en cualquier momento. Miré a mi alrededor para encontrar un posible escondite: detrás de un árbol, en un portal, en otra esquina... Pero no encontré nada que pudiera servirme, así que, derrotado, regresé a casa.

Apenas me dormí, tuve una pesadilla: soñé que Valentina corría por una selva muy espesa huyendo de unos indígenas. Estos la atrapaban y la despedazaban. Después colocaban sus restos en una pira funeraria y los incineraban. Lo siguiente que recuerdo fue que sus cenizas, absorbidas por un remolino de viento, se colaban por una ventana.

Me desperté sudoroso y con el corazón acelerado. Siempre me sucedía lo mismo: cada vez que tenía una pesadilla en la que de alguna manera se le hacía daño a Valentina, mi primer impulso era asegurarme de que se encontraba bien llamándola por teléfono o a su puerta. Después recapacitaba, y al cabo de un rato, conseguía volver a dormirme. Pero esa noche... esa noche se me ocurrió hacer algo diferente. Mientras echaba a la basura la botella de vino dulce que acababa de apurar, recordé con malicia algunas de mis travesuras de cuando era pequeño. Volví a ponerme el chándal y las zapatillas deportivas, e incluso una gorra de visera. Salí de casa y bajé las escaleras sin encender la luz. Una vez en la calle, la crucé y llamé varias veces seguidas al timbre del telefonillo de la casa de Valentina. ¿Habría regresado ya de su extraña excursión? Con la espalda pegada a la puerta para que no pudiera verme si se le ocurría mirar por el balcón, esperé a que

contestara.

—¿Sí?... ¿Quién es?... ¿Quién es? —repitió varias veces desde el interfono, con voz apagada.

Estaba viva. Por suerte no abrió su balcón para averiguar quién llamaba. Esperé un poco, crucé con rapidez la calle y, una vez en mi casa, me volví a acostar.

Al día siguiente me desperté con molestias en el estómago. Recordaba aquella pesadilla, pero con las escenas más tenues y confusas. Tuve que hacer un esfuerzo para encontrar una cronología coherente entre todas ellas, pero había una que me impresionaba y que sí recordaba con bastante claridad: la de sus cenizas absorbidas y tragadas por aquella siniestra ventana.

Aquel solar me obsesionaba. «Tiene que ser esta noche —me repetía—. Tengo que volver, inspeccionarlo por completo y encontrar alguna pista que me ayude a desentrañar ese misterio».

Acababa de anochecer en Madrid cuando salí del trabajo. De regreso a casa caminaba cada vez más deprisa y cualquier cosa que encontraba a mi paso la percibía como un obstáculo odioso. Algunos compañeros del bufete me hicieron señas con la mano para que les acompañase a tomar una copa, a una terraza cercana, pero lo rechacé. Me molestaba mezclarme con el ir y venir de la gente. Intenté eludir el choque con algunas mujeres cargadas con bolsas a la salida de alguna tienda de la calle Goya, o con aquel que paseaba a su perro por el bulevar de La Castellana. Sin fijarme en si se acercaba algún vehículo, crucé con el semáforo en rojo, y un coche se detuvo en seco a dos metros de mí. «¿Pero qué le pasó, cabronazo?», dijo. Por sus ventanillas escapaba el ritmo inconfundible e irritante de un reguetón.

La glorieta de Rubén Darío o la plaza de Alonso Martínez se habían convertido para mí en las fronteras que separaban mi mundo de siempre, del mundo de Valentina. Una vez traspasados sus límites, ya no había vuelta atrás, porque caía en una especie de hechizo que me arrastraba sin remedio hacia Las Correderas de San Pablo.

Cuando llegué a casa, me puse ropa cómoda y me dirigí hacia el solar. Lo observé desde la acera de enfrente. Caminé de un lado a otro pensativo, cabizbajo y con las manos atrás, como aquel pretendiente de otros tiempos que esperaba a que su amada saliera de una vez por todas de la casa familiar. Por supuesto, quería pasar inadvertido. Debía ser por mi nerviosismo que, cuando me cruzaba con alguien, tenía la sensación de que eran capaces de, al mirarme a los ojos, leer mis pensamientos y adivinar mis intenciones.

Eran las diez de la noche y ella solía acudir allí sobre las dos de la madrugada. ¿Pero qué certeza podía tener de que esa noche acudiría? Estuve cavilando acerca de eso mientras daba una vuelta a la manzana y, cuando me disponía a comenzar con la segunda,

tras comprobar que no había nadie cerca, me lancé al solar. Algo penetró en mi espalda como si fuera un estilete. Apenas podía moverme. Las ramas de la enredadera y el alambre de espino se entrelazaban cada vez más, de tal manera que formaban una especie de malla protectora de aquel espacio, y consiguieron atrapar me como una planta carnívora hace con una mosca. Pero tras unos instantes de tira y afloja, conseguí escapar.

Una vez en casa, frente al espejo, observé mis heridas: varios rasguños en las manos y uno de ellos en la mejilla. Con mucha paciencia, tuve que arrancar de los calcetines toda la broza seca que se había incrustado en el tejido, curarme de manera torpe la herida punzante que me provocó en la espalda el alambre de espino y pensar en qué momento del día siguiente iba a acudir al despacho del médico de la empresa para que me pusiera la vacuna antitetánica.

La sensación de doloroso encierro continuaba dentro de mí. La casa me resultaba pequeña; los muebles, agobiantes; el aire, irrespirable.

Decidí irme a dormir a mi piso. Y allí, lejos de todo, de manera tranquila y organizada, elaboraría un plan.

Apenas metí la llave en la cerradura, caí en la cuenta: ¿cómo no se me había ocurrido antes? ¡La mercería de doña Paquita estaba justo enfrente!

—Sí —contestó por fin doña Paquita la tarde siguiente, después de mis disimuladas preguntas—. Ese solar lleva así muchísimos años y es una vergüenza. No sabemos si tiene dueño. Ni se sabe las veces que hemos llamado al Ayuntamiento para que lo limpien, pero no hay manera. El otro día vi salir de allí una rata así de grande —dijo señalando el tamaño con las manos.

Tal como me contó Carmen, comprobé que doña Paquita era la dueña de la mercería y que acostumbraba acudir allí todas las tardes. Se sentaba a una mesa camilla pequeña en la parte de fuera del mostrador, siempre en la misma postura: con los codos apoyados en los brazos de su silla antigua, y las manos sobre la mesa.

Me llamó la atención lo pequeña que era la tienda. Para entrar era necesario bajar un pequeño escalón. Olía a humedad. Y el suelo, igual que el de mi casa, estaba desnivelado. Las dos hijas de doña Paquita atendían a las clientas, y mediante una escalera portátil de tres peldaños subían y bajaban cajas de unas estanterías que llegaban hasta el techo. Sobre el mostrador de madera, enseñaban con cuidado el género a las clientas. También me resultó chocante que, además de la atención que me prestaba doña Paquita, de vez en cuando intercalara frases como: «¡No, no! No le des esas medias que *la* van a oprimir. ¡Dale las de la caja de arriba... esa de la derecha!», o «esos botones no los va a encontrar en ninguna parte. Ya no se fabrican». Mientras tanto, un gato negro con una mancha blanca

en la cabeza se restregaba sin reparos, entre las piernas de las clientas, de doña Paquita y de las mías.

—¡Ven aquí, Atila! —le ordenó doña Paquita, y el gato, obediente, se subió a sus rodillas.

—Mire, este mismo —añadió refiriéndose al gato mientras le acariciaba la cabeza—, el otro día se escapó y al cabo de muchas horas lo vimos salir del solar en compañía de un gato sarnoso. Tuve que lavarlo, desinsectarlo, desinfectarlo y desparasitarlo. A ver si usted, que se interesa tanto, lo compra, lo limpia, y nos levanta ahí algo bonito y decente.

Por fin había encontrado un buen pretexto para poder entrar en el solar a la luz del día. Así que esa misma tarde, antes de que anocheciera, con ropa vieja, y provisto de unos alicates, me dispuse a realizar la inspección.

No hizo falta cortar ni un solo alambre porque me di cuenta de que, justo a la derecha, alguien había realizado el trabajo por mí, y existía un hueco suficientemente grande para permitir el paso de un hombre... o el de una mujer. Al fondo, en el bloque que sin duda habría compartido un patio de luces con el ahora derruido, colgaba ropa tendida de ventana a ventana. En las paredes laterales aún podía apreciarse lo que habrían sido algunas estancias. Azulejos blancos a una altura, y azules en otra, habían sobrevivido al derrumbe y al paso del tiempo, y también algunos colores de las paredes con distintas capas de pintura que asomaban a través de otras: azul sobre verde, sobre amarillo, sobre blanco.

Era importante atender dónde se colocaba el pie. Cascotes de cemento se mezclaban con trozos de mosaico y con algunos bloques de madera podrida que, quizá, habrían sido vigas, y además, la dichosa enredadera, la que provocó mis rasguños que fueron objeto de sarcasmo entre algunos de mis compañeros de trabajo: «¿Qué te ha pasado, Enrique? ¿Te arañó anoche una gata en celo?».

Llamaron mi atención dos ventanas en el bloque de la derecha, casi a ras de suelo. No tenían rejas, pero ambas estaban prácticamente tapiadas con tablas gruesas.

Pregunté después a doña Paquita.

—¡Ah sí! —contestó—. La primera ventana es la de la señora Pepa, y la segunda es la de la vaquería.

—¿Vaquería?

—No haga caso a mi madre —dijo una de sus hijas—. Es verdad que ahí hubo una vaquería y que todo el barrio iba a comprar ahí la leche fresca, pero eso fue cuando ella era muy joven. Ahora es un local que ha cambiado tanto de manos que... ahora mismo no sabría decirle ni lo que es. Y lo que fue de la señora Pepa ahora es una pizzería que lleva abierta ya varios años. A ver si les dura mucho.

—¿Y sería posible que hubiese por aquí una mezquita o, no sé, algún piso con musulmanes?

—¿Cómo dice? ¿Por aquí una mezquita? —contestó doña Paquita algo perpleja—. Pues, por este barrio nunca ha sido costumbre... Pero iglesias sí. Todas las que quiera, aquí las tiene.

Después de la ansiada visita al solar, tenía la sensación de que no había averiguado nada. Así que solo podía hacer una cosa: seguir de nuevo a la dichosa mujer.

Programé el despertador a las dos de la madrugada, coloqué a los pies de la cama el chándal, las deportivas y la gorra. Así, una vez despierto, esperaría a verla salir, y en ese momento escaparía a toda velocidad para perseguirla. Es más, había descubierto una ruta alternativa para llegar al solar antes que ella y ocultarme.

Tras varias noches de espera y despertadores, por fin llegó el momento de actuar. No faltó nada: el atenuado *pam* de la puerta de madera, la mujer vestida de negro y sus pasos apresurados en el silencio de la noche.

Llegué al solar antes que ella, tal como me propuse. Perfecto. Y una vez en su interior, escondido, agachado tras un árbol grueso, vi cómo la mujer penetró en él. Sin demasiado esfuerzo, apartó las tablas de la segunda ventana y se introdujo por ella. Con sigilo me acerqué, y con la espalda apoyada en la pared me esforcé en escuchar lo que podría ocurrir dentro.

Sobre un fondo atenuado de *blues*, distinguí la voz de Valentina, como un murmullo. Sin embargo, la voz de un hombre se podía escuchar con claridad: era la voz de Octavio. Y aunque solo llegaban a mis oídos frases sueltas, no salía de mi asombro.

«Pero muñeca, no llores... Anda, ven aquí... ¿Me has traído más dinero?». Lo decía con tanta ternura y cariño, que me parecía imposible que procediera de él. Aunque en ocasiones su tono de voz se transformaba: «¿Cuántas veces te lo tengo que decir para que me obedezcas? Me entran ganas de cruzarte la cara...». Y otra vez, su voz cariñosa: «Eres la única persona a quien le importo... ¡No! Te juro que hace tiempo que no la pruebo... No corro ningún peligro... Sé cuidarme muy bien. Tengo una pistola... ¡Joder! No te lo tendría que haber dicho».

Mientras escuchaba atento, pegado a la ventana, pisé mal un cascote y sonó como si se hubiera roto un plato. La voz de Octavio dejó de oírse. Silencio. Supuse que intentaría averiguar de dónde procedía. Pensé en correr, pero sin duda el sonido de las pisadas sobre los escombros le alertaría, saldría por la ventana y me descubriría. Pero... ¡casualidades! El gato sarnoso, compañero de orgías de Atila, se encontraba sentado allí y me observaba tan tranquilo. Con un rápido movimiento le agarré y, antes de que tuviera ocasión de morderme o de arañarme, le lancé por los aires. El gruñido que dio pareció

tranquilizar a Octavio. «Mira —continuó—, hoy vas a pasar a la sala y saldrás por la puerta de la calle. Hay un cumpleaños y muchas chicas. No llamarás la atención. Y por favor, ¡guarda ese disfraz!».

Escapé del solar sin importarme ya el estrépito que pudiera originar, y corrí hacia la puerta del Dark Black Blues. Necesitaba encontrarme con Valentina cara a cara, desmontar sus planes, llamarla insensata e inmadura, y decirle que se merecía cualquier cosa que le ocurriera por su adicción a aquel hombre.

Apenas traspasé la puerta del Dark Black Blues, me encontré con ella.

—¿Qué haces aquí... tan tarde? —dijo con mal disimulado nerviosismo.

—¿Y tú?

No esperé su respuesta. Vi la bolsa de plástico abultada que sostenía en una mano. «Es su disfraz», pensé, e intenté quitársela.

—¡Dame esa bolsa! —le ordené.

—¡No! —contestó mientras se la escondía detrás.

—¡Dámela! ¿Qué llevas ahí?

Ella se resistía y la apartaba hacia un lado y hacia otro, mientras yo no podía disimular mi cabreo.

—¡Te he dicho que me la des! Es... muy grande. Te acompaño a casa.

—¡No! No pesa nada. No quiero que me acompañes. ¡Déjame en paz!

Intentó abrir la puerta con la mano que le quedaba libre, pero al ser muy pesada para ella, yo se la sujeté para que saliera. Una vez en la calle, corrió hacia su casa.

De pronto, se me ocurrió algo que sin duda alguna ponía en peligro mi integridad física, pero la tentación era demasiado grande: volví a entrar, me acerqué a la barra muy despacio, me coloqué justo frente a Octavio y le saludé de manera distendida.

—¡Vaya! —dije después mientras señalaba con la cabeza a las chicas que remoloneaban cerca de él—. Hay buen género aquí esta noche pero... la que más me pone es la de los rizos que acaba de salir. ¡Menuda viciosa! Por más que me la folle, nunca tiene bastante.

La reacción de Octavio fue inmediata: saltó la barra de un brinco como si fuera un perro rabioso.

—Te voy a partir la cara, hijo de puta —se abalanzó sobre mí y me pegó un puñetazo.

No llegué a tocar el suelo porque, con un reflejo, algunos clientes me sujetaron.

Dentro del estado de confusión que me originó aquel golpe en la cara, pude distinguir el forcejeo de Octavio con cuatro hombres que intentaban agarrarle con fuerza. Me dolía el pómulo izquierdo, pero no intenté disimular mi sonrisa de superioridad del que sabe que al final ha ganado la partida. Pero aún fui más temerario:

—La de los rizos... veo que no te la suda, como decías. ¿O... es que quieres ser tú el único que se la tire?

—¡Te voy a matar! ¡Soltadme, cabrones!

Octavio, que era más corpulento que yo, se revolvió cada vez con más furia. Por un momento creí que iba a conseguir su propósito: matarme o, como poco, darme tal paliza que necesitase cuidados intensivos por una temporada. Pero de pronto, sin dejar de mirarme, se quedó quieto y mudo.

—¡Dejadme ya! —dijo con voz más tranquila—. No le voy a pegar.

Sin duda le creyeron porque, con cautela, le soltaron. Tomó aire y, tras retenerlo dos segundos en los pulmones, lo espiró. Despacio, volvió a meterse detrás de la barra mientras se recolocaba la ropa y se peinaba el cabello con los dedos.

Aun hoy no dejo de sorprenderme de la sangre fría que tuve en aquel momento porque, con toda tranquilidad, me acerqué de nuevo a él, apoyé un codo en el mostrador y le pedí un güisqui.

Octavio, como si nada hubiera sucedido, me lo sirvió, apoyó también en la barra uno de sus codos y me dijo en voz baja:

—Mira, cabronazo, ni tú te has tirado a Valentina, ni nada de nada, maricón —volvió a tomar aire y a soltarlo—. Te has empeñado en jugar conmigo y te has salido con la tuya. Aún tengo ganas de matarte. ¡Tómame el güisqui de un trago y lárgate de aquí cagando leches! ¡Gilipollas...! —oí que dijo mientras se daba la vuelta.

—Pero... ¿qué ha pasado, Octavio? —preguntaron algunas chicas—. ¿Por qué le has pegado?

—Porque ha insultado a una chica que se acaba de marchar, y en mi local no se falta el respeto a ninguna mujer —contestó irguiéndose.

—Eres mi héroe —dijo una de ellas.

Ni siquiera probé el güisqui. Ya no tenía nada que hacer allí.

De camino a casa, la excitación que había experimentado en las últimas horas y que culminó con un puñetazo en mi cara se transformó en una profunda desolación. «¿Por qué sigues aquí? —me preguntaba—. ¿Por qué te empeñas en conseguir a una mujer que te rechaza y cuyo único objetivo es complacer a otro hombre? Va a verle a escondidas, le lleva dinero, llora por él... Y a ti te dice “¡Déjame en paz!”. Le aseguraste que no ibas a marcharte, ¿pero cuánto tiempo estás dispuesto a esperar mientras tu hijo pasa sus primeros meses de vida en Nueva York junto a Elena? Además, le aseguraste a tu hermana que ya no existirían más secretos. ¡Olvídate de una vez de Valentina! ¡Vete de aquí y no vuelvas jamás! ¿A qué esperas?».

Aquella noche me metí en la cama con una bolsa de hielo en el pómulo izquierdo.

Extenuado, me dormí.

El arma del delito

La cabeza me estallaba como si fuera una sandía que recibe un proyectil.
Sirenas.

—¡Es en el garito ese de los *blues*! ¡Hay un muerto! —gritó alguien desde la calle.

Mareado, me asomé al balcón y vi en el suyo a Valentina, que de inmediato se escondía en su casa con la cara desencajada.

—¡Valentina! —grité desde mi balcón al suyo.

Y le volví a gritar en la calle mientras corría tras ella:

—¡Valentina!

Nada.

En la puerta del Dark Black Blues, policías y sanitarios entraban y salían apresurados, mientras una barrera humana se esforzaba en mantener alejados a los curiosos.

—Está dentro. Creo que lo han matado —escuché.

—¡Déjenme pasar, por favor! —suplicó Valentina. Forcejeaba con un policía—. ¡Por favor! ¡Díganme quién está muerto!

—¡Márchese de aquí! ¡No podemos decir nada! ¡Márchese!

Pero ella no obedecía. Luchaba con uno, y después con otro que pareció amenazarla. No conseguía pasar. Bordeó el círculo. Parece que quería encontrar alguna fisura por la que colarse o, al menos, divisar la puerta.

Nada.

Vi cómo apretaba los puños, respiraba acelerada, se retiraba con saña el pelo una y otra vez de la frente...

Salí a su encuentro.

—Valentina, ¿qué pasa? ¿Por qué estás así? Ven conmigo.

—¿¡Por qué no dejas de torturarme!?! ¡Vete! —y me empujó.

A nuestro lado escuchamos comentar a unos vecinos que habían llegado unos forenses, que se llevarían el cadáver, que le harían la autopsia...

Valentina palideció. Parecía que iba a desmayarse. Intenté abrazarla, pero a ella aún le quedaban fuerzas para volver a rechazarme.

Carmen se acercó a nosotros y la agarró del brazo.

—¡Pues no mienten ni *na*! ¡Anda, vámonos, que menuda película de vaqueros nos han montao aquí!

Y en ese momento, Octavio salió caminando por la puerta de su club. Dos policías le

conducían hacia uno de los coches. Estaba esposado.

Valentina se desembarazó de Carmen, atravesó el cordón policial y se abrazó a Octavio.

Todo sucedió muy rápido.

Él la miró con lágrimas en los ojos mientras le murmuraba unas palabras al oído. Pero ella parece que no le escuchaba y solo lloraba apoyada en su pecho.

A pesar de las esposas que atenazaban las muñecas de Octavio, consiguió sujetar entre sus manos la cara de Valentina y la obligó a mirarle. Le dijo algo. Ella negó con la cabeza un par de veces, pero después asintió.

Dos policías agarraron con fuerza a Valentina, la separaron de él y la arrastraron fuera del tumulto.

Necesitaba salir a su encuentro.

Y ahora... ¿¡Por qué me hacía esto!?! ¿Por qué ese cambio?

¡Corrió hacia mí y se echó en mis brazos!

Pero mi atención se desplazaba hacia Octavio. Me miró a través de la ventanilla del coche policial y juntó las palmas de sus manos. Parecía que me suplicaba. Gesticuló con la cabeza y la señaló a ella.

Me sentía incapaz de apartar mis ojos de ese coche que acababa de arrancar y que se alejaba de nosotros.

Despegué de mi espalda los brazos de Valentina.

—Voy a ir con él. Necesitará un abogado.

Sin dejar de llorar, me miró sorprendida.

—¿Tú? ¿Por qué?

No contesté.

—¿¡Por qué!?! —insistió.

—Porque tú le quieres.

Y me di la vuelta. Me alejé de ella unos pasos y, de pronto, escuché su grito desgarrado:

—¿¡Cómo no voy a quererle!?! —dijo doblada sobre su estómago, como si sintiera un dolor agudo—. ¡Octavio es mi hermano! ¡Es mi hermano mayor! ¡Te lo iba a decir aquel día, pero no quisiste escucharme! ¡Me dejaste sola cuando más te necesitaba! ¡Te necesitaba! ¡Te necesitaba!

Recuerdo que ni siquiera reaccioné. Tan solo me alejé aún más.

No pensaba nada. No sentía nada.

Pero sabía lo que tenía que hacer.

A mitad del trayecto hacia la comisaría, todo cobró sentido. ¡Era su hermano! Tan solo

su hermano. ¿¡Cómo pude estar tan ciego!/? ¡Por fin! Por fin todo estaba claro. Ya no existía ningún secreto entre nosotros. ¡Y era a mí a quien quería! ¡Era a mí!

Las escenas oscuras que tenía grabadas en mi memoria, en las cuales Octavio aparecía como el personaje discordante que nos separaba, de repente se inundaron de luz. Pero aún existían muchas incógnitas: ¿por qué ambos fingieron no conocerse? ¿Por qué al día siguiente de haberme dado un puñetazo en la cara, él mismo me pedía que la cuidara? ¿Y... habría matado a un hombre?

—Soy el abogado de Octavio Ruiz de Ayala, y quiero hablar enseguida con mi cliente. Los mismos apellidos de Valentina. Hermanos.

Le encontré en un despacho, sentado a una mesa, custodiado por dos policías, en espera de un abogado de oficio, para poder tomarle declaración. Me senté frente a él.

—¿Pero qué haces? —dijo apenas verme mientras forcejeaba con sus esposas como si quisiera arrancárselas—. Quiero que estés con Valentina. Debes quererla mucho cuando te atreves a venir aquí. ¿Por qué siempre has tenido esa fijación conmigo? Además, no sabes a lo que te expones si pretendes ser mi abogado.

—Estate quieto —sus muñecas parecían estar a punto de sangrar—. ¡Cállate de una vez y cuéntamelo todo! Absolutamente todo. ¡Y no me mientas! Quiero ayudarte.

Pedí que nos dejaran solos y que le quitaran las esposas.

Con muchas reticencias por parte de los policías, y mucha persuasión por la mía, conseguí lo que quería.

Apenas nos quedamos solos comenzó a hablarme excitado.

—¡Le he matado! ¡He sido yo, y no me arrepiento! Si no lo llego a hacer, ahora sería yo el que estaría muerto. Les debo dinero, me amenazaban. ¡Ah sí! Tú viste algo un día, pero aquello no era nada. Decían que más pronto o más tarde encontrarían a mi familia, que sabían que tenía una hermana que vivía cerca y que ella sería la primera a la que iban a...

Intentó contener el llanto.

—Venga, Octavio. Tranquilízate un poco —apoyé la mano en su brazo—. ¿Era por eso por lo que evitabais que os vieran en público? ¿Para que nadie supiera que era tu hermana? Por eso no os saludabais y os veáis en secreto. Es eso, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? Ah sí. No soy idiota. Sé que vives enfrente por ella, y que la vigilas desde la ventana. ¡Ja! Pero no te entiendo, tío. Si tanto te importa, ¿por qué cortaste con ella? Me dijo que creías que yo era su novio y que le pegaba, y entonces *te abriste*. ¡Vaya, un mierda! Y ni siquiera eras capaz de... Un día me lo dijo llorando cuando te

fuiste. ¿Qué te pasa? ¿Eres marica?

—Déjate de historias. ¿Crees que he venido a confesarme contigo? Cuéntamelo todo. Ella dijo una vez que su hermano mayor... ¡Venga, habla! Eres arquitecto, estás divorciado, tienes hijos... ¿Cuándo empezaste a trapichear con drogas? ¿Quién te amenaza? ¡Todo!

—Oye... —miró a un lado y otro, apoyó los brazos sobre la mesa, se acercó a mí todo lo que pudo y me dijo en voz baja—: Quiero que cojas a Valentina y te la lleves lejos. Después del numerito de esta mañana, ya saben quién es mi hermana. Es solo cuestión de tiempo que ellos le hagan daño, o quizá te lo hagan a ti. El de las cicatrices te tiene muchas ganas. ¿Por qué no os vais juntos, no sé, al Caribe, o a Groenlandia, o a la Antártida...?

—Sí. De acuerdo. Después me elegirás el lugar de vacaciones, pero ahora soy yo el que hace las preguntas.

Se recolocó en su silla y dio un suspiro.

—Vale, está bien. Acabé mi carrera, me casé con una pija, tenía un estudio de arquitectura con el que me iba de maravilla, compadreaba con mis suegros aunque me parecieran un coñazo, tuve los hijos que ella quiso: cuatro. Incluso, mira, acerté con el sexo: dos niños y dos niñas. Todo lo que ella me pedía se lo daba —se puso serio y agachó la cabeza. Pero enseguida se irguió y continuó hablando con aquella actitud displicente—: Pues luego llegó la crisis, no se hace una casa ni Dios, ya no puedo pagar las facturas de la milla de oro de mi señora y un día me pone los cuernos. Me dice que se divorcia.

La expresión de Octavio adoptó de nuevo un gesto dolorido. Miró hacia un punto fijo situado en el vacío y, tras unos instantes de silencio, dijo:

—Ahí comenzó mi calvario. Ella me había dejado, pero tenía que conservar a mis hijos. Perder el estudio de arquitectura me hubiera dado igual si no fuera porque necesitaba el dinero para pasarles una pensión. «Si no pagas, no tienes derecho a verles», me decía. ¡Qué típico!, ¿no? Poco a poco los fue apartando de mí. Y encima se puso a vivir con aquel tío en el chalé que yo diseñé y luego construí, y en el que vivimos con nuestros hijos los primeros años. Estaba hecho polvo. Empecé a salir por las noches, y a consumir alcohol y cocaína, y luego más alcohol y más cocaína... Todo en la misma noche. Ya sabes cómo va esto. Una mañana, después de estar por ahí sin dormir y hasta arriba de coca, me presenté en su casa y yo mismo me acabé suicidando. Les monté un pollo... que el cabrón de su novio se escondió en la que aún es *mi* casa, y el muy cobarde no se atrevía a salir para ir a trabajar. Llamaron a la policía y se acabó ver a mis hijos.

Octavio no se quedaba quieto ni un minuto. Hablaba acelerado, con expresión de odio y resentimiento cuando se refería a su mujer, y triste y desolado cuando se refería a sus

hijos y a su hermana. A veces apoyaba los brazos en la mesa y se acercaba a mí para hablarme en voz muy baja, como se hace con un confesor. Sin embargo, a continuación se apoltronaba sobre la silla con un brazo tras el respaldo, como si estuviera tomando un aperitivo en algún paseo marítimo.

—Pero tú tenías unos derechos como padre.

—Me costó mucho tiempo conseguir que un juez reconociera esos derechos. Estuve sin meterme nada, busqué trabajo de camarero en un restaurante y comencé a pagar... Pero cada vez que iba a por mis hijos, no querían venir conmigo y lloraban. El pequeño me dijo un día: «¡No te quiero! Mamá y Julio dicen que eres malo y que me vas a pegar. Quiero estar con mamá». Informé a mi abogado y a los Servicios Sociales de la situación, hablé con mucha gente para que me dijeran lo que tenía que hacer, pero al final decidí que al menos, mientras fueran pequeños... No quería ser para ellos una especie de secuestrador que cada quince días acude para hacerles sufrir... Oye, necesito beber agua.

Pedí que se la trajeran y se bebió de un tirón casi toda la botella.

—Bueno —continuó—, pues necesitaba más dinero del que me pagaban en el restaurante y me puse a trabajar también por las noches en un garito. Allí vendían coca y, aunque ya no consumía, empecé a trapichear, y cada vez con mayores cantidades. No sé cómo pude hacerlo. Son mala gente. Empezaron a exigirme cada vez más. También intentaron meterme en otros negocios. Mejor que no te cuente. Los rechacé, intenté romper con ellos y empezaron a extorsionarme —se frotó sus muñecas enrojecidas.

—¿Por qué zarandeaste a Valentina en la tienda?

—¿Qué? ¿Zarandearla? Yo nunca le he hecho eso.

—Hace unos dos años. Ví a través de su escaparate cómo lo hacías, y luego ella te dio un sobre.

Frunció el ceño.

—No me acuerdo. Imposible. ¡Ah! Creo que eso fue... ¡Uf! ¿Tengo que contarte eso también? ¿Por qué no pasamos a hoy, que es cuando me he cargado a ese cabrón?

Me re Coloqué en mi asiento, le miré a los ojos y esperé su respuesta.

—Bueno, vale, de acuerdo. Pues Malasaña se había puesto de moda, y siempre había sido mi barrio, y lo conocía bien. Quizá allí, en algún local, pudiera ganar lo suficiente para pagar mis deudas, pero en aquel momento no tenía dinero para montarlo, y... —suspiró—. ¡Mi Valentina! Ella siempre estuvo a mi lado. ¡Mi muñeca! Cuando era pequeña siempre la llamaba *muñequita*, ¿sabes? Pues un día comenzó a «prestármelo». Decía que era de lo que ganaba con la tienda, pero me di cuenta de que había algo más —se quedó callado. Volvió a beber agua—. La muy infeliz había empezado también a trapichear y a ir a veces a un local siniestro para averiguar cómo podía conseguir más

dinero. Aquel día que nos viste en la tienda le exigí que no volviera a hacer nada ilegal. Nunca. Bajo ningún concepto. Le dije que, si me enteraba de que volvía a hacer eso, iba a marcharme de allí para siempre y no volvería a verme. Discutimos. Rechacé el dinero y ella insistía en que lo cogiera. Después se puso a decir gilipolleces, como que si supiera que así iba a pagar mis deudas, se prostituiría. Estuve a punto de pegarle una bofetada. Ella, que... me cuesta creer que se haya acostado alguna vez con un tío. Bueno, sé que no será así, pero para mí es mi hermanita pequeña y... Creo que fue entonces cuando la zarandé. Y fue efectivo, porque no volvió a trapichear, al menos que yo sepa.

«Eso que tú sepas», pensé.

—Cuando hace dos años —prosiguió— empezó a salir contigo, me quedé mucho más tranquilo porque investigué quién eras. Algunas veces hasta te seguí cuando ibas a trabajar, e incluso pregunté cómo podía contratarte —se rio—. No me mires así. Sé que no te diste cuenta. Pero cuando la dejaste... la dejaste justo en el peor momento, porque me habían pegado una paliza la noche anterior. Entonces ella consiguió dinero para que no volvieran a hacerlo. Me aseguró que no procedía de nada ilegal. Después me enteré de que se lo habías dado tú.

Comencé a sudar. Tuve que quitarme la cazadora y, de haber podido, también me hubiera deshecho de la camisa.

—¿Y por qué no me contó nada? Yo la hubiera ayudado, y a ti también de alguna manera.

—Cuando después de varios años volví a Malasaña, le hice jurar por la memoria de nuestros padres que no contaría a nadie que ella y yo éramos hermanos. Le dije: «Que se te grave bien en tu cabecita. Tú y yo ¡no nos conocemos! Si alguno de ellos lo supiera, te utilizarían para chantajearme y podrían hacerte mucho daño. Si me entero de que lo has contado a alguien, sea a quien sea, me marcharé de aquí». Y tú vas y la dejas, y al cabo de dos años te arrepientes y vuelves. ¡Gilipollas!

Ahora era yo el que necesitaba un poco de agua. Salí del despacho y volví con dos botellas de agua, una para mí y otra para Octavio.

—¿Por qué se mezcla con prostitutas? —pregunté.

—¡Yo qué sé! Le he pedido de todas las maneras posibles que no se acerque a ellas, pero hace lo que quiere. Dice que a algunas las conoce desde hace mucho tiempo y quiere ayudarlas. A veces he llegado a pensar que lo hace por puro morbo. No sé —agachó la cabeza y durante unos instantes se quedó callado y pensativo—. Oye —dijo por fin—, necesito salir de aquí. Tengo que ir a mear.

Salió del despacho custodiado por dos policías, y durante el tiempo que estuvo fuera, comprendí que debía olvidarme de una vez por todas del principio de la historia y pasar

de inmediato a centrarnos en los hechos recientes. Me di cuenta de que, en realidad, había conducido mi entrevista hacia aclarar aquello que me atormentaba a mí.

—Cuéntame cómo ha sucedido todo —le pedí cuando regresó.

—Pues hace tres semanas, las cosas empeoraron. El tío de las cicatrices venía ya acompañado de una especie de sicario. Me pincharon en el cuello —me enseñó la cicatriz aún tierna de un pequeño corte— y me contaron que habían localizado a mi mujer y que iban a matarla. Les dije: «Estoy divorciado ¡Hacedlo! Y al tío que está con ella, también. Hace tiempo que planeo hacerlo yo. Me haréis un favor». Mi exmujer, por suerte para mí ahora, envió hace dos años a mis cuatro hijos a Los Ángeles con su hermana; seguro que la muy guarra lo hizo para quedarse a solas con su maromo. Me insistieron en que, para saldar mis deudas, debía realizar para ellos unos trabajos. Una vez más me negué y me volvieron a amenazar; pero yo sabía que esta vez iban más en serio. Le pedí a Valentina que se marchase de Madrid enseguida y que no dijera a nadie adónde iba, ni siquiera a mí. Ella no solo no se fue, sino que buscó las maneras más estrambóticas para verme mucho más a menudo. Esa gente sabía dónde vivía yo y que me buscarían en casa, así que decidí quedarme a dormir en el club, pero sabía que, más pronto o más tarde... Hoy, sobre las seis de la mañana se presentaron. Eran los dos de la última vez. Yo hacía varios meses que había conseguido *una pipa* y me acostaba con ella —de repente se echó a reír.

—¿Cómo puedes bromear en estas circunstancias?

—No tengo ni idea. Desde que empecé a meterme *farlopa*, creo que a veces ni me reconozco. Mi estado de ánimo cambia sin ningún motivo. A veces exploto por gilipolleces, y otras, paso de cosas que son importantes. En algunos momentos parece que acabo de *meterme un tiro*, pero no es cierto, es solo la sensación —sonrió, pero su gesto cambió enseguida y agachó la vista—. Disparé.

—¿Cuándo disparaste? ¿Cómo? Solo hay un cadáver.

—Estaba medio dormido acostado en el suelo del almacén del club donde se guardan las bebidas y los trastos. Escuché cómo entraban por la puerta principal, a la luz del día, sin forzarla, con una llave que habrían conseguido. Así, como si fueran los amos. Se acercaron al almacén sin ningún disimulo. Cuando abrieron la puerta y vi que eran ellos, disparé. Primero a uno y luego al otro. El sicario cayó enseguida, pero el de las cicatrices, que ya estaba herido en una pierna, comenzó a forcejear conmigo. *La pipa* se disparó y le herí también en un brazo. Se fue tan rápido como pudo en sus circunstancias. Estuve a punto de dispararle por la espalda, pero no fui capaz. Comprobé que el sicario estaba muerto, muerto del todo. Me quedé allí, pensando durante un rato en lo que podía hacer. Entonces, decidí acabar con esto y llamé a la policía.

—¿Qué les dijiste cuando llegaron? ¿Les contaste la verdad?

—¿La verdad? Les dije que la disputa fue entre ellos, y que yo, aunque les debía dinero, no tuve nada que ver. De todas formas la policía iba a saber lo mío con las drogas. ¿Para qué negarlo?

—¿Dónde está el arma? La pistola, *la pipa*. ¿La tiene la policía?

Apoyó los codos en la mesa, se sujetó la cabeza con las manos y durante unos instantes la observó como si estuviera escudriñando cada una de las vetas de la madera.

—Bueno, cuando me quedé allí solo con el muerto, estaba tan nervioso que me metí *una raya*.

—Muy buena idea. Sí, sí. Supongo que eso te tranquilizaría mucho en esos momentos, sí. ¿Y qué hiciste después?

—Hacia muchos meses que *no me metía*, y *el tiro* me sentó fatal y pasó que... escondí *la pipa* y creo que no la limpié y tiene mis huellas. Yo les dije que los disparos salieron de una pistola que llevaba el que huyó... Y hay otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Pues que no me acuerdo muy bien de dónde la escondí, no sé si la puse en... O es posible que la tirase por la ventana a un solar que da a la parte trasera del club. Ni idea.

—Sí. Ya sé a qué solar te refieres. Pues muy bien —ironicé—. Supongo que a estas alturas, ya habrán encontrado el arma y comprobarán que las balas que mataron al sicario proceden de la que tiene tus huellas. Bueno, de todas formas no vas a librarte de unos años en prisión, pero... la condena va a depender de distintos factores. El derecho penal no es mi especialidad, así que tendré que hablar con algunos compañeros. Voy a intentar localizarles. Si quieren tomarte declaración, no digas nada hasta que alguno esté delante.

Mi amigo Pablo fue el que por fin se encargaría de la defensa de Octavio y eso me tranquilizó. Poco después me marché de allí.

Valentina me estaría esperando.

La casa de Valentina encerraba para mí un mal recuerdo. Solo había estado allí una vez y, después de lo que sucedió, no volví más. Pero ahora era distinto: el carné de identidad era de su hermano, la droga la consumía su hermano, el hombre que dormía en su casa era su hermano, un enfermo adicto a la cocaína y con muchos problemas. Tuvieron que pasar dos años para que un día como ese regresase a aquella casa; aquella que observaba desde mis balcones anhelando habitar en ella. Me había imaginado tantas veces lo que sería compartir con Valentina el aire, la comida, su cama...

Fue Antonio el que me abrió la puerta. Valentina se levantó del sofá que en ese momento compartía con Carmen, y acudió hacia mí con gesto preocupado e interrogante.

Me agarró de los brazos.

—¿Dónde está? ¿Está bien? ¿Qué dice la policía?

—Valentina, quédate tranquila —acaricié su cara—. Le he dejado con un compañero del bufete. Es el mejor penalista que conozco. Todo saldrá bien. Está en buenas manos.

Sin darme tiempo a reaccionar, se acurrucó entre mis brazos.

Antonio y Carmen se miraron el uno al otro.

—Bueno, don Enrique —dijo Antonio—, como vemos que también Valentina está en buenas manos, nos retiramos, que tengo que abrir el bar. ¡Ay! —suspiró—. Menos mal que dentro de muy poco me jubilo.

Nos quedamos solos, ella y yo, juntos, en su casa. Me cogió de la mano y me condujo hasta el sofá. Aquellos recuerdos en los que se mezclaban la pasión, el vértigo, la sumisión completa a mis sentidos; aquellos que en un segundo se transformaron en rabia y decepción, poco a poco se alejaron como si fueran las hojas que arrastra un río.

Sentados allí, uno al lado del otro, me pidió que le contase lo que había sucedido en la comisaría. Después me habló de Octavio, de su sufrimiento por no ver a sus hijos, de su caída libre en el mundo de la droga y de sus esfuerzos por salir de ella. Me contó que, con el paso del tiempo, se había vuelto cada vez más amargado, más duro y más imprevisible por sus cambios de humor constantes.

Yo le hablé de cómo aquella mujer misteriosa que penetraba por las noches por aquella ventana secreta fue la que le dio todo el sustento que necesitaba para seguir vivo, porque yo lo había visto desde aquella clandestinidad a la que me había acostumbrado desde mi niñez.

Y por fin Valentina, después de haber permanecido bastante serena, comenzó a llorar. Era un llanto apagado, pesadoso y que emanaba una gran tristeza.

Las horas transcurrieron, y ella no se despegó de mí ni un solo segundo. A veces me cogía la mano, otras apoyaba la cabeza en mi hombro o se tumbaba sobre mis piernas. A veces me besaba y otras me abrazaba. Acabó dormida como un niño pequeño en el regazo de su madre. Entonces la llevé a su habitación, la acosté sobre la cama y la cubrí con una manta. Me tumbé a su lado.

Mientras ella dormía, mis pensamientos se arremolinaban dentro de mi cabeza: el arma, ¿dónde estaría? Quizá ya la habrían encontrado. Pronto descubrirían sus huellas y todas las mentiras de Octavio. Entonces pensé en todo el dolor que provocaría a Valentina y no pude soportarlo. Me levanté muy despacio para no despertarla y escribí una nota que dejé sobre la almohada: «Te quiero. Volveré dentro de unas horas. No te preocupes».

Crucé la calle y subí a mi casa. Volví a vestirme con el que había sido mi uniforme nocturno desde hacía tiempo, y me dirigí hacia el solar. Las calles oscuras y ya

abandonadas de un domingo por la noche me protegieron de ser reconocido. Cuando me sentí seguro, penetré en el solar, que la policía había precintado, y me puse unos guantes. Con unas tijeras, corté la cinta del precinto de la ventana por la que solía entrar Valentina, aparté las tablas de madera y me introduje en el almacén del Dark Black Blues. Busqué el arma por todos y cada uno de sus rincones, pero no la encontraba. Octavio me dijo que *se había metido una raya de coca*, y que no recordaba el lugar donde la había dejado. ¿En qué lugar habría consumido? Si lanzó el arma por la ventana, ¿en qué radio podría estar? Creo que escudriñé cada mata, cada cascote, cada centímetro de tierra. Nada. Entonces me pregunté cuál sería el lugar en el que yo la escondería si hubiera salido por aquella ventana. Ni idea. Pero en aquel momento me vino a la cabeza el escondite de Manuela: el travesaño hueco de una banca, o... ¿quizá el del tronco de un árbol seco! Me dirigí hacia el único que había en el solar, a aquel árbol que, años atrás, diera sombra a un antiguo corral, ahora habitado por ratas y gatos. Con la linterna alumbré la oquedad del tronco y, tras hurgar en él con empeño, en el fondo, encontré el arma. No me resultó fácil rescatarla pero, por fin, con distintas filigranas lo conseguí. Casi temblando por si se disparaba, comprobé que al cargador le faltaban las tres balas que habría utilizado Octavio: un disparo al sicario, y dos más al hombre de las cicatrices. Extraje las restantes y con mucho cuidado la limpié, la guardé envuelta en el plástico que había preparado para ella y la introduje en un bolsillo bastante profundo que tenía la sudadera del chándal. Ya discurriría luego qué hacer con ella. Pero había un detalle que no podía pasar por alto: había roto el precinto de la ventana y la policía investigaría quién lo habría hecho y por qué, así que decidí intentar que pareciera obra de unos ladrones con guantes para no dejar huellas, pero a su vez un poco torpes. Octavio guardaba en el almacén muchas bebidas, marcas con escaso valor pero bastante apreciadas por algunos poco exigentes. Volví a entrar, cogí una de ellas y la estrellé con fuerza contra el suelo. Me apropié de otras que escondí bajo el chándal, y también de un ordenador portátil cochambroso. Y ya, por último, salí por la misma ventana por la que había entrado.

Supuse que la policía descubriría con facilidad que aquello no se trataba de un simple robo, sino de una pantomima con ocultas intenciones, pero tenía que intentarlo.

El arma, las balas, ¿qué suele hacerse con ellas? ¿Llevarlas a un vertedero de basura? ¿Enterrarlas? ¿Y si las tiraba al río Manzanares? Elegí la última opción.

Con respecto a las botellas, decidí repartirlas, una a una, a cada mendigo que a esas horas de la noche dormían en el hueco de un portal o sobre el banco de un parque; a aquellos que tenían al lado un tetrabrik de vino o alguna botella vacía de un alcohol tan malo, que quizá les destrozase el hígado con rapidez.

Cuando regresé a la casa de Valentina, después de todo aquel periplo, era de día y

Valentina aún no se había levantado. La nota que había escrito unas horas antes continuaba sobre la almohada.

Me senté en uno de los sillones del comedor, quizá en aquel donde se sentaría su padre a leer o a ver la televisión, y pensé en todo lo que había sucedido y transformado en mi vida desde que apareció aquella misteriosa mujer en el Smooth Jazz. Y no solo pensaba en el pasado sino en el futuro, en una historia que aún no había sido escrita.

TERCERA PARTE

Delirio

¡Mi tío está muy enfermo! Tanto si lo que cuenta es cierto como si lo ha inventado. ¡Es imposible que viviera en dos mundos al mismo tiempo! ¡Son demasiadas cosas! ¿De verdad tendrá un hijo? Estoy tan desconcertada... ¡No tengo palabras!

Sin embargo, hace días que no escribe nada. A veces le observo sentado en el sillón que mamá le preparó, quieto, en silencio y con la cabeza agachada como si fuese un viejo lisiado. A mí me gustaría decirle: «Tío, después de leerlo todo, yo te creo. Puedes confiar en mí. ¡Quiero ayudarte! ¿Pero qué te pasa ahora? ¿Es que te han convencido de que todo lo que dices es fruto de tu enfermedad?». No me extrañaría, porque se lo ha asegurado su neurólogo, su psiquiatra y mi madre. ¡Por Dios, no!

Le vigilo todo lo que puedo, y por fin ayer creo que ha vuelto a escribir. Espero ansiosa a que hoy se vaya a rehabilitación para seguir leyendo. Creo que hoy le toca ir.

Por fin.

Serían cerca de las seis de la mañana cuando regresé a casa de Valentina y mi cabeza bullía. Me sentía tan agotado que me quedé dormido en uno de los sillones del comedor. Todo eso lo recuerdo de forma muy clara, y también que los pasos de Valentina y el olor a tostadas consiguieron despertarme. Me levanté, acudí a la cocina y la encontré sentada sobre un taburete desayunando. Olía a flores frescas, tenía el pelo mojado y vestía un atisbo de camisón. Sin duda Octavio volvería a llamarme marica, pero mi primer impulso no fue abalanzarme sobre ella, sino bajar la persiana.

—Valentina, ¿cómo estás? ¿Te encuentras mejor?

Con sus ojos aún hinchados por el llanto, me abrazó.

—Sí. Estoy bien a pesar de todo. Estoy más tranquila, porque ahora eres tú el que se ha hecho cargo y... supongo que tu compañero ayudará a Octavio todo lo que pueda y... —miró hacia la ventana—. ¿Por qué has bajado la persiana? ¡Ah, claro! Es por mi camisón —inclinó la cabeza para mirarse—. Si te incomoda me vestiré, aunque no tengo ninguna bata, a no ser que...

Salió de la cocina y a los pocos instantes regresó vestida con una bata enorme, de cuadros marrones. Se abrochó el cinturón y se arremangó las mangas para descubrir sus manos.

—Era la que llevaba mi padre para estar en casa. Fue una de las cosas que me dio mucha pena tirar, y la guardé.

Me acerqué a ella y se la desabroché muy despacio. Introduje las manos por dentro y las deslicé por su cuerpo caliente. Al cabo de un segundo, aquella bata caía al suelo. La besé y me besó, una vez, y otra, y otra, mientras ella repetía una frase que no recuerdo muy bien.

A partir de ese momento, todo está confuso.

Recuerdo una puerta blanca de doble hoja que se abre, algo dulce y cálido bajo mi cuerpo, y una sensación algodonosa, quizá aterciopelada, que se extiende por toda mi piel y que se hunde en ella muy despacio. Siento que me quema y, sin embargo, no me duele. Las sensaciones que aparecen después me confunden aún más. ¿Excitantes? ¿Golosas? No sé, quizá inefables, como si hubiese alcanzado la otra orilla. Escucho algo que no sé qué es, pero que evoca colores muy vivos. Mis labios saborean algo blando y carnoso. En algún momento me duele el pecho y me siento extenuado, como si la vida se me escapara de las manos. Un olor está presente durante muchos momentos y me recuerda al de la tierra mojada, o al de la sal del mar.

Ahora, cuando estoy adormilado, aparecen dentro mí algunas de esas sensaciones, mezcladas con algunas frases que se repiten en mis oídos, tanto que a veces consiguen despertarme: «No me dejes... no me dejes...». Y hace poco apareció otra, era mi voz: «Solo una desgracia podría... solo una desgracia...». Con mucha frecuencia, la voz de Valentina resuena en mis oídos: «Me quieres, me quieres. Ahora lo sé... Me quieres». Otras veces no entiendo lo que dice.

¿Pero cómo saber a ciencia cierta lo que ocurrió cuando todos me aseguran que Valentina no existe?

Cuentan que una noche, cuando salía de mi piso, unos asaltantes me propinaron una brutal paliza. Los clientes de una cafetería cercana avisaron a la policía y una ambulancia me llevó al hospital. A todos les pareció muy extraño que, a pesar de haberse adueñado ya de mi móvil, el portátil, la cartera y el reloj, a pesar de que ya estaba en el suelo inconsciente, continuaran ensañándose conmigo a base de golpes y patadas. A través de las cámaras de seguridad de un banco cercano, la policía identificó a los delincuentes. Me aseguran que están en prisión.

Al parecer he estado más de quince días en la UCI porque he tenido fracturadas varias costillas, y una de ellas me perforó el pulmón. Pero lo más grave fue que me golpearon la cabeza con tal fuerza que me produjeron una hemorragia cerebral por la que han tenido que operarme.

Hay muchas cosas que no recuerdo, ni de lo que sucedió algún tiempo antes de la agresión ni de lo que sucedió después cuando estaba en el hospital. Dicen que todo eso es

lo habitual después de un traumatismo tan grave. Sin embargo, hay una historia que viví en mis últimos años y que sí recuerdo con mucha claridad, y en ella aparecen dos mujeres: Valentina y Elena.

Le hablé a mi neurólogo de las últimas sensaciones tan extrañas y placenteras que tuve, y me explicó que debieron estar producidas por la morfina que me administraron mientras estaba en la UCI. Le mencioné que, aunque los recuerdos de los últimos años de mi vida aparecieron al principio como piezas desordenadas, ahora, por fin, habían conseguido encajarse unas con otras, originando así una historia muy real. Le dije que recordaba muy bien que tenía una casa en el barrio de Malasaña, y un club de *jazz*, y que tenía un hijo, y que tenía que regresar enseguida a esos lugares y buscar a Valentina y a Elena, y a todos. Entonces mi hermana María, que estaba presente, se puso muy nerviosa y dijo que aquello no era cierto, porque esas cosas tan importantes no pueden ocultarse y ella las habría sabido.

El médico me explicó que, después de haber sufrido lesiones de ese tipo, algunos despiertan del coma refiriendo historias surrealistas, fruto de la medicación y de los variados y pintorescos sueños que aparecen durante la inconsciencia. También dijo que, en estos casos, el paciente penetra en una especie de *delirium* donde todo lo que uno cree ver y oír parece muy real. Después, algunos se obsesionan e intentan encontrar una explicación coherente y elaboran historias, y que, cuando se cuestiona la realidad de las mismas, se muestran muy contrariados.

Como mi hermana María le contó que estaba muy irritable, el neurólogo me envió a la consulta de un psiquiatra. Desde entonces me obligan a tomar al menos siete pastillas diarias que me hacen dormir la mayor parte del día y de la noche. Mejor dicho, *me hacían*, porque desde que empecé a redactar esta historia las he estado escupiendo todas a espaldas de mi hermana.

Sé que está muy preocupada por mí, pero me tiene poco menos que secuestrado. Me trata como a un niño que necesita cuidados constantes. Se empeña en boicotearme cualquier actividad que no sea descansar, medicarme, hacer mis ejercicios de rehabilitación, salir con ella a dar paseos muy cortos, y poco más. Tampoco me deja utilizar un ordenador porque no sé qué médico le ha dicho que confundiría mi mente aún más en estos momentos.

Escribo todo esto con un bolígrafo. Al principio no recordaba ni la forma en la que se dibujaban las letras, pero aquello duró muy poco y los trazos de mi escritura se parecen cada vez más a los de siempre. No sé cuántos folios he roto, hasta que todo ha cobrado sentido. Aun así, hay algunas cosas que he olvidado.

Mi sobrina Chisi, al poco de salir del hospital, puso en mi mano un móvil con la

misma clandestinidad con la que se entrega droga a un adicto. Me dijo que había conseguido recuperar casi toda la información que contenía el que me robaron. Después, para que consiguiera acceder a ella, me llenó la cabeza de una serie de contraseñas y de unas instrucciones al parecer muy simples pero muy complicadas para mí, sobre todo al principio. Cuando consigo acceder al móvil, aparece toda una cascada de números, mensajes, correos electrónicos, archivos, carpetas, etc., que me provocan dolor de cabeza y que no me dicen nada. Busco «Elena» y encuentro no a una, sino varias escritas con hache, sin hache, y con otras variaciones idiomáticas. Ninguna de ellas es la mía. Tampoco veo ni a Valentina, ni a Paco, ni a Virtuosa...

A los pocos días me trajo otro móvil que contenía una información, al parecer mucho más personal. Sí, tenía otro móvil, es verdad, pero tampoco aparecen los nombres que busco, a pesar de que estoy seguro de que en él se escondía el número de teléfono con el que Elena y yo nos comunicábamos. Decidí probar suerte, y por fin alguien respondió: «Diga... Diga... Diga». Juraría que era su voz. Entonces me quedé completamente mudo y solo fui capaz de decir: «¡Ayúdame!». Después la comunicación se cortó, y no me ha devuelto la llamada. Sin duda ella habrá intentado encontrarme. Entonces, ¿por qué no he sabido nada? Estoy convencido de que se habrá puesto en contacto con el bufete, preguntado por mí, y removido cielo y tierra. Ella es pertinaz en lo que se propone. ¿Qué sucede?

A diario escudriño el teléfono de manera obsesiva, y no existe nada con lo que pueda asociar a Valentina. Y es que la otra noche soñé que su número se alojaba tan solo en el interior de mi mente, en un lugar tan profundo que me resulta imposible aflorarlo hasta la superficie. Quizá necesite volver a dormirme para volver a soñar.

Es curioso. Mi amigo Ignacio estuvo aquí la otra tarde y me dice que Elena Astaburuaga existe, que es cierto que tuvo un fuerte altercado con Santos, pero que nadie la violó, y que ella y yo jamás tuvimos una relación de pareja; es más, dice que ella no disimulaba ante nadie que no me soportaba. Admite que Elena se marchó del bufete embarazada y que nunca se supo quién era el padre. «Era una mujer exquisita, y muy competente —dijo—, pero a nivel personal era como una escultura de mármol, y su vida privada siempre fue una gran incógnita. Es mejor que se haya marchado, créeme».

Al parecer, nadie sabe dónde se encuentra ahora. Pero yo sé que está en Nueva York, con mi hijo.

Las llaves de la casa de Malasaña que llevaba en uno de los bolsillos del pantalón han desaparecido, pero seguro que en el piso debo tener alguna copia.

También necesito acudir al Smooth Jazz. Ni siquiera sé si seguirá abierto. Es verdad que siempre he dejado a Paco como encargado y gestor de la contabilidad del club; que él

tiene acceso a una cuenta en el banco, suficiente para mantenerlo durante algunos meses; que le pido que no se ponga en contacto conmigo si no es muy necesario, y que sabe que viajo mucho. ¿Pero no le extrañará que haga tanto tiempo que no haya acudido al club y que ni siquiera le haya llamado?

¡Necesito que alguien me ayude a recuperar mi vida!

Mi futuro era excitante y prometedor. En él no existía el miedo a sentir. Por fin iba a permitir que mi yo real, sepultado en mi interior durante tanto tiempo, emergiera, y lo iba a mostrar a todos. Ya no tendría dos vidas. Jamás volvería a esconderme.

La otra mañana mi hermana se ausentó, y yo me vestí para acudir a Malasaña y buscar a Valentina. Con cierta dificultad, porque mis piernas están aún algo débiles, salí de casa y cogí un taxi para acudir a las Correderas de San Pablo. Conforme avanzaba hacia ellas, mi excitación iba en aumento, pero acabó convertida en decepción y tristeza. Cuando llegué, busqué la tienda de Valentina y no estaba donde yo creía; pensé que quizá me había equivocado de calle. Intenté por todos los medios orientarme. «Debo encontrar sus balcones», me decía. Como siempre, estarían llenos de flores, y abajo, justo al lado, estaría su tienda. «Tienen que ser esos», me dije. Pero en ellos solo había un par de macetas, y lo que debieron ser plantas se reducían a tallos ocres y secos. ¿Dónde está el bar de Antonio? «Tendría que estar aquí, pero esto no se le parece en nada. ¿Por qué se ha convertido en una tienda de “comida para llevar”?». Desde ese momento no tuve más fuerzas para continuar con mis pesquisas, me sentía confuso y desorientado. Mi corazón se aceleró más y más, perdí el equilibrio y caí al suelo. Algunas personas que pasaban por allí me ayudaron. No reconocía a ninguna. «Por favor, ¡díganme! ¿Ustedes me conocen de algo? —preguntaba—. ¡Deben conocerme!». Entonces se miraron unos a otros y comentaron que deberían avisar a una ambulancia. Una vez en pie, les aseguré que me encontraba bien y que iba a coger un taxi para regresar a la Plaza del Marqués de Salamanca, a la casa donde vivía con mi hermana.

No sé lo que está pasando. ¿Dónde está todo aquello que existía justo allí hace cerca de siete meses? Sé que no es solo fruto de una mente que, insinúan, está «enferma y machacada por los golpes».

También recuerdo la música. Ella estuvo presente desde el principio de esta historia. Beethoven, Mozart, el jazz, el soul, los blues... Cuando Valentina penetró por primera vez en mi mundo, lo hizo envuelta en ella; y después también en muchos lugares: en su tienda, cuando abría sus balcones, en aquel concierto...

Con Elena, la música también fue una de las protagonistas, pero por su ausencia, porque ella la evitaba: no soportaba correr el riesgo de dejar que las sensaciones pudieran penetrarla y desmoronarla. Sin embargo, a veces era imposible ignorar su presencia, pues

las notas de un piano, o quizá de un saxo, acudían a nosotros aunque fuera a través de una ventana.

Pienso en el intervalo de tiempo desde mi ruptura con Valentina hasta la llegada de Elena al bufete, y las imagino a las dos como en una película, en imágenes paralelas dentro de la misma pantalla, pero en escenarios muy distintos: Valentina, destrozada por mi abandono, subía a un avión para refugiarse en su playa; por su parte, Elena, ilusionada con su nuevo trabajo, desembarcaba de otro. Una aterrizaba en una isla; la otra, en Madrid. Una se alojaba en una casita blanca con una higuera enorme; la otra, en un hotel de lujo cerca de La Castellana. Valentina se sumergía desnuda en el agua de la playa y Elena se iba de compras por la calle Serrano. Una paseaba por la isla con un vestido de florecitas, descalza, con sus sandalias de esparto en la mano; la otra, en cambio, se calzaba unos zapatos con un tacón muy fino. Valentina trataba de olvidarme, y la otra de seducirme con aquel vestido rojo que jamás podré olvidar.

¡Necesito que alguien me crea!

Puede ser que haya confundido algunos detalles. Sé que es imposible que recuerde con exactitud todo lo que hicimos, todas las palabras, los gestos..., y quizá he podido distorsionar algo de lo que ocurrió, pero es lo que ha sido mi vida, y esa vida fue real.

¡Necesito que alguien me ayude!

La detective

¡Mi tío me da tanta pena!
Cuando vuelva de rehabilitación, hablaré con él y le diré que yo sí que le creo. ¿Pero cómo voy a hacerlo sin que se dé cuenta de que he leído todos sus escritos?

Aunque... a veces dudo. ¿Seré yo la única tonta que le ha creído? ¿Tendrán razón los demás?

Tengo que comprobar por mí misma si lo que dice es cierto. Buscaré las llaves de la casita de Malasaña, aunque tenga que revolver su piso de arriba abajo. Iré al Smooth Jazz, buscaré a Elena esté donde esté, ¡y al niño! Y por supuesto, a Valentina.

Han pasado varios días, y de las supuestas llaves de su casa, ni rastro.

Esta mañana vine a Malasaña. Lo tenía todo anotado para que no hubiera confusiones. En sus escritos nunca aparece la dirección exacta en la que vivía. Solo habla de las Correderas de San Pablo; pero me he orientado por la dirección de la tienda que aparece en internet.

En estos momentos escribo desde el interior de una tienda de libros usados. Mi mesa está junto a la ventana. Desde ella observo lo que se supone que es la tienda de Valentina. El portal de al lado debería ser el de su casa. Ella viviría en el tercer piso. Aquí a mi lado, a la izquierda de esta librería, debería estar el portal de mi tío. Su piso sería el cuarto, el del ático. La puerta que está a mi derecha debería ser el bar de Antonio. Pues resulta que en la dirección de la tienda de Valentina tan solo se ven unas persianas metálicas sucias, cubiertas de grafitis negros, y en lo que deberían ser sus balcones, tal como escribió mi tío, solo hay unas macetas de las que asoman tallos retorcidos. He preguntado a unos chicos que pasaban por allí y me han dicho que no saben nada de esa tienda. ¡Ah!, y el *gastrobar* que podría ser el de Miguel es un restaurante de comida cubana, y su dueño no se llama Miguel sino Fidel.

De pronto me acordé: ¡en la dirección de mi tío, en la misma escalera, vive Virtuosa! Llamé a todos los telefonillos. No me contestaban. Y cuando por fin uno lo hizo, dije:

—¡Perdone! Vengo a hacer una encuesta. Es para mi tesis doctoral en arquitectura. Solo serán tres preguntas. ¿Puede abrirme, por favor?

En el piso que me abrió la puerta vivían desde hacía muy poco dos hermanos, chico y chica, muy jóvenes, estudiantes. Me contaron que sus padres habían comprado ese piso porque estaba cerca de la calle Alberto Aguilera, que es donde está ICADE. No conocían

a Virtuosa.

—Pasa y siéntate. ¡Ah! ¡Ten cuidado con este arco del comedor, porque tú eres bastante alta y te puedes dar con él en la cabeza! Mi madre lo quiere quitar, y también quiere deshacerse de los muebles. Teníamos prisa en mudarnos y ya ves lo feos que son. Pero, ¿qué haces de pie? ¡Siéntate!

Me senté en uno de los sillones y me levanté al instante porque me había clavado en el culo uno de los muebles.

—¿No tendréis por aquí un poco de vino dulce? ¡Caray! Esta casita parece de juguete —comenté con una risa nerviosa.

Animada por aquello, continué con mis pesquisas e intenté encontrar la mercería de doña Paquita —la de enfrente del solar donde se escondía la ventana secreta del garito de Octavio—. Estaba cerrada y sobre las dos puertas de madera de esas tan antiguas había dos carteles pequeños pegados: «Cerrado por defunción» y «Se traspasa», con un número de teléfono abajo. Llamé.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer al otro lado del teléfono, mientras se escuchaba de fondo a otra mujer llorando—. ¿Está usted interesada en el negocio? Pues lo siento, pero me pilla en mal momento, ¿sabe? Es mi madre, que... Bueno, disculpe, pero tengo que colgar.

Vaya, ¡qué pena! Habría muerto doña Paquita, la dueña de aquella mercería tan antigua, el ama de Atila. Entonces me fijé en el solar, pero estaba vallado con unos ladrillos mal puestos. Intenté mirar a través de los huecos, y sí, allí seguía, pero estaba limpio: ni enredaderas, ni escombros, y mucho menos algún árbol.

He preguntado, con una foto de mi tío en la mano, a muchos que pasaban por la calle, como si fuera un policía de personas desaparecidas, y también he entrado en algunos comercios.

—Sí, me suena mucho —me dijo en uno de ellos un dependiente—. ¡Manolo! ¡Manolo! ¿Tú te acuerdas de este señor? Yo es que soy nuevo. Tendría que preguntar a Serafín, pero como se marchó a trabajar a Mercadona...

—¡Ah, sí! —dijo otro—. Este fue el que ayudó a Jeromín cuando se le inundó el piso. Y una señora que estaba en la cola de la pescadería me dijo:

—Sí, señora. ¿Cómo no me voy a acordar? Este es el *abogao* que ayudó a mi hija cuando el sinvergüenza de su marido la dejó sin blanca y se marchó a Miami.

Bueno, algunas cosas encajan. Necesito continuar con mis investigaciones.

Me falta preguntar a la Juana, esa de quien hablaba la mujer de Antonio, que tenía noventa años y que vive en el segundo piso. Y preguntaré también a Gerardo, el chico gordo que vive en el primero.

«¡Perdone! ¿Me puede cobrar este libro, por favor?».
Allá voy. A ver si tengo suerte.

¡Qué fuerte! Esta mañana llamé una y otra vez al piso de la Juana, pero no me abría nadie. Y entonces vi a una mujer menuda, encorvada, apoyada en un bastón, que se acercaba por la acera. Al llegar al portal, me miró mientras con sus dedos deformes sacaba de su bolso unas llaves. Era la Juana.

—¡Ah, sí! ¡Valentina! —contestó cuando pregunté por ella—. Hace algunos meses que se marchó de este barrio. Y ni siquiera se despidió de mí. Me dio mucha pena. Un día, ¡puf!, desapareció y ya está. Unos vienen y otros se van. De la gente de mi edad quedamos pocos. Yo también voy a irme un día de estos... —añadió suspirando—. ¿Qué dice de un novio? Valentina no tenía novio. Moscones siempre la han rondado, pero ella los ahuyentaba como si les echara insecticida. Era una chica muy decente.

—¿Y conoce usted a un chico muy gordo que vive en esta escalera y que...

—¡Uy! —interrumpió—. Gerardo hace algún tiempo que apenas sale de casa. No creo que le abra la puerta. No lo hace ni a sus tíos, ni a sus primos. Pero... ahora que lo pienso, yo creo que si usted llama y dice que ha venido a entregarle unos discos, a lo mejor le abre, pero no se lo recomiendo.

Por aquellas calles malasañeras no me resultó difícil encontrar unos vinilos de los años sesenta, así que con ellos debajo del brazo me dirigí hacia la casa de Gerardo.

Llamé a su telefonillo. Nada. No me abría. Tendría que volver a la tienda a devolverlos. Y cuando ya me marchaba, desde la acera de enfrente me di cuenta de que se movía la cortina de una ventana.

—¡Gerardo! ¡Gerardo! —grité desde la calle—. ¡Vengo de parte de Valentina a traerle unos discos! ¡Ábrame, por favor!

Tuve suerte y me abrió. Cuando llegué al rellano de la escalera donde estaba su casa, Gerardo me esperaba con la puerta entornada. Al principio me miró por una rendija, pero enseguida se fijó en los discos, como si fuera un niño al que le traen caramelos, y me abrió.

—Hola, Gerardo. Solo vengo a entregarle estos discos y a preguntarle por Valentina. No la encuentro. ¿Sabe usted dónde puede estar, y si ella tenía un novio o salía con un señor que se llamara Enrique?

No respondió. Volvió a mirarme. Parecía como si me tuviera miedo. En realidad era yo quien lo tenía, y mucho, porque su aspecto era muy raro, pero pasé al recibidor.

—Valentina está muerta —contestó quejumbroso pero sin rodeos—. Unos criminales entraron en su casa por la noche y se la llevaron. Lo vi por la ventana. Me han dicho que la

han matado, y que también me van a matar a mí porque lo sé todo. Solo salgo de casa a por comida, pero poco, porque ellos me vigilan.

—¡Madre mía! Pues todo eso que cuenta es horrible —intentaba fingir que le creía—. Lo debe estar pasando muy mal. ¿Y no ha ido a denunciarlo? Aunque... ¿No será que está viva? —le pregunté con la mayor amabilidad que pude.

—¡No! ¡Usted me quiere liar! —gritó mientras se abalanzaba sobre mí y se apoderaba de los discos—. ¡Usted sabe de sobra que está muerta!

Salí de allí disparada. ¡Uf! Nunca había pasado tanto miedo. Tanto, que corrí hasta la Gran Vía y me vine a casa.

¿Qué ha pasado? ¿Adónde ha ido todo el mundo?

Mi sobrina Chisi hace tiempo que me mira de forma muy extraña. Ayer, cuando me levanté por la mañana, estaba sentada en el sofá en su postura favorita: una pierna doblada bajo el trasero y la otra colgando. Sobre sus rodillas apoyaba su portátil. Escribía. En cuanto me vio, se limpió las mejillas con un pañuelo, se sonó la nariz, apartó su ordenador, se levantó y me abrazó.

—Pero Chisi, ¿qué te ocurre? —le pregunté.

Y ella me contestó de carrerilla, deshecha en lágrimas:

—Es que me da mucha pena todo lo que te ha pasado y que estés aquí metido en casa, sin salir, sin que hayas podido localizar aún a Valentina, a Paco, a Elena, a tu hijo que es mi primo. Es... es... es como si no hubieran existido o como si todos hubieran muerto, como doña Paquita —y corrió a su habitación.

Me dejó perplejo. Me dirigí hacia su portátil, y en el documento que tenía abierto leí, y leí, y leí. Tan solo fueron algunos párrafos, pero estaba muy claro: ¡Chisi había leído mi historia y estaba haciendo algunas averiguaciones! ¿Hasta dónde sabría? ¡Eran mis vivencias más íntimas! Sin embargo, la vergüenza que sentí acabó sepultada por completo cuando leí una frase que golpeó mi cabeza como una viga de hierro: «Valentina está muerta».

Dejé el ordenador en la misma posición en que Chisi lo había dejado e intenté actuar como si no supiera nada, pero desde entonces esa frase me obsesiona y se repite en mi cabeza, como si fuera un mantra, y me impide comer y dormir: «Valentina está muerta».

(Esto que acabo de escribir voy a esconderlo en un lugar donde nadie pueda encontrarlo, para que Chisi no sepa que la he descubierto. No puedo soportar la idea de que Valentina haya desaparecido. Tengo que hacer algo, y aún me faltan fuerzas, aunque quizá... quizá ella pueda ayudarme de algún modo).

Anoche acudí al Smooth Jazz, a ese del que habla en sus escritos. Otra vez persianas metálicas; otra vez unos grafitis. Con un poco de imaginación, diría que son un saxo, un piano, una batería y un contrabajo, de los que emergen notas musicales de varios colores; y junto a ellos, unos pocos trazos verticales grises y negros que insinúan las figuras de un hombre y de dos mujeres.

Al poco, llegó un chico con una pinta horrible. Se quedó plantado en la puerta, se lio un porro, me miró con lascivia de arriba abajo, me guiñó un ojo y me ofreció una calada. «No fumo, gracias. Adiós», le dije tajante. Y justo en ese momento, con el porro entre los labios, saca del bolsillo unas llaves y sube la persiana metálica. ¡Resultó que era Dioni!

¡Después conocí a Paco! Y me contó todo lo que había ocurrido mientras mi tío estaba enfermo. Es surrealista. A él también le ocultaba su vida.

Cuando llegué a casa les conté a todos mis descubrimientos. Mi madre no parece que se creyera demasiado mi historia, se enfadó conmigo y me llamó loca. Kiko sacudió a mi tío por los hombros, se rio y le dijo: «Joder, tío. Eres un *crack*. Mañana nos presentamos allí los cuatro, ¿eh, mamá?». Sin embargo, él no se rio, se limitó a esbozar una sonrisa agridulce y ni siquiera se levantó del sillón. «Sí —dijo—. Mañana iremos». Yo creo que está deprimido.

Al día siguiente, pensé que era imposible que ningún amigo de mi tío supiera nada de sus andanzas y, entonces, se me ocurrió llamar a uno de sus compañeros de trabajo: ¡A Pablo! A ese al que pidió que llevase el caso de Octavio.

Tardé un poco en localizarle, pero al final quedé con él en el bufete.

¡Y era verdad! Pablo llevaba el caso de Octavio, que se encontraba en ese momento en prisión, y era hermano de una chica que se llamaba Valentina. Cuando le conté algunas de las cosas que había escrito mi tío, Pablo resoplaba mientras negaba con la cabeza.

—Mira, Chisi —dijo tras salir de detrás de su mesa y acercar su silla a la mía como si fuera a confesarme algo—. Tu tío hacía tiempo que me consultaba muchas cosas de mi especialidad, y me consta que también hacía esto con otros compañeros y, ¡qué casualidad!, todos eran de gente de Malasaña. Una vez bromeé con él: “Pero, Enrique, ¿dónde pasas tus ratos libres?”, y él se rio. Te digo, Chisi —dijo a la vez que se acercaba aún más—, que estoy seguro de que debe conocer bastante bien ese barrio, pero de eso a que tuviera allí una casa y viviera en ella... —volvió a dar un gran soplo—. Imposible.

—¿Y no puede ser que estuviera *pillado*, quiero decir, un poco enamorado de la hermana de Octavio?

—Mira —dijo mientras se revolvía en su asiento—, si me dices que pudiera estar encaprichado de alguna chica, fíjate, incluso de una de esas de la edad de mi hija que van por allí —se rio otra vez—, me lo podría creer... Pero precisamente de Valentina... ¡Uf!

Valentina es una chica muy rara. Es, no sé, como enigmática, y de las que no parece que cuidan su aspecto, a pesar de ser bastante joven. Conozco muy bien a tu tío y nunca se fijaría en una mujer así. Eso seguro —acabó mientras volvía a apoyar la espalda en la butaca.

—¿Y tú sabes dónde está ella ahora?

—Ni idea. Es como si no existiera. Ni siquiera ha ido a ver a su hermano a prisión. Yo solo hablé con ella un par de veces al principio. No he vuelto a verla nunca. Hace unos meses la llamé, pero su teléfono no está operativo.

Me quedé impresionada.

La amiga de Cuca

Cuando aquella tarde volví a casa, vi que mi madre hablaba con mi tío. Ella intentaba convencerle de algo, y charla que te charla. Como siempre: una pesada.

Él decía, mientras se agarraba la cabeza, que ya estaba harto de insistir en que su historia era cierta, y que ya no sabía qué pensar.

Mi madre asentía una y otra vez con condescendencia, como si escuchase a un hijo que confiesa una travesura.

—Claro, claro, Enrique —decía—. Deja de castigarte ¡Y no escribas más! Chisi te pidió que lo hicieras y ha resultado contraproducente. Lo que tienes que pensar es en todo lo que tienes: tienes un buen trabajo que te espera cuando te encuentres mejor; me tienes a mí, y a Kiko, y a Chisi... Aunque esta hija mía... Ya hablaré con ella muy en serio —dijo al darse cuenta de que estaba detrás de ella. Entonces, hizo ademán de levantarse, pero se volvió a sentar. Miró a mi tío y le dijo—: ¡Ah! ¡Por cierto! ¿A que no sabes a quién me encontré el otro día en la calle Ortega y Gasset? A Cuca. Estaba mirando un escaparate con una amiga. ¡Hay que ver lo guapa que estaba! Y la amiga, ¡qué estilosa! ¡Y qué amables las dos! Cuca me dijo que iba a casarse pronto, ¿sabes? Pero se interesó mucho por ti. Me preguntó si sería adecuado que viniera a visitarte. Yo, por supuesto, le dije que sí.

No pude evitarlo, resoplé, moví la cabeza a un lado y otro, y solté:

—¡Ahhhh! Pero, mamá, ¿es que tú nunca te das por vencida? ¡Ya está bien! —me fui a mi habitación cabreada y pegué un portazo.

—¡Chisi! —escuché gritar a mi madre—. ¡Te prohíbo que me hables así! ¡Sabes que solo quiero lo mejor para tu tío! ¡Chisi! ¡No te escondas! ¡Maleducada! ¡Ven aquí!

Desde luego, no salí.

Anteayer mi tío sufrió una especie de lipotimia y le llevaron al hospital. Después de someterle a un montón de pruebas dijeron que todo estaba bien. Cuando mi madre les contó que estaba en tratamiento psiquiátrico —ella no sabe que no se toma ni la vitamina B—, los internistas y los neurólogos avisaron a los psiquiatras para que bajaran a verle. Mi tío, en cuanto lo supo, se negó en rotundo a hablar con ellos e insistió en marcharse. Nos fuimos a casa.

Al volver, estaba algo nervioso e inquieto, y apenas nos hablaba. Como mi madre le

reñía por no haber querido ver a los psiquiatras e insistía, machacona, en que no le encontraba bien, mi tío se metió en su cuarto y desde entonces solo se deja ver a la hora de las comidas.

Justo ahora acaba de marcharse a rehabilitación. Le va muy bien. Ya tiene mucha más fuerza en las piernas.

Voy a entrar en su cuarto para ver si ha escrito algo.

Nada. Cero.

¡No me lo creo! Han pasado ya varios días, ¡y ha dejado de escribir!

La otra tarde aparecieron por la puerta, y sin avisar, Cuca y su amiga estilosa. Se llama María Mercedes. Está claro que por parte de mi madre fue una encerrona en toda regla, porque antes de que llegaran ellas envió a Berta a que trajera unos sándwiches y unas pastas de té.

Tengo que reconocer que, cuando llegaron, las dos iban vestidas y arregladas a la perfección. No les faltaba ningún detalle.

—No te levantes, Enrique... Pues, te veo muy bien... Sigues tan guapo como siempre. Nadie diría que...

«Que no se esfuerce», pensé. Como dice Kiko, ese tipo de mujeres súper delgadas, cual esqueletos, al tío *no le ponen*. Como dice mi madre, mi hermano es un ordinario.

Han pasado casi tres semanas, y mi tío sigue sin escribir. Es deprimente. ¡No sé qué hacer!

Me parto de risa. Cada vez que me acuerdo, de verdad que me parto.

Cuca solo vino una vez más. ¡La que volvió fue María Mercedes!

Está divorciada. No tiene hijos. Tendrá más o menos la edad de mí tío.

Durante sus visitas, ella siempre se sentaba lo más cerca posible de él en el sofá. Mi madre ponía cualquier excusa para dejarles solos, y a mí me hacía señas para que me esfumase, pero yo me hacía la remolona y no perdía detalle.

María Mercedes se esforzaba mucho en darle conversación. Le repetía lo inteligente y atractivo que le parecía: «Mi exmarido también es abogado, pero no tiene nada que ver contigo. El derecho internacional siempre se ha dicho que es la especialidad más difícil. Hay que valer mucho para eso, y además ayuda mucho tener una buena presencia». Alababa sus gustos: «Qué casualidad. Hace poco estuve en un club de *jazz* con unos amigos y me encantó, aunque reconozco que no lo entiendo demasiado. Para eso hay que tener una sensibilidad muy especial. Algún día podríamos ir juntos a un concierto». Le

hablaba de sexo: «Mi vida es tan agitada... pero cuando me relajo disfruto tanto de las cosas... Porque lo que me gusta, lo hago despacio, muy despacio, saboreándolo todo, absolutamente todo. Aunque, bueno, a veces no me importa hacer algo imprevisible y a toda velocidad. Es mucho más excitante. Por supuesto, me refiero a esquiar». De vez en cuando le enseñaba el canalillo de sus tetas operadas, y un día vino con un vestido ceñido y no llevaba sujetador. Y todo sin parar de insinuar una y otra vez que a él quizá le vendría bien salir a tomar algo, y que ella, por supuesto, podría acompañarle.

Él se limitaba a escuchar lo que decía, con amabilidad, pero sin entusiasmo. Pero aquí viene lo bueno. El otro día de pronto le dice:

—Me gustaría mucho invitarte a cenar, María Mercedes.

Y mi madre tan contenta.

Salieron juntos durante unos quince días; y cada vez que regresaba de sus cenas, mi madre le perseguía por la casa.

—¿Qué tal con María Mercedes?

—Bien.

—Es muy guapa. No dirás que no.

—Sí.

—¿Y cuándo va a volver a sacarte? Quiero decir, ¿cuando vais a volver a salir los dos? Supongo que pensarás continuar con ella...

—Quizá.

Pero, mira por dónde, pasaron más de veinte días y, como no habían vuelto a quedar, mi madre no pudo aguantarse más y le dijo:

—¡Pero Enrique! No os llamáis. ¿Qué os ha pasado a los dos?

—No lo sé.

Una tarde, mi madre llegó al salón muy disgustada y dijo:

—Acabo de hablar por teléfono con María Mercedes y me ha parecido que está muy molesta contigo.

—¿Ah, sí? —contesta mi tío como si la cosa no fuera con él.

—Sí. Me ha dicho que siempre que salís solo vais a Malasaña. «¿Pero, cómo? —le digo—. ¡No me lo puedo creer!». Y ella: «Aunque no es para nada mi ambiente, si tiene el capricho de ir una vez lo disculpo, pero ir siempre... Además, no quiero preocuparte, María, pero hace unas cosas muy raras.

Mi madre estaba cada vez más enfadada.

—¡Y me cuenta —añadió con algunos gallos en la voz de puro cabreo— que te pasas todo el tiempo preguntando en el barrio por gente de allí, sobre todo por una tal Valentina, y que a ella no le haces ningún caso! ¡Estoy rodeada de maleducados!

Mi hermano Kiko se moría de la risa. Yo también. Y ella seguía:

—Ya no sé qué hacer contigo. Estás cada vez peor. La medicación que te da el psiquiatra no te funciona. Mañana sin falta volveremos a que te la cambie. O mejor aún, vamos a pedir una segunda opinión. Llamaré a mi amiga Mari Lo y le preguntaré el nombre del psiquiatra al que va ella.

—¡Mari Lo! ¿No es esa a quien trataron con *electroshock*? —se levantó de su sillón y, con una especie de ataque de risa histriónica, se dirigió a su habitación—. Sí. El *electroshock* me vendrá muy bien, fenomenal. Y una botella de güisqui y un puro habano también. Ve a comprarlos. ¡Ahora! —y dio un portazo.

No volvió a salir de la habitación hasta el día siguiente.

«¡Plasss!»

¡No puedo más! ¡Qué movida! Mi madre está en su habitación llorando. Lloro, se ríe, ¡llora. A mí no me deja entrar. Me ha echado varias veces y me insulta. He llamado a Mari Lo para ver si la consuela.

A Kiko le he pedido que llame al médico.

Pero yo hasta que llegue, me he escondido en mi habitación y me he puesto a escribir. Estoy loca. Muy, pero que muy loca.

Pues bien: esta mañana, mi madre y Berta andaban muy atareadas. Después, me llamó la atención que pusieran en la mesa tres platos más de lo habitual.

Apenas se levantó mi tío de la cama, mi madre se dirigió a él y le dijo mientras retocaba las puntas de las servilletas:

—Buenos días, Enrique. Sabes que estoy muy enfadada contigo, pero hoy quiero que te distraigas y pases un buen día. He invitado a comer a unos amigos tuyos: a Borja, a Domingo y a Pablo. Los tres son personas sensatas y serias. Bueno, Domingo no me gusta mucho, pero como es muy dicharachero, he pensado que te vendrá muy bien que venga.

Mi tío ni respondió.

—Pero bueno, ¿no te alegras? ¿No tienes nada que decir?

—Sin comentarios.

—Ya veo que sigues igual de insoportable. A ver si al menos tus amigos te serenán un poco.

Al cabo de unas horas, aparecieron.

¡Uf! Mi madre sigue histérica, pero que se arreglen con ella Mari Lo y Kiko. ¡A ver si viene ya de una vez ese médico! Espero que salga de esta. Sigo:

Borja y Pablo llegaron casi al mismo tiempo. Se sentaron junto a nosotros en los sillones de nuestro comedor salón. La mesa no quedaba muy lejos, porque la habían alargado para que cupiésemos todos.

Mi tío se alegró mucho al verlos.

—¿Cuándo vas a volver al trabajo? —le preguntaron—. ¿No será que ahora te has vuelto un vago? Te echamos de menos en el bufete. El compañero que han puesto en tu lugar quiso, el otro día, reunir aquí a una familia de refugiados, y juntó a un musulmán de Siria con una mulata cubana.

Y se reían.

Al cabo de un rato, llegó Domingo. Yo creo que habría tomado algunas copas porque, al entrar, tropezó con la alfombra del recibidor y se dio tal traspié que se tragó entero el ficus de la entrada.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Por Dios! ¡Por Dios! —dijo mi madre.

Borja y Pablo acudieron en su ayuda. Por suerte, no se rompió nada que no fuera el ficus. Cuando llegó al salón, tras recolocarse un poco la ropa, nos saludó muy efusivo. A mí me dio tal abrazo que casi me descoyunta.

Mi madre, sin saberlo, actuó muy mal, porque apenas Domingo se sentó —justo al lado del tío, por cierto—, le llenó la copa de vino hasta el borde.

Al principio, Domingo no hablaba mucho; se limitaba a beber y a reír con las ocurrencias de los demás. Pero de pronto le dio una enorme palmada a mi tío en la espalda y le soltó:

—Bueno, Enrique, ¿qué tal se folia en la UCI?

Mi madre y yo, blancas; Kiko: «¡Ja, ja, ja!»; y Borja y Pablo, avergonzados. Los dos nos miraban a nosotras e intentaban quitar hierro al asunto como podían.

Se colocaron lo más cerca posible de Domingo, uno en el sofá y otro en el sillón contiguo, y le daban golpes en el brazo, además de hacerle señas con la cabeza, con los ojos... Pero Domingo estaba disparado.

—Creo que allí te tiraste a la Gardner.

Mi madre se levantó y se marchó a la cocina, mi hermano miró a Domingo como si fuera un Dios, y Borja y Pablo, ya no eran golpes, sino tantos tirones los que le daban en la manga, que casi le quitan la chaqueta.

Mi tío ya no se reía tanto.

—¡Dejadme, capullos! —continuaba Domingo mientras hacía esfuerzos para zafarse de sus amigos—. ¡Ja, ja! Si para follársela hay que estar en coma, que alguien me sacuda ahora mismo.

—Domingo, por favor —dijo Borja—. Venga, no te burles, aunque... La verdad, Enrique, es que tiene gracia que la hayas tomado justo con ella.

—Precisamente con Elena —añadió Pablo—, que no te tenía ninguna simpatía.

Mi tío no decía ni palabra. Y con una sonrisita de cumplido y su brazo derecho apoyado en el del sillón, jugueteaba con un hilo que asomaba por una costura. Lo retorecía, lo aplastaba con el dedo índice, tiraba de él...

—¿Y cómo se llamaba la otra tipa? —preguntó Domingo—. La rara. Esa que me dijiste, Pablo.

—¡Ah! Esa era la hermana de Octavio, Constantina.

—Valentina —contestó mi tío—. Se llama Valentina. Y es preciosa.

Se quedaron todos callados, pero de pronto empezaron a hablar los tres al mismo tiempo, a veces con condescendencia, y otras con unas opiniones de lo más variopintas.

Borja dijo:

—Venga, Enrique, la Gardner era un bombón, pero la otra... Pablo, que la conoce, dijo que lo único que tenía bueno eran las tetas.

—Yo no dije eso —contestó Pablo—. Lo único que dije fue que esa chica tenía pinta de guarra, pero todo con el mayor respeto.

—Valentina siempre huele a jabón —dijo mi tío—. Si quizá su aspecto era descuidado, sería porque estaría hundida. ¡Y os juro que voy a encontrarla!

—Mira, Enrique... ¡Dejadme hablar! ¡Callaos un poco, por favor! —quiso intervenir Borja sin éxito—. La Gardner... La Gardner... ¿Me vais a dejar hablar o qué? —insistía—. La Gardner era lesbiana, Enrique. ¿Serás tú el único que no se enteró de eso? A saber lo que haría para quedarse embarazada. De verdad, Enrique, la Gardner se convirtió en un problema para todos. Apenas llegó, revolucionó el bufete: todos los compañeros iban tras ella, competían con ella. Menos mal que se fue...

—¿Y tú no eras uno de ellos también —dijo mi tío—, a pesar de todo lo serio que pareces y de lo mucho que dices que quieres a Conchita, tu mujer?

—Enrique, por favor... —dijo Pablo intentando tranquilizarle.

—Eso, a tomar por culo que se fue —continuó Domingo—. Santos sería un comemierda y un lameculos, pero no era mala persona... Y encima acabó en prisión por su culpa.

—¿Qué has dicho, Domingo? —mi tío se incorporó en su asiento como si fuera un tigre a punto de atacar—. ¿Qué has dicho? —repitió.

—Enrique, mira —dijo Borja—, yo no quería preocuparte con esto, pero al parecer Elena ha llamado al bufete muchísimas veces para preguntar por ti, e incluso ha amenazado a algunos con denunciarles. Yo me he negado a ponerme al teléfono porque no sé cuáles pueden ser sus intenciones contigo, sabiendo lo mal que tú le caías y lo que le hizo a Santos...

Mi tío se levantó de golpe y les miró a todos como si tuviera puñales encendidos en los ojos.

—¿¡Cómo dices, Borja!?! —dijo agarrándole con fuerza por las solapas—. ¡Repite eso! ¿Que Elena le hizo a Santos qué? ¡Santos es un psicópata! No debería estar en prisión, ¡debería estar muerto! ¿Y dices que Elena me ha estado buscando y que no has querido hablar con ella?

—Lo siento, Enrique. Perdona —contestó Borja—. En realidad yo nunca he tratado a Santos y solo sé lo que se dice. Y lo de no atender a Elena lo he hecho por tu bien. Anda,

suéltame.

Nada. Mi tío no le soltaba. Parecía que le iba a pegar.

—Por favor, Chisi, llama a tu madre. Que le dé algo para que se tranquilice —me dijo Pablo en voz baja. Después se dirigió a mi tío—. Venga, Enrique, no te pongas así —le frotó el brazo con suavidad—. Comprendo por todo lo que has pasado.

—¡Y tú, no me hables con esa condescendencia! —ahora era a Pablo al que había agarrado—. Elena es una mujer extraordinaria y es la madre de mi hijo. ¡No os consiento que habléis de ella así! —le soltó con tanta saña que perdió el equilibrio y cayó sentado sobre el sofá.

Borja ayudó a Pablo a ponerse en pie, se miraron entre sí estupefactos y, tras unos momentos de silencio, comenzaron de nuevo a hablar los tres a la vez.

—Enrique, de verdad, Enrique —Borja se levantó y le agarró con suavidad por los hombros—. ¿¡Os calláis un poco o qué!? Escucha, tranquilo, no pasa nada, no te excites. Claro que sí. Elena no solo era muy buena abogada, sino una mujer guapísima, inteligente y...

—Y bastante putón —añadió Domingo.

—Por favor, Domingo. Tranquilízate tú también. . .

—Y que conste que yo no he dicho que Valentina oliera mal —se excusó Pablo.

—¡Pero bueno! —mi madre entró en el salón con una sonrisa de oreja a oreja con la fuente de la comida—. ¡Qué bien lo estáis pasando! Oigo el jolgorio desde la cocina. Venga, a comer. Sentaos todos a la mesa. Espero que os guste el besugo.

Pero mi tío seguía de pie, cual estatua de sal, con ojos iracundos. Todos callados.

—¿Pero qué pasa? ¿Por qué no os sentáis? ¡Uy! ¡Qué serios todos! Yo le digo a Enrique que lo que tiene que hacer es volver a trabajar cuanto antes. ¿A que sí? —dijo mi madre haciéndoles señas de complicidad con los ojos—. A ver si se le quitan todas sus manías —añadió de manera desenfadada con la paleta de pescado en la mano—, olvida de una vez a esas mujeres con las que soñó en la UCI y encuentra a una buena chica. ¡Y lo casamos de una vez! Aconsejadle vosotros, que sois personas serias y con buen criterio.

—Sí, María. Nosotros sabemos lo que le conviene a Enrique —dijo Domingo con la lengua enredada.

—No tenéis ni idea. ¡Fuera de mi casa! —dijo mi tío con el puño levantado.

Yo acojonada, y mi madre, más. Kiko, sentado con los ojos muy abiertos como si estuviera en el teatro.

—Enrique, por favor —le decían los tres a la vez, sujetándole—. ¿Por qué te enfadas con nosotros? No hay motivo. Tranquilízate. No hemos dicho nada malo.

—¡Fuera!

—¡Uf! ¡Por Dios, cariño! ¿Qué es esto? ¡Toma! ¡Venga! Aquí tienes tus pastillas. Hoy te voy a dar una Zyprexa más... y un Valium más también. El vaso, aquí tienes el vaso. ¡Ala, cógelo! Así, el vaso. Eso es. Aquí tienes agua. Venga, abre la boca.

Por fin, aunque con ciertas reservas, sus amigos le soltaron. Mi tío cogió el vaso de agua como por inercia, sin dejar de mirarles. Mi madre le abrió los labios con los dedos y le metió las pastillas en la boca. Él ni se enteró.

—¡Fuera! —volvió a gritar. Pero entonces se dio cuenta de que algo le molestaba en la boca y escupió las pastillas. Sobre el besugo cayeron todas. Descubrió el vaso que tenía en la mano, y...

¡Plasssss!

¡Estampó el vaso contra el suelo!

Todos atónitos. Y el telefonillo, a toda pastilla, suena que te suena.

Mi tío se sentó a la mesa, apartó los platos de un manotazo y se agarró la cabeza con las manos. Parecía hundido, derrotado.

Y el telefonillo: «pi pi piii».

—¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Por Dios! —dijo mi madre mientras se dirigía a contestar.

Todos lo escuchamos en medio del silencio:

—Doña María, aquí hay una persona que pregunta por don Enrique —era la voz del portero.

—¿Qué? —a mi madre no le salía la voz—. ¿Cómo dice?

Una voz de mujer retumbó en el salón de la casa.

—Me llamo Elena Astaburuaga Gardner. ¿Vive ahí la mujer que me cuelga el teléfono cada vez que llamo? Vengo con mi hijo. Hace meses que no ve a su padre. Abran de una vez.

Estamos todos destrozados.

En estos momentos, Elena y mi primo Henry regresan a Nueva York. Y nosotros volvemos del aeropuerto con los ojos hinchados, una bola en la garganta y un nudo en el estómago.

Por eso necesito volver a escribir.

Aquel día, en cuanto se vieron, Elena y mi tío se abrazaron. Con las caras empapadas por las lágrimas, se comían a besos. Los dos se acariciaron los labios con los dedos, pero ninguno se los besó al otro.

—En algún momento llegué a pensar que habías muerto —dijo Elena.

—En algún momento llegué a creer que no me querías.

Yo les miraba con los ojos abiertos de par en par. Pero aquel niño que estaba

dormido, con la cabecita apoyada en una de las orejas de su sillita de paseo... ¡Uf! Me atraía como si estuviese imantado. Tenía las mejillas coloradas.

Mi tío por fin se separó de Elena y se agachó a mirarle. Encerró una de sus manitas entre las suyas y volvió a llorar. Elena desató al niño de la silla, lo sacó y se lo entregó a su padre. El niño se despertó, se desperezó y bostezó. Ahora los besos y los abrazos eran para el chiquitín.

—Es mi hijo —nos dijo a todos.

Entonces me acerqué, les abracé a los tres y me puse a llorar.

Kiko también se acercó. Mi tío nos presentó a Elena.

Pero... ¿Y sus amigos?

Borja y Pablo, de pie, con sus vasos en la mano, petrificados. Les miraban como si lo hicieran desde un universo paralelo. Fue Borja el primero en reaccionar.

—Enrique, perdóname por no haberte creído —dijo al mismo tiempo que colocaba su vaso sobre la mesa—. Lo siento tanto... Y tú, Elena... Me alegro de verte. Enhorabuena a los dos por vuestro hijo. Yo no tengo palabras, de verdad. Lo siento —y le dio a mi tío un apretón de manos y un zarandeo en el hombro.

—Gracias.

Y Pablo:

—Perdóname a mí también. No podía imaginar que justo vosotros... No me di cuenta de nada. Bueno, enhorabuena a los dos —y otro apretón de manos.

—Gracias.

—Y... —añadió Pablo mirando a Borja— creo que es mejor que nos vayamos. ¿Domingo? —alargó el brazo hacia él sin mirarle—. ¡Domingo!

Domingo estaba de pie junto a la mesa, ajeno a todo, con un güisqui en la mano y la boca llena de canapés.

—Domingo, nos vamos.

—Sí, nos vamos, nos vamos —se metió en la boca otro canapé, se acercó a Elena y dijo:

—*Uura buna, unura buna* —y con la mano llena de aceite del canapé de anchoas, intentó darles a los dos un apretón de manos.

Borja tiró del brazo de Domingo, pero a punto ya de salir por la puerta, Domingo se suelta, se da la vuelta, se dirige a Elena y a pocos centímetros de su cara le dice:

—Si me quieres acosar a mí como a Santitos —apenas se le entendía una palabra de lo borracho que estaba—, que sepas que estoy dispuesto... Y no te preocupes, tú acosa con ganas, con muchas ganas, que luego yo mismo me denuncio y me meto en prisión a mí mismo. Yo... a mí, a mi propia persona.

—¡Quitadme de aquí a este imbécil! —dijo Elena.

—Pero, ¿y mamá...? ¡Mamá! ¿¡Mamá!?! Kiko, ¿dónde está mamá?

Mi tío Enrique dejó al niño con Elena, y los tres la buscamos por toda la casa. «¡Mamá!... ¡María! ¡Mamá!». Nada.

—¡Chisi! ¡Venid! ¡Aquí! ¡Aquí! —gritó Kiko.

En la terraza, sentada sobre una caja de cerveza, la vimos inmóvil con la mirada fija en un cactus. La llamamos varias veces, pero no nos contestaba. Tirando de sus brazos, conseguimos trasladarla como si fuera un autómata a su habitación... hasta que intenté acostarla. Entonces se puso a gritar como si estuviera poseída, y a respirar muy rápido, y a insultarnos a los tres con un lenguaje que no era propio de ella:

—¡Hijos de puta! ¿Por qué no me dijisteis nada? ¡Hijos de mala madre! —se callaba y respiraba de manera acelerada. Pero volvía a gritar—: ¡Ahhhhh! ¡Y tú, Chisi, eres la peor! ¡No quiero verte en un año! ¡Ahhhhh!

—Tío —dije—, atiende a Elena y al niño. Déjanos a nosotros con mamá. No te preocupes —y así lo hizo.

Reconozco que me equivoqué al llamar a su amiga Mari Lo, que vive dos pisos más abajo, para que la tranquilizara, porque a los diez minutos escuché su voz a través de la puerta:

—¡María, hija! Resignación. ¡Qué se le va a hacer! La vida sigue. Ahora lo que tienes que hacer es cuidarte tú, que tienes dos hijos.

Entré en la habitación de inmediato y mi madre estaba mucho peor que antes. Agarré del brazo a Mari Lo y, con toda la diplomacia de que fui capaz, la devolví a su casa.

—Hay que darle algún tranquilizante —le dije a Kiko—. Ve e buscarlo. ¡Rápido! ¿Sabes dónde están?

—Sí.

Kiko regresó al instante con una pastilla pellizcada entre los dedos que olía a besugo y tenía una escama pegada.

—¿¡De dónde las has cogido!?

—¡Ahhhhh!

—Es igual —y se la metió debajo de la lengua. No se resistió.

Al cabo de diez minutos se durmió como un tronco. Se despertó al día siguiente. Estaba muy tranquila. Lo primero que hizo fue preguntar por el niño. Le pidió a Elena mil disculpas. Al parecer, los «amiguísimos» de mi tío avisaron a mi madre de que había una compañera muy conflictiva que al tío le tenía entre ceja y ceja, y que no hacía más que preguntar por él. Mi madre, claro, se montó una paranoia en su cabeza y cada vez que le llamaba, colgaba.

Elena nos contó que, cuando se ponía en contacto con el bufete para saber lo que había pasado, percibía que se la había condenado al ostracismo más absoluto.

—Y, por fin un día —dijo—, recibo una llamada de Madrid, de uno de los números de teléfono del bufete. Me extrañó mucho al principio, sobre todo porque quien me la hizo era una persona a quien no conocía de nada. Es una abogada que trabaja en otro edificio. Se llama Marisa. Me contó lo que te había pasado. Me dijo que se llevó la alegría de su vida cuando supo que Santos estaba en prisión. No me explicó mucho, pero al parecer por su culpa ella se vio obligada a dimitir.

Ese mismo día, mi tío se marchó a su piso con Elena y con el niño. Han convivido una semana los tres juntos. Aunque pasamos muchos ratos con ellos, me intriga pensar en lo que harían el resto del tiempo, sobre todo cuando se quedaran a solas, juntos, por las noches.

—¿No van a quedarse en Madrid? —me atreví a preguntarle a él.

—No.

—¿Y no vas a irte tú con ella?

—Ella está con otro hombre —contestó con una sonrisa agrí dulce mientras me acariciaba la mano—. No te preocupes, Chisi. Al niño le veremos muchas veces. Te lo prometo.

No sé si alguna vez entenderé el motivo por el que mi tío Enrique nos ocultó tantas cosas. Ahora tengo la sensación de que en nuestra casa entra mucha más luz y que, sin embargo, las sombras son más oscuras.

Ha vuelto a vivir con nosotros. Es como si nos necesitara más que antes. La otra noche, creo que le oí llorar. Nos ha dicho que necesita viajar a Nueva York lo antes posible para volver a ver al niño, pero su neurólogo no le deja hasta que no pasen al menos un par de meses.

A pesar de mi insistencia, mi tío se ha negado a volver a Malasaña y pone trabas a cualquier sugerencia que le haga para acercarse al barrio. Dice que se siente muy hundido cada vez que recuerda que Valentina ya no forma parte de aquel enjambre, y que el no saber qué ha sido de ella le abrasa por dentro. Además, también dice que allí ya no conoce a nadie y que no existe motivo alguno para regresar.

Pero yo sí que he vuelto. Ahora también tengo un secreto.

Libros usados y batidos multicolores

Hace cerca de un mes que podría decirse que vivo allí. Empecé por ir a pasear y tomarme un café aquí y otro allá. Me sentaba en algunas terracitas y pedía un zumo de tomate, como hacía Valentina. Y si hacía sol, miraba al cielo, cerraba los ojos y le dejaba que me coloreara las mejillas mientras recordaba las de mi primo Henry, que siempre me hacían sonreír. También iba a librerías y me sentaba en sus mesas a ojear un poco. Decidí imitar a otras chicas que se llevaban sus portátiles a algún local con mucha luz y sillones cómodos, y que pasaban largos ratos de cara a sus pantallas mientras, de vez en cuando, daban un trago a sus cafés o a sus batidos multicolores. Los balcones de mi tío, los de Valentina y la persiana de la tienda me atraían cada vez más porque, dentro, se escondía un gran misterio. A veces soñaba que yo era un espíritu y que a través de las paredes penetraba en ellos y descubría muchos tesoros. También creía ver allí a los personajes de esta historia, transparentes como yo, y escuchaba sus voces, y sentía sus miedos y sus deseos.

Una mañana, me encontré con la chica que vive en el piso de Virtuosa. Se llama Marta. Nos saludamos y la invité a tomar un café cerca de allí. La verdad es que nuestra conversación era muy animada, hasta que de pronto me dice:

—¡Qué rayada! Espero que Nancy haya acabado de limpiar. No me gusta coincidir con ella. La casa es tan pequeña... ¡Ah! Y también espero que no se le haya olvidado esta vez dejar las llaves en el buzón antes de irse.

—¿En el buzón? ¿Has dicho en el buzón?

—¿¡Qué pasa!?

Me levanté y salí de allí disparada. Marta no entendía nada, y menos aún cuando, después de pedirle que abriera su portal, me vio buscar el posible buzón de mi tío y romper la cerradura. Cuando metí la mano en el cajón, al fondo, encontré unas llaves.

Subí al trote los cuatro pisos, metí la llave y se abrió la puerta. Contuve la respiración. Crucé el dintel, encendí la luz y, ¡oh!, me sentí como si hubiese profanado un lugar sagrado.

Subí por completo las persianas, abrí los balcones y exploré toda la casa. Me senté en su mesa camilla, me recosté en su cama, salí a la terraza. Y por supuesto, miré hacia los balcones de Valentina que yacían inertes y grises a muy pocos metros de mí.

Desde entonces, la casa de Malasaña, su casa, es mi refugio. Paso los días allí canturreando, mientras me ato una cinta en el pelo o me reajusto una diadema de lana. Me he comprado collares y pendientes largos de bisutería que diseña una chica muy simpática

en una tienda cercana. ¡Ojalá esa tienda fuera la de Valentina! Me asomo al balcón con frecuencia y cada vez saludo a más gente. Por cierto, el otro día vi que estaba abierta la mercería de doña Paquita. En el escaparate había un conjunto de ropa interior monísimo, y entré. Pero me quedé a cuadros cuando ¡me la encuentro allí sentada en su mesa camilla! ¡La «defunción», los llantos y el querer traspasar la tienda era por el disgusto que tenía doña Paquita porque había muerto Atila!

Se dice que Virtuosa murió de repente de un infarto, cuando ya llevaba muchos meses en una residencia de cinco estrellas *superhijo*, pero no sé si será cierto.

Antonio y Carmen se han jubilado y traspasaron el negocio. Algunos dicen que se han ido a vivir a una casita que compraron en un pueblo de Alicante.

A veces escucho música en el tocadiscos mientras arreglo la casa —¡yo, en persona! Mi madre no se lo creería—, y otras, mientras me recuesto sobre el sofá rojo de escay con la colcha de colores rota. Entonces miro los pósteres de las paredes de las películas de Tarantino, y alucino. ¿Por qué los dejaría allí? Pero no quiero quitarlos porque él un día se negó a hacerlo. Otro de sus misterios. También he comprado algunas plantitas para colocar en los balcones. Quedarán muy bien. La terracita ya es otra historia. Me devano los sesos pensando en la posibilidad de construir allí esa piscina que leí que le gustaría poner, pero no creo que sea posible. Sin embargo, he pensado otras cosas que pueden quedar de maravilla, incluidas unas cuantas luces de color verde, tal como decía que había en su club.

A mi madre cada vez le gusta menos mi forma de arreglarme, y como apenas estoy en casa, cree que tengo algún novio con el que paso los días y las noches. No le quiero contar lo de mi casita, porque lo más probable es que se pusiera histérica y, después de lo que le pasó aquella vez, me da miedo. Le doy explicaciones a veces increíbles. Quien tiene secretos a veces tiene que mentir si quiere conservarlos.

El otro día le confesé a mi tío que me había adueñado de su casa de Malasaña. Se sorprendió muchísimo. Le pedí que viniera conmigo, pero se negó. Solo dijo que se alegraba mucho por mí.

Está tan ensimismado... que yo diría que maquina algo. No sé.

Lo que está claro es que no le encuentro nada bien.

¡Y me gustaría poder hacer algo!

Por cierto, hace tiempo que ya utiliza un ordenador, pero no escribe nada de su vida. Lo sé porque a veces se lo deja abierto sobre la mesa del comedor. He descubierto su clave de acceso. Es la más simple que he visto: «María». Voy a ver si ahora ha escrito algo nuevo...

¡Vaya! ¡Pues sí!:

Existe una isla pequeña en el mar Mediterráneo, muy pequeña, apenas un punto en el mapa, tan diminuta que muy poca gente la conoce. Es el lugar recóndito al que Valentina me dijo a veces que se escapaba cuando necesitaba descansar de verdad y aclarar sus ideas. Allí pasa el tiempo tumbada en una hamaca, a la sombra de una higuera, observando el cielo y respirando aquel aire puro cargado de oxígeno y de hierbas aromáticas. Me dijo que allí, sin ninguna prisa, se pone a pensar, o a escribir todo lo que se le ocurre, igual que hacía años atrás, sentada sobre un cojín en el balcón de su casa. A veces acude a una playa cercana y pasea por la orilla. Después de bañarse desnuda, se echa sobre la arena. A Valentina no le importa en absoluto que la gente la vea así, tal como es. Dice que ella no se siente distinta a todo lo que le rodea, a una gaviota, a un bichito que asoma la cabeza entre las raíces de cualquier planta que crece entre las dunas; ni siquiera diferente a la posidonia que las olas arrastran hasta la orilla de la playa. Valentina es preciosa.

A veces pienso si no será ella lo único inventado en esta historia, y me veo a mí mismo en un futuro más o menos lejano obsesionado con una quimera, una quimera que me atormenta de tal forma que no me deje trabajar ni disfrutar de mi familia, ni de mis amigos, ni tan siquiera dormir.

Un vis a vis

Esa isla misteriosa de la que habla... No sé qué hacer. Tengo que releer sus apuntes, desde el principio hasta el final. Quizá encuentre alguna pista que me ayude a encontrar a Valentina. Se ha convertido en mi prioridad absoluta. Si ella existe, podría decirse que se trata de una persona desaparecida. Pero, ¿cómo denunciarlo a la policía si ni siquiera la conozco? Si fuera de mi familia, ya lo habría hecho. ¡Eso! ¡Tendría que ser de su familia!

—¡No, Chisi! ¡No y rotundamente no!

—Pero Pablo, por favor —supliqué— Necesito verle.

—Chisi, ¡es un delincuente! Mató a un hombre. ¿Es que no te acuerdas?

—Por favor —volví a suplicar fingiendo que iba a tener una crisis de ansiedad—. Mi tío es tu amigo, y lo está pasando muy mal. Necesito que me ayudes.

—Bueno, Chisi, veré qué puedo hacer. Se lo diré.

Resultado:

—¿Es que en esa familia están todos locos? Quisieron matar a Enrique. No lo consiguieron. ¿Crees que si saben que tengo relación con su sobrina no harán nada? Puede que no, pero es un riesgo que no quiero que corra esa chica.

—Me parece un buen razonamiento, Octavio. Mi misión ya está cumplida: Te lo he dicho. Te has negado, y punto final.

Mi respuesta:

—¡Nadie tiene por qué saber que soy su sobrina! Él es arquitecto y yo también. ¡Soy una compañera de profesión! Le dices que quiero consultarle cómo se hace una piscina en la terraza de un edificio de mil ochocientos ochenta.

—Pero Chisi... Eres una insensata. ¿Qué opina tu tío de todo esto?

—¡No sabe nada! ¡Nada de nada! ¡Y ni se te ocurra decírselo!

El resultado:

—Está *de coña*. Piscina en un bloque del siglo diecinueve. ¿No se le ocurre otra cosa más... más...? Estoy harto. Dile que se vaya a tomar por... Bueno, no le digas nada. Es gilipollas como su tío. Mira cómo le fue a él. Adiós. Al menos esto tiene de bueno que vienes a verme más a menudo para contarme chistes.

Mi respuesta:

—¡De gilipollas, nada! Le demostraré que puedo hacer la piscina. Solo será para

mojarse un poco los pies. Y tú, Pablo, deberías insistirle más.

—Escucha, Chisi, apenas nombró a su hermana le cambió la cara. Está muy deprimido. No tiene interés por nada. Lo ha perdido todo: su mujer, sus hijos, y ahora a su hermana. Dice que no sabe nada de ella. A veces pienso en si no habrá cambiado de identidad, pero dudo que ella supiera la forma de conseguir eso. De verdad, Chisi, olvídate.

—Dile que le he visto en su club y que me parece tan guapo y me gusta tanto, que quiero que me reclame para un vis a vis. Y le enseñas una foto mía. Cuando nos encontremos le explicaré lo que quiero y me marcharé sin más. Estoy convencida de que sabe mucho más de lo que dice.

Resultado:

—Sí. Dile que voy a pedir ese vis a vis que ella quiere. Para cuando me lo concedan, habrán pasado seis meses. Dile que tendrá que someterse a todos mis caprichos y que soy un perverso. Mira, Pablo, que se vaya a la mierda. Esas bromas no tienen gracia.

—Pero Octavio, ¡no te vayas tan rápido! ¡Vuelve a sentarte! Ahora soy yo quien te lo pide por favor. Esa chica es muy insistente y no me dejará en paz. Pide ese vis a vis. A lo mejor cuando se vaya acercando el día, se asusta y no viene o, si viene, se va en cuanto entres en la habitación. Ella es una buena chica. Por favor, Octavio.

—¿Buena chica? Pues cada vez me resulta más tentador tirarme a esa pija. Quizá lo sea aún más que mi exmujer. La reclamaré. Adiós, Pablo —y cuando se levanta dice—: No, Pablo, ahora soy yo el que bromea. Venir aquí me parece humillante.

Mi respuesta:

—¡Uf! ¡Qué *morbazo* que me da ese chico! ¡Ay! Perdón. No quería decir eso. ¿Y no dijo nada más?

—Nada más.

—¿Seguro?

—Sí, pero estaba de broma.

—¿Qué dijo? Por favor, Pablo, ¡ayúdame!

—De acuerdo. Cuando se iba, a punto de cruzar la puerta se volvió y dijo: «Dile que pregunte en la casa okupa de Lavapiés».

¡Estoy muy contenta! ¡Por fin! Me ha costado un poco encontrar esa casa y que confiaran en mí, pero al final Manuela me ha dado la dirección de la isla a la que va Valentina. La tengo guardada como si fuera la joya de Nefertiti. Espero que no se me olvide sacarla si alguna vez utilizo mi bolso verde. Ahora ya solo tengo que conseguir los billetes de avión, luego los del tren, y luego los del ferri. La barcaza del final ya la buscaré

allí.

El largo viaje. Escalofríos

Valentina duerme a mi lado. La obligo a que repose una hora después de las comidas. Si sigue así, volverá a pesar lo mismo que antes de mi accidente. *Accidente* es como lo llamamos; creo que es mejor. Hace mucho tiempo que ya no tiene dolores, y sus ojos —sus grandes ojos verdes— vuelven a tener la misma luz de la primera vez que los vi.

El sentimiento de culpa es uno de los más devastadores que existen, tanto que a veces condiciona el resto de tu vida —como le ocurrió a Elena con Luca, y a mí con mi madre—, o incluso te mata como le hizo a mi padre.

El sentimiento de culpa casi destruye a Valentina.

Al igual que hacía antes, continúo escribiendo lo que me sucede o sucedió alguna vez. En este momento lo hago desde la cama, sentado con el ordenador sobre mis rodillas. A veces me levanto y lo hago desde el sillón del comedor. En ese caso, siempre dejo abierta de par en par la puerta blanca de doble hoja para observarla mientras descansa. Está tranquila.

Esa puerta es lo único que a veces nos separa.

Dos meses antes:

«Muchas gracias por todo, Chisi. Has sido una gran compañía en todo este tiempo. Eres la única persona que lo conoce todo de mí. Dile a mamá y a Kiko que no se preocupen. Volveré en cuanto pueda. Ya estoy bien, lo suficiente como para ir a buscarla».

Esta fue la nota que aquella mañana dejé junto a su bolso verde.

El viaje hasta la isla fue largo y tortuoso, sobre todo al final a bordo de una barca en la que acabé mareado y con el cuerpo revuelto.

—Perdone —pregunté al barquero, una vez en tierra firme—. ¿Podría decirme dónde puedo encontrar a una chica que se llama Valentina? Sé que está aquí.

Noté que se puso tenso.

—No, nunca he visto a esa chica. No sé quién es. Lo siento.

Estaba muy claro que mentía.

—Escuche, sé de sobra que está aquí. ¿Por qué no quiere decírmelo?

—Mire, yo creo que es mejor que regrese conmigo al puerto. Aquí no encontrará nada.

—Ella está aquí.

—¡No! ¡No está! ¡No conozco a nadie que se llame Valentina!

—¿Por qué miente? ¿Qué está pasando? No pienso irme de aquí sin encontrarla. Escuche, si es dinero lo que quiere, se lo daré.

—¡No es cuestión de dinero, de verdad! Tengo que irme. Y usted, ¡no se meta en líos!
—dijo con ademán de subir a su barca.

—¿De qué líos habla? ¿A qué se refiere? —le agarré fuerte del brazo.

Entonces el barquero se soltó y me dio tal empujón que perdí el equilibrio y estuve a punto de caer al agua. Pensé que intentaba matarme.

En el momento que me recuperé, le agarré del cuello con una mano y con la otra los genitales. Se quedó sin respiración.

—Quiero saber dónde está Valentina. Sé que viene a esta isla y que aquí seguro que se conocen todos. No entiendo el porqué de tanta hostilidad hacia mí. Si no me lo dice, le mato. No sería difícil echarle al agua desde aquí, y con las rocas y el oleaje...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —contestó con voz ahogada—. Ella es la que vende por los mercados de las islas cercanas; pero hace más de dos semanas que no la veo. ¡Suélteme!

—¿Por qué? —grité—. ¿Por qué no la ha visto?

—¡Yo qué sé! ¡Suélteme! —comenzó a forcejear conmigo, pero yo cada vez le oprimía más—. Ella vende por todas estas islas. Viene y va. ¡No tengo ni idea! Por favor, no quiero que Hassan se entere de que he sido yo el que se lo ha dicho. ¡Suélteme, joder!

—¿Hassan? ¿Quién es Hassan?

—¡Por favor!

—¿Por dónde se va a casa de Valentina? —le oprimí aún más.

—¡Hay una senda a cien metros, a la derecha! ¡Busque por allí!

Lo solté y, aunque con cierta dificultad para caminar, subió a la barca y se marchó.

—¡Y por favor! —gritó tras arrancar el motor—. ¡No le diga nada a Hassan!

Al cabo de una hora de caminata por aquel sendero polvoriento y lleno de piedras, encontré una casa blanca, pequeña, con la pintura descascarillada. Parecía abandonada. Intenté penetrar en ella forzando puertas y ventanas, pero resultó inútil. Entonces me di cuenta de que justo allí existía una higuera enorme, quizá la misma a la que se había referido Valentina.

La misma senda me condujo hasta otra casa, también blanca, también sucia y descuidada por fuera, pero algo me dijo que dentro estaba ella, pues sentí su olor y aquella especie de aturdimiento que a veces me invadía cuando intuía que estaba cerca.

La llamé una y otra vez, pero nadie contestaba. La puerta estaba cerrada, aunque esta

vez no sería impedimento para mí. Encontré un hacha junto a unos palos y con ella golpeé la cerradura varias veces. Después, con las pocas fuerzas que me quedaban, me lancé con furia hacia la puerta, una vez, y otra, y otra, hasta que al final se abrió.

Allí, en el interior de la casa, con la única luz que penetraba a través de un ventanuco, sobre un camastro pegado a la pared, encontré por fin a Valentina. Estaba dormida, tendida boca abajo. Las ondas de su pelo cubrían su cara. ¿Cómo no se había despertado con los golpes en la puerta?

La agarré por los hombros con suavidad y la giré hacia mí.

—¡Valentina! ¡Despierta! ¡Soy yo! ¿Qué te pasa? ¡Dios mío! ¿Qué te han hecho? — pregunté.

Le abofeteé la cara con suavidad y abrió los ojos. Me miró y a continuación se dio la vuelta, se recolocó en aquel camastro mugroso y volvió a quedarse dormida. La giré de nuevo hacia mí, y esta vez la sacudí un poco. Volvió a abrir los ojos y a mirarme. Se incorporó de inmediato y, asustada, retrocedió.

—¿Quién eres?

—¿Qué te pasa, Valentina? Soy yo, Enrique —le dije mientras retiraba su pelo de la cara y la acariciaba.

—¿Eres tú?... ¿Enrique? Estabas en el hospital —dijo aún adormilada.

Comenzó a palparme la cara, la cabeza, el pecho.

—¿Eres tú! ¿Dónde está Elena? ¿Ha venido contigo?

—¿Por qué preguntas por ella? Elena está en Nueva York con el niño. No estamos juntos. Vive con otro hombre —le decía, mientras la abrazaba y la besaba con suavidad como si fuera un cachorrillo desvalido.

—Eres tú... Eres tú. ¿De verdad eres tú? —se refugió en mi pecho y empezó a gimotear—. ¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —repetía—. No puede ser —volvía a mirarme—. ¡Te acuerdas de mí! Estabas en la cama del hospital y yo iba a verte y te hablaba, pero no me reconocías. A veces llamabas a Elena.

—¿De verdad llamabas a Elena? Valentina, te juro que no recuerdo nada de aquello, ni tampoco de lo que ocurrió antes de mi accidente.

—¿Ni siquiera de cuando arrestaron a Octavio?

—Sí, de eso sí, y también de cuando estuvimos en casa juntos al día siguiente, y...

Me interrumpió.

—¡Octavio! ¿Qué sabes de él? ¿Dónde está ahora?

—Sigue en prisión.

—¡Debe estar pasándolo muy mal! Estar en la cárcel es horrible.

—No, Valentina. Venga, no llores —le secaba las lágrimas con mis dedos—. Octavio

sabe muy bien cuidarse.

Volvió a palparme la cara, los brazos, me los levantaba para ver mi cuerpo.

—Todo ha sido culpa mía —dijo—. Si no te hubieras enfrentado a ese hombre aquella tarde en su club para protegerle, si no hubieras ayudado a mi hermano cuando le arrestaron, si te hubiera dicho quién era desde el principio... Era a mí a quien querían hacer daño, pero yo hui y te lo hicieron a ti. Me buscaban a mí, a mí. ¡A mí! —se golpeó el pecho con fuerza. Le sujeté la mano—. No te lo mereces. No me lo podré perdonar nunca, nunca, nunca...

—No digas eso. Fui yo el que tomó esas decisiones. Tú no tienes la culpa de nada.

—Yo me volví loca buscándote. Ni siquiera sabía dónde vivía tu familia —se puso la mano en la frente—. Me duele la cabeza.

—¿Por qué estás tan delgada? —le pregunté mientras palpaba el reborde de sus paletillas.

—No sé. Es... que no tengo hambre. ¿Sabes una cosa? —Valentina empezó de pronto a reír y llorar al mismo tiempo con un sonido ahogado— Escuché en la radio que un hombre con las iniciales E.S. estaba muy grave porque... le habían pegado y... era muy gracioso. Fui yo misma a buscarte, y descubrí que estabas en el Hospital de La Princesa y... —se reía a carcajadas—. ¿Sabes que me metí en la UCI yo sola? Sí, yo sola, y me sacaron de allí. ¿Te lo puedes creer?

Mientras contaba todo esto, tiraba de mi brazo, me abrazaba y, con su llanto profuso, me empapaba la cara de lágrimas.

—Valentina, tranquilízate. No tienes por qué contarme esto ahora.

—Sí, sí. Verás —me sujetó la cara para que la mirase—, entré y os vi a todos... todos llenos de cables, sí. Era de risa.

—Valentina, ¡déjalo! Ya ha pasado todo.

—Después —prosiguió— fui a verte todos los días para estar a solas contigo. Te decía: «¡Enrique, mírame! ¡Soy Valentina!». Y tú: «Elena, Elena, ¡no te vayas!». Una vez llegó tu hermana y me encontró allí, y me preguntó si yo te conocía de algo. A ella sí que la reconocías. ¡Era tan gracioso! Oí a tu neurólogo decir que no sabía si recobrarías la memoria y... Ya no pude soportarlo más. Estaba tan desesperada... Tenía la tienda desatendida, y la cerré y vine aquí a estar con mi amiga Mariela.

De pronto, se sobresaltó.

—¡Hassan! ¿¡Dónde está Hassan!?! Debería estar aquí. ¡No puede abandonarme!

Se levantó de inmediato. Vaciló un poco y la sujeté.

—Valentina, ¿quién es Hassan?

Me miró como si estuviera sorprendida por mi pregunta, pero no contestó y se dirigió

hacia una rudimentaria cocina que se encontraba en un extremo de la misma sala. Abrió con rapidez los armarios que estaban sobre el fregadero. Sacó de allí todos los botes y demás utensilios, sin el menor cuidado; algunos cayeron al suelo. Se agachó y separó las cortinillas de la parte inferior.

Observaba estupefacto cada uno de sus movimientos, pero sobre todo su aspecto. Llevaba un vestido azul, uno que recordaba habérselo visto puesto alguna vez, pero en ese momento tuve la sensación de que era mucho más grande, como si no fuera el suyo. El vestido bailaba a sus anchas sobre el reborde de sus huesos prominentes y de su cuerpo muy delgado.

Me acerqué a ella por detrás y le rodeé la cintura con los brazos.

—¿Qué te ha pasado? —repetí con una tristeza inmensa. Ella me apartó los brazos y continuó ofuscada con el contenido de los armarios—. ¿Qué buscas?

Regresó al centro de la sala y miró a su alrededor. Buscó sobre la mesa, incluso en el interior de algunos platos de comida seca que apartó después de un manotazo, levantó los cojines de varios sofás destartados...

—¿¡Pero qué buscas!?

—¡Las infusiones! Cada vez que se enfada conmigo me hace esto.

Apoyó la espalda a la pared y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo, como si estuviera desesperada. La agarré de los brazos y la levanté.

—¡Venga, tranquila! ¿Por qué necesitas esas infusiones? ¿De qué son? ¿Ese Hassan se enfada contigo? ¿Por qué lo hace? ¿Qué pasa?

—Eso... es muy largo de contar ahora, pero no te preocupes —dijo mientras me sujetaba la cara con sus manos para que la mirara—, no es un secreto. Te lo contaré enseguida, cuando las encuentre.

Intentaba abrazarla, pero no dejaba que lo hiciera. Estaba como perdida, miraba a un lado, y a otro, obsesionada con encontrar aquello.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Deben estar abajo, en el sótano, detrás del armario! —señaló con su dedo índice—. Él sabe que yo no puedo moverlo.

En otro extremo de la sala, descubrí una escalera angosta. Descendí por ella. Valentina me observaba desde arriba, temblorosa. No se atrevía a bajar.

Con toda mi fuerza, conseguí apartar un poco el dichoso armario. Detrás de él había una puerta. Por supuesto también estaba cerrada, pero por suerte era de madera y estaba algo podrida; así que no me resultó muy difícil abrirla.

—Ven aquí, a ver si por casualidad encuentras tus infusiones. Venga, baja, no tengas miedo.

Subí a por ella y se agarró a mi mano.

—Cuando vuelva se enfadará mucho.

—¿Ah sí? Pues estoy deseando conocerle. Quiero que venga, y cuanto antes mejor.

Por fin bajó conmigo y juntos entramos en aquella habitación sin ventana, comunicada tan solo con el exterior por el agujero de un extractor de humos. Parecía una especie de laboratorio.

—Sí —señaló un frasco de cristal y suspiró aliviada—. Están aquí.

Lo agarró con ambas manos con mucho cuidado, lo colocó en su regazo y, sin mi ayuda, subió por la escalera.

Tras calentar agua en un recipiente, introdujo en él parte de aquel triturado, que llamaba «sus infusiones».

Me costaba respirar mientras observaba aquellas escenas.

—¡Estás aquí! —repetía cuando se giraba a mirarme. Incluso a veces me abrazaba y me sonreía, pero enseguida volvía a vigilar sus infusiones.

Se frotó los brazos como si tuviese frío. Tenía la carne de gallina.

—¿Qué pasa? ¿Cómo puedes tener frío? Te hacen falta ahora, ¿verdad?

—Prefiero tomármelas ya porque tengo miedo a que empiecen a dolerme los huesos y a vomitar... Y Hassan puede llegar en cualquier momento. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—¿De la mañana?

—De la mañana.

—Pues aún es pronto. Él suele volver sobre las dos de la tarde.

Bebió con avidez aquel líquido. Después se colocó una chaqueta de lana gruesa y se acurrucó en un sofá. Me extendió la mano para que me tumbara a su lado y se abrazó a mí.

—Lo siento mucho, de verdad. No debería haberte pasado nada... Tú solo querías ayudarnos. Ha sido por mi culpa... Por mi culpa casi te matan —su voz se volvió cada vez más apagada, hasta que se quedó dormida.

Increíble.

Acostados uno junto al otro, recordé aquella noche en la que, mientras ella dormía, salí en busca del arma de Octavio y después me deshice de ella. Cometí aquel delito del que no me arrepiento, porque lo hice para evitarle mayor sufrimiento. ¿Pero ahora? ¿Qué podía hacer ahora? ¿Tenía que sacarla de allí! ¿Pero cómo?

En medio de mis cavilaciones, escuché unos pasos que provenían de fuera de la casa. Con un movimiento reflejo, me incorporé.

—¿Pero qué le ha pasado a esta puerta? —escuché.

Era una voz de mujer.

Entró en la casa y me miró a los ojos.

—Tú... debes ser Enrique, ¿verdad? ¿Enrique Santacreu?

—¿Y tú eres Mariela?

—Sí. Yo soy Mariela. ¡Vaya, veo que estás bien! ¡No sabes cuánto me alegro! Rezaba para que por fin alguien viniera a buscarla, porque yo ya no sé qué hacer —dijo mientras observaba con lástima a Valentina—. He intentado ayudarla por todos los medios y no he conseguido nada.

—¿Por qué Valentina está tan mal? No. No sé si quiero saberlo. Solo quiero llevármela de aquí.

—Llegó después de tu accidente. Siempre regresa cuando necesita descansar o está muy preocupada por algo. Estaba destrozada. Yo le decía: «Aquí no se acaba todo. ¿Es que no tienes nada por lo que vivir?». Y mira por dónde, Hassan se lo encontró: «Dicen que los principales motivos por los que uno vive son el amor y el dinero —le dijo—. Tú te has quedado sin el primero, pero aún puedes conseguir el segundo. Tu hermano lo necesitará cuando salga de prisión. ¿Cómo crees que podrá pagar las deudas que tiene pendientes? Tendrá que rehacer su vida, recuperar a sus hijos... Eres muy buena vendiendo. ¡Haz lo que sabes!»». Yo intenté disuadirla, porque sabía que su consejo estaba envenenado, pero no me hizo caso. Hassan le compró una máquina de coser, y telas y abalorios de todo tipo. Cuando tuvo suficiente género, comenzó a recorrer todas las islas para venderlo, pero el dinero que ganaba era insuficiente. ¡Ah!, pero ella sabía muy bien cómo conseguir más, mucho más, y Hassan se lo recordó.

—Quieres decir que empezó a vender drogas.

—No era la primera vez que lo hacía. Veo que no te sorprende. Sin embargo, continuaba sin apenas comer ni dormir. Estaba muy deprimida. Por supuesto Hassan también conocía el remedio perfecto: se la llevó a su casa y le administró «sus medicinas». Al principio eran pequeñas dosis, tan solo para que conciliara el sueño, porque por las mañanas tenía que estar lúcida para salir a vender, pero poco a poco... Ahora tal como está, ya no le sirve de mucho, y es él quien sale a vender.

—Escúchame, Mariela, no quiero saber más porque me voy a volver loco. Necesito tu ayuda. Sin ti no puedo hacer lo que he decidido. No tenemos mucho tiempo. En realidad no sé si seré capaz de...

El incendio

Cerca de las doce del mediodía, Mariela abandonó la isla con Valentina en una lancha que, a precio de oro, conseguí para que las trasladase hasta el ferri. Resultó que «estaba muy indispuesta porque padecía una enfermedad muy rara del estómago, y llevaba con ella unas infusiones en un bote de plástico verde, una mezcla preparada con plantas aromáticas naturales y, por tanto, inofensivas: anís sobre todo, manzanilla, menta... Ya se sabe».

Sobre la una y media, una voz de mujer alertó a los bomberos desde una isla vecina, porque le parecía haber visto fuego a lo lejos.

A las dos de la tarde, se produjo una gran explosión en el centro de la isla.

Al día siguiente, los bomberos descubrieron que el fuego que les hizo trabajar durante horas, y que les obligó a evacuar a los escasos habitantes de la isla, se había iniciado en un laboratorio clandestino encontrado en un sótano. Alrededor de esa casa, existía una gran plantación tan «común y corriente» que, según me contaron, algunos de sus tallos, ya secos, se utilizan para adornar algunas casas: ramas de opio.

Al cabo de dos días, se produjo el arresto de un tal Hassan, el cual, en busca y captura desde hacía tiempo, se escondía en aquella isla.

Justo el mismo día de la explosión, me reuní con Mariela y Valentina.

Ahora necesitaba encontrar un lugar en el que estuviera a solas con ella, un lugar tranquilo, apartado de todo, que no le recordara el escenario en el que había vivido sus últimos meses.

A ella siempre le gustaron las islas. Es lógico. Vive en el centro de España, y a los que somos de tierra adentro suele gustarnos el mar.

Durante un mes vivimos alojados en una casita blanca a diez kilómetros del pueblo más cercano. Tenía un gran jardín interior con una fuente. Estaba repleto de plantas muy verdes y flores de colores muy vivos. Era una vegetación muy típica de una pequeña isla española, pero esta vez no del Mediterráneo, sino del océano Atlántico.

Cuando Valentina se sintió con fuerzas, acudió a bañarse a sus escondidas playas de arena negra, rodeadas de rocas formadas con restos de lava volcánica: las playas de la isla de La Palma.

Los primeros días de nuestra estancia allí fueron muy duros. Necesitaba aquellas infusiones. Yo creía que el opio se fumaba pero, al parecer, Hassan le dijo que a través del

humo se escapaba demasiado y que era mejor tomarlo de la otra manera. Además, Valentina no ha fumado nunca nada, ni siquiera tabaco.

Poco a poco, tan solo por intuición, fui disminuyendo día a día la cantidad de sustancia, pero aquello resultaba poco efectivo. Insistí en que deberíamos pedir ayuda médica, pero ella siempre se negaba.

Nadie supo nunca nada de sus dolores, ni de sus escalofríos, ni de sus vómitos.

Una noche me desperté y Valentina no estaba en la cama. La llamé una y otra vez, pero fue inútil. Abrí la puerta de la casa y la vi a lo lejos, a pocos metros del borde del acantilado. Eché a correr hacia ella desesperado, mientras gritaba su nombre, sin recibir respuesta. En el mismo borde del mar se detuvo. Nunca he pasado tanto miedo. La alcancé. Sujetaba en una mano el dichoso bote, lo miró y lo lanzó al mar con tanta fuerza que tuve que agarrar su cuerpo, aún frágil, para que no perdiera el equilibrio y se perdiera entre las rocas y la espuma del mar que se estrellaba contra ellas y nos empapaba.

Margaritas amarillas en el quicio de la ventana

Cuando Valentina se encontró mucho mejor, abandonamos la isla de La Palma y regresamos a Madrid. Al llegar a Malasaña, se detuvo ante la puerta de su tienda, cuyas persianas metálicas alguien había cubierto esta vez de grafitis azules y amarillos. Cuando vio aquellos trazos, dijo que le recordaban a un gran ramo de margaritas amarillas colocadas sobre el quicio de una ventana que daba al mar. «¡Qué imaginación tienes! —le dije—. Yo solo veo garabatos sin sentido».

Pasados unos días, las puertas de la tienda se abrieron de nuevo y su interior se inundó de música y de flores blancas. A las pocas horas entró en la tienda una chica que quería comprarse un vestido. Le contó que hacía pocos meses que se había mudado al bloque de enfrente, a una casa muy pequeña situada en el ático y que tenía una terraza cuadrada casi tan grande como el resto de la vivienda. Al parecer, había conseguido instalar allí una especie de piscina pequeña («casi más bien una bañera», parece que dijo), una barbacoa, un velador y unas hamacas. Le aseguró que aún quedó espacio para sembrar algunos tomates *cherry*. Después esa misma chica, de buenas a primeras, la abrazó de manera muy entrañable. Desde entonces son muy buenas amigas.

Un abrazo y muchas gracias

Café Comercial (glorieta de Bilbao):

Han pasado ya varios meses. Escribo. Se ha convertido en una costumbre. Me ayuda a aclarar mis ideas y a poner nombre a mis sentimientos y deseos, porque no todo resulta fácil cuando te zambulles en la vida y te impregnas de ella por completo, o cuando te dejas caer en ella sin red. A veces me siento como un preso que, tras estar recluido durante muchos años, ha recuperado la libertad: feliz, pero un poco desorientado y con miedo. ¿Cómo no tenerlo ahora que tengo tanto por lo que vivir y luchar?

Hace ya algún tiempo que me incorporé al trabajo, y cuando salgo corro hacia la casa de Valentina, que ahora también es la mía, y los dos nos dejamos llevar por lo que sentimos.

El mes pasado viajé a Nueva York. Estuve con mi hijo y con Elena, que ahora vive con Eric.

Una tarde, en un café del Soho, en medio de unas notas de piano de Chopin, me contó que estaba embarazada de nuevo y que iba a casarse. Entonces yo ridiculicé la posible escena de «petición de mano», una de esas típicas de las series de televisión americanas en las que el protagonista, rodilla en suelo, entrega a su amada un anillo con un brillante. Luego me puse serio, muy serio, y ella al notarlo me abrazó. Ninguno de los dos dijo nada.

Poco después, mientras paseábamos con el niño, me dijo:

—¿Sabes una cosa? El otro día, cuando Amy se iba al colegio, le dije: «Adiós, Amy» y le di un beso. Antes de cerrar la puerta se volvió y me dijo: «Adiós, mamá». Entonces yo miré a Eric y después a ella, e hice ademán de acercarme y hablarle. Pero entonces él me puso su dedo en los labios y me dijo al oído: «la palabra “mamá” es una de las más bonitas que existen y no quiero arrebatar a Amy el derecho a pronunciarla si quiere».

—Sí, sí —ironicé—. Todo eso es precioso. Así que dentro de poco ya tendrás tres hijos. Y por cierto, ¿te he dicho alguna vez lo cursi que me parece ese tío?

Elena sonrió.

Desde entonces hay algo que me desconcierta: por las noches a menudo sueño con ella. La veo casi siempre rodeada por ese vapor de agua que surge de debajo del asfalto de Nueva York. Está muy caliente, tanto que me quema y me impide alcanzarla y tocarla a pesar de que en esos momentos lo deseo con todas mis fuerzas.

¡Qué difícil resulta a veces aceptar algunos sentimientos!

Hace media hora envié un *email*:

«Hola, Elena: Verás, he explicado a uno de mis clientes, de todas las maneras posibles, que se ha perdido cualquier posibilidad de apelación. Lo sabe y lo acepta; pero aun así insiste en aparecer una y otra vez por el bufete. Ya no sé qué hacer para que no lo haga, y tengo la sensación de que nunca dejará de hacerlo. Me gustaría conocer si tú has tenido un caso similar y cómo lo has resuelto. Un abrazo y muchas gracias».

Acabo de recibir la respuesta:

«Hola, Enrique: Pues da la casualidad de que yo también tengo un cliente así. Resulta algo incómodo, pero creo que no tendré otro remedio que soportarlo. Si algún día consigo que desaparezca, descuida, que te explicaré mi estrategia. Gracias a ti por todo, y hasta pronto».

Apuro el café, pediré la cuenta y cerraré el ordenador. Dentro de unos minutos recogeré a Valentina en la puerta de nuestra casa. Esta noche acudiremos juntos al Smooth Jazz.

EPÍLOGO

Hoy hace ya cinco años que mi tío Enrique salió del hospital. Cuando acabo de cenar, me encanta sentarme en esta mecedora que un día coloqué junto a la mesa camilla. Si abro las ventanas, escucho los compases atenuados de la música suave que desde los balcones de mi tío se escapan por alguna rendija.

Y esta noche, una vez más, le observo escribir con el ordenador apoyado sobre sus rodillas.

Henry y Maritina, que con sus ricitos color avellana cada vez se parece más a su madre, ya deben de estar dormidos. A mi hijo Kikín le ha costado más que de costumbre. Es el más pequeño y estaba demasiado excitado después de jugar con ellos toda la tarde en el parquecito de la Plaza del Dos de Mayo. Había fiesta y unos tiouvivos. Hemos comprado algodón de azúcar con el que se han puesto las manos y la cara pegajosas. Después les trajimos aquí y les hemos zambullido a todos en la «piscina/bañera» de la terraza de mi casa. Lo hemos pasado muy bien.

Solo vengo a esta casa algunas veces, casi siempre sola, cuando necesito escaparme de mi piso a una manzana del de mi madre. No sé el motivo, pero en esta «jaulita de canario», tal como lo llama ella, me siento bien.

Escucho el crujir de los escalones de madera cada vez más cerca. Debe ser mi marido —que, por cierto, es arquitecto como yo— que vuelve con esos helados estupendos que elaboran cerca de aquí.

Todo está en paz.

Estoy muy contenta.